

JOSEPH FINDER

INSTINTO ASESINO



Lectulandia

Jason Steadman, un ejecutivo de ventas de una gran empresa de electrónica, es un tipo ingenioso y carismático al que aprecian mucho en la oficina. Sin embargo, tiene un único problema en su trabajo: carece del instinto asesino necesario para promocionarse en la empresa. Ante el disgusto de su ambiciosa esposa, que no deja de insistirle en que se haga valer más, parece que su carrera ha tocado techo. Jason se ha quedado atrás.

Pero todo esto cambiará una noche en la que Jason conoce a Kurt Semko, un antiguo oficial de las fuerzas especiales que acaba de volver de Irak. Jason encuentra en Kurt el lanzador que buscaba para el equipo de sóftbol de la empresa, y a cambio le consigue a Kurt un trabajo en ella. Al poco de este encuentro, a Jason le empiezan a pasar cosas buenas en el terreno laboral, a la vez que a sus rivales les suceden todo tipo de desgracias. La carrera de Jason despegue, y por fin parece a punto de cumplir el sueño de su esposa.

Poco a poco, Jason irá descubriendo que su amigo Kurt ha estado abonándole su camino hacia la cima con los medios más eficientes, aunque también los más despiadados. Cuando Jason intente detenerlo, se dará cuenta de que su nuevo amigo se ha convertido en el enemigo más peligroso que se podía imaginar. Y entonces, lo que estará en juego será mucho más que su carrera profesional.

Joseph Finder

Instinto asesino

ePub r1.0

Titivillus 23.01.2021

Título original: *Killer Instinct*
Joseph Finder, 2006
Traducción: Camila Batles

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



ACERCA DE LA OBRA

Novela ganadora del Thriller Award del año 2007.

Para Emma, mi forofa del béisbol

Cuando el estudiante está preparado, aparece el maestro.

PROVERBIO BUDISTA

Prólogo

Yo nunca había disparado con una pistola.

De hecho, jamás había empuñado una hasta esta noche.

Era una Colt 45 semiautomática, pesada y engorrosa. Su empuñadura era áspera. No podía sostenerla con firmeza. No obstante, me hallaba lo suficientemente cerca de él para meterle una bala en el pecho. Si no lo hacía, si no lo mataba en esos momentos, estaba claro que él me mataría a mí. Yo no podía competir con él, y ambos lo sabíamos.

Era de noche y éramos los únicos que nos hallábamos en la vigésima planta, y probablemente en todo el edificio. Fuera del mío, el laberinto de despachos estaba oscuro. Probablemente no volvería a ver a las personas que trabajaban conmigo y para mí.

La mano me temblaba, pero apreté el gatillo.

Hacía unos días, cualquiera que me hubiera visto me habría tomado por un ejecutivo corporativo de éxito, un tipo con un cargo de responsabilidad casado con una mujer muy guapa, un hombre al que la vida le sonreía.

Mi idea del peligro era acostarme sin haberme cepillado los dientes. Justo entonces pensé que no viviría para ver amanecer.

¿En qué me había equivocado? ¿Cuándo había comenzado todo? ¿Cuando había arrojado una bola de nieve contra un chico llamado Sean Herlihy? ¿Cuando me habían elegido el tercero empezando por la cola para el equipo de *kickball*?

No, le diré exactamente cuándo empezó.

Hace diez meses.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

De acuerdo, soy un idiota.

El Acura se precipitó en una zanja porque yo trataba de hacer demasiadas cosas a la vez. Por la radio sonaba «The Bends», de los Radiohead, a todo volumen, mientras yo conducía de regreso a casa, a demasiada velocidad, porque, como de costumbre, me había retrasado. Tenía la mano izquierda sobre el volante, mientras con la derecha consultaba mi BlackBerry por si había recibido algún correo electrónico, confiando en haber cerrado un trato con un cliente nuevo muy importante. La mayoría de los correos electrónicos eran residuos de antes de que nuestro vicepresidente de división, Crawford, hubiera decidido marcharse a trabajar para Sony. De pronto empezó a sonar mi móvil. Dejé mi BlackBerry sobre el asiento del coche y tomé el móvil.

Por el tono comprendí que era una llamada de mi esposa, Kate, de modo que no me molesté en bajar el volumen de la música. Supuse que me llamaba para averiguar cuándo regresaría a casa del trabajo para preparar la cena. Durante los últimos meses Kate se había aficionado al tofu, al arroz integral, a la col rizada y a ese tipo de productos. A juzgar por lo mal que sabía, debía de ser una comida muy saludable; pero yo no había hecho ningún comentario al respecto.

Sin embargo, ése no era el motivo de su llamada. Por el tono de su voz me di cuenta enseguida de que Kate había estado llorando, y antes de que me lo dijera, comprendí el motivo.

—Ha llamado DiMarco —dijo Kate. DiMarco era nuestro médico especialista en fecundación *in vitro* de Boston, quien hacía unos dos años que trataba a Kate para que se quedara embarazada. Yo no tenía muchas esperanzas, y además, no conocía a nadie que hubiera creado a un bebé en un tubo de ensayo, por lo que tenía mis dudas sobre esos métodos. Pensaba que la tecnología avanzada debía aplicarse a pantallas planas de plasma, no a crear bebés. No obstante, me sentí como si me hubieran asestado un puñetazo en el estómago.

Pero lo peor era el efecto que tendría sobre Kate. Últimamente estaba trastornada debido a las inyecciones de hormonas que le administraban. Esto haría que perdiera la chaveta definitivamente.

—Lo siento mucho —dije.

—No dejarán que sigamos intentándolo eternamente —respondió Kate—. Lo único que les importa son sus números, y nosotros hacemos que descendan.

—Katie, sólo es nuestro tercer intento con el método de fecundación *in vitro*. En cualquier caso, existe una probabilidad de aproximadamente un diez por ciento por ciclo. Seguiremos intentándolo, cariño. Eso es todo.

—Lo que me preocupa es qué vamos a hacer si esto no da resultado —contestó Kate con una voz aguda y entrecortada que hizo que se me encogiera el corazón—. ¿Ir a California para intentar lo de la donante de óvulos? No lo soportaría. ¿Adoptar a un niño? Jason, apenas te oigo.

A mí me parecía bien adoptar a un niño, o no; pero como no soy un imbécil integral, decidí bajar la música. En el volante hay un botoncito que nunca he aprendido a utilizar, de modo que empecé a oprimir botones con el pulgar de la mano con la que conducía; pero en lugar de bajar el volumen, éste aumentó hasta que la música de Radiohead se convirtió en ensordecedora.

—Kate —dije, pero en ese momento me di cuenta de que el coche se había metido en el arcén y luego había salido de la carretera. Solté el móvil, sujeté el volante con ambas manos y pegué un volantazo, pero era demasiado tarde.

Se oyó un estrepitoso golpe seco. Giré el volante y pegué un frenazo.

A continuación se produjo un angustioso chirrido metálico. El impacto me lanzó contra el volante, tras lo cual caí de nuevo hacia atrás. De pronto el coche se ladeó y cayó de costado. El motor seguía funcionando, y las ruedas giraban en el aire.

Comprendí enseguida que no había sufrido graves daños, pero quizá me había lastimado un par de costillas. Es curioso: de inmediato me puse a pensar en esos viejos filmes en blanco y negro que muestran los peligros de conducir de forma temeraria, que solían poner en los cincuenta y los sesenta, que llevaban unos títulos macabros como *El último baile de fin de curso* y *Muerte mecanizada*, de la época en que todos los policías lucían un corte de pelo al cepillo y unos gigantescos sombreros de ala ancha como la Policía Montada del Canadá. Un chico de mi grupo de amigos en la universidad tenía una cinta de esos espeluznantes filmes educativos, que te impresionaban hasta el punto de que no entiendo cómo alguien que estuviera aprendiendo a conducir fuera capaz de volver a sentarse al volante de un coche después de ver *El último baile de fin de curso*.

Giré la llave del contacto, apagué la música y me quedé unos instantes en silencio antes de recoger el móvil del suelo del coche para llamar a la Triple A.

Pero la línea seguía abierta y oí a Kate gritando.

—Hola —dije.

—¿Estás bien, Jason? —chilló Kate histérica—. ¿Qué ha ocurrido?

—Estoy bien, cariño.

—Dios santo, Jason, ¿has sufrido un accidente?

—No te preocupes, cielo. No me he... Estoy perfectamente. No ha ocurrido nada grave. No te preocupes.

Cuarenta y cinco minutos más tarde apareció un camión grúa pintado de rojo en cuyo panel lateral ponía GRÚAS M. E. WALSH. El conductor se acercó sosteniendo una carpeta sujetapapeles metálica. Era un tipo alto y musculoso que lucía una descuidada perilla y un pañuelo alrededor de la frente sujeto a la parte posterior de la cabeza, con el pelo entrecano corto por delante y largo por atrás. Llevaba una cazadora de cuero negra Harley-Davidson.

—Menudo trompazo —comentó.

—Gracias por venir —contesté.

—De nada —dijo él—. Deje que lo adivine. Iba hablando por el móvil.

Pestañeeé, dudando unos segundos antes de responder tímidamente:

—Sí.

—Esos chismes son un peligro.

—Es cierto —respondí. Yo no podía sobrevivir sin mi móvil. Pero ese tipo no parecía aficionado a los móviles. Conducía un camión grúa y una moto. Probablemente llevaba una radio de BC en el camión grúa junto con su tabaco de mascar Red Man y unos cedés de los Allman Brothers. Era uno de esos tipos que al cortar su césped encuentra un coche, que piensa que las últimas cuatro palabras del himno nacional son «caballeros, arranquen sus motores».

—¿Está bien? —me preguntó.

—Sí.

Él hizo marcha atrás en su camión hasta acercarlo a mi coche, bajó la plataforma y enganchó el cabrestante a mi Acura. Luego conectó la polea eléctrica y empezó a sacar mi coche de la zanja. Por fortuna, nos hallábamos en un tramo de carretera relativamente desierto —siempre tomo el desvío desde mi despacho en Framingham hasta Mass Pike—, por lo que no pasaban

muchos coches. Observé que el camión llevaba una cinta adhesiva amarilla en un costado que decía: «Apoya a nuestras tropas», y una de esas pegatinas en blanco y negro que ponen POW/MIA^[1] en el parabrisas. Tomé nota de no criticar la guerra de Irak a menos que quisiera que ese tío me aplastara la laringe con sus manos.

—Súbase —dijo.

La cabina del camión apestaba a humo de tabaco rancio y a gasolina. En el salpicadero había una calcomanía que decía «Fuerzas Especiales». Empecé a experimentar unos sentimientos cálidos y confusos sobre la guerra.

—¿Tiene un taller de reparación de automóviles al que suela acudir? —me preguntó el tipo. Apenas podía oírle debido al ruido del mecanismo de la plataforma del camión.

Tengo un amigo que sabe mucho de mecánica, pero yo no distingo un carburador de un caribú.

—No suelo tener accidentes —respondí.

—No tiene aspecto de ser un tipo que se mete debajo del capó para cambiar el aceite —dijo él—. Conozco un taller de reparación de automóviles que no está lejos —añadió—. Iremos allí.

Circulamos durante casi todo el rato en silencio. Traté un par de veces de entablar conversación con él, pero era como tratar de encender una cerilla húmeda.

Normalmente puedo conversar con cualquiera sobre cualquier tema: deportes, niños, perros, programas de televisión o lo que sea. Soy jefe de ventas de una de las compañías de aparatos electrónicos más importantes del mundo, a nivel de Sony y Panasonic. La división para la que trabajo fabrica esos maravillosos monitores y televisores planos de LCD y plasma que mucha gente anhela poseer: unos productos geniales. Y he comprobado que los buenos comerciales, los que están dotados para este oficio, son capaces de entablar una conversación con quien sea. Como yo.

Pero este tipo no quería hablar, y al cabo de un rato desistí. Me sentía incómodo sentado en el asiento del copiloto de un camión grúa conducido por un Hell's Angel y vestido con mi costoso traje gris marengo, tratando de evitar mancharme con chicle o alquitrán o lo que estuviera pegado en el asiento de vinilo. Me palpé las costillas para cerciorarme de que no me había roto ninguna. En realidad, no me dolían mucho.

Contemplé la colección de pegatinas sobre el salpicadero, la calcomanía de las Fuerzas Especiales, una con una bandera que decía: «Estos colores no se corren», otra que ponía: «Fuerzas Especiales: soy el hombre sobre el que tu madre te previno». Al cabo de un rato, pregunté:

—¿El camión es suyo?

—No, el dueño de la empresa de grúas es un colega al que a veces le echo una mano.

El tipo empezaba a mostrarse locuaz.

—¿Su amigo pertenece a las Fuerzas Especiales? —pregunté.

Se produjo un largo silencio. Yo ignoraba que fuera incorrecto preguntarle a alguien si pertenecía a las Fuerzas Especiales. Quizás ese tipo tendría que matarme después de responder afirmativamente.

Cuando me disponía a repetir la pregunta, él contestó:

—Ambos pertenecíamos a ellas.

—Ah —dije, y volví a guardar silencio.

Él encendió la radio, por la que transmitían un partido de béisbol. Los Red Sox jugaban contra los Seattle Mariners en Fenway Park, y era un partido muy excitante, igualado, muy disputado, en el que se habían marcado pocos tantos. Me encanta escuchar un partido de béisbol por la radio. En casa tengo un televisor de pantalla plana, que compré a un precio rebajado por trabajar en la compañía, y contemplar un partido de béisbol en un televisor de alta definición es una experiencia increíble. Sin embargo, no hay nada como un partido transmitido por radio: el sonido del bate, el clamor de la multitud, incluso los estúpidos anuncios de lunas de coches. Es un clásico. Los locutores suenan exactamente como sonaban cuando yo era un niño, y como probablemente sonaban como cuando mi difunto padre era un niño. Sus voces monocordes y nasales suenan como unas deportivas gastadas, cómodas y familiares. Todos utilizan unas frases manidas como «¡La pelota vuela alto!», «Corredores en las esquinas» y «Abanicar». Me divierte cuando se ponen a gritar histéricamente: «¡Hacia atrás, hacia atrás!».

Uno de los locutores hizo un comentario sobre el lanzador de los Sox, diciendo:

—Pero incluso en la cumbre de su carrera, jamás alcanzará el récord de velocidad de lanzamiento de ciento sesenta kilómetros por hora, una bola lanzada ¿por...? Seguro que sabes la respuesta, Jerry.

Y el otro respondió:

—Nolan Ryan.

—Nolan Ryan —dijo el primer locutor—. Muy bien. Ocurrió en el estadio de Anaheim, el 20 de agosto de 1974. —Probablemente leía en el *prompter* los datos que le proporcionaba el productor.

—Se equivoca —dije.

—¿Qué? —preguntó el conductor, volviéndose hacia mí.

—Esos tíos no saben lo que dicen —contesté—. El récord de velocidad de lanzamiento lo tiene Mark Wohlers.

Wohlers. Ciento sesenta y cinco.

—Exacto —dije sorprendido—. Ciento sesenta y cinco kilómetros por hora, en mil novecientos noventa y cinco.

—Durante los entrenamientos de primavera de los Atlanta Braves. —El conductor esbozó una sonrisa campechana, mostrando una dentadura blanca y regular—. No creía que lo supiera nadie.

—Aunque el lanzador más veloz de todos los tiempos, no en las ligas principales...

—Steve Dalkowski —dijo él—. Ciento setenta y cinco kilómetros por hora.

—Le destrozó la máscara a un árbitro —dije, asintiendo con la cabeza—. ¿Usted también era un forofo del béisbol de niño? ¿Coleccionaba miles de tarjetas de béisbol?

Él sonrió de nuevo.

—Desde luego. Esos paquetes de chicle Topps que contenían un asqueroso chicle de globo rancio...

—Que siempre manchaban una de las tarjetas que contenía el paquete.

Se echó a reír.

—¿Le llevaba su padre a Fenway con frecuencia? —pregunté.

—No soy de aquí —respondió—. Me crié en Michigan. Y mi padre no vivía con nosotros. Además, no teníamos dinero para asistir a los partidos.

—Nosotros tampoco —dije—. De modo que solía escuchar la transmisión de los partidos por radio.

—Igual que yo.

—¿Jugaba al béisbol en el jardín trasero? —pregunté—. ¿Rompía los cristales de las ventanas?

—No teníamos un jardín trasero.

—Yo tampoco. Mis amigos y yo jugábamos en un parque cerca de casa.

Él asintió con la cabeza, sonriendo.

Yo tenía la sensación de conocer a ese tipo. Probablemente proveníamos del mismo estrato social: pobres, sin un jardín trasero y esas cosas. Pero yo

había estudiado en la universidad y lucía un elegante traje, mientras que él había ingresado en el ejército como muchos de mis compañeros de instituto.

Escuchamos el partido durante un rato. Le tocaba el turno al bateador de Seattle. Lanzó la bola con fuerza a la primera. Se oyó el chasquido del bate.

—¡Y lanza una bola elevada y profunda que cae en el jardín izquierdo! — anunció uno de los locutores.

La bola se dirigía al guante de un excelente bateador de los Red Sox, aunque un pésimo defensa que hacía cosas como desaparecer del jardín izquierdo, en medio de un partido, para ir a orinar, y eso cuando no la pifiaba a la hora de atrapar la bola.

—Ya la tiene —dijo el locutor—. La bola va a caer en su guante.

—La dejará caer —dije.

—Seguro —apostilló el conductor riendo.

—Ahí va —dije.

El conductor soltó una estruendosa carcajada.

—Es patético —comentó.

En el estadio se oyó un rugido de decepción.

—La bola ha dado en el dorso del guante cuando el jugador se ha tirado de cabeza para atraparla —dijo el locutor—. Un error de campeonato.

El conductor y yo emitimos simultáneamente una exclamación de disgusto.

Él apagó la radio.

—No soporto seguir escuchándolo —dijo.

—Gracias —dije cuando nos detuvimos en el aparcamiento del taller de reparación de automóviles.

Era un lugar bastante cutre que parecía una antigua gasolinera transformada en un taller de reparación de automóviles. El letrero decía WILLKIE AUTO BODY REPAIR. El empleado de servicio se llamaba Abdul, y pensé que hoy en día tendría problemas a la hora de pasar los trámites de seguridad en un aeropuerto. Supuse que el conductor del camión grúa empezaría a descargar la carcasa de mi pobre Acura, pero en lugar de ello entró en la sala de espera y observó cómo Abdul tomaba nota de mis datos del seguro. En la pared de la habitación vi otra pegatina que decía: «Apoya a nuestras tropas», y una calcomanía de las Fuerzas Especiales.

—¿Jeremiah está en casa? —preguntó el conductor.

—Sí —respondió Abdul—. Por supuesto. Está en casa con los niños.

—Éste es un amigo mío —dijo el conductor—. Quiero que le tratéis bien.
Al volverme, caí en la cuenta de que el conductor del camión grúa se refería a mí.

—Por supuesto, Kurt —respondió Abdul.

—Dile a Jerry que pasé por aquí —dijo Harley.

Me entretuve leyendo un viejo número de *Maxim* mientras Kurt y Abdul entraban de nuevo en el taller. Regresaron al cabo de unos minutos.

—Abdul se va a esmerar en reparar su coche —dijo Kurt—. Aquí trabajan muy bien. Utilizan un sistema de mezcla de pintura computerizado. Es un taller muy limpio. Mientras ustedes terminan con el papeleo, llevaré el coche al área de reparaciones.

—Gracias —respondí.

—De acuerdo, Kurt, hasta luego —dijo Abdul.

Salí al cabo de unos minutos y vi a Kurt sentado en su camión grúa, con el motor encendido, escuchando el partido.

—¿Dónde vive? —me preguntó—. Le acercaré a su casa.

—Queda bastante lejos. En Belmont.

—Saque sus cosas del coche y súbase.

—¿No le importa?

—Me pagan por horas, colega, no por el servicio.

Recogí mis cedés del suelo del coche y tomé mi maletín y guante de béisbol del asiento trasero.

—¿Ha trabajado usted en un taller de reparación de automóviles? —pregunté cuando me subí de nuevo al camión.

El busca empezó a sonar, y Kurt lo desconectó.

—He hecho de todo.

—¿Le gusta trabajar con el camión grúa?

Kurt se volvió y me miró como si estuviera loco.

—Acepto los trabajos que me ofrecen.

—¿La gente ya no quiere emplear a soldados?

—A la gente le encanta emplear a soldados —contestó Kurt—. Pero no a los que están de baja por CD.

—¿Qué significa CD?

—Conducta deshonrosa. Tienes que ponerlo en la solicitud de empleo, y en cuanto lo ven, te echan con cajas destempladas.

—Ya —dije—. Lamento habérselo preguntado. No es asunto mío.

—No importa. Lo que me cabrea es que cuando te echan por conducta deshonrosa, no obtienes ningún beneficio de la Administración de Veteranos

ni una pensión. Es muy jodido.

—¿Qué ocurrió? —pregunté—. Si no le importa que se lo pregunte.

Se produjo otro prolongado silencio. Kurt puso el intermitente y cambió de carril.

—No me importa —respondió. Se detuvo de nuevo, y pensé que quizá no iba a responder. Luego dijo—: El comandante de mi equipo A de las Fuerzas Especiales ordenó a la mitad de nuestros hombres que se embarcaran en una misión suicida, una misión de reconocimiento en Tikrit muy arriesgada. Advertí al comandante que existía un noventa por ciento de probabilidades de que cayeran en una emboscada, y eso fue justamente lo que ocurrió. Los atacaron con granadas propulsadas por cohetes. Y mi colega Jimmy Donadio murió.

Kurt calló, con la vista fija en la carretera mientras conducía. Luego dijo:

—Era un buen chico, estaba a punto de regresar a casa, tenía un niño al que aún no conocía. Yo le tenía en gran estima. De modo que perdí los estribos y atacué al comandante. Le partí la nariz.

—Caray —dije—. Joder, no se lo reprocho. ¿Le hicieron un consejo de guerra?

Kurt se encogió de hombros.

—Tuve suerte de que no me enviaran a Leavenworth. Pero ninguno de los mandos quería que se supiera lo ocurrido, y menos que el CID investigara el asunto. No querían que los hombres se desmoralizaran. Además, no favorecía la imagen del regimiento. De modo que me echaron por conducta deshonrosa, sin enviarme a la cárcel.

—Caray —repetí. No estaba seguro de qué significaban las siglas CID, pero no quería preguntárselo.

—¿Es usted un abogado o algo por el estilo? —inquirió él.

—Un comercial.

—¿Dónde trabaja?

—En Entronics. En Framingham.

—Qué guay. ¿Puede conseguirme un televisor de plasma a un precio reducido?

Dudé unos instantes antes de responder:

—No trabajo en la línea de venta al consumidor, pero quizá pueda hacer algo. Kurt sonrió.

—Bromeaba. De todos modos, no podría adquirir uno de esos aparatos aunque me lo vendieran a precio de coste. He observado que lleva un guante de béisbol en el coche. Es muy bonito. Un Guante de Oro Rawlings, del mejor

cuero, como los que utilizan los profesionales. Parece nuevo de trinca, recién sacado de la caja. ¿Hace poco que lo tiene?

—Unos dos años —respondí—. Es un regalo de mi esposa.

—Ah. ¿Juega usted al béisbol?

—No mucho. Principalmente con el equipo de mi compañía. Jugamos a sóftbol, no a béisbol, pero mi esposa no conoce la diferencia. —Nuestro equipo era un auténtico desastre. Llevábamos una racha en que perdíamos todos los partidos, semejante a la histórica y patética temporada de los Baltimore Orioles en 1988—. ¿Usted juega?

Kurt se encogió de hombros.

—Solía jugar.

Hubo otra larga pausa de silencio.

—¿En la escuela? —pregunté.

—Los Detroit Tigers querían contratarme, pero no llegué a firmar con ellos.

—¿De veras?

—Mi velocidad de lanzamiento era de unos ciento cincuenta kilómetros por hora.

—¡Es increíble! ¡Caray! —exclamé, volviéndome hacia él.

—Pero en esa época me interesaban otras cosas, así que me enrolé en el ejército. A propósito, me llamo Kurt —dijo retirando la mano del volante y estrechando la mía con firmeza—. Kurt Semko.

—Jason Steadman.

Tras otra larga pausa, se me ocurrió una idea.

—Nos vendría bien un buen lanzador —dije.

—¿A quiénes?

—Al equipo de mi compañía. Mañana por la noche tenemos un partido y nos vendría de perlas contar con un buen lanzador. ¿Quiere jugar mañana con nuestro equipo?

Se produjo otra larga pausa.

—¿No es imprescindible que trabaje para la compañía?

—Los tipos contra los que jugamos no saben quiénes trabajan para nosotros y quiénes no.

Kurt volvió a guardar silencio.

Al cabo de unos minutos pregunté:

—¿Qué le parece?

—No sé —respondió Kurt, encogiéndose de hombros. Observaba la carretera fijamente con una media sonrisa.

En aquellos momentos me pareció una idea divertida.

Capítulo 2

Amo a mi esposa.

A veces me parece increíble que una mujer tan inteligente, sofisticada e impresionantemente guapa haya elegido a un tipo como yo. Mi esposa suele decir en broma que nuestro noviazgo fue el mejor trabajo de vendedor que hice en mi vida. No se lo discuto. A fin de cuentas, logré cerrar el trato.

Cuando entré, Kate estaba sentada en el sofá viendo la televisión. Tenía un bol de palomitas en el regazo y una copa de vino blanco en la mesita de café ante ella. Llevaba unos viejos y desteñidos pantalones cortos de gimnasia de los tiempos en que estudiaba en un centro privado de enseñanza secundaria, que ponían de relieve sus largas y bien torneadas piernas. En cuanto me vio, se levantó del sofá y corrió a abrazarme. Hice una mueca de dolor, pero Kate no reparó en ello.

—¡Dios santo! —exclamó—. Estaba muy preocupada.

—Estoy bien. Ya te lo dije. Lo único que resultó herido fue mi amor propio. Aunque el conductor del camión grúa pensó que yo era un idiota.

—¿De veras estás bien, Jase? ¿Llevabas puesto el cinturón de seguridad? —Kate se apartó para mirarme. Tenía los ojos de un maravilloso color entre verde y avellana, el pelo negro y espeso, la mandíbula bien definida y los pómulos pronunciados. Me recordaba a una joven Katharine Hepburn morena. Kate, con encantadora ingenuidad, se consideraba feúcha, debido, según ella, a unas facciones demasiado afiladas y exageradas. Pero esta noche tenía los ojos enrojecidos e hinchados. Era evidente que había estado llorando largo rato.

—El coche se salió de la carretera —dije—. Yo estoy bien, pero el coche ha quedado destrozado.

—El coche —respondió Kate con un movimiento de la mano para despachar el tema, como si mi Acura TL fuera un rollo de papel higiénico. Supongo que había heredado esos ademanes aristocráticos de sus padres. Kate proviene de una familia adinerada. Mejor dicho, su familia había sido muy rica, pero el dinero no había durado hasta la generación de Kate. La fortuna de los Spencer había sufrido un duro revés en 1929, cuando su bisabuelo hizo unas malas inversiones durante la crisis económica. El resto lo liquidó su padre, que era un alcohólico y sólo sabía gastar el dinero, no administrarlo.

Las únicas cosas que había conseguido Kate habían sido unos años de estudios en un colegio caro, una voz cultivada, un gran número de amigos ricos de la familia que ahora se compadecían de ella y un montón de antigüedades, buena parte de las cuales había colocado en nuestra casa de estilo colonial de tres dormitorios, de más mil metros cuadrados, en Belmont.

—¿Cómo has regresado? —preguntó Kate.

—Me trajo el conductor de la grúa, un tipo interesante, exsoldado de las Fuerzas Especiales.

—Hum —dijo Kate, con ese sonido que yo sabía perfectamente que indicaba que no le interesaba el tema, por más que fingiera lo contrario.

—¿Eso es la cena? —pregunté, señalando el bol de palomitas en la mesita de café.

—Lo siento, cielo, esta noche no me apetecía cocinar. ¿Quieres que te prepare algo?

Imagué el brik de tofu en el frigorífico y casi me estremecí.

—No te preocupes. Ya me las arreglaré. Acércate. —Abracé de nuevo a Kate, esta vez soportando el dolor sin torcer el gesto—. Olvídate del coche. Estoy preocupado por ti.

De pronto Kate rompió a llorar entre mis brazos. Se derrumbó. Percibí su respiración entrecortada y sus lágrimas tibias que humedecían mi camisa. La abracé con fuerza.

—Es que pensé que esta vez... iba a dar resultado —dijo.

—Quizá dé resultado la próxima vez. Hemos de tener paciencia.

—¿Nunca te preocupa nada?

—Sólo lo que no puedo resolver —contesté.

Al cabo de un rato nos sentamos juntos en el sofá, una incómoda antigualla inglesa, aunque sin duda muy valiosa, dura como el banco de una iglesia, y vimos un documental en el Discovery Channel sobre los bonobos, una especie de chimpancés más inteligentes y evolucionados que nosotros. Al parecer, los bonobos constituyen una sociedad dominada por las hembras. Nos mostraron unas imágenes de una hembra de bonobo tratando de seducir a un macho, separando las piernas y restregándole el culo en la cara. El locutor lo llamaba «presentarle su trasero». Me abstuve de hacer un comentario sobre nuestras propias relaciones conyugales, que habían pasado a ser prácticamente inexistentes. Ignoro si se debía a los tratamientos de fertilidad, pero de un tiempo a esta parte nuestra vida sexual se había convertido en una especie de

lecho de muerte. No recordaba la última vez que Kate me había «presentado su trasero».

Cogí un puñado de palomitas. Habían sido reventadas por medio de aire y ligeramente untadas con algo parecido a mantequilla. Sabían a cacahuets de poliestireno. Como no podía escupir educadamente la que tenía en la boca, terminé de masticarla y me la tragué.

La hembra de bonobo no parecía tener éxito con el macho, pero siguió intentándolo. Extendió el brazo y le indicó que se acercara moviendo los dedos hacia arriba, como una estrella del cine mudo haciendo el papel de prostituta. No obstante, el macho era un inútil integral, de modo que la hembra se acercó a él y lo agarró con fuerza por las pelotas.

—¡Ay! —dije—. Supongo que esa bonobo no ha leído *¿De verdad estás tan loco por ti?*

Kate meneó la cabeza procurando no sonreír.

Me levanté, entré en el cuarto de baño y me tomé un par de comprimidos Advil. Luego fui a la cocina y me serví una generosa ración de helado Brigham's Oreo en un bol. No me molesté en preguntar a Kate si quería, porque nunca come helados. Nunca come nada que engorde.

Luego me senté de nuevo en el sofá y me puse a comer el helado mientras el narrador decía:

—Las hembras se besan, abrazan y restriegan sus genitales con sus amigas especiales.

—¿Dónde están los bonobos machos? —pregunté—. ¿Sentados en el sofá con el mando a distancia?

Kate me observó comerme el helado.

—¿Qué es eso, cariño?

—¿Esto? —contesté—. Un producto de leche descremada helada que sustituye al tofu.

—Cielo, sabes que no debes comer helados por la noche.

—No me apetecen para desayunar.

—Ya sabes a qué me refiero —dijo Kate, palpándose su vientre extraplano. Yo, por el contrario, empezaba a echar barriga a los treinta. Kate podía comer de todo sin engordar un gramo. Tenía un metabolismo increíble. Las mujeres la odiaban por ello. A mí me irritaba un poco. Si yo hubiera tenido su metabolismo, no me dedicaría a comer *bulgur* y *tempeh*.

—¿No podemos ver otra cosa? —pregunté—. Esto me está poniendo cachondo.

—No digas esas ordinarieces, Jason. —Kate tomó el mando a distancia y empezó a hacer zapeo a través de los centenares de canales hasta detenerse en un programa que me resultó familiar. Reconocí a los actores que hacían el papel de los atractivos hermano y hermana adolescentes y su padre divorciado, que era un abogado especializado en divorcios. Era la serie *S. B.* de la Fox, sobre unos adolescentes guapos y ricos y sus familias disfuncionales en Santa Bárbara: bailes de fin de curso, accidentes de carretera, divorcios, drogas, madres que engañan a sus maridos... Se había convertido en el programa televisivo más popular de la temporada.

Y había sido creado por mi cuñado, Craig Glazer, un importante productor de televisión casado con Susie, la hermana mayor de Kate. Craig y yo fingíamos llevarnos bien.

—¿Cómo es posible que te guste esa porquería? —pregunté, arrebatando a Kate el mando a distancia y cambiando a un canal en el que ponían un viejo documental estilo *National Geographic* sobre los yanomami, una tribu primitiva de la Amazonia.

—Te aconsejo que abandones esa actitud hostil antes de que Craig y Susie vengan la semana que viene.

—Sin mi hostilidad, ¿qué me queda? En cualquier caso, Craig y Susie no saben lo que opino de Craig.

—Susie lo sabe perfectamente.

—Probablemente opina lo mismo que yo sobre su marido. Kate arqueó una ceja en un gesto provocador, pero no dijo nada.

Contemplamos durante un rato el documental sobre la Naturaleza, aunque distraídamente. El narrador dijo con un engolado acento inglés que los yanomami constituían la sociedad más violenta y agresiva que existía en el mundo. Eran conocidos como el Pueblo Feroz. Siempre andaban enzarzados en guerras, por lo general debido a las mujeres, que escaseaban.

—Supongo que eso te gusta, que se peleen por las mujeres —comenté.

Kate negó con la cabeza.

—Estudié las costumbres del Pueblo Feroz en una de mis clases sobre feminismo. Los hombres golpean a sus esposas. Las mujeres piensan que cuantas más cicatrices de machete ostenten, más deben de amarlas sus maridos.

En la mesita de noche de Kate siempre había un libro sobre feminismo. El último se titulaba algo así como *This Sex Which Is Not One* (*Este sexo que no lo es*). Yo no captaba el significado del título, pero por suerte no iba a participar en ningún concurso.

Desde hacía unos años, supongo que debido a su trabajo, Kate se mostraba muy interesada en las culturas africanas y sudamericanas poco conocidas. Trabajaba para la Fundación Meyer de Arte Folclórico y Foráneo en Boston. Daban dinero a personas pobres y sin hogar que realizaban unas pinturas y esculturas que parecían hechas por mi sobrino de ocho años. En cambio, no daban mucho dinero a sus empleados. La fundación pagaba a Kate ocho mil dólares al año, y pensaban que ella debería pagarles a ellos por el privilegio de trabajar allí. Creo que Kate gastaba más dinero en gasolina y tiques de aparcamiento que el que ganaba.

Kate y yo seguimos mirando el programa un rato más. Kate comía palomitas, y yo comía mi helado Oreo. El narrador dijo que los jóvenes yanomami demostraban su virilidad «ensangrentando su lanza» o matando a alguien. Utilizaban hachas, lanzas, arcos y flechas, y unas cerbatanas confeccionadas con bambú que disparaban dardos envenenados.

—Qué guay —dije.

Los yanomami incineraban a sus muertos, echaban las cenizas en su sopa de plátano y se las bebían.

Quizá no fuera tan guay.

Cuando acabó el programa, conté a Kate la última novedad acerca de Crawford, el vicepresidente de la división, que había dejado la compañía para trabajar en Sony y se había llevado a seis de sus colaboradores más valiosos, lo cual había dejado un gigantesco hueco en mi departamento.

—Es tremendo —dije—, un desastre.

—Pero ¿qué dices? —preguntó Kate, mostrándose interesada—. Es estupendo.

—No lo entiendes. Entronic acaba de anunciar que van a adquirir la filial estadounidense de una compañía holandesa llamada Meister.

—He oído hablar de Meister —contestó Kate un tanto irritada—. ¿Y qué?

Royal Meister Electronics N. V. es una gigantesca empresa de aparatos electrónicos, uno de nuestros mayores competidores. Tenían una filial en Dallas que vendía los mismos productos que nosotros, pantallas de LCD y plasma, proyectores y otros aparatos.

—De modo que Crawford se ha largado de Dodge. Debe de saber algo.

Kate se incorporó, encogiendo las piernas y abrazándose las rodillas.

—Escucha, Jase, ¿no comprendes lo que eso significa? Es tu oportunidad.

—¿Mi oportunidad?

—Llevas un montón de años como jefe de ventas regional. Es como si te hubieses quedado atascado en ámbar.

Me pregunté si Kate pretendía superar la mala noticia sobre su prueba de embarazo ocupándose de mi carrera.

—No se ha presentado otro puesto.

—Vamos, Jase, piénsalo. Si Crawford se ha marchado, llevándose a seis de sus colaboradores más valiosos, la división de ventas no tendrá más remedio que llenar algunos de esos huecos con hombres de la compañía. Ésta es tu oportunidad de asumir un cargo directivo, para empezar a ascender en el escalafón.

—Que está lleno de trampas. Me gusta mi trabajo, Katie. No quiero ser vicepresidente.

—Pero básicamente has alcanzado el tope de tu salario, ¿no es así? Nunca ganarás mucho más de lo que ganas ahora.

—¿A qué te refieres? Gano bastante dinero. ¿Recuerdas cuánto ganaba hace tres años?

Kate asintió con los ojos fijos en los míos, como dudando en añadir algo más. Luego dijo:

—Cielo, hace tres años fue un año anormal. No dabais abasto con las pantallas de plasma, y Entronics se convirtió en el dueño del mercado. Eso no volverá a ocurrir.

—Mira, Kate, existe una máquina corporativa que se dedica a clasificar a los tipos de mi edad como si fuéramos huevos, ¿comprendes? Nos coloca en envases etiquetados como Huevos Grandes, Extra Grandes y Tamaño Superior.

—¿Y tú qué eres?

—No quiero entrar en la categoría de Tamaño Superior. Soy un comercial, y punto.

—Pero si ocupas un cargo directivo, ganarás mucho dinero.

Un par de años antes, Kate solía insistir en que debía esforzarme en ascender en el escalafón corporativo; pero supuse que se había olvidado del tema.

—Los tipos que ocupan cargos directivos nunca salen de la oficina —dije—. Tienen que colocarse un aparato antirrobo en el tobillo. Están pálidos como la cera porque siempre se encuentran en la sala de conferencias. Demasiados lameculos, demasiado politiqueo. No va conmigo. ¿Por qué has sacado el tema?

—Escucha, de jefe de ventas regional pasas a vicepresidente de división, luego a vicepresidente primero y por último a director general, y al poco

tiempo dirigirías la compañía. Dentro de un par de años podrías ganar una fortuna.

Suspiré resignado; quería discutir con Kate, pero sabía que era inútil. Cuando Kate se ponía así, era como un terrier que no soltaba su hueso de plástico.

Lo cierto es que Kate y yo tenemos unos conceptos muy distintos acerca de lo que es una fortuna. Mi padre trabajaba en una planta de metal laminado en Worcester, donde fabricaban conductos y tuberías para sistemas de aire acondicionado y ventilación. Había ascendido a jefe del taller y desempeñaba un papel muy activo en el sindicato de metalurgia. No era un hombre ambicioso; creo que había aceptado el primer trabajo que se había presentado, había tratado de hacerlo bien y no se había movido de ahí. Pero trabajaba duro, hacía horas y turnos extraordinarios siempre que podía y al final de la jornada llegaba molido a casa, incapaz de hacer otra cosa que sentarse delante del televisor, como un zombi, y beberse una Budweiser. A mi padre le faltaban las yemas de dos dedos de la mano derecha, lo cual había constituido para mí un recordatorio silencioso de cuán peligroso era su trabajo. Cuando mi padre me dijo que quería que yo estudiara en la universidad para no tener que hacer lo que hacía él, comprendí que hablaba en serio.

Vivíamos en una planta de una vivienda de tres pisos para varias familias en Providence Street, en Worcester, un edificio revestido de amianto con una valla de tela metálica alrededor del patio de hormigón. El hecho de pasar de ahí a poseer una casa de estilo colonial en Belmont..., francamente, me parecía una proeza.

Por el contrario, la casa en la que se había criado Kate, en Wellesley, era más grande que el edificio en el que se hallaba su dormitorio en Harvard. Un día pasamos en coche frente a la casa. Era una gigantesca mansión de piedra con una imponente verja de hierro forjado que ocupaba un sinnúmero de metros cuadrados. Incluso después de que el borrachín de su padre liquidara lo que quedaba de la fortuna familiar debido a una mala inversión y tuvieran que vender la casa de veraneo en Osterville, Cape Cod, y posteriormente la mansión en Wellesley, la casa a la que se habían mudado era el doble de grande que la casa en la que Kate y yo vivíamos ahora.

Tras una pausa, Kate dijo:

—Supongo que no querrás terminar como Cal Taylor.

—Eso ha sido un golpe bajo.

Cal Taylor tenía unos sesenta años y había trabajado de comercial en Entronics toda su vida, desde la época en que vendían transistores y

televisores de baja calidad y trataban de competir con Emerson y Kenwood. Taylor era un ejemplo aleccionador. El mero hecho de verlo me ponía los pelos de punta, porque representaba aquello en lo que temía convertirme. Con su pelo canoso y su bigote manchado de nicotina, su aliento que apestaba a Jack Daniel's, su tos de fumador y su interminable colección de chistes malos, constituía mi pesadilla personal. Era un perdedor, un fracasado que había conseguido permanecer en la compañía gracias a unas tenues amistades que había entablado a lo largo de los años, las pocas que se había molestado en cultivar. Estaba divorciado, se alimentaba de comida precocinada que comía frente al televisor y pasaba casi todas las noches en un bar del barrio.

De pronto, la expresión de Kate se suavizó y ladeó la cabeza.

—Cielo —dijo suavemente, casi con tono zalamero—, mira esta casa.

—¿Qué le ocurre?

—No queremos criar a nuestros hijos en un lugar así —respondió Kate con voz entrecortada. Parecía triste—. No hay espacio para jugar. El jardín es muy pequeño.

—Odio cortar la hierba. De todos modos, de niño no tuve un jardín.

Kate hizo una pausa y desvió los ojos. Me pregunté en qué estaba pensando. Si confiaba en regresar a Manderley, se había casado con el hombre equivocado.

—Vamos, Jason, ¿qué ha sido de tus ambiciones? Cuando te conocí, eras un joven dispuesto a comerse el mundo. ¿Te acuerdas?

—Lo fingí para que te casaras conmigo.

—Sé que estás bromeando. Eres ambicioso, lo sabes muy bien. Te has vuelto... —estaba seguro de que Kate iba a añadir «un tipo gordo y satisfecho», pero en vez de eso, dijo—: acomodadizo. Sin embargo, ha llegado el momento de ir a por ello.

Yo no dejaba de pensar en el documental sobre el Pueblo Feroz. Cuando Kate se casó conmigo, debió de pensar que yo era un guerrero yanomamo a quien podía convertir en el jefe de la tribu.

No obstante, respondí:

—Hablaré con Gordy.

Kent Gordon era vicepresidente primero y dirigía toda la división de ventas.

—Perfecto —dijo Kate—. Exígele que te conceda una entrevista para hablar de un ascenso.

—Exigir no es mi estilo.

—Pues sorpréndele. Muestra cierta agresividad. Le encantará. Aquí, o matas o te matan. Tienes que demostrarle que eres un *killer*.

—Sí, ya —contesté—. ¿Crees que podré conseguir en eBay una de esas cerbatanas que utilizan los yanomami?

Capítulo 3

—Estamos jodidos, chico —dijo Ricky Festino—, pero que muy jodidos.

Ricky Festino era miembro de lo que llamábamos la Banda de los Hermanos, un colega de la división de ventas de Entronics USA Visual Systems. Los comerciales suelen ser unos tipos afables, efusivos y campechanos. Sin embargo, Festino no era así. Era una excepción. Era hosco, cínico, de un sarcasmo corrosivo. Lo único que se le daba bien era conseguir contratos. Había abandonado la Facultad de Derecho de la Universidad de Boston al cabo de un año, y el curso que más le había gustado era el de los contratos: un buen indicador sobre su carácter.

Tengo la impresión de que Festino detestaba su trabajo y tampoco sentía un gran cariño por su esposa y sus dos hijos. Llevaba cada mañana en coche a su hijo menor a un colegio privado y entrenaba al equipo de béisbol de su hijo mayor, lo cual en teoría le convertía en un buen padre, salvo que siempre se estaba quejando. Nunca supe qué le motivaba aparte del temor y la amargura; pero sea lo que fuere, conseguía lo que se proponía.

Tampoco comprendía el motivo de que yo le cayera bien. Imagino que a Ricky Festino yo debía de parecerle irritantemente optimista. Lo lógico hubiera sido que me despreciara, pero en lugar de ello me trataba como a la mascota de la familia, el único que le comprendía realmente, un golden retriever bonachón con el que desahogarse cuando me sacaba de paseo. A veces me llamaba Tigger, refiriéndose al simpático, extrovertido y básicamente estúpido amigo de Winnie-the-Pooh. Si yo era Tigger, Festino era Eeyore.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—A la adquisición. ¿A qué va a ser? Mierda —farfulló Festino mientras vertía unas relucientes gotas de un producto antibacteriano para limpiarse las manos de una botellita de plástico que llevaba siempre encima. Se frotó las manos violentamente, y percibí el olor a alcohol. Festino estaba obsesionado con los gérmenes—. Acabo de estrechar la mano de ese tipo de CompuMax, que no hacía más que estornudar.

CompuMax era un «constructor de sistemas», una compañía que se dedicaba a montar y vender ordenadores anónimos de gama baja a empresas. Era un mal cliente, principalmente porque no invertían dinero en

componentes de marca y Entronics era una marca demasiado importante para ellos. Festino estaba tratando de venderles una gran cantidad de monitores de LCD que Entronics no fabricaba, que obteníamos de una firma coreana de segundo orden y a los que poníamos nuestro logotipo. Festino trataba de convencerles de que si al menos uno de sus componentes ostentaba la marca de Entronics, sus aparatos resultarían más atractivos y deseables. Era una buena idea, pero los de CompuMax no estaban convencidos. Deduje que Festino no había sabido venderles el producto, pero yo no podía intervenir demasiado: era su operación.

—Empiezo a comprender por qué los japoneses consideran sucios a los occidentales —prosiguió Festino—. Ese tío no dejaba de estornudar tapándose la nariz con la mano y, al despedirse, quiso estrecharme la mía. ¿Qué iba a hacer yo, negarme a estrechar su asquerosa mano? Ese tipo era un caldo de cultivo de microbios humano. ¿Quieres un poco? —preguntó, ofreciéndome la botellita de plástico.

—No, gracias.

—¿Es cosa de mi imaginación, o tu despacho es mucho más pequeño que el mío?

—Es la decoración —respondí—. El tamaño es el mismo.

En realidad, mi despacho parecía cada día más pequeño. La división de ventas de Entronics USA Visual Systems ocupaba toda la planta superior del edificio Entronics en Framingham, a unos treinta y cinco kilómetros al oeste de Boston. Es con mucho la estructura más elevada de la ciudad, rodeada por unos bloques de oficinas de baja altura. Hacía diez años los lugareños se habían opuesto ferozmente a su construcción. Es un bonito edificio, pero todo el mundo en Framingham lo considera una afrenta. Un chistoso lo había apodado el Fallo de Framingham. Otros lo llamaban la Erección de Entronics.

Festino se sentó en la silla del visitante.

—Deja que te diga algo sobre la negociación con Royal Meister. Los japoneses siempre tienen un plan maestro. Nunca te dicen de qué se trata, pero siempre tienen un plan maestro a largo plazo. Nosotros no somos más que esas pequeñas piezas circulares... ¿Cómo se llama ese juego de estrategia al que juegan los japoneses?

—¿Te refieres al *Go*?

—Eso es. *Go*, como «vete» en inglés. Vete a hacer puñetas. Vete y que te den morcilla.

Observé unas manchas oscuras de sudor en los sobacos de la camisa azul de Ricky. Los despachos de Entronics mantenían una temperatura estable de

veinte grados centígrados, en verano y en invierno, y si pecaban de algo, era de fríos; sin embargo, Ricky sudaba mucho. Tenía un par de años más que yo y estaba bastante deteriorado físicamente. Era grueso, con una barriga más pronunciada que la mía y un cuello cuya lorza de grasa sobresalía sobre el cuello de su camisa, que le quedaba estrecha. Hacía un par de años había empezado a teñirse el pelo, y el tono que usaba era un negro excesivamente intenso.

Miré disimuladamente la hora en la pantalla de mi ordenador. Había dicho al tipo de Hoteles y Resorts Lockwood que le llamaría antes del mediodía, y eran las doce y cinco.

—Oye, mira, Rick...

—No lo entiendes. Eres demasiado buenazo —dijo Ricky, torciendo el gesto—. Entronics quiere adquirir la filial de Royal Meister en Estados Unidos, ¿de acuerdo? Pero ¿por qué? ¿Crees que sus pantallas de plasma son mejores que las nuestras?

—No —respondí, tratando de no inducirle a seguir hablando.

Diría al tipo de Lockwood que no le había llamado antes porque estaba a punto de cerrar un trato muy importante. No quería mentirle, pero le insinuaría que había otra cadena de hoteles de cinco estrellas que quería instalar también unos televisores con pantallas de plasma en todas las habitaciones. Si lo hacía bien, quizá lograra hacerle creer que se trataba de la cadena Four Seasons o algo así. Quizá conseguiría que se decidiera de una vez, o quizá no.

—Justamente —dijo Ricky—. Es por su personal de ventas. Nos van a dar la patada. Los tipos en Tokio están sentados en sus esteras tatami en el Mega Tower, frotándose las manos ante la perspectiva de adquirir un personal de ventas mejor preparado técnicamente que nosotros. ¿Y qué significa eso? Que posiblemente nos echarán a todos, salvo al diez por ciento de los empleados más valiosos, que trasladarán a Dallas. Eso se llama consolidar. El suelo en Dallas es mucho más barato que en Boston. Venderán este edificio y al resto de nosotros nos arrojarán bajo las ruedas de un autobús. Es obvio, Jason. ¿Por qué crees que Crawford se ha pasado a Sony?

Festino se sentía tan orgulloso de su genio maquiavélico que no quise decirle que yo había llegado a la misma hipótesis. De modo que asentí con la cabeza y le miré con gesto intrigado.

Entonces vi pasar frente a mi despacho a un enjuto japonés y le saludé con un breve ademán.

—Hola, Yoshi —dije.

Yoshi Tanaka, un tipo sin personalidad que lucía unas gruesas gafas con montura de aviador, era un *funin-sha*, un japonés expatriado que se había trasladado a Estados Unidos para ponerse al día. Sin embargo, era más que eso. Oficialmente, era el director de Planificación Comercial, pero todo el mundo sabía que era un informador para los directivos de Entronics en Tokio, que permanecía en su despacho hasta altas horas de la noche y les informaba por teléfono y correo electrónico. Era los ojos y los oídos de los de Tokio aquí. Pero apenas chapurreaba el inglés, lo cual debía de constituir un obstáculo a la hora de espiar.

Yoshi los tenía a todos muertos de miedo, pero a mí no me caía mal. Sentía lástima de él. No debía de ser fácil vivir en un país cuya lengua desconoces, sin familia, aunque supuse que tendría una familia en Tokio. No me imaginaba trabajando en Japón sin hablar japonés. Siempre estás en una situación de desventaja. Te sientes aislado. No entiendes lo que dicen los demás. Los colegas de Yoshi, que desconfiaban de él, le marginaban. No debía de ser una posición cómoda. De hecho, debía de ser muy dura. Nunca me sumé a los demás para machacar a Yoshi.

Ricky se volvió, sonrió a Yoshi y, cuando éste pasó de largo, murmuró:

—Maldito espía.

—¿Crees que te habrá oído? —pregunté.

—No. Y aunque me haya oído, no habrá entendido lo que he dicho.

—Oye, mira, Rick, ese tipo de Lockwood está esperando que le llame...

—Esto es la monda. ¿Siguen dándote largas?

Asentí con gesto apesadumbrado.

—Déjalo correr, tío. Olvídalo. No insistas.

—¿Me estás diciendo que olvide un negocio de cuarenta millones de dólares?

—Lo único que quiere conseguir ese tipo son unas entradas para la Super Bowl. Cualquier negociación que dure tanto tiempo está muerta.

Suspiré. Festino era un experto en negociaciones muertas.

—Tengo que llamarle.

—Pareces un hámster sobre una rueda. Todos somos unos hámsteres. Cuando menos lo esperemos, aparecerá un tipo con una bata blanca que vendrá a practicar la eutanasia, y tú sigues corriendo alrededor de la rueda. Olvídalo, colega.

Me levanté para inducir a Festino a hacer lo propio.

—¿Vendrás a jugar esta noche?

—Desde luego —contestó Festino, levantándose—. Carol está cabreada porque anoche salí con unos clientes. ¿Qué más da que pase otra noche en la casita del perro? ¿Contra qué equipo jugamos esta noche, el Charles River?

Asentí con la cabeza.

—Será otra ignominiosa derrota para la Banda de los Hermanos. No tenemos un lanzador como Dios manda. Trevor es un desastre.

Sonreí recordando al conductor del camión grúa que había conocido anoche.

—Tengo a un lanzador.

—¿Tú? Tú también eres un lanzador desastroso.

—No me refiero a mí, sino a un tipo que es prácticamente un profesional.

—Pero ¿qué dices?

Se lo expliqué brevemente.

Rick me miró receloso y, por primera vez en esa mañana, sonrió.

—Diremos a los chicos del Charles River que es el nuevo encargado de almacén o algo parecido.

Asentí con la cabeza.

—Un sustituto —dijo Rick.

—Exacto. Tras dudar unos instantes, Rick dijo:

—No es lo mismo lanzar una bola en un partido de sóftbol que de béisbol.

—Ese tipo es un atleta tremendo, Rick. Estoy seguro de que sabrá lanzarla a la velocidad exigida.

Ricky ladeó la cabeza y me miró con gesto de admiración.

—¿Sabes, Tigger? Debajo de ese aspecto de inocentón ocultas una mente muy astuta. Jamás lo había sospechado. He de confesar que me siento impresionado.

Capítulo 4

El grupo de Hoteles y Resorts Lockwood era una de las cadenas de hoteles de lujo más importantes del mundo. No obstante, sus instalaciones estaban un poco anticuadas y necesitaban una puesta al día. Parte del plan del director para competir con el Four Seasons y el Ritz-Carlton era instalar unas Wave Radios Bose y unos televisores de plasma de cuarenta y dos pulgadas en todas las habitaciones. Yo sabía que estaban hablando también con NEC y Toshiba.

Les había propuesto que realizaran un estudio comparativo y había ordenado que enviaran una de nuestras pantallas a las oficinas Lockwood en White Plains, Nueva York, la sede de dicha cadena hotelera, para que compararan nuestro producto con los de NEC y Toshiba. Sabía que nuestro producto tenía cuando menos la misma calidad que los de la competencia, puesto que todavía se vendía bien. Pero Brian Borque, vicepresidente de Administración de Bienes Inmuebles de la cadena Lockwood, no acaba de decidirse.

Me pregunté si Ricky Festino tenía razón al decir que Borque me estaba vacilando para conseguir unas entradas para la Super Bowl y el campeonato de liga y unas cenas en Alain Duchase, en Nueva York. Casi deseaba que sus sospechas se confirmaran para salir de dudas.

—Hola, Brian —dije a través del auricular.

—¡Hola! —respondió Brian Borque. Siempre parecía alegrarse de hablar conmigo.

—Sé que debí llamarte hace un rato. Lo siento. —Estuve a punto de endilgarle la mentira sobre la otra cadena hotelera, pero no me atreví—. Tuve una reunión que se prolongó mucho.

—No te preocupes, hombre. Por cierto, esta mañana he leído un artículo sobre vosotros en el *Journal*. ¿Es verdad que Meister va a adquirir vuestra compañía?

—Al revés. Entronics va a adquirir la filial de Meister en Estados Unidos.

—Qué interesante. Nosotros también hemos hablado con ellos.

No lo sabía. Genial, otro jugador en esta negociación interminable. Me acordé de una vieja película que vi un día en la universidad titulada *Danzad, danzad malditos*, sobre una maratón de baile en la que los participantes bailan hasta caer rendidos.

—Supongo que eso significa un competidor menos —dije con tono jovial—. ¿Cómo fue el cumpleaños de Martha? ¿La llevaste a Viena como ella quería?

—A Vienna, Virginia. Oye, mira, la semana que viene tengo que ir a Boston. ¿Te apetece asistir a un partido de los Sox?

—Claro.

—¿Aún podéis conseguir esos asientos increíbles?

—Haré lo que pueda. —Tras dudar unos instantes, dije—: Escucha, Brian...

Al notar el cambio en mi tono de voz, Brian me interrumpió.

—Ojalá tuviera una respuesta que darte, colega, pero no la tengo. Créeme, me gustaría cerrar el trato con vosotros.

—Mi jefe me está presionando, Brian. Este acuerdo está previsto desde...

—Eh, yo nunca dije que podíais darlo por hecho.

—Lo sé, lo sé. Es Gordy. Me está presionando. Quiere que concierte una reunión entre él y vuestro director general.

—Gordy —dijo Brian con tono despectivo. Kent Gordon era el vicepresidente primero y director de ventas de Entronics USA, cinturón negro y Seis Sigma, el tipo más agresivo que he conocido jamás. Era brutal, astuto e implacable, lo cual no tiene nada de malo, y toda mi carrera estaba en sus manos. Gordy me estaba presionando de un modo tremendo para que cerrara este trato, del mismo modo que presionaba a todos para que cerraran un trato, y era más que plausible que quisiera que yo concertara una reunión entre el director de los Hoteles Lockwood y él. Pero no era cierto. Gordy no me lo había pedido. Quizá no tardara en hacerlo, pero aún no lo había hecho. Era un farol que me había marcado.

—Lo sé —respondí—, pero ya sabes que no puedo controlar lo que haga.

—No te recomiendo que lo hagas.

—Mis jefes quieren cerrar este trato, que al parecer está en un callejón sin salida, y...

—Jason, cuando yo estaba sentado en tu lado de la mesa, intenté este truco mil veces —dijo Brian con tono afable.

—¿Qué? —pregunté, pero no tuve el valor de rematar mi farol. Me palpé mis contusionadas costillas. Apenas me dolían.

—Mira, me gustaría poder decirte cómo está el asunto, pero no lo sé. El resultado del estudio comparativo fue estupendo, y vuestro precio es aceptable. Quizá no debería decirlo, pero vuestro precio es más que aceptable.

Sin embargo, los de arriba toman unas decisiones en las que yo, como es lógico, no intervengo.

—¿Te refieres a que los de arriba tienen algún favorito?

—Más o menos, Jason. Si yo conociera toda la historia, te lo diría. Eres un tipo estupendo, y sé que te has esforzado en conseguir este contrato; y si el producto no estuviera a la altura, o si los números no cuadraran, no dudaría en decírtelo. Pero no se trata de eso. No sé de qué se trata.

Hubo unos minutos de silencio.

—Te agradezco tu sinceridad, Brian —respondí. Pensé de nuevo en la máquina que clasificaba los huevos y me pregunté cómo funcionaba exactamente—. ¿Qué días de la semana que viene vas a venir a Boston?

Mi jefe inmediato era una mujer, cosa bastante insólita en este negocio. Se llamaba Joan Tureck y era jefe regional a cargo de toda Nueva Inglaterra. Yo no sabía mucho sobre su vida personal. Había oído decir que era lesbiana y que vivía con una mujer en Cambridge, pero Joan nunca hablaba de su compañera ni la había traído nunca a la oficina. Era un poco sosa, pero nos llevábamos bien, y siempre me había apoyado, aunque a su estilo, con discreción.

Cuando entré, Joan estaba hablando por teléfono. Siempre estaba hablando por teléfono. Llevaba puestos unos auriculares y sonreía. Todos los despachos de Entronics tienen unas ventanas estrechas a cada lado de las puertas para que todos podamos ver el interior de los mismos. No existe ninguna privacidad.

Por fin Joan me vio frente a su despacho y alzó un dedo. Esperé fuera hasta que me indicó que pasara con un ademán de su mano izquierda.

—¿Has hablado con Hoteles Lockwood esta mañana? —me preguntó Joan. Tenía el pelo corto, rizado, de un color castaño anodino con unas pocas canas en las sienes. Nunca iba maquillada.

Asentí con la cabeza y me senté.

—¿Aún no sabes nada?

—Nada.

—¿No crees que ha llegado la hora de pedir refuerzos?

—Es posible. No consigo metérsela. —Enseguida me arrepentí de haber empleado esa metáfora sexual, hasta que recordé que también podía interpretarse como una metáfora deportiva.

—Necesitamos cerrar ese trato. Si puedo ayudarte en algo... —Observé que Joan parecía muy cansada, casi agotada, lo cual era raro en ella. Tenía unas ojeras de color rojizo pardusco. Bebió un largo trago de una taza de café con el dibujo de un gato—. ¿Es de eso de lo que quieres hablar?

—No, de otra cosa —respondí—. ¿Tienes un par de minutos?

Joan miró su pequeño reloj de pulsera.

—Tengo un almuerzo, pero podemos hablar hasta que aparezca la persona con la que he quedado para comer.

—Gracias. De modo que Crawford se larga —dije.

Joan pestañeó, lo que no me ayudó en absoluto.

—Y todos sus colegas —proseguí—. Probablemente te ascenderán a vicepresidenta de dirección, ¿no es así?

Joan volvió a pestañear y vaciló unos instantes.

—Ten en cuenta que con la adquisición de Meister, vamos a tener que reestructurar la plantilla. Despediremos a todos los que no sean unos empleados de primera.

«Tal como había supuesto», pensé, mordiéndome el labio inferior.

—¿Crees que debo empezar a recoger mis cosas?

—No tienes por qué preocuparte, Jason. Has logrado figurar en el Club durante cuatro años consecutivos. —El Club, o Club 101, estaba formado por los representantes comerciales que habían realizado un trabajo extraordinario, obteniendo un 101 por ciento de sus cifras de ingresos—. Incluso te nombraron comercial del año.

—El año pasado, no —puntalicé. El año pasado había obtenido ese título el empalagoso de Trevor Allard y había ganado un viaje a Italia. Se había llevado a su mujer y a los pocos días la había engañado con una tía italiana que había conocido en el Harry's Bar de Venecia.

—Tuviste un cuarto trimestre malo. Todo el mundo tiene algún trimestre malo. Lo importante es que los clientes compren productos a las personas que les caen bien, y tú caes bien a todo el mundo. Pero no has venido a verme para hablar de eso.

—¿Tengo alguna posibilidad de obtener el cargo de jefe regional, Joan?

Joan me miró sorprendida.

—¿Lo preguntas en serio?

—Sí.

—Como sabes, Trevor se ha postulado para ese puesto. Y se está esforzando mucho en conseguirlo.

Algunos de los compañeros le llamaban Trevor Teflón porque tenía las mismas cualidades que ese material. Me recordaba al untuoso Eddie Haskell del viejo programa de televisión *Déjasele a Beaver*. Supongo que habrán deducido que pierdo mucho tiempo mirando viejos refritos en televisión.

—Trevor sería un buen jefe regional. Pero yo también. ¿Cuento con tu apoyo?

—Yo... prefiero no tomar partido por nadie, Jason —contestó Joan con tono contrito—. Si quieres que le hable de ti a Gordy, lo haré encantada; pero no sé si tiene en cuenta mis recomendaciones.

—Es lo único que te pido. Háblale de mí. Dile que quiero una entrevista con él.

—Lo haré. Sin embargo, puede que Trevor encaje más en el tipo que busca Gordy.

—¿Más agresivo?

—Supongo que es lo que Gordy denomina «un tipo que come carne».

Algunos le llamaban otras cosas menos agradables.

—Yo también como carne.

—Le hablaré de ti. Pero no quiero tomar partido. Quiero permanecer neutral en este tema.

Entonces llamaron a la puerta de su despacho, y Joan hizo un gesto con los dedos invitando a la persona que había llamado a entrar.

La puerta se abrió y apareció un hombre alto y atractivo, con el pelo castaño y alborotado y unos ojos pardos y somnolientos, que miró a Joan sonriendo y mostrando una dentadura perfecta. Trevor Allard era alto, delgado, atlético y arrogante, y seguía presentando el aspecto de jefe del equipo de Saint Lawrence que había sido hacía pocos años.

—¿Estás lista para ir a comer, Joan? —preguntó—. Ah, hola, Jason, no te había visto.

Capítulo 5

Cuando llegué a casa, Kate ya había regresado del trabajo. Estaba tumbada en el sofá duro como una piedra de la abuela Spencer, leyendo una colección de historias de Alice Adams. Lo leía para su grupo de lectura, formado por nueve mujeres con las que había estudiado en el instituto y la universidad que se reunían una vez al mes para hablar sobre novelas «literarias» escritas sólo por mujeres.

—Esta noche tengo partido —dije después de besarnos.

—Ah, claro, es martes. Quería probar esa receta de tofu del libro del *Mooserwood Cookbook*, pero supongo que esta noche no tendrás tiempo.

—Comeré algo de camino al campo —me apresuré a responder.

—¿Quieres una hamburguesa de soja?

—No, de veras, no te molestes.

Kate no era una gran cocinera, y esta nueva afición al tofu era un rollo, pero la admiraba por molestarse siquiera en intentarlo. Su difunta madre no tenía ni idea de cocinar. Habían tenido una cocinera, además de otros sirvientes domésticos, hasta que el dinero se había agotado. Mi madre regresaba de una larga jornada de trabajo como secretaria y recepcionista en la consulta de un médico y nos preparaba una succulenta cena para mi padre y para mí, por lo general un *chop suey* americano, consistente en macarrones con carne picada y salsa de tomate. Yo nunca había oído hablar de alguien que tuviera una cocinera, aparte de en las películas.

—Le dije a Joan que quería una entrevista para hablar del ascenso —dije.

—Eso es estupendo, cielo. ¿Cuándo vas a tener esa entrevista?

—No lo sé. Ni siquiera sé si Gordy me entrevistará para ese puesto. Estoy seguro de que quiere dárselo a Trevor.

—Al menos está obligado a entrevistarte, ¿no?

—Gordy no está obligado a nada.

—Te entrevistará —afirmó Kate categórica—. Y entonces le dirás lo mucho que deseas ese puesto y lo bien que lo harás.

—En realidad —respondí—, empiezo a desearlo, sobre todo para evitar que Trevor se convierta en mi jefe.

—No estoy segura de que ésa sea la mejor razón, cielo. ¿Puedo enseñarte algo?

—Claro. —Yo ya sabía lo que era. Debía de ser un cuadro que Kate había descubierto en el trabajo, realizado por un artista «foráneo» pobre en un estilo totalmente primitivo. Esto ocurría por lo menos una vez al mes. Kate se deshacía en elogios sobre la obra, y yo no lo comprendía.

Kate se dirigió al vestíbulo y regresó con un voluminoso paquete de cartón del que sacó un trozo de tela cuadrado.

—¿No es fantástico? —preguntó, sosteniéndolo en alto y sonriendo de gozo.

Parecía una pintura de un gigantesco edificio de apartamentos de color negro debajo del cual había unas personas diminutas que eran aplastadas por él. Una de ellas se estaba convirtiendo en una bola de llamas azules. Otra tenía una burbuja que le salía de la boca que decía: «Me siento oprimido por la deuda de la sociedad capitalista». Unos enormes billetes de cien dólares dotados de alas flotaban contra un cielo celeste, y sobre la escena aparecían pintadas las palabras: «Dios bendiga a América».

—¿No te parece brillante ese irónico «Dios bendiga a América», ese edificio fálico que representa la deuda, aplastando a esas personitas?

—¿Eso te parece un falo?

—Venga, Jase. Esa gigantesca presencia física, ese prodigio de ingeniería.

—De acuerdo, lo entiendo —respondí, tratando de parecer sincero.

—Es una historia pintada en una colcha por una artista haitiana llamada Marie Bastien. Era muy importante en Haití, y acaba de trasladarse a Dorchester con sus cinco hijos. Es una madre soltera. Creo que puede convertirse en la próxima Faith Ringgold.

—¿De veras? —pregunté. No tenía la más remota idea de a quién se refería Kate.

—La luminosidad de sus colores me recuerda a Bonnard, pero con el modernismo puro y simple de Jacob Lawrence.

—Hum —respondí, consultando mi reloj. Tomé la factura de la American Express de la mesita de café y la abrí—. Estupendo —dije, mirando la factura con ojos como platos—. Joder.

—¿Malas noticias? —preguntó Kate.

—Me siento oprimido por la deuda de la sociedad capitalista —contesté.

—¿Muy malas? —inquirió Kate.

—Malísimas —respondí—. Pero no me verás convertirme en una bola de llamas azules.

Capítulo 6

Era difícil reunir a un grupo de tipos más competitivos que el equipo de ventas de Entronics USA. Todos habíamos sido reclutados por nuestro espíritu competitivo, al igual que algunas especies de pit bulls son criados para ser agresivos. A la compañía no le importaba que sus representantes comerciales fueran muy inteligentes; desde luego, no había ninguna lumbrera entre nosotros. Les gustaba contratar a atletas, pues imaginaban que éstos eran persistentes y estaban motivados por su espíritu competitivo, quizás acostumbrados también a ser castigados y maltratados. Los que no éramos atletas éramos unos tipos simpáticos y joviales: el presidente del club social de una universidad, los miembros de una fraternidad. Ése era yo, culpable de todos los cargos. Era miembro del Comité de la Hora Feliz de la Universidad de Massachusetts, que llamábamos Zoo-Mass.

Por tanto, sería lógico suponer que gracias a todos los atletas que había en nuestro personal de ventas, nuestro equipo de sóftbol sería formidable.

Sin embargo, éramos una calamidad.

La mayoría de nosotros estábamos en pésima forma. Llevábamos a nuestros clientes continuamente a comer o cenar, comíamos bien, bebíamos mucha cerveza y no teníamos tiempo para hacer ejercicio. Los únicos que estaban en forma eran Trevor Allard, nuestro lanzador, y Brett Gleason, nuestro parador en corto, que era el típico deportista musculoso y un tanto estúpido. Allard y Gleason eran buenos amigos, salían juntos con frecuencia y jugaban juntos a baloncesto todos los jueves por la noche.

Era considerado un tanto ridículo tomarnos demasiado en serio nuestros partidos de sóftbol. No teníamos uniformes, salvo si tenemos en cuenta las camisetas en las que se leía ENTRONICS - LA BANDA DE LOS HERMANOS, que alguien había confeccionado y que casi nadie se acordaba de ponerse. Todos contribuíamos para pagar a un árbitro cincuenta dólares, siempre que estuviera disponible. De vez en cuando discutíamos sobre si alguien era *safe* o una bola era *foul*, pero las disputas se saldaban rápidamente y seguíamos con el partido.

Con todo, a nadie le gusta perder, y menos a unos tipos dispuestos a despedazarse mutuamente como nosotros.

El partido de esta noche era contra los campeones reinantes de nuestra liga corporativa, Charles River Financial, la gigantesca compañía de fondos de inversión inmobiliaria. Su equipo se componía casi por completo de agentes de cambio, recién salidos de la universidad, todos tenían veintidós años, medían más de dos metros de altura y la mayoría había jugado en algún equipo de béisbol de una prestigiosa universidad. Charles River reclutaba a jugadores jóvenes, les extraía hasta la última gota de sangre y los escupía, y cuando cumplían los treinta, desaparecían del mapa. Pero entre tanto, componían un impresionante equipo de sóftbol.

La cuestión no era si perderíamos, sino cuán ignominiosa sería nuestra derrota.

Jugábamos cada martes por la tarde en el campo de Stonington College, que estaba bien cuidado, mejor de lo que necesitábamos o merecíamos. Parecía Fenway. La hierba del jardín presentaba un lujuriente color turquesa y estaba perfectamente cortada; la tierra roja del cuadro, una mezcla de arcilla y arena, estaba siempre barrida; las líneas de *foul* eran blancas y precisas.

Los jóvenes jugadores del Charles River llegaron al mismo tiempo, conduciendo sus Porsches, BMW y Mercedes descapotables. Lucían unos uniformes reglamentarios, unos jerséis blancos con rayas finas como los New York Yankees, con el nombre CHARLES RIVER FINANCIAL bordado en el pecho con una escritura entrelazada, y cada uno ostentaba un número en el dorso. Utilizaban unos bates Vexxum-3 Long Barrel de aluminio y resinas compuestas, unos guantes Wilson y unas bolsas DeMarini a juego. Parecían profesionales. Los odiábamos del mismo modo que un aficionado de los Sox odia a los Yankees: profunda, irrevocable e irracionalmente.

Una vez que comenzó el partido, me olvidé del conductor del camión grúa. Al parecer, él también se había olvidado.

Las cosas no tardaron en ponerse feas. Allard permitió siete carreras, cuatro de ellas un *grand slam* del capitán del equipo del Charles River, un agente de cambio llamado Mike Welch que era clavado a Derek Jeter. Nuestros chicos estaban visiblemente nerviosos, esforzándose en remontar el partido, de modo que en lugar de optar por unos golpes seguros trataban de conseguir un *home run* e inevitablemente golpeaban la bola demasiado alto y ésta caía dentro del cuadro. Eso, sin contar una larga lista de errores: Festino chocó con un jugador defensivo, lo cual fue un *out*, y un par de lanzamientos realizados por Allard fueron considerados ilegales porque no tenía el pie apoyado en la goma del plato del lanzador.

Según nuestras reglas, cuando un equipo lleva una ventaja de diez carreras después de cuatro entradas completas, gana. Al término de la tercera entrada, los jugadores del Charles River nos llevaban una ventaja de diez a cero. Nos sentíamos desmoralizados y estábamos enfadados.

Nuestro director técnico, Cal Taylor, permanecía sentado en el banco bebiendo de una botella pequeña de Jack Daniel's mal disimulada en una manoseada bolsa de papel, fumando Marlboro y meneando la cabeza. Creo que hacía de director técnico del equipo sólo para tener compañía mientras bebía. De pronto se oyó el estrépito de una moto, que se acercaba al campo, pero apenas presté atención.

Entonces vi, a la débil luz crepuscular, a un tipo alto que lucía una cazadora de cuero y un corte de pelo corto por delante y largo por atrás. Tardé unos segundos en reconocer al conductor del camión grúa de anoche. El tipo se detuvo, observándonos unos minutos, y durante la pausa me acerqué a él.

—Hola, Kurt —dije.

—Hola.

—¿Has venido para jugar?

—Creo que os vendría bien otro jugador.

Todos se mostraron amables con Kurt, excepto, claro está, Trevor Allard. Pedimos tiempo muerto y nos agrupamos en torno a Cal Taylor mientras Kurt permanecía a una distancia respetuosa.

—No es un empleado de Entronics —dijo Trevor—. No puede jugar si no tiene un número de empleado válido. Son las reglas.

Yo no estaba seguro de si Trevor se mostraba quisquilloso como de costumbre, o si se había enterado de que me había postulado para un cargo que creía que le pertenecía.

Festino, que se divertía tomándole el pelo a Trevor, dijo:

—¿Qué más da? Si los otros cuestionan su legitimidad como jugador, puedes decir que es un empleado temporal y no sabía que no podía jugar. —Festino aprovechó la pausa para sacar disimuladamente la botellita de Purell del bolsillo y limpiarse las manos.

—¿Un empleado temporal? —preguntó Trevor con desdén—. ¿Ése? —añadió como si acabara de aparecer en el campo un vagabundo que apestaba a vino peleón y a no haberse duchado desde hacía seis meses. Trevor lucía unos bermudas y una gorra de los Red Sox desteñida, de las que venden ya desteñidas, que, como es natural, llevaba puesta al revés. Lucía también un

collar de conchas *pukka*, un Rolex, el mismo tipo de reloj que Gordy, y una camiseta que decía LA VIDA ES GENIAL.

—Supongo que no te opondrás porque ese tipo sea un lanzador, ¿eh, Trevor? —preguntó Gleason a su colega. Gleason era un patán de complexión musculosa con orejas de soplillo, la mandíbula cuadrada, el pelo rubio y cortado al cepillo y unos dientes blanquísimos aunque demasiado grandes. Recientemente se había dejado crecer una perilla que parecía vello púbico.

Trevor arrugó el ceño y meneó la cabeza; pero antes de que pudiera protestar, Cal Taylor dijo:

—Que juegue. Tú irás segundo, Trevor. —Y tras estas palabras bebió un trago de la botella que llevaba en la bolsa de papel.

Nos limitamos a decir que era un jugador nuevo, y nadie hizo ninguna pregunta. Kurt no parecía un miembro de la Banda de los Hermanos, pero de cara a los del Charles River podía pasar por un ingeniero de informática o algo parecido, o por un tipo que se ocupaba del servicio de correos electrónicos.

Kurt fue asignado a batear no en cuarto lugar, como en un equipo de béisbol de verdad, sino en tercero, porque pese a la cantidad de Jack Daniel's que había ingerido, Cal Taylor comprendió que tres bateadores probablemente se traduciría en tres *outs*, y queríamos dar al nuevo jugador la oportunidad de demostrar sus aptitudes, y quizá salvarnos de la derrota.

Taminek bateó en primer lugar, y cuando le tocó el turno a Kurt, se había producido un *out*. Observé que Kurt no había hecho unos ejercicios de precalentamiento, sino que había estado observando en silencio al lanzador y capitán del Charles River, Mike Welch, lanzar la bola, como quien contempla unas cintas de vídeo en la sede del club.

Kurt entró a batear, ensayó unos golpes con su viejo bate de aluminio y lanzó una bola hacia el centro izquierda. La bola pasó sobre la valla posterior. Cuando Taminek y luego Kurt consiguieron unos *home runs*, los chicos los aclamaron.

El lanzamiento de Kurt fue como una descarga eléctrica semejante a las que utilizan en urgencias para reanimar a un paciente. De pronto empezamos a anotarnos carreras. Cuando le llegó el turno al cuarto bateador, nos habíamos anotado cinco carreras. Luego Kurt se colocó en el plato del lanzador para lanzar la bola a un tipo inmenso y musculoso del Charles River llamado Jarvis, que era uno de sus mejores bateadores. Kurt lanzó una bola

increíblemente rápida que Jarvis observó con ojos como platos, incapaz de golpearla. Parecía imposible que una bola grande y blanda pudiera desplazarse a semejante velocidad.

Después de lanzar una asombrosa bola elevada, Kurt cambió de táctica y lanzó otra a menos velocidad, y Jarvis falló de nuevo.

Festino me miró. Estaba sonriendo.

A continuación Kurt eliminó a otros dos jugadores con una impresionante e imbatible colección de bolas curvadas y bolas elevadas.

Durante la quinta entrada, conseguimos cargar las bases, y luego le tocó a Kurt el turno de batear. Esta vez golpeó la bola hacia la izquierda, lanzándola de nuevo muy lejos, recortando la ventaja del Charles River a un tanto.

Durante la sexta entrada, Kurt eliminó a tres jugadores, y luego nos tocó a nosotros el turno de batear. Observé que Trevor Allard había dejado de quejarse sobre nuestro nuevo jugador. Kurt lanzó la bola y alcanzó la segunda base; Festino, la primera, y me tocó batear a mí. Habíamos marcado dos tantos. Por fin, al final de la séptima entrada, Kurt eliminó al primer bateador del equipo contrario y permitió que dos jugadores alcanzaran la primera base, debido a nuestro pésimo juego defensivo, cuando Welch, del Charles River, lanzó una bola lenta desde el suelo. Kurt la atrapó, la lanzó a la segunda base, donde la atrapó Allard, quien la lanzó a la primera base. Taminek atrapó la bola y la sostuvo en alto provocando el tercer *out*, una jugada de la defensa que consiguió eliminar a dos jugadores de ataque y nos permitió ganar nuestro primer partido desde tiempos prehistóricos.

Todos los jugadores se agolparon alrededor de Kurt, que se encogió de hombros modestamente, sonrió con gesto jovial y apenas dijo nada. Todo el mundo hablaba y reía animada y estruendosamente, narrando repeticiones instantáneas, reviviendo la jugada que había puesto fin al partido.

La tradición inviolable después de cada partido consistía en que nuestros rivales se unieran a nosotros para ir a cenar y bebernos unas cervezas y unas copas de tequila en un bar o restaurante cercano. Pero observamos que los jóvenes jugadores del Charles River se encaminaban con gesto hosco hacia sus coches alemanes. Yo los llamé para que nos acompañaran, pero Welch respondió sin volverse:

—Preferimos pasar.

—Creo que están cabreados —comentó Taminek.

—Pues yo creo que están noqueados —dijo Festino.

—Noqueados y asombrados —apostilló Cal Taylor—. ¿Dónde está nuestro jugador estrella?

Miré a mi alrededor y vi a Kurt dirigiéndose hacia el aparcamiento. Corrí tras él y le invité a que se uniera a nosotros.

—No, vosotros querréis hablar de vuestras cosas —dijo Kurt.

Vi a Trevor, junto a su Porsche plateado, charlando con Gleason, que estaba sentado en su Jeep Wrangler Sahara, con la capota bajada.

—No es así —contesté—. Vamos a pasar un rato relajado. Créeme, a los chicos les encantará tomarse unas copas contigo.

—He dejado de beber. Lo siento.

—Bueno, pues bébete una coca-cola baja en calorías. Anda, ven.

Kurt volvió a encogerse de hombros.

—¿Estás seguro de que no os importa que os acompañe?

Capítulo 7

Me sentí como si hubiera llevado a Julia Roberts a hacer una prueba para la obra del instituto. De pronto me convertí en el tío más popular, gozando de la gloria que rodeaba a Kurt. Nos sentamos a una larga mesa en el Outback Steakhouse, un restaurante a cinco minutos en coche, hablando sin parar de la inesperada victoria que marcaba nuestro regreso del olvido. Algunos pidieron unas cervezas, y Trevor pidió un *whisky* de malta llamado Talisker, pero la camarera no sabía a qué se refería, de modo que tuvo que conformarse con un Dewar's. Kurt me miró con una expresión divertida, insinuando que Trevor le parecía un gilipollas. O quizá fueran imaginaciones mías. Kurt no sabía que Gordy también bebía *whisky* de malta y que Trevor se dedicaba a hacerle la pelota al jefe, aunque el jefe no estuviera presente.

Kurt pidió un vaso de agua helada. Tras vacilar unos instantes, yo hice lo propio. Alguien pidió un par de raciones de cebollas fritas cortadas en forma de flor y unas alas de kookaburra. Festino fue al servicio y regresó secándose las manos con la camisa.

—Dios santo, odio esas asquerosas toallas de tejido en rollo —dijo estremeciéndose—. Están llenas de bacterias fecales. ¡Quién se cree que la toalla sólo la utiliza una persona!

Brett Gleason alzó su jarra de cerveza Foster's y propuso un brindis al «jugador estrella», diciendo:

—No tendrás que volver a pagar por una copa en esta ciudad.

—¿De dónde eres? —preguntó Taminek.

—De Michigan —respondió Kurt con una sonrisa socarrona.

—¿Jugabas en el equipo de la universidad?

—No fui a la universidad —contestó Kurt—. Me alisté en el ejército, y ahí no juegan a sóftbol. Al menos, en Irak.

—¿Estuviste en Irak? —preguntó uno de nuestros mandamases, Doug Forsythe, un tipo alto y delgado con una espesa mata de pelo castaño y un mechón que le caía sobre la frente.

—Sí —respondió Kurt, asintiendo con la cabeza—. Y en Afganistán. Todos los principales lugares turísticos. Con las Fuerzas Especiales.

—¿Esos que se cargan a gente? —inquirió Gleason.

—Sólo a los tipos malos —respondió Kurt.

—¿Has matado a alguien? —preguntó Forsythe.

—Sólo a un par de tíos que hacían demasiadas preguntas —contestó Kurt. Todos salvo Forsythe nos reímos, pero al cabo de unos segundos él también se unió al coro de carcajadas.

—Mola —dijo Festino, tirando de un trozo de cebolla frita y sumergiéndolo en la salsa rosa picante antes de comérselo.

—No creas —replicó Kurt. Fijó la vista en su vaso de agua y guardó silencio.

Trevor sacó su BlackBerry e hizo girar la ruedecilla con el pulgar, comprobando si tenía algún mensaje mientras se bebía su Dewar's. Luego alzó la vista y preguntó:

—¿Cómo os conocisteis?

Contuve el aliento. El móvil, el Acura cayendo a una zanja... La versión auténtica podía dañar mi reputación de forma irreparable.

—Debido a nuestro interés mutuo por los coches —respondió Kurt.

Ese tipo cada vez me caía mejor.

—¿Coches? —preguntó Trevor, pero en ese momento Cal Taylor alzó la vista de su Jack Daniel's, una copa que acababan de servirle en el mostrador, y dijo:

—En Vietnam os llamábamos Devoradores de Serpientes.

—Lo más cerca que has estado de Vietnam fue Fort Dix, New Jersey —comentó Gleason.

—Que te den —le espetó Taylor, apurando su Jack Daniel's—. Me salieron unos furúnculos.

—¿Eso es lo mismo que el cuerpo de los Navy SEAL? —preguntó Forsythe.

Su pregunta fue acogida con grandes risotadas, y Cal Taylor se puso a cantar, con una voz de tenor un tanto ronca y temblorosa, la Balada de los Boinas Verdes. Se levantó, alzó su copa de J. D. y cantó:

—«Hoy pondremos a prueba a cien hombres... Pero sólo uno obtendrá la Boina Verde».

—«Sólo tres» —le rectificó Gleason.

—Siéntate, Cal —dijo Trevor—. Creo que deberíamos irnos a casa.

—No he terminado de cenar —protestó Cal.

—Anda, vamos —dijo Forsythe, y él y el resto de los chicos llevaron a Cal hasta el aparcamiento mientras éste no dejaba de resistirse y protestar. Le metieron en un taxi y le prometieron que uno de ellos llevaría su coche a su casa en Winchester.

Mientras los demás se ausentaban, Kurt se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Por qué os llamáis la Banda de los Hermanos? ¿Sois veteranos?

—¿Veteranos? —pregunté—. ¿Nosotros? ¿Estás de broma? No, es simplemente un apodo, no demasiado imaginativo. No recuerdo a quién se le ocurrió.

—¿Todos sois comerciales?

—Sí.

—¿Qué tal se te da?

—¿A mí?

—Sí, a ti.

—No lo hago mal —respondí.

—Probablemente lo haces muy bien —dijo Kurt.

Me encogí de hombros modestamente, al igual que hacía Kurt sin decir nada. Tiendo a imitar instintivamente a las personas con las que estoy.

De pronto oí decir a Trevor:

—Steadman es un buen comercial, sólo que últimamente no consigue cerrar un trato. —Trevor se sentó de nuevo en la mesa—. ¿No es así, Steadman? ¿Cómo van las negociaciones con Lockwood? ¿Hemos entrado en el tercer año? Ésta quizá sea la negociación más larga desde las conversaciones de paz en París.

—Tiene buena pinta —mentí—. ¿Cómo te va con el Grupo Pavilion?

El Grupo Pavilion era dueño de una cadena de cines, y querían instalar unas pantallas de LCD en los vestíbulos en las que mostrarían unos tráileres y unos anuncios de concesiones.

Trevor sonrió con satisfacción.

—Es de manual —contestó—. Les mostré una prueba de rendimiento de inversiones que arrojaba un aumento de un diecisiete por ciento en las ventas de Delicias de Limón.

Asentí con la cabeza procurando no poner los ojos en blanco. Delicias de Limón.

—Mañana tengo una reunión con el director general, pero es un mero formulismo. Quiere estrechar mi mano antes de firmar el trato. Está en el bote.

—Estupendo —dije.

Trevor se volvió hacia Kurt y preguntó:

—¿Saltabais en caída libre y esas cosas?

—¿Saltar en caída libre? —repitió Kurt con cierto tono sarcástico—. Supongo que podríamos llamarlo así. En todo caso nos lanzábamos en

paracaídas, desde luego.

—Es impresionante —comentó Trevor—. Yo he saltado en caída libre un montón de veces. El verano después de graduarnos, unos compañeros de la universidad y yo hicimos un viaje a Bretaña para practicar el salto en caída, y fue un subidón.

—Un subidón —dijo Kurt como si esa palabra tuviera mal sabor.

—No hay nada parecido —prosiguió Trevor—. Una experiencia fenomenal.

Kurt se repantigó en su silla y se volvió hacia Trevor.

—Cuando te lanzan de un Starlifter C-141 a treinta mil pies del suelo en territorio enemigo, para que penetres clandestinamente en un lugar situado a setenta y cinco kilómetros al noreste de Mosul, lo que sientes no es precisamente un subidón. Vas cargado con ochenta kilos de equipo de combate, armas y munición, y llevas una máscara de oxígeno que te ciega y sientes una opresión en la boca del estómago mientras caes a doscientos cuarenta kilómetros por hora. —Kurt bebió un sorbo de agua—. A esa altura hace tanto frío que tus gafas pueden congelarse y partirse. Apenas puedes pestañear. Puedes sufrir hipoxia y perder el conocimiento en pocos segundos, sufrir un trauma debido a una súbita desaceleración, morir al impactar con el suelo. Si no mantienes los brazos y las piernas en la posición adecuada cuando descienes en caída libre, puedes dar una voltereta o ponerte a girar vertiginosamente y estrellarte. Tu paracaídas puede averiarse. Incluso los soldados más experimentados pueden partirse el cuello y morir. Eso si no te atacan con misiles superficie-aire y artillería antiaérea. Estás cagado de miedo, y el que diga lo contrario miente.

Trevor se sonrojó; parecía como si le hubieran asestado un bofetón. Festino me miró de soslayo con gesto de profunda satisfacción.

—De todos modos —dijo Kurt, apurando su vaso de agua—, estoy seguro de que en Bretaña lo pasasteis bomba.

Kurt tuvo un éxito enorme.

—¿Puedes volver la semana que viene? —le preguntó Forsythe.

—No lo sé —respondió Kurt.

—¿Somos demasiado insignificantes para ti? —preguntó Taminek.

—No es eso —contestó Kurt—. Es que trabajo muchas noches.

—¿Qué haces? —inquirió Forsythe.

Me preparé para lo peor: el camión grúa, el Acura en la zanja... Pero Kurt respondió:

—Trabajo de conductor para un amigo que tiene un taller de reparación de automóviles.

—Tenemos que conseguir a este tío un trabajo en Entronics —dijo Taminek.

—Eso —respondió Kurt riendo.

Al cabo de un rato, el resto de los chicos se fue a casa, dejándonos solos a Kurt y a mí.

—Así que sois la Banda de los Hermanos —dijo Kurt. Asentí con la cabeza.

—¿Sois buenos amigos?

—Algunos —respondí encogiéndome de hombros.

—Parecéis unos tíos bastante competitivos.

Yo no sabía si estaba bromeando.

—A veces —contesté—. En el trabajo, desde luego.

—Ese chico bonito que estaba sentado frente a mí... ¿cómo se llama? ¿Trevor? Parece un gilipollas.

—Lo es.

—Le vi dirigiéndose hacia aquí en su Porsche. ¿Tu jefe estaba también aquí esta noche?

—No. La mayoría de los tíos que estaban aquí esta noche son colaboradores independientes.

—¿Colaboradores independientes?

—Representantes comerciales. Yo soy jefe de ventas regional, al igual que Trevor, sólo que nos encargamos de territorios distintos.

—Pero ¿él compite contra ti?

—Sí, es un poco complicado. Los dos nos hemos postulado para el mismo puesto. —Explicué a Kurt el reciente barullo que se había organizado en Entronics, así como que había quedado vacante el cargo de director administrativo y que yo tenía un problema con el trato con los Hoteles Lockwood. Kurt me escuchó sin decir nada.

Cuanto terminé, Kurt dijo:

—No debe de ser fácil mantener una cohesión en la unidad cuando todos peleáis entre vosotros.

—¿Cohesión en la unidad?

—Verás, en las Fuerzas Especiales trabajábamos en equipos de doce hombres. Los llaman destacamentos operativos. Equipos A. Todo el mundo

tiene su misión. La mía era «charlie dieciocho», sargento ingeniero. Experto en demoliciones. Y todos teníamos que trabajar conjuntamente, respetarnos unos a otros, de lo contrario nunca habríamos estado preparados para entrar en combate.

—¿Preparados para entrar en combate? —Sonreí al pensar en la corporación como un campo de batalla.

—¿Sabes cuál es la verdadera razón por la que los soldados están dispuestos a morir en una guerra? ¿Crees que es el patriotismo? ¿La familia? De eso nada, colega. Es debido a tu equipo. Nadie quiere ser el primero en echar a correr. De modo que todos formamos una piña.

—Supongo que nosotros somos como unos escorpiones en una botella. Kurt asintió con la cabeza.

—Nos enviaron a una misión armada de reconocimiento fuera de Musa Qalay, en Afganistán. Íbamos a por una de las milicias anticoalición. Era un equipo dividido, y yo estaba a cargo del mismo. Disponíamos de un par de VMT. Me refiero a unos vehículos no tácticos.

—¿VMT? —Los militares hablan una jerga incomprensible. A veces necesitas un traductor simultáneo para hablar con ellos.

—Humvee modificado. Vehículo de Movilidad por Tierra.

—Ah, ya.

—De pronto, mi VMT fue atacado por fuego de ametralladora y unas GPC. —Kurt hizo una pequeña mueca—. Unas granadas propulsadas por cohetes, ¿comprendes? Un arma antitanques lanzada desde el hombro. Era una emboscada. Alcanzaron mi vehículo. Estábamos atrapados en una emboscada asesina. De modo que ordené al conductor, mi buen amigo Jimmy Donadio, que pisara el acelerador, no para esquivar la emboscada, sino para dirigirnos hacia el lugar donde se hallaba la ametralladora. Dije al jefe de mi equipo que empezara a disparar las metralletas de calibre 50 sobre ellos. Vimos a los tipos desplomarse sobre la ametralladora. De repente, otra granada propulsada por un cohete alcanzó mi VMT. Lo dejó inoperativo. El vehículo quedó envuelto en llamas. Estábamos jodidos. De modo que salté del vehículo con mi M16 y me puse a disparar contra ellos hasta que me quedé sin munición. Me los cargué a todos. Eran unos seis.

Miré a Kurt fascinado. Lo más aterrador a lo que me enfrentaba en mi trabajo era un informe sobre rendimiento.

—Deja que te haga una pregunta —dijo Kurt—. ¿Harías eso por Trevor?

—¿Disparar contra él con una metralleta? —pregunté—. A veces lo pienso.

—¿Entiendes lo que quiero decir?

Yo no estaba seguro. Jugeteé con unos trozos de cebolla frita, pero no me comí ninguno. Chorreaban grasa.

Kurt se dispuso a marcharse.

—¿Te importa que te haga una pregunta?

—Adelante.

—Cuando realizábamos una operación, nuestra arma más importante eran siempre los datos de que disponíamos. Los datos sobre el enemigo, ¿comprendes? El número de sus unidades, la ubicación de sus campamentos y demás. ¿Qué tipo de datos recabáis sobre vuestros posibles clientes?

Ese tipo era listo. Muy listo.

—No son el enemigo —respondí con tono divertido.

—De acuerdo —dijo Kurt, sonriendo tímidamente—. Pero ya sabes a qué me refiero.

—Supongo que sí. Reunimos los datos esenciales... —Me detuve unos segundos—. Para ser sinceros, no muchos. A veces pienso que improvisamos demasiado.

Kurt asintió con la cabeza.

—¿No crees que te ayudaría profundizar más en el tema? Por ejemplo, indagar qué ocurre con esos tipos de los Hoteles Lockwood que te van dando largas.

—¿Que si me ayudaría? Desde luego. Pero es imposible averiguarlo. Ése es el problema. Es un coñazo, pero es lo que hay.

Kurt siguió asintiendo con la cabeza, con la mirada fija al frente.

—Conozco a un tipo que trabajaba de guardia de seguridad para la cadena Lockwood. Quizá siga trabajando allí.

—¿Un guardia de seguridad?

Kurt sonrió.

—Ocupa un puesto importante en Seguridad Corporativa, en la misma sede, en Nueva York, New Jersey o donde sea.

—White Plains, Nueva York.

—Muchos exsoldados de las Fuerzas Especiales trabajan de guardias de seguridad en las empresas. ¿Por qué no me das algunos nombres, algunos datos? Dime con quién trabajas. Veré si puedo averiguar algo que te interese. Un trabajito de investigación. ¿Qué te parece?

Kurt Semko ya me había sorprendido en un par de ocasiones, de modo que quizá no fuera tan disparatado el que este conductor de un camión grúa al que habían echado de las Fuerzas Especiales pudiera averiguar algunos datos

personales sobre Brian Borque, vicepresidente de Administración de Propiedades de los Hoteles Lockwood. Parecía lógico que existiera una red de exoficiales de las Fuerzas Especiales que trabajaran ahora en el sector privado. ¿Por qué no? Facilité a Kurt algunos datos y escribí el nombre de Brian Borque en una servilleta. Kurt tenía un correo electrónico, como todo el mundo hoy en día, y también lo anoté.

—De acuerdo, colega —dijo Kurt, levantándose y apoyando su musculosa manaza sobre mi hombro—. No te preocupes. Te llamaré si logro averiguar algo.

Llegué a casa bastante tarde, conduciendo el Geo Metro que me había traído esa mañana Enterprise Rent-A-Car. Kate dormía.

Me senté ante el ordenador en el pequeño estudio que Kate y yo compartíamos en casa para comprobar si tenía algún correo electrónico, como hacía siempre antes de acostarme. El Internet Explorer estaba abierto, lo que significaba que Kate había utilizado el ordenador, y por curiosidad pinché sobre «buscar» para ver qué había estado consultando. Me pregunté si Kate miraba alguna vez páginas pornográficas, aunque me parecía muy improbable.

No. Lo último que había consultado era una página electrónica llamada Realtor.com, donde había mirado unas casas en Cambridge. No eran unas baratas, sino unas casas de un millón y dos millones de dólares en la zona de Brattle Street.

Una promotora inmobiliaria auténticamente pornográfica.

Kate había mirado unas casas que jamás podríamos permitirnos el lujo de adquirir con el sueldo que yo ganaba. Me sentí mal, por Kate y por mí.

Cuando abrí el correo electrónico de mi oficina, encontré la documentación que había reunido sobre Lockwood y se la envié a Kurt. Luego consulté rápidamente el resto de correos —anuncios de seguros médicos, solicitudes de empleo, una interminable lista de anuncios de gente ofreciéndose para trabajar en la compañía— y encontré un correo electrónico que Gordy me había enviado fuera del horario laboral.

Quería que me pasara al día siguiente por su despacho a las ocho de la mañana.

Capítulo 8

El despertador sonó a las cinco de la mañana, dos horas antes de lo habitual. Kate emitió una exclamación de protesta y se volvió, tapándose la cabeza con la almohada. Me levanté tan sigilosamente como pude, bajé a la cocina, preparé café y, mientras se hacía, me duché rápidamente. Quería llegar al despacho una hora antes de mi entrevista con Gordy para repasar mis cuentas y poner en orden todos los números.

Cuando salí de la ducha, vi que la luz del dormitorio estaba encendida. Kate estaba sentada a la mesa de la cocina, vestida con su bata rosa, bebiendo una taza de café.

—Has madrugado mucho —comentó.

—Tú también —respondí, dándole un beso—. Lamento haberte despertado.

—Ayer llegaste tarde.

—Tenía el partido de fútbol, ¿recuerdas?

—¿Luego fuiste a tomar unas copas?

—Sí.

—¿Para ahogar tus penas?

—Por increíble que parezca, ganamos.

—Eso es una novedad.

—Ese tipo que se llama Kurt jugó en nuestro equipo. Se cargó a todos nuestros rivales.

—¿Kurt?

—El conductor del camión grúa.

—¿Qué?

—¿No recuerdas que te hablé del tipo que me trajo a casa cuando el Acura se averió? —Se averió él solo. Yo no tuve nada que ver en ello.

—Navy SEAL.

—Fuerzas Especiales, pero sí, me refiero a él. Es un tipo auténtico. Es todo lo que Gordy y el resto de tíos que se hacen los duros fingen ser. Sentados en sus sillas Aeron, hablando sobre «despedazar a los rivales» y «matar a la competencia». Pero Kurt es auténtico. Ha matado a gente.

Me di cuenta de que le había contado a Kate todo menos el hecho sobre el que estaba más nervioso: mi entrevista con Gordy dentro de un par de horas.

No estaba seguro de querer contárselo. Probablemente Kate me pondría aún más nervioso.

—No olvides que Craig y Susie llegarán esta noche a la hora de cenar.

—¿Esta noche?

—Te lo he dicho mil veces.

Solté una exclamación entre un gemido y un suspiro de resignación.

—¿Cuántos días van a quedarse?

—Tan sólo dos noches.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? ¿Por qué sólo dos noches?

—¿Por qué vienen a Boston? Creí que Los Ángeles era la tierra de Dios. Al menos, eso es lo que dice Craig.

—Acaba de ser designado miembro del Consejo de Supervisores de Harvard y mañana tiene su primera reunión.

—¿Cómo es posible que sea miembro del Consejo de Supervisores de Harvard? Se ha convertido en un tipo hollywoodiense. Probablemente ha dejado de llevar corbata.

—No sólo es un alumno distinguido, sino uno de los contribuyentes principales. La gente da importancia a esas cosas.

Cuando Susie conoció a Craig, éste era un pobre escritor que se moría de hambre. Le habían publicado un par de historias en unas revistas con unos nombres como *TriQuarterly* y *Ploughshares*, y enseñaba prosa descriptiva en Harvard. Se daba muchos aires, lo cual probablemente atrajo a Susie, pero no estaba dispuesta a vivir en la pobreza por muy fino que fuera su marido, y supongo que Craig comprendió enseguida que no iba a ganarse el sustento como escritor. De modo que se mudaron a Los Ángeles, donde un compañero de habitación en Harvard presentó a Craig a gente influyente, y éste empezó a escribir comedias para televisión. Al cabo de un tiempo le cayó un chollo cuando le encargaron los guiones de *Todo el mundo quiere a Raymond* y empezó a ganar mucho dinero. Luego consiguió crear un programa que tuvo un éxito impresionante y se hizo inmensamente rico.

Ahora Craig y Susie se iban de vacaciones a Saint Barths con Brad y Angelina, y Susie suministraba periódicamente a Katie los últimos chismorreos sobre qué estrellas de cine eran secretamente homosexuales y cuáles habían ingresado en un centro de rehabilitación. Poseían una gran mansión en Holmby Hills y salían a cenar con todas las celebridades, cosa que Craig me recordaba siempre.

Kate se levantó y se sirvió otra taza de café.

—Susie va a enseñar Boston a Ethan, la Senda de la Libertad y esas cosas.

—Susie no lo entiende. A Ethan no le va el rollo de Paul Revere. Puede que le interese el Museo de las Brujas de Salem, pero no creo que allí muestren las cosas macabras y enfermizas que le gustan.

—Sólo te pido que seas amable con ellos. Tú y Ethan os lleváis muy bien, lo cual no comprendo. Pero me complace.

—¿Por qué van a alojarse aquí? —pregunté.

—Porque Susie es mi hermana.

—Sabes que no van a dejar de quejarse del cuarto de baño y la cortina de la ducha y de que el agua de la ducha se derrama por el suelo, y que tenemos una cafetera eléctrica que es una birria y cómo es que no utilizamos el café en grano de Sumatra de Pret's...

—No puedes reprochárselo, Jason. Están acostumbrados a otro nivel de vida.

—Entonces que se vayan al Four Seasons.

—Quieren estar con nosotros —respondió Kate con firmeza.

—Supongo que Craig necesita tener contacto de vez en cuando con las personas insignificantes.

—Muy gracioso.

Me acerqué al armario donde guardamos los cereales y examiné su deprimente contenido elevado en fibra y bajo en calorías. Había varias cajas con unos nombres a cual más siniestro, como Fibre One y Kashi Go Lean, que contenían una especie de ramitas y trocitos de arpillera.

—Oye, cielo —dije sin volverme—, veo que has estado mirando unas casas.

—¿A qué te refieres?

—En el ordenador. He visto que has consultado la página electrónica de una promotora inmobiliaria.

No hubo respuesta. Elegí la caja que me repugnaba menos, lo cual no era fácil, y la deposité en la mesa de mala gana. Lo único que teníamos en el frigorífico era un brik de leche descremada. No contenía ni un uno por ciento de grasa. Odio la leche descremada. La leche no debería tener un color azul. Deposité también el brik en la mesa.

Kate examinaba su taza de café, removiéndolo con una cuchara, aunque no le había añadido nada.

—Una chica puede soñar, ¿no? —respondió por fin con su sensual voz a lo Veronica Lake.

Lo sentí por ella, pero no quise seguir hablando del tema. ¿Qué iba a decir? Supongo que cuando Kate se casó conmigo, esperaba más de mí.

Nos conocimos en la boda de unos amigos de ambos cuando ambos estábamos ya bastante bebidos. Un chico que yo conocía de DKE, mi fraternidad universitaria, iba a casarse con una joven que había estudiado en Exeter con Kate. Kate había tenido que abandonar Exeter en su primer año cuando su familia se había arruinado. Había estudiado en Harvard, pero con una beca. Su familia había tratado de mantener su situación en secreto, como suelen hacer las personas de su nivel social, pero al final se había sabido la verdad. En Boston hay unos edificios que ostentan el nombre de la familia de Kate, y ésta había tenido que sufrir la humillación de cursar los dos últimos años de carrera en un colegio público en Wellesley. (Yo, por el contrario, un chico de Worcester que había sido el primer miembro de mi familia que había estudiado en la universidad, cuyo padre trabajaba en la metalurgia, no tenía la más remota idea de lo que era un colegio privado hasta que fui a la universidad).

En la boda Kate y yo nos sentamos juntos, y de inmediato me sentí atraído por esa chica tan imponente. Kate parecía un tanto presuntuosa: licenciada en literatura comparada por Harvard, había leído a todas las feministas francesas, en francés, por supuesto. Estaba decididamente a un nivel muy distinto del mío. Es posible que de no haber estado los dos borrachos, Kate ni se habría fijado en mí, aunque más tarde me dijo que yo le había parecido el chico más guapo que había allí y, curiosamente, el más encantador. ¿Quién puede reprochárselo? Kate escuchó divertida mis anécdotas sobre mi trabajo; hacía poco que había empezado como representante comercial en Entronics y aún no estaba quemado. Le gustó que estuviera tan entregado a mi trabajo. Dijo que era como un soplo de aire fresco, que eso me distinguía de sus amigos masculinos cínicos que fumaban porros. Creo que le solté una larga perorata sobre mi plan maestro, sobre el dinero que ganaría dentro de cinco, de diez años. Pero a Kate le gustó. Dijo que yo le había parecido más «auténtico» que los chicos con los que salía.

No le molestaron mis torpes meteduras de pata, el que bebiera por error de su vaso de agua. Me explicó las normas de cómo poner una mesa, con el agua y el vino a la derecha del plato y el pan y los alimentos secos a la izquierda. Tampoco le importó que yo fuera un pésimo bailarín; dijo que le parecía divertido. En nuestra tercera cita, cuando la invité a ir a mi apartamento, puse el «Bolero» de Ravel y Kate se partió de risa, creyó que era una broma

sarcástica. ¿Yo qué sabía? Pensé que el «Bolero» era una pieza de música clásica para ligar, junto con la de Barry White.

Yo había nacido con una cuchara de plástico en la boca. Es obvio que Kate no se casó conmigo por mi dinero —conocía a un montón de chicos ricos pertenecientes a sus círculos sociales—, pero creo que supuso que yo la mantendría como es debido. Kate había roto al poco de graduarse con uno de sus profesores de la universidad, un tipo pomposo pero atractivo, un distinguido catedrático de literatura francesa en Harvard, que Kate averiguó que se acostaba al mismo tiempo con otras dos mujeres. Más tarde Kate me contó que yo le parecía un tipo auténtico y sincero, radicalmente opuesto a su profesor de francés y figura paterna, con el pelo plateado y aficionado a lucir una boina, que la traicionaba con dos mujeres. Yo era un ejecutivo carismático que estaba loco por ella y que la hacía sentir segura, que le ofrecía la seguridad económica que Kate deseaba. Kate podría criar a nuestros hijos y dedicarse a algo vagamente artístico como la jardinería paisajística o dar clases de literatura en Emerson College. Ése fue el pacto. Tendríamos tres hijos y una casa enorme en Newton, Brookline o Cambridge.

El pacto no incluía que Kate viviera en una mansión de más de mil metros cuadrados de estilo colonial en la zona de rentas más bajas de Belmont.

—Escucha, Kate —dije después de unos momentos de silencio—. Tengo una entrevista con Gordy esta mañana.

Su rostro se iluminó. Hacía muchas semanas que no la veía sonreír de ese modo.

—¿Tan pronto? ¡Jason, es estupendo!

—Creo que Trevor ya ha conseguido el puesto.

—No pienses de modo negativo, Jason.

—No es negativo, sino realista. Trevor lleva tiempo postulándose para ese cargo. Ha conseguido que sus superiores llamaran a Gordy y le dijeran que querían que se lo diera a Trevor.

—Pero Gordy se habrá dado cuenta de la maniobra.

—Es posible. Sin embargo, a Gordy le encanta que le hagan la pelota. No se cansa de que le den coba.

—¿Por qué no haces tú lo mismo?

—Lo odio. Es burdo, y tramposo.

Kate asintió con la cabeza.

—No tienes que hacer eso. Tan sólo demuéstrole lo mucho que deseas ese puesto. ¿Te apetece una tortilla?

—¿Una tortilla? —¿Existía una tortilla de tofu? Probablemente. Y también tofu y huevos revueltos. Qué porquería.

—Sí. Necesitas comer proteínas. Añadiré unas lonchas de beicon canadiense. A Gordy le gusta la gente que come carne, ¿no es así?

Capítulo 9

De camino a la oficina coloqué un cedé en el reproductor de discos del Geo Metro alquilado. Pertenecía a mi vasta colección de cintas y cedés, de charlas motivadoras por el dios que todos los comerciales reverenciábamos, el gran conferenciante motivador y gurú Mark Simkins.

Probablemente había escuchado este cedé, *Be a Winner*, quinientas veces. Podía recitar largos pasajes del mismo palabra por palabra, imitando el tono categórico y cantarín de Mark Simkins, su acento nasal del medioeste, su extraña y vacilante fraseología. Me había enseñado a no utilizar jamás la palabra «coste» o «precio» con un cliente. Había que decir «inversión total». El término «contrato» también imponía respeto, por lo que era preferible utilizar el término «papeleo» o «acuerdo». Yo no debía pedir nunca a un cliente en ciernes que «firmara» un acuerdo, sino que lo «refrendara» o «aprobara». Pero ante todo Simkins te enseñaba a creer en ti mismo.

A veces escuchaba los discos sólo para motivarme, para hacer acopio de valor, para obtener un generoso lingotazo de autoconfianza. Parecía como si Mark Simkins fuera mi entrenador personal, animándome en la intimidad de mi coche, y esa mañana necesitaba hacer acopio de toda mi autoconfianza para mi entrevista con Gordy.

Cuando llegué a Framingham, estaba inundado de cafeína —había traído un gigantesco termo de café— y derrochaba energía. Me dirigí a pie desde el aparcamiento hasta la oficina, recitando un par de mis frases preferidas de Simkins como si se tratara de un mantra: «Si crees en ti mismo al cien por cien, los demás no tendrán más remedio que seguirte».

Y: «Ten la seguridad de que te ocurrirán cosas beneficiosas».

Y: «Lo único que cuenta es el número de veces que lo consigas. Cuantas más veces fracasas y sigas intentándolo, más veces lo conseguirás». Esa frase era como un *koan* zen para mí. La repetía una y otra vez tratando de descifrar su significado. Aún no estaba seguro de qué quería decir, pero la repetía cada vez que no lograba hacer una venta, porque hacía que me sintiera mejor.

Uno tiene que utilizar las armas que tenga a su alcance.

Gordy me tuvo esperando fuera de su despacho durante veinte o veinticinco minutos. Siempre hacía esperar a la gente. Era una estrategia de poder, y acababas acostumbrándote a ello. Le vi a través de la ventana, paseándose arriba y abajo con los auriculares puestos, gesticulando exageradamente. Permanecí sentado en un despacho vacío junto a su secretaria, Melanie, una mujer encantadora y bonita, muy alta, con el pelo largo y castaño, un par de años mayor que yo. Melanie se disculpó reiteradamente —ésa parecía ser su principal tarea, disculparse por el hecho de que su jefe hiciera esperar a la gente— y se ofreció para traerme un café. Yo dije que no. Si ingería más cafeína, entraría en órbita.

Melanie me preguntó cómo había ido el partido anoche y le dije que habíamos ganado, sin entrar en detalles sobre nuestro nuevo jugador. Me preguntó cómo estaba Kate, y yo le pregunté por su marido, Bob, y sus tres simpáticos hijos de corta edad. Charlamos de cosas intrascendentes durante unos minutos, hasta que el teléfono de Melanie empezó a sonar.

Aproximadamente a las ocho y media, la puerta del despacho de Gordy se abrió y éste salió apresuradamente. Me saludó extendiendo sus gruesos brazos, como si quisiera darme un abrazo. Gordy, que parece un osezno, aunque no es tan rico, es muy aficionado a abrazar a la gente. Cuando no te abraza, te echa un brazo sobre los hombros.

—Steadman —dijo—. ¿Cómo estás, amigo?

—Hola, Gordy —respondí.

—Melanie, trae a mi amigo Steadman una taza de café, por favor.

—Ya se la he ofrecido, Kent —contestó Melanie, volviéndose a su despacho. Era la única en la oficina que le llamaba por su nombre de pila. Los demás habíamos olvidado que tenía un nombre de pila.

—¿Agua? —preguntó Gordy—. ¿Una coca-cola? ¿Un *whisky*? —Acto seguido, echó la cabeza hacia atrás y soltó una estruendosa carcajada.

—Un *whisky* con hielo —dije—. El desayuno de los campeones.

Gordy soltó de nuevo una carcajada, me echó el brazo sobre los hombros y me condujo a su inmenso despacho. En los ventanales que alcanzaban del suelo al techo se veía el océano de color turquesa y las palmeras, las olas rompiendo contra una arena blanca perfecta. Era una vista espléndida, que bastaba para hacerte olvidar que estabas en Framingham.

Gordy se sentó en su silla ergonómica y se inclinó hacia atrás, y yo me senté en la silla frente a él. Su mesa era un descomunal rectángulo de mármol negro, que Gordy tenía siempre impecablemente limpia y ordenada. El único

objeto que había sobre ella era un gigantesco monitor plano LCD fabricado por Entronics, y una carpeta azul, que supuse que era mi expediente.

—De modo que quieres un ascenso —dijo Gordy, emitiendo un prolongado suspiro de gozo.

—En efecto —respondí—, y creo que estoy preparado para obtenerlo.

«Si crees en ti al cien por cien, los demás no tendrán más remedio que seguirte», recité en silencio.

—Seguro que sí —respondió Gordy sin un ápice de ironía en la voz. Parecía sincero, lo cual me sorprendió. Me miró con sus ojillos castaños. Algunos miembros de la Banda de los Hermanos (ni Trevor ni Gleason, que eran unos célebres lameculos) se referían a los ojos de Gordy como «pequeños y taimados» o «semejantes a los de un hurón»; pero en esos momentos parecían cálidos, húmedos y sinceros. Gordy tenía los ojos hundidos y una frente estrecha, tipo hombre de Cro-Magnon. Era cabezón, con una pronunciada papada, una cara rubicunda que me recordaba un jamón glaseado y unas profundas marcas de acné en las mejillas. Tenía el pelo castaño oscuro —supuse que era otra víctima de Sólo Para Hombres— y lucía un tupé con un corte perfilado. A veces lo imaginaba como un niño gordito en edad escolar.

Gordy se inclinó hacia delante y estudió mi expediente. Mientras leía, movía un poco los labios. Al pasar las páginas con su mano gordezuela, vi su gemelo con sus iniciales. Todo lo que lucía ostentaba sus iniciales, KG, en grandes letras.

La única razón de que Gordy leyera mi expediente delante de mí era para ponerme nervioso. Yo lo sabía, de modo que repetí en silencio: «Ten la seguridad de que ocurrirán cosas beneficiosas».

Miré alrededor del despacho de Gordy. En una esquina tenía un *putter* de golf en un soporte de caoba junto a una estera de hierba artificial para practicar los golpes. En un estante de su escritorio había una botella de Talisker de malta de dieciocho años, el único *whisky* que Gordy aseguraba que bebía. En tal caso, debía de agotar las reservas que quedaban en el mundo, porque bebía mucho.

—Tus informes anuales no están mal —comentó Gordy.

Tratándose de Gordy, era un elogio.

—Gracias —respondí.

Observé las olas que rompían contra la deslumbrante arena blanca, las palmeras meciéndose bajo la brisa, las gaviotas volando y posándose sobre las aguas color turquesa. Gordy había hecho instalar en sus ventanales el último

prototipo de QD-OLED PictureScreen de Entronics, cuya resolución y colorido eran perfectos. Podías cambiar el circuito cerrado de vídeo de alta definición para pasar a cualquiera de una docena de escenas, que eran infinitamente más agradables que la vista que daba al aparcamiento. A Gordy le gustaba el mar —poseía un catamarán Slipstream de quince metros de eslora, que tenía amarrado en el puerto deportivo de Quincy—, por lo que los fondos eran siempre el Atlántico, el Pacífico o el Caribe. La PictureScreen era una pantalla de cine que utilizaba la tecnología más avanzada, y nosotros éramos los dueños. Podíamos fabricarla en cualquier tamaño, era una pantalla flexible, que se enrollaba como un póster, y no existía una imagen más precisa y nítida. Los clientes y clientes en ciernes que visitaban a Gordy en su despacho se quedaban pasmados, y no sólo porque Gordy fuera un pomposo cretino. No dejaba de resultar extraño, cuando entrabas en el despacho de Gordy a las siete o las ocho de la mañana, contemplar el sol de mediodía en el Caribe.

—Hace tres años te nombraron Vendedor del Año, Steadman —comentó Gordy—. Has pertenecido al Club durante cuatro años consecutivos —añadió, emitiendo un pequeño silbido—. ¿Te gustó Gran Caimán?

Las islas Caimán era uno de los destinos al que la compañía enviaba al Vendedor del Año.

—Es un lugar fabuloso para bucear.

—Bucear en busca de dólares. —Gordy inclinó la cabeza hacia atrás, abrió la boca y soltó una silenciosa carcajada.

—Me impresiona que logaras vender a UPS esos proyectores que incorporan una autocorrección Keystone. Querían una tecnología de compresión, y nosotros no la tenemos.

—Se los vendí sobre la base de una futura compatibilidad.

—Genial —dijo Gordy, asintiendo con la cabeza.

Ésa era la forma con que Gordy felicitaba a la gente. Se mostraba muy amable, lo cual me puso nervioso. Esperaba su acostumbrado ataque frontal.

—¿Morgan Stanley? —preguntó.

—Han enviado una Petición de Propuestas para Proveedores, pero no quieren hablar conmigo. Debe de tratarse de un asunto interno. Para ellos constituyo mero pasto de gráficos.

—Eso parece —respondió Gordy—. Están tanteando a la competencia. Devuélveles su asquerosa Petición de Propuestas para Proveedores.

—No se lo pondré fácil —contesté.

Gordy esbozó una sonrisa torcida que le daba un aspecto mefistofélico.

—Y los de FedEx tampoco se deciden, ¿no es así?

—Los de FedEx quieren un montón de proyectores LCD para su centro logístico, para mostrar el tiempo y todo eso, durante las veinticuatro horas, siete días a la semana. Les hice una demostración en Memphis.

—¿Y?

—Me están dando largas. Se han puesto en contacto con Sony, Fujitsu, NEC y nosotros. Nos están sondeando a todos a la vez.

—Sin duda para comparar precios.

—Trato de convencerles de la calidad y fiabilidad. Una mejor inversión a largo plazo y todo eso. Creo que tenemos unas probabilidades de un treinta por ciento de conseguir el trato.

—Eso eran alucinaciones mías.

—Un porcentaje muy alto.

—Eso creo. Pero no preveo el resultado.

—Lo de Albertson's fracasó —dijo Gordy, meneando la cabeza con tristeza. Albertson's es la segunda cadena de supermercados más importante del país. Poseen miles de supermercados, tiendas de comestibles, periódicos y medicamentos y gasolineras, y querían instalar el sistema de letreros digitales en sus establecimientos. Eso habría significado unas pantallas planas LCD de quince pulgadas en todas las cajas (así el cliente no tendría que leer el *National Enquirer* y dejarlo de nuevo en el expositor) y unas pantallas de plasma de cuarenta y dos pulgadas en toda la tienda. Lo denominaban una «red» en todos los establecimientos que «ofrecería a nuestros clientes información pertinente y soluciones durante sus visitas a las tiendas». Traducción: anuncios. Una idea brillante, y no tendrían que pagar por el equipo. Sería instalado por un intermediario, una compañía llamada SignNetwork que adquiría e instalaba el equipo en las tiendas. Las pantallas mostrarían anuncios de vídeos de Walt Disney, productos Kodak y pañales Huggies. Yo había estado negociando con Albertson's y SignNetwork, tratando de venderles la ventaja de pagar un poco a cambio de una mayor calidad y todo eso. Pero no había logrado convencerles.

—Hicieron el trato con NEC —dije.

—¿Por qué?

—¿Quieres saber la verdad? Jim Letasky. Es el jefe de ventas de NEC, y básicamente el dueño de la cuenta de SignNetwork. No quieren tratar con otra compañía. Les encanta ese tipo.

—Conozco a Letasky.

—Un tipo simpático —dije. Por desgracia. Habría preferido odiarlo, puesto que nos arrebató multitud de contratos, pero le había conocido hacía un par de años en una exposición de Aparatos Electrónicos Para Consumidores y me había parecido un gran tipo. Dicen que la gente compra a personas que le caen bien; después de tomarme una copa con Jim Letasky, yo mismo le habría comprado un montón de pantallas de plasma de NEC.

Gordy volvió a guardar silencio.

—Y lo de Lockwood se eterniza como un ataque de gonorrea. ¿Ahí también eres pasto de gráficos?

—No lo sé.

—Pero no te habrás rendido con ellos, ¿eh?

—¿Rendirme yo? Ni hablar.

Gordy sonrió.

—Ya, tú no eres así.

—No.

—Permite que te haga una pregunta, Steadman. Espero que no te importe que me meta en tus asuntos personales. ¿Tienes problemas en tu matrimonio?

—¿Yo? —Negué con la cabeza, sonrojándome por más que traté de evitarlo—. Nos va muy bien.

—¿Tu mujer está enferma?

—Está perfectamente. —Pero ¿a qué venía eso?

—¿Tienes un cáncer?

Esbocé una media sonrisa y respondí en tono quedo:

—Estoy bien de salud, Gordy, pero gracias por preguntarlo.

—Entonces, ¿qué diablos te ocurre?

Guardé silencio mientras reflexionaba sobre la mejor forma de responder sin que me despidieran.

—Has figurado en el Club 101 durante cuatro años consecutivos. Y luego, ¿en qué te has convertido? En Festino.

—¿A qué te refieres?

—Eres incapaz de cerrar un trato.

—No es así, Gordy. Fui el Vendedor del Año.

—En un mercado propicio para pantallas de plasma y LCD. La subida de la marea hace que floten todos los barcos.

—Mi barco flotó más alto.

—¿Tu barco sigue estando en condiciones de navegar? Ésa es la cuestión. No hay más que ver los resultados del año pasado. Verás, empiezo a preguntarme si has perdido ímpetu. Es lo que les ocurre a veces a los

comerciales en este punto de sus carreras. Pierden fuerza. ¿Sigues sintiendo ese fuego en la tripa?

Yo lo llamaba reflujo ácido, que era lo que sentía en esos momentos.

—Sí —respondí—. Como suele decirse, lo único que cuenta es el número de veces que lo consigas. Cuantas más veces fracasas y sigas intentándolo, más veces lo conseguirás.

—No quiero oír esas mariconadas de Mark Simkins en mi despacho —contestó Gordy cabreado—. Es un cuentista. Cuantas más veces fracasas, más cuentas pierdes.

—No creo que quiera decir eso, Gordy —repliqué.

—Ten la seguridad de que ocurrirán cosas beneficiosas —dijo Gordy, haciendo una inusitada y magnífica imitación de Mark Simkins, a medio camino entre Mister Rogers y el reverendo Billy Graham, si cabe imaginar tal cosa—. Mira, en el mundo real en el que vivimos aquí, yo espero que estalle una tormenta de mierda cada día, y vengo preparado con mi poncho de goma y mis chanclos, ¿comprendes? Eso es lo que ocurre en el mundo real, no en el absurdo mundo de la fantasía. ¿De modo que tú, Trevor Allard y Brett Gleason queréis competir entre vosotros? ¿Para ver quién se lleva el premio? ¿Para comprobar quién obtiene un ascenso y quién pasa a la historia?

Pasar a la historia.

—El año pasado Trevor tuvo suerte. Hyatt nos hizo un pedido importante.

—Escúchame bien, Steadman. Uno se labra su propia suerte.

—Gordy —dije—, el año pasado asignaste a Trevor las cuentas más importantes. Le diste todas las mejores chokolatinas y a mí las que tienen un pedacito de coco rosa en el centro.

Gordy alzó la vista bruscamente y me miró con sus ojillos de hurón centelleantes.

—Y hay un agujero en la capa de ozono, y cuando naciste te dieron a unos padres que no eran los tuyos... ¿Se te ocurre alguna otra justificación? —Gordy comenzó a levantar la voz hasta que se puso a gritar—. Deja que te diga una cosa. Está a punto de caernos una lluvia de mierda desde Tokio, ¡y ni siquiera sabemos qué tipo de mierda es! ¡Y si promociono al tipo equivocado, el que se quedará con el culo al aire seré yo!

Quise decir: «Ya no quiero ese estúpido ascenso. Sólo quiero irme a casa, comerme un filete y hacer el amor con mi mujer». Pero de pronto comprendí que deseaba ese ascenso. Maldita sea. No es que deseara el puesto, sino el hecho de conseguirlo.

—No te equivocarás.

Gordy sonrió de nuevo. Yo empezaba a detestar sus perversas sonrisitas.

—Aquí sobrevive el más fuerte, ya lo sabes.

—Por supuesto.

—Pero a veces hay que ayudar un poco a la evolución. Ése es mi trabajo. Promociono al más fuerte. Mato al débil. Y si consigues este puesto, tienes que ser capaz de despedir a gente, eliminar a los inútiles, tirar a los pesos muertos por la borda antes de que hagan que nos hundamos. ¿Serías capaz de despedir a Festino?

—Antes le pondría en un plan de rendimiento. —Un plan de rendimiento era la forma en que la compañía te decía que te pusieras las pilas o te largaras. Solía ser un complicado método para crear un rastro de papel con el fin de despedirte, pero a veces lograbas invertir la situación.

—Ya está en un plan de rendimiento, Steadman. Es un peso muerto, y lo sabes. Si te doy el puesto, ¿serías capaz de despedirlo?

—Si tuviera que hacerlo, no dudaría —respondí.

—Si algún miembro de tu equipo no rinde, los números no cuadran. Basta con que haya un eslabón débil en la cadena para que todos paguemos el pato. Recuerda que la palabra «equipo» se escribe con «i» latina, no con «y» como en «yo».

«Ya —pensé—, y hay una “i” latina en “idiota” y una “u” en “estúpido”». Sin embargo, me limité a asentir con gesto pensativo.

—Verás, Steadman, aquí no caben los sentimentalismos. Tienes que ser capaz de arrojar a tu abuela bajo las ruedas de un autobús para que los números cuadren. Allard sería capaz de hacerlo. Tiene lo que hay que tener. Lo mismo que Gleason. Y tú ¿serías capaz de hacerlo?

—Mi abuela ha muerto —contesté.

—Ya sabes a qué me refiero. Motivar a la gente para que suba la colina por ti no es lo mismo que llevar una bolsa.

En nuestro negocio «llevar una bolsa» significaba vender.

—Lo sé.

—¿Estás seguro? ¿Tienes ese fuego en las entrañas? ¿El instinto asesino? ¿Eres capaz de optimizar a tu equipo, de incentivarlo?

—Sé lo que tengo que hacer —respondí.

—Permite que te haga una pregunta: ¿En qué tipo de coche viniste hoy a trabajar, Steadman?

—Es un coche de alqui...

—Responde a mi pregunta. ¿Qué tipo de coche?

—Un Geo Metro, pero porque...

—Un Geo Metro —repitió Gordy—. Un Geo Metro.

—Gordy...

—Quiero que lo digas en voz alta, Steadman. Di: «Hoy he venido a trabajar conduciendo un Geo Metro».

Emití un sonoro suspiro.

—Hoy he venido a trabajar conduciendo un Geo Metro porque...

—Bien. Ahora di: «Y Gordy condujo un Hummer». ¿Lo has captado?

—Gordy...

—Dilo, Steadman.

—Gordy condujo un Hummer.

—Correcto. ¿Pillas el significado? Enséñame tu reloj, Steadman.

Miré mi reloj sin darme cuenta. Era un Fossil bastante presentable, que me había costado unos cien dólares en el quiosco de Prudential Mall. Alargué la mano izquierda a regañadientes para mostrárselo.

—Mira el mío, Steadman. —Gordy giró su muñeca izquierda, se subió el puño y me mostró un Rolex enorme y espectacular, de oro engarzado con diamantes y tres subesferas en la esfera principal. Me pareció un tanto horterá.

—Bonito reloj —dije.

—Ahora mira mis zapatos, Steadman.

—Capto tu mensaje, Gordy.

Observé a Gordy dirigir la vista hacia la puerta de su despacho y saludar a quienquiera que viera levantando el pulgar. Al volverme, vi a Trevor pasar de largo. Trevor me sonrió, y yo le devolví la sonrisa.

—No estoy seguro de que hayas captado mi mensaje —respondió Gordy—. Nuestros mejores comerciales alcanzaron los beneficios previstos. Luego están los que obtienen unos resultados mejores de lo previsto, los del Club. Y luego están los que poseen un elevado octanaje, los mejores de su especie, los tipos que comen carne, como Trevor Allard y Brett Gleason. ¿Tú comes carne, Steadman?

—Poco hecha —respondí.

—¿Tienes instinto asesino?

—¿Acaso tienes que preguntármelo?

Gordy me miró fijamente.

—Demuéstrame —dijo—. La próxima vez que te vea, quiero que me digas que has cerrado una de tus cuentas más importantes.

Asentí con la cabeza.

Gordy prosiguió con tono quedo, confidencial:

—Verás, me gustan las grandes metas audaces y arriesgadas, Steadman —dijo Gordy, articulando cada palabra. Había leído un artículo que citaba esa frase de un libro—. ¿Tienes la capacidad de alcanzar una gran meta audaz y arriesgada?

—Muy grande y arriesgada —dije, dándole a entender que entendía a qué se refería—. Desde luego.

—¿Juegas por jugar, o juegas para ganar?

—Para ganar.

—¿Cuál es el lema de la compañía, Steadman?

—«Inventa el futuro». —¿Quién coño sabía qué quería decir? ¡Como si los representantes comerciales tuviéramos que inventar el futuro! Inventaban cosas en Tokio, bajo el cono del silencio, y nos las enviaban para que las vendiéramos.

Gordy se levantó para indicar que nuestra pequeña reunión había concluido, y yo hice lo propio. Gordy rodeó la mesa y me echó el brazo sobre los hombros.

—Eres un buen tipo, Jason, un tipo excelente.

—Gracias.

—Pero ¿eres lo suficientemente bueno para entrar a formar parte del equipo G?

Tardé unos segundos en comprender que la G significaba Gordy.

—Sabes que sí.

—Muéstreme ese instinto asesino —dijo Gordy—. Tienes que ser capaz de matar, colega.

Melanie me sonrió con gesto comprensivo cuando abandoné el despacho de Gordy y salí a la luz solar natural en el exterior. Bueno, en realidad hacía un día gris y nublado y estaba lloviendo. En el Caribe hacía mejor tiempo, pero a mí me gusta el mundo real.

Encendí de nuevo el móvil mientras me encaminaba a mi despacho. Mi móvil empezó a emitir un sonido rápido y apremiante que indicaba que tenía un mensaje. Miré las llamadas recibidas y no reconocí el número. Llamé al buzón de voz y oí un mensaje de alguien cuya voz no reconocí al principio.

—Hola, Jason —dijo una voz áspera—. Tengo cierta información para ti sobre ese tipo de los Hoteles Lockwood.

Kurt Semko.

Cuando llegué a mi despacho, le llamé.

Capítulo 10

—Ese tipo se llama Brian Borque, ¿no es así? —preguntó Kurt.

—Sí. —Yo estaba aún un tanto noqueado debido a los golpes que Gordy me había asestado en la cabeza con su porra de goma psíquica.

—Mi amigo aún trabaja como guardia de seguridad en Lockwood e hizo unas indagaciones para mí —dijo Kurt—. Escucha: Brian Borque y su novia acaban de regresar de Aruba, ¿vale?

—Sí. —Recordé vagamente que Brian me había dicho que se ausentaría del despacho durante una semana o diez días—. Me dijo que había llevado a su esposa a Vienna, Virginia, según creo recordar.

—Billetes de primera clase de ida y vuelta, hotel de cinco estrellas, todos los gastos pagados, ¿y a qué no adivinas por quién?

—¿Quién?

—Hitachi.

Guardé silencio unos momentos mientras asimilaba la noticia.

—Mierda —dije.

La respuesta de Kurt fue una carcajada ronca y pausada.

—Quizás eso explique el que te haya estado dando largas.

—Desde luego. Lleva un año tomándome el pelo con ese contrato. Esto me cabrea.

—A ese tipo le pierde la ambición, ¿no?

—Debí sospecharlo. Me ha estado embaucando para que le consiguiera unas entradas para la Super Bowl y todo lo que pudiera sacar de mí, y yo he estado haciendo el papel de rollete secundario, porque se acostaba con Hitachi. Jamás tuvo intención de comprar nuestros productos. De acuerdo. Gracias, tío. Al menos ahora sé a qué atenerme.

—No te preocupes. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Cerrar el trato o dejarlo correr, ésa es la regla en esta casa. Lo dejaré correr y sanseacabó.

—No estoy de acuerdo. No veo por qué tienes que dejarlo correr y olvidarte. Hay algo más que quizá no sepas.

—¿De qué se trata?

—Al parecer, la cadena de Hoteles Lockwood tiene por norma no aceptar regalos de un valor superior a cien dólares de un cliente o vendedor.

—¿Tienen esa norma en la empresa?
—Por eso lo sabe mi amigo que trabaja de guardia de seguridad.
—¿Te refieres a que Borque tiene problemas?
—Aún no. Le han abierto un expediente. Ese viajecito a Aruba costó unos cinco o seis mil dólares. Eso es violar la norma de la empresa, ¿no crees?
—¿Y qué quieres que haga al respecto? ¿Chantajear a ese tipo?
—No, hombre. Puedes ayudarlo a resolver ese dilema ético, alejarlo de la tentación. Puedes... presionar a Borque. —Kurt soltó otra carcajada—. Luego te olvidas del asunto.
—¿Cómo? —pregunté.

Llamé a Brian Borque, pero me contestó su buzón de voz, y le pedí que me llamara en cuanto pudiera.

Entre tanto consulté mi correo electrónico y examiné la consabida basura que nos mandan a la oficina, pero había un anuncio que me llamó la atención. Por lo general hago caso omiso de las solicitudes y ofertas de trabajo; a fin de cuentas, ya tengo trabajo y, si surge alguna vacante en mi departamento, me entero de ello mucho antes de que lo envíen por correo. Pero había un anuncio para un puesto de guardia de seguridad corporativo que había sido enviado hoy.

Lo leí rápidamente. «Deberá realizar diversas tareas como proteger la seguridad física de las instalaciones y actuar inmediatamente en todo tipo de emergencias, incluyendo problemas de seguridad, médicas, bombas e incendios —decía el anuncio—. Los candidatos cualificados deben poseer el diploma de bachillerato o un diploma equivalente, buenas dotes de comunicación y experiencia laboral en el ámbito de la seguridad física. —El anuncio proseguía—: Es preferible que tenga experiencia militar reciente como policía militar... Se valorará las aptitudes de liderazgo y que conozca el manejo de pistolas».

Recordé lo que Taminek había dicho en el Outback: «Tenemos que conseguir a este tío un trabajo en Entronics».

Una idea interesante.

Conservé el anuncio de empleo entre mis correos electrónicos recientes.

Me puse un poco nervioso esperando que Brian Borque me devolviera la llamada, de modo que me levanté para estirar las piernas. Eché a andar rápidamente por el pasillo para ir a ver a Phil Rifkin, el Ingeniero Técnico de

Mercadotecnia, para organizar la demostración de un producto que debía hacer dentro de un par de días.

Phil Rifkin era el paradigma de un genio audiovisual, el cerebro de nuestra división. Era ingeniero de profesión, profundamente familiarizado con todos los proyectores y pantallas LCD y pantallas de plasma de Entronics. Prestaba apoyo al personal de ventas, respondía a preguntas estúpidas, nos enseñaba los pormenores de los productos más novedosos y se encargaba de que nuestro departamento de reparaciones pusiera a punto los productos utilizados para las demostraciones. A veces acompañaba a un representante comercial en una demostración si éste no conocía muy bien uno de nuestros productos o si el cliente era muy importante. Rifkin era asimismo nuestro gurú técnico particular cuando los clientes nos formulaban unas preguntas que no sabíamos responder.

Rifkin trabajaba en lo que llamábamos el laboratorio de plasma, aunque no estaba destinado sólo a pantallas de plasma. Era una habitación larga, estrecha y sin ventanas. Las paredes estaban cubiertas con pantallas de plasma y LCD. El suelo era un amasijo de todo tipo de cables y rollos gigantescos, con los que siempre tropezábamos. Llamé a la puerta del laboratorio, y Rifkin la abrió en el acto, como si me estuviera esperando.

—Ah... Hola, Jason.

—Hola, Phil. El viernes por la mañana voy a hacer una demostración del 42MP5 en Revere —dije.

—¿Y? —preguntó Rifkin, pestañeando como un búho.

Rifkin era un hombre menudo, delgado, con una frondosa pelambrera castaña como una figurita Chia Pet. Lucía gafas con montura de concha y era aficionado a las camisas blancas de manga corta con dos bolsillos y el cuello voluminoso. Cumplía un horario laboral muy extraño, solía trabajar de noche y vivía de las máquinas expendedoras.

Phil carecía de don de gentes. Por fortuna, en su trabajo no lo necesitaba. En su pequeño mundo era inmensamente poderoso, un auténtico zar de las pantallas de plasma. Si no le caías bien, posiblemente no podrías disponer de una pantalla de plasma para hacer una demostración a un nuevo cliente. O quizá no la tuviera lista para la fecha indicada. Tenías que ser amable con ese tipo, y yo siempre lo era. No soy idiota.

—Asegúrate de que incluyan todos los cables.

—¿Un cable por componentes, RGB o de ambos tipos?

—Sólo por componentes.

—Procura calentar la unidad durante un par de minutos antes.

—Por supuesto. ¿Podrías preajustar el aparato para que esté a nivel, Rifkin?

Rifkin se encogió de hombros, complacido en su fuero interno pero tratando de no demostrarlo. Se volvió y le siguió. Rifkin se detuvo ante una pantalla de cuarenta y dos pulgadas montada en la pared.

—No tiene mayores complicaciones —dijo—. Deja la nitidez de imagen en 50 por ciento. Me gusta intensificar los rojos y los azules y amortiguar los verdes. El contraste, en 80 por ciento. El brillo, en 25 por ciento. El matiz, en 35 por ciento.

—De acuerdo.

—No dejes de mostrarles el zum, la escala es muy superior a la de cualquier otra pantalla de plasma. Es mucho más nítido. ¿Dónde van a instalarla?

—En el canódromo de Revere. Wonderland.

—¿Por qué me haces perder el tiempo con esto?

—No quiero dejar ningún cabo suelto.

—¡Pero, hombre, Jason, un canódromo! ¿Unos galgos persiguiendo a un conejo mecánico?

—Supongo que incluso a los que violan los derechos de los animales también les gusta un buen monitor. Gracias. ¿Puedes hacer que el aparato esté listo y cargado en el camión a las ocho de la mañana del viernes?

—Jason, ¿es verdad que todos vamos a tener que recoger nuestras cosas y mudarnos a la ciudad del odio?

—¿Qué?

—A Dallas. ¿No es eso lo que ocurrirá cuando lleven a cabo la adquisición de Royal Meister?

—Nadie me ha informado de eso —dijo, negando con la cabeza.

—¿Por qué iban a hacerlo? Nadie cuenta nada a las personas de nuestro nivel. Siempre nos enteramos cuando es demasiado tarde.

Cuando regresé a mi despacho, comprobé que mi teléfono estaba sonando. La pantalla de identificación mostró el número de los Hoteles Lockwood.

—Hola, Brian —dijo.

—Por fin doy contigo —respondió Brian con su característico tono jovial—. ¿Has conseguido las entradas?

—No te he llamado por eso —dijo—. Quería volver a hablarte de la propuesta.

—Sabes que hago lo que puedo —contestó Brian con un tono súbitamente seco e inexpresivo—. Hay numerosos factores en juego que no puedo controlar.

—Lo entiendo perfectamente —dijo. El corazón me latía aceleradamente—. Sé que haces cuanto está en tus manos para que yo obtenga el contrato.

—Ya lo sabes —dijo Brian.

—Y tú sabes que Entronics puede competir en materia de precio con cualquier propuesta razonable.

—Sin duda.

El corazón me latía a mil por hora y tenía la boca seca. Tomé una botella de agua mineral Poland Spring casi vacía y la apuré. El agua estaba tibia.

—Como es natural, hay cosas que nosotros no podemos hacer y ni siquiera lo intentaremos —proseguí—. Como ese viaje que Martha y tú hicisteis a Aruba.

Brian guardó silencio, de modo que proseguí:

—Es difícil competir con un viaje gratuito.

Brian siguió sin decir nada. Durante unos instantes pensé que la línea se había cortado.

De pronto, Brian dijo:

—Envíame de nuevo todos los documentos. Haré que los firmen, y los tendrás en tu mesa de trabajo la tarde del viernes.

Me quedé pasmado.

—Gracias, Brian... Es estupendo. Eres genial.

—No hay de qué —respondió con tono quedo.

—Te agradezco todo lo que has hecho...

—De veras —dijo Brian con un tono de hostilidad—. Lo digo en serio. No tienes que agradecerérmelo.

El teléfono volvió a sonar. Era un número privado, lo que significaba que podía ser Kate, de modo que respondí.

—Aquí los viajes de la nave espacial *Enterprise* —dijo una voz que reconocí de inmediato.

—Graham —exclamé—, ¿cómo te va?

—Jason, tío, ¿cómo estás?

Graham Runkel era un adicto a la marihuana que vivía en Central Square, Cambridge, en un apartamento en la primera planta que olía a pipa de agua. Habíamos estudiado juntos en el instituto en Worcester, y alguna vez, cuando

yo era joven e irresponsable, le había comprado cinco dólares de marihuana. De vez en cuando, aunque con menos frecuencia de un tiempo a esta parte, me pasaba por su apartamento —un antro de vicio y perversión, según el propio Graham—, para fumarme un porro con él. A Kate, como es natural, le disgustaba; decía que era una conducta juvenil, y tenía razón. Hacía un par de años, Graham había anulado su suscripción a *High Times* porque estaba convencido de que el Departamento Para la Lucha Contra la Droga era el propietario y director de la revista, con el fin de atraer y atrapar a porreros incautos. En cierta ocasión, después de fumarse un par de pipas de agua, Graham me contó que las autoridades de la lucha contra la droga colocaban unos minúsculos dispositivos de localización en la encuadernación de cada número, que localizaban por medio de un gigantesco sistema de satélites.

Graham era un hombre de numerosas habilidades. Siempre estaba reconstruyendo motores, trabajando en su VW Escarabajo de 1971 en el jardín trasero del edificio donde tenía su apartamento. Trabajaba en una tienda de discos que sólo vendía discos de vinilo. Era asimismo un forofo de la serie original de televisión *Star Trek*, que a su entender era la cima de la cultura. Sólo la serie original, el *Trek* clásico, como la llamaban; todo lo demás era una abominación, decía Graham. Conocía todos los guiones y los nombres de los personajes de memoria, incluso los personajes secundarios que aparecían esporádicamente. En cierta ocasión me confesó que su primer amor platónico de juventud había sido la teniente Uhura. Graham asistía a numerosos congresos de *Star Trek*, y había transformado un modelo a escala de la nave espacial *Enterprise* en una pipa de agua.

Graham había cumplido también una condena de cárcel, al igual que algunos de mis amigos de mi viejo barrio. Cuando tenía veintipocos años, había pasado por una mala época y había asaltado un par de casas y apartamentos, con el fin de saldar una deuda de marihuana, y le habían pillado.

Básicamente, Graham había terminado como habría podido terminar yo de no haber insistido mis padres en que fuera a la universidad. Los padres de Graham opinaban que ir a la universidad era malgastar el dinero y se habían negado a enviarlo allí. Graham se había enfadado y había abandonado el instituto al comienzo del último curso.

—Lo siento, tío —dije—. He estado muy liado en la oficina.

—Hace un montón de semanas que no sé nada de ti. Pásate por el antro de vicio y perversión y nos fumaremos unos canutos, nos emborracharemos y te enseñaré lo que le he hecho a ese bicho del amor llamado El Huevito.

—Lo siento mucho, Graham —respondí—. En otra ocasión, ¿vale?

Hacia el mediodía, Festino se presentó en mi despacho.

—¿Te has enterado de lo de Trevor Teflón? —preguntó con expresión de inconfundible gozo.

—¿Qué ha ocurrido?

Festino emitió una risita despectiva.

—Tenía una entrevista con el director general del Grupo Pavilion en Natick para saludarlo y firmar el trato. El director general es un hombre al que nadie le hace esperar ni cinco segundos, un obseso de la puntualidad. ¿Y qué pasó? Pues que un neumático del Porsche de Trevor sufrió un reventón en el Pike. Trevor no pudo acudir a la cita, y el director general pilló un cabreo tremendo.

—¿Y qué? A todos se nos ha averiado alguna vez el coche. Trevor pudo haber llamado a los de Pavilion con el móvil, contarles lo sucedido y concertar otra entrevista. No tiene mayores complicaciones. Son cosas que pasan.

—Eso es lo mejor, Tigger. Su móvil tampoco funcionaba. No pudo hacer esa llamada. De modo que básicamente el director general y sus colaboradores estuvieron esperando y Trevor no apareció. —Festino se echó unas gotas del producto para limpiarse las manos y me miró sonriendo.

—Lo odio cuando ocurren esas cosas —dije. Expliqué a Festino que había logrado cerrar el asunto Lockwood jugando la baza de Aruba. Festino me miró de distinta forma.

—¿Lo conseguiste tú solito, Tigger? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—No, nada, es que..., caray, estoy impresionado, eso es todo. Jamás imaginé que serías capaz de hacer eso.

—Hay muchas cosas de mí que ignoras —respondí con tono misterioso.

Cuando Festino se marchó, llamé a Kurt.

—Buen trabajo —dijo Kurt.

—Gracias, hombre —respondí.

—No hay de qué.

Abrí mi correo electrónico de Entronics.

—Oye —dije—, hay una vacante en la compañía, para el puesto de guardia de seguridad corporativo. Dicen que prefieren que tenga experiencia militar reciente, que conozca el manejo de pistolas. Tú conoces el manejo de pistolas, ¿no es así?

—De sobra —contestó Kurt.

—¿Te interesa? El sueldo no está mal. Seguro que mejor que por conducir un camión grúa.

—¿Qué dice sobre los antecedentes del candidato?

Miré la pantalla.

—Dice que no debe tener antecedentes criminales, ni de tenencia y tráfico de drogas, ni haber sido despedido de un trabajo por motivos graves.

—Ése es el problema —dijo Kurt—. Cuando vean que me echaron del ejército por conducta deshonrosa, dejarán de leer la solicitud.

—No si explicas las circunstancias.

—No me darán la oportunidad de hacerlo —contestó Kurt—. Pero te agradezco que pensaras en mí.

—Conozco al director de Seguridad Corporativa —dije—. Dennis Scanlon. Es un buen tipo. Le caigo bien. Puedo hablarle de ti.

—No es tan fácil, colega.

—Pero vale la pena intentarlo, ¿no crees? ¡Espera que le cuente lo del partido de fútbol! Tenemos que lograr que pases a ser un empleado legal de Entronics. Dennis lo comprenderá.

—Ese tipo busca un guardia de seguridad corporativo, no un lanzador.

—¿Quieres decir que no estás cualificado para ese puesto?

—No se trata de si estoy cualificado o no, colega.

—Deja que haga una llamada —dije—. La haré ahora mismo.

—Te lo agradezco.

—Es lo menos que puedo hacer —respondí.

Llamé por teléfono a Dennis Scanlon, el director de Seguridad Corporativa, y le hablé brevemente de Kurt. Le dije que había servido en las Fuerzas Especiales, que era un buen tipo y que parecía inteligente, que le habían echado por conducta deshonrosa, pero no por motivos graves.

Scanlon se mostró de inmediato interesado. Dijo que le encantaban los tipos militares.

Capítulo 11

Yo no tenía nada contra mi untuoso cuñado, Craig Glazer, y la arribista de su mujer, Susie; pero me compadecía del pobre Ethan, su hijo de ocho años, un chaval brillante pero inadaptado.

Empecemos por el nombre del chico. Ethan es el nombre que pones a un niño que prevés, incluso antes de que nazca, que sus compañeros golpeen en el recreo, que le roben el dinero del almuerzo, que le partan las gafas y que le arrojen de bruces al suelo. Para colmo estaba el hecho de que Susie y Craig sobreprotegían a su hijo, a su modo nervioso y crispado, y al mismo tiempo no mostraban el menor interés en él. Pasaban con Ethan el menor tiempo posible. Cuando sus compañeros no le propinaban una soberana paliza en su elegante escuela privada, o lo que hicieran a los pijos en las escuelas privadas, Ethan era educado en casa, aislado de otros niños que podrían haber contribuido a integrarlo en un mundo normal, por su niñera, una mujer filipina llamada Corazón. En consecuencia, estaban educando a un chaval inteligente, creativo y confundido, lo cual hacía que me compadeciera de Ethan. Siempre me ha fastidiado que los niños paguen el pato.

Dicen que la vida es el instituto con dinero. Probablemente han conocido a personas como yo en el colegio. Nunca fui el cretino que robaba a un compañero el dinero del almuerzo. No fui el *quarterback* del equipo de fútbol americano que te robaba a tu chica. No fui un atleta lo suficientemente bueno para figurar en el equipo de la universidad, ni fui una lumbrera que te hacía los deberes, y desde luego no formaba parte de los chicos ricos. Pero había otro tipo, ¿recuerdan?

Si eras el desgraciado que no llevaba las deportivas de rigor, que lucía unos vaqueros demasiado estrechos y pertenecía al Club de Dragones y Mazmorras, seguramente no saldría contigo; pero a diferencia de la mayoría de tus compañeros de clase, tampoco me burlaría de ti. Me limitaría a saludarte y sonreír cuando me topara contigo en el pasillo. Si los matones se metían contigo, yo era quien trataba de desactivar la situación diciendo que era mejor que fuéramos amables contigo, porque dentro de diez años, cuando hubieras fundado una gigantesca compañía de programas informáticos, todos trabajaríamos para ti.

De modo que pese a la opinión que me merecía Craig Glazer, su hijo y yo nos llevábamos estupendamente. Yo prefería conversar con Ethan, visitar su pequeño y extraño mundo compuesto por cámaras medievales de tortura —su actual obsesión—, que escuchar a Craig explicarme que el programa piloto de su nueva serie había dejado boquiabiertos a los mandamases en Nueva York.

De camino a casa me detuve en el supermercado Borders Books situado en un centro comercial, en el que también había un Kmart y un Sports Authority. Quería comprar un regalo para el pobre Ethan. Aparqué el coche y traté de nuevo de llamar a Kate. Las tres últimas veces me había respondido el contestador automático. Sabía que ese día Kate se marcharía temprano del trabajo para estar en casa cuando llegaran su hermana y Craig. Me extrañaba que no respondiera al teléfono, pero quizás había salido a comprar.

Pero esta vez me respondió Kate.

—Hola, cariño —dijo con tono jovial—. ¿Vienes de camino? Craig y Susie acaban de llegar.

—Genial —respondí con marcado sarcasmo—. Estoy impaciente por verlos.

Kate captó el mensaje, pero no quiso seguirme el juego.

—Ellos también tienen muchas ganas de verte —dijo. Oí unas risas y el tintineo de vasos al fondo—. Estamos preparando la cena.

—¿Quiénes?

—No te preocupes —contestó Kate. Oí una sonora carcajada que deduje que provenía de Craig—. Susie está diplomada en reanimación cardiovascular.

Hubo más risas al fondo.

—He comprado unas magníficas chuletas Porterhouse en John Dewar's —dijo Kate—, de cinco centímetros de grosor.

—Estupendo —respondí—. Escucha, tuve la entrevista con Gordy.

—No, sólo voy a aplastar un poco los granos de pimienta —dijo Kate a alguien—. *Au poivre*. —Luego me preguntó—: ¿Ha ido bien?

—Me machacó —respondí.

—Dios santo.

—Fue una pesadilla, Kate. Pero luego averigüé algo sobre ese tipo de Lockwood...

—Ahora no puedo hablar, cariño, lo siento. No tardes. Estamos todos famélicos. Hablaremos cuando llegues a casa.

Enojado, colgué y entré en la librería. Eché un rápido vistazo por la sección infantil y luego por la de los adolescentes, y encontré dos

posibilidades. Ethan, como la mayoría de los niños, había pasado por la etapa de los dinosaurios y la etapa de los planetas, pero había dado un giro radical hacia la izquierda y estaba obsesionado con la Edad Media. Y no me refiero al rey Arturo, Merlín, los caballeros de la Mesa Redonda y la espada *Excalibur*. Lo que le interesaban eran los instrumentos de tortura medievales, lo cual hacía que uno se preguntara por el matrimonio de sus padres.

De modo que me convertí en el tío Jason, el que fomentaba las obsesiones del niño. Después de dudar entre un libro sobre la torre de Londres y otro sobre los aztecas, me decidí por el de los aztecas. Las ilustraciones eran mejores y más espeluznantes.

Cuando me dirigí a la caja, pasé junto a la sección de autoayuda en el ámbito empresarial, y me fijé en un libro. Se titulaba *Business Is War!* La cubierta del libro era de color verde camuflaje.

Recordé que Gordy se había burlado de Mark Simkins: «Las mariconadas de ese cuentista».

Esto no eran unas mariconadas. El libro prometía enseñar a los ejecutivos «unos secretos de eficacia probada de los líderes militares». Parecía interesante.

Pensé en Kate y en la forma en que me había ayudado a invertir las tornas en el asunto Lockwood con una llamada telefónica audaz.

Luego encontré otro libro en un estante, con la cubierta hacia fuera, titulado *Victory Secrets of Attila the Hun*, y otros dos, titulados *Patton on Leadership* y *The Green Beret Manager*, y al cabo de un rato iba cargado con un montón de libros de tapa dura y cedés.

Cuando llegué a la caja registradora, me quedé pasmado; los libros de tapa dura cuestan mucho dinero, y los cedés aún más, pero lo justifiqué como una inversión en mi futuro, y les pedí que me envolvieran para regalo el libro sobre los aztecas que había comprado para Ethan.

Los adultos estaban reunidos en nuestra atestada cocina, y del joven Ethan no había rastro. Reían estrepitosamente y bebían unos martinis en unas copas absurdamente grandes. Se estaban divirtiendo tanto que no me vieron entrar. Aunque Susie era cuatro años mayor que Kate, ambas hermanas parecían idénticas. Susie tenía los ojos algo más saltones, y la boca ligeramente curvada hacia abajo. Por lo demás, el paso del tiempo y el nadar en la abundancia parecía haberla cambiado un poco. Susie tenía más arruguitas de sonreír alrededor de los ojos y en la frente que Katie, sin duda debido al

tiempo que pasaba en las playas de Saint Barths. Asimismo, lucía unas mechas en el pelo que deduje que se hacía cada semana en un salón de Beverly Hills que debía de costarle ochocientos dólares la visita.

Mi cuñado, Craig, gesticulaba con la mano que tenía libre.

—Hormigón —dijo—. Olvidaos del granito. El granito pertenece a los ochenta.

—¿Hormigón? —pregunté al entrar en la cocina y besar a mi esposa—. Mi jefe quiere tomarme la medida de los pies para encargarme unas botas de hormigón. No lo entiendo.

Todos se rieron educadamente. Craig había concursado una vez en el programa *Jeopardy!*, de modo que oficialmente lo sabe todo. No le gusta comentar el hecho de que la pifió con la pregunta más fácil en la historia de *Jeopardy!* —la respuesta era «patata»—, y el único premio que se llevó fue un lote de cera Turtle Wax para el coche de un año de duración.

—Hola, Jason —dijo Susie, dándome un beso de hermana en la mejilla y un tímido abrazo—. Ethan se muere de ganas de verte.

—¡Jason! —exclamó Craig como si fuéramos viejos amigos. Me abrazó con sus huesudos brazos. Cada vez que le veía, me parecía más flaco. Llevaba unos vaqueros de marca nuevos de trinca, una camisa suelta con un estampado hawaiano y unas deportivas Converse All Stars de color blanco. Observé también que se había rapado la cabeza. Por lo visto, el minoxidil no daba resultado. Craig solía tener un pelo espeso y rizado que empezaba a clarear en la coronilla, dándole el aspecto del payaso tonto. También lucía unas gafas nuevas. Durante años, cuando escribía cuentos cortos experimentales para revistas literarias, había lucido unas gafas con montura de concha. Cuando se hizo rico, pasó por una fase de lentes de contacto hasta que descubrió que tenía los ojos secos. A partir de entonces empezó a lucir todo tipo de monturas que estuvieran en boga. Durante un par de años consecutivos lució distintas versiones de las monturas que estaban de moda en los cincuenta. Ahora había vuelto a la montura de concha.

—Llevas gafas nuevas —comenté—. ¿O son antiguas?

—Nuevas. Me las eligió Johnny.

Yo sabía que Craig y Susie habían estado recientemente de vacaciones en Saint Vincent y las Granadinas con Johnny Depp. Kate había recortado un artículo de la revista *People* y me lo había enseñado.

—¿Johnny? —pregunté para obligarle a decirlo—. ¿Carson? ¿No había muerto?

—Depp —respondió Craig, encogiéndose de hombros en un gesto de fingida timidez—. Eh, no hay que abusar de la buena vida —dijo, dándome una palmada en el vientre. Por poco perdí los estribos—. Una semana en Ashram y perderás esos kilos sin mayores problemas. Senderismo, yoga de Bikram, mil doscientas calorías diarias... Es un campo militar para celebridades. Te encantará.

Katie observó que me disponía a decir algo que quizá lamentara más tarde, de modo que se apresuró a interrumpirme.

—Te traeré un martini —dijo, tomando la coctelera de plata y sirviéndome un martini en una de las copas gigantescas.

—Ni siquiera sabía que tuviéramos copas de martini —dije—. ¿De la abuela Spencer?

—De Craig y Susie —respondió Kate—. ¿No te parecen especiales?

—Desde luego —contesté.

—Son austriacas —terció Craig—, de la misma fábrica de vidrio que fabrica esas maravillosas copas de burdeos.

—Ten cuidado —dijo Kate, ofreciéndome la copa—. Cuestan cien dólares cada una.

—Descuida, es fácil reponerlas —dijo Craig.

—¿Te has fijado en el broche de Susie? —preguntó Kate. Me había fijado en una cosa espantosamente chabacana que lucía Susie prendida en la blusa, pero pensaba que lo más educado era no hacer ningún comentario al respecto.

—¿Es una estrella de mar? —pregunté.

—¿Te gusta? —respondió Susie.

En efecto, era una estrella de mar cuajada de zafiros y rubíes que debía de costar una fortuna. Nunca he entendido la afición de las mujeres por los broches y los alfileres. Pero ése era una horterada.

—Es fabuloso, Susie —dijo Kate—. ¿Dónde lo adquiriste?

—Me lo regaló Craig —respondió Susie—. ¿Me lo compraste en Harry Winston o en Tiffany's?

—En Tiffany's —contestó Craig—. Al verlo, me pareció «tan Susie» que no pude evitar comprarlo.

—Jean Schlumberger —dijo Susie—. Yo jamás habría gastado ese dinero en una joya. Y ni siquiera era mi cumpleaños o nuestro aniversario o una ocasión especial.

—Cada día que paso casado contigo es una ocasión especial —respondió Craig, rodeando a Susie con el brazo. Susie le besó, y yo sentí ganas de vomitar.

Tuve que cambiar rápidamente de tema, porque no podía soportarlo más, de modo que dije:

—Hace un rato estabais hablando de hormigón.

—Quieren que instalemos unas encimeras nuevas —contestó Kate, dirigiéndome una mirada confidencial.

—Nos deshicimos de nuestras encimeras de granito en nuestra casa de Marin County después de que Steven nos invitara a pasar unos días en su casa —dijo Craig.

Esta vez no le pregunté si se refería a Steven Spielberg o a Steven Segal.

—Ya. Yo siempre he querido que mi cocina tuviera el aspecto de un piso comunal de un obrero socialista en Berlín oriental —dije.

Craig esbozó su sonrisa Lumineer y me miró con amable condescendencia, como si yo fuera un chaval que acude a campamentos subvencionados por el Estado.

—¿Qué tal te va en el mundo corporativo? —preguntó.

—Bien —respondí, asintiendo con la cabeza—. A veces es un caos, pero me va bien.

—Tu jefe, Dick Hardy, me invitó el año pasado a asistir a un evento deportivo organizado por Entronics en Pebble Beach. Un tipo simpático. Jugué al golf con Tiger Woods y Vijay Singh. ¡Fue impresionante!

Capté su mensaje. Craig era amigo del director general de mi compañía, a quien yo no conocía personalmente, y se codeaba con todas las celebridades porque él mismo era una celebridad. No me imaginé a Craig jugando al golf.

—Qué bien —me limité a responder.

—Si quieres, puedo hablarle a Dick de ti —dijo Craig.

—No pierdas el tiempo. Dick ni siquiera sabe quién soy.

—No importa. Sólo le diré que haga que te traten bien.

—Gracias, pero no, Craig. De todos modos te lo agradezco.

—Trabajas duro, chico. Te admiro por ello. A mí me pagan un dineral absurdo básicamente por jugar, pero tú te lo curras. ¿No es así, Katie?

—Desde luego —respondió Kate.

—No creo que pudiera hacer lo que tú haces —prosiguió Craig—. Toda la mierda que tienes que tragar...

—No tienes ni idea —contesté.

No pude soportarlo más, de modo que les dije que subía a cambiarme. En lugar de ello, fui en busca de Ethan y lo encontré en el pequeño cuarto de

huéspedes, que estaba destinado a ser la habitación del futuro bebé. Ethan estaba tumbado boca abajo sobre la moqueta azul leyendo un libro. Cuando entré, alzó la vista.

—Hola, tío Jason —dijo. Ethan ceceaba un poco, otro motivo para que sus compañeros de colegio se burlaran de él, y llevaba gafas.

—Hola, colega —respondí, sentándome junto a él y entregándole el regalo que le había comprado—. Probablemente no necesites otro libro.

—Gracias —dijo Ethan, incorporándose y abriendo el paquete apresuradamente—. Éste es un libro excelente.

—¿Ya lo tienes?

El niño asintió con gesto solemne.

—Creo que es el mejor de la serie.

—No sabía si comprarte éste o uno sobre la torre de Londres.

—Has elegido bien. Necesitaba otro ejemplar, para la casa en Marin.

—Me alegro. Pero dime una cosa, Ethan. Todavía no comprendo por qué los aztecas llevaban a cabo tantos sacrificios humanos.

—Es algo complicado.

—Seguro que eres capaz de explicármelo.

—Lo hacían para que el universo siguiera girando. Los aztecas creían que existía un espíritu en el torrente sanguíneo humano, pero principalmente en el corazón, ¿comprendes? Y tenían que seguir ofreciéndoselo a los dioses para que el universo no se detuviera.

—Ya. Tiene sentido.

—De modo que cuando las cosas se ponían feas, llevaban a cabo más sacrificios humanos.

—Ocurre también en mi lugar de trabajo.

—¿De veras? —preguntó Ethan, ladeando la cabeza.

—Más o menos.

—Los aztecas cocinaban, desollaban y comían también seres humanos.

—Nosotros no hacemos eso.

—¿Quieres ver una ilustración de la silla de clavos?

—Desde luego —respondí—, pero deberíamos bajar a cenar, ¿no crees?

Ethan adelantó el labio inferior y meneó la cabeza lentamente.

—No tenemos que bajar. Podemos pedirles que nos suban la cena. Yo lo hago con frecuencia.

—Vamos —dije, levantándome y ayudándole a ponerse de pie—. Bajaremos los dos. Así nos haremos compañía.

—Yo me quedo aquí arriba —dijo Ethan.

Los adultos habían pasado al vino tinto, un burdeos que había traído Craig. Seguro que era carísimo, aunque sabía a deportivas sudadas. Olí el aroma de las chuletas haciéndose en la parrilla. Susie hablaba sobre una famosa estrella de televisión que había ingresado en un centro de rehabilitación, y Craig la interrumpió para decirme:

—No pudiste soportar más torturas, ¿eh?

—Es un chico estupendo —respondí—. Me ha explicado que cuando las cosas se ponían feas, los aztecas sacrificaban a más seres humanos.

—Ya —dijo Craig—. Habla como una cotorra. Espero que no os haya quitado a Susie y a ti las ganas de tener hijos. No todos salen como Ethan.

—Es un buen chico —dije.

—Y nosotros le queremos con locura —contestó Craig con voz mecánica como en un anuncio sobre los perjuicios de las drogas—. Bien, quiero que me cuentes cómo te va en el trabajo. Lo digo en serio.

—Es un tema muy aburrido —contesté—. No hay celebridades.

—Quiero que me lo cuentes —insistió Craig—. En serio. Necesito saber cómo es la vida de una persona que realiza un trabajo normal, sobre todo si quiero escribir sobre ello. Es como una labor de documentación.

Le miré al tiempo que se me ocurrían una docena de respuestas desagradables y sarcásticas, pero por suerte en ese momento sonó mi móvil. Había olvidado que aún lo llevaba sujeto al cinturón.

—Vaya, hombre —dijo Craig—. Supongo que te llaman de la oficina. —Miró a su esposa y a Kate—. Debe de ser su jefe, sobre algo que debe hacer ahora mismo. ¡Cielos, me divierte la forma en que los altos cargos hacen restallar el látigo en el mundo corporativo!

Me levanté y me encaminé al cuarto de estar para atender la llamada.

—Hola —dijo una voz. De inmediato reconocí a Kurt.

—¿Cómo te va? —respondí, satisfecho de tener una excusa para zafarme del interrogatorio de Craig.

—¿Te he pillado cenando?

—No —contesté.

—Gracias por hablar con el jefe de Seguridad Corporativa. Descargué la solicitud de empleo, rellené el formulario y lo envié por correo electrónico. He recibido una llamada de ese tipo. Quiero que me presente mañana por la tarde para una entrevista.

—Te aconsejo que vayas —respondí—. Debe de estar interesado en contratarte.

—O desesperado. Oye, ¿puedo llamarte mañana por la mañana para hablar unos minutos contigo? Es para que me informes sobre cómo funcionan las cosas en Entronics y sobre los problemas de seguridad. Quiero estar preparado.

—¿Qué te parece si hablamos ahora mismo? —pregunté.

Capítulo 12

Nos encontramos en un lugar en Harvard Square llamado Charlie's Kitchen, donde sirven una excelente doble hamburguesa de queso especial. Yo apenas había probado bocado durante la cena. Craig me había quitado el apetito, y las chuletas que Kate había preparado estaban demasiado hechas. Demasiados martinis. A Kate no le hizo gracia que yo abandonara la reunión, pero le dije que se había producido una crisis en el trabajo y lo creyó. De hecho, parecía casi aliviada, porque intuía que la cena acabaría de forma desagradable.

Al principio no le reconocí, porque se había afeitado la perilla y se había cambiado el peinado. Llevaba su pelo entrecano corto, pero no al estilo militar, con raya al lado, lo que le daba un aspecto muy estiloso. Me di cuenta de que Kurt era un tipo bien plantado, y en esos momentos parecía un ejecutivo de éxito, sólo que lucía unos vaqueros y una camiseta.

Kurt pidió lo de siempre, un vaso de agua helada. Dijo que cuando estuvo en Irak y en Afganistán, el agua potable y fresca era un lujo. Si bebías el agua en esos lugares, te daba una diarrea que duraba varios días. Ahora, siempre que podía, bebía agua.

Me dijo que ya había cenado. Cuando llegó lo que yo había pedido, una doble hamburguesa de queso y una montaña de patatas fritas con una jarra de plástico de cerveza aguada, Kurt lo miró con el ceño fruncido.

—No deberías comer esas porquerías —dijo.

—Pareces mi mujer.

—No te ofendas, pero deberías perder unos kilos. Te sentirás mejor.

¿Él también?

—Me encuentro perfectamente.

—¿Vas al gimnasio?

—¿Quién tiene tiempo para eso?

—Sacas el tiempo de donde sea.

—Yo saco tiempo para quedarme un rato más en la cama —respondí.

—Tenemos que convencerte para que vayas al gimnasio y hagas unos ejercicios cardiovasculares y pesas. ¿No eres miembro de ningún gimnasio?

—Sí —respondí—. Pago unos cien dólares al mes por ser miembro de CorpFit, por lo que decidí que no era necesario que acudiera.

—¿CorpFit? ¿Uno de esos sitios pijos y elegantes donde bebes agua de Evian?

—Como nunca he ido, no lo sé.

—No, tengo que llevarte a un gimnasio como es debido: al que voy yo.

—De acuerdo —dije, confiando en que Kurt se olvidara del tema del gimnasio, pero no parecía un tipo que se olvidara de nada. Eché un último vistazo a mi jarra de cerveza y llamé al camarero para pedirle que me trajera una coca-cola baja en calorías.

—¿Aún conduces el coche alquilado? —preguntó Kurt.

—Sí.

—¿Cuándo van a devolvarte tu coche?

—A mitad de la semana que viene, según dijeron.

—Eso es demasiado tiempo. Los llamaré.

—Te lo agradecería.

—¿Llevas tu tarjeta de identificación de Entronics?

La saqué y la deposité en la mesa. Kurt la examinó detenidamente.

—¿Sabes lo fácil que es falsificar unos de esos chismes?

—Nunca había pensado en ello.

—Me pregunto si vuestro jefe de seguridad ha pensado en ello.

—Te aconsejo que no le molestes —dije, atacando la hamburguesa—.

¿Tienes un currículum?

—Puedo escribir uno.

—¿En el formato correcto y con los datos indicados?

—No lo sé.

—Mándame lo que tengas por correo electrónico, y yo lo revisaré para que esté presentable.

—Eso sería estupendo.

—No es ningún problema. Ahora, si tuviera que hacer un pronóstico, diría que la entrevista con Scanlon será dura. Aunque probablemente te hará las preguntas de rigor, como: «¿Cuál es tu mayor debilidad?» y «¿Cuándo fue la última vez que tomaste la iniciativa para solventar un problema?». Ese tipo de cosas. Querrá saber cómo trabajas en equipo.

—Creo que sabré desenvolverme —respondió Kurt.

—Procura llegar puntual. Mejor dicho, con antelación.

—Soy un militar, ¿recuerdas? La puntualidad es fundamental para nosotros.

—No pensarás presentarte vestido así.

—¿Sabes cuántas inspecciones de uniforme he tenido que soportar? —replicó Kurt—. No te preocupes. No existe una corporación en el mundo más rígida que el ejército estadounidense. Pero quiero conocer algunos detalles sobre vuestro sistema de control de acceso.

—Sólo sé que muestras esta tarjeta en una de las entradas y te dejan pasar. Kurt me hizo más preguntas, y yo le conté lo poco que sabía.

—¿A tu mujer no le importa que salgas por la noche? —me preguntó Kurt.

—En mi casa los pantalones los llevo yo —contesté muy serio—. De hecho, creo que se alegró de librarse de mí.

—¿Sigues compitiendo con ese tío llamado Trevor por lo de ese puesto?

—Sí. —Conté a Kurt lo de mi «entrevista» con Gordy—. Pero no va a dármelo. Lo presiento. Me estaba vacilando.

—¿Cómo lo sabes?

—Gordy dice que no tengo instinto asesino. Y Trevor es una superestrella. Sus números siempre arrojan unos resultados excelentes, especialmente este año. Es un vendedor extraordinario. Y está también Brett Gleason. Es un patán, pero posee esa agresividad feroz que le gusta a Gordy. Gordy dice que el puesto será para uno de los tres, pero yo apuesto a que será para Trevor. El lunes tiene una importante demostración ante los peces gordos de Fidelity Investments, y si nuestros monitores superan a los de la competencia, de lo que estoy seguro, Trevor se llevará la cuenta de Fidelity, que es gigantesca. Lo cual significa que ganará. Y yo tendré que fastidiarme.

—Mira, no sé cómo funcionan las cosas en una empresa, pero créeme, he estado en muchas situaciones que parecían desesperadas. Y si tengo alguna certeza es que la guerra es impredecible. Es volátil, compleja. Genera confusión. Por eso se refieren siempre a «la bruma de la guerra». A veces ves unas cosas increíbles, y nunca puedes estar seguro acerca de los planes y la capacidad de tu enemigo.

—¿Qué tiene eso que ver con conseguir un ascenso?

—Lo que digo es que la única forma de garantizar una pérdida es no presentar batalla. Tienes que abordar cada batalla convencido de que puedes ganar. —Kurt bebió un largo trago de agua helada—. ¿Entiendes?

Capítulo 13

Por la mañana me levanté de la cama sigilosamente a las seis, antes de que sonara el despertador. Al cabo de varios años de levantarme a las seis, mi cuerpo estaba programado. Oí la respiración trabajosa de Kate, debido a haber bebido demasiado anoche. Bajé a la cocina a preparar café, temiendo encontrarme con Craig antes de haber ingerido mi dosis de cafeína y estando por tanto vulnerable, en caso de que éste fuera también madrugador. Entonces recordé que las seis de la mañana son las tres de la mañana en California, por lo que probablemente Craig seguiría durmiendo, especialmente después de haberse acostado tarde la noche anterior.

La cocina y el comedor estaban llenos de restos de la cena, platos, bandejas y cubiertos de plata diseminados por todas partes. Kate y Susie se habían criado con un ama de llaves que se encargaba de recoger todo lo que ellas dejaban desordenado. Susie seguía disponiendo de una persona que cocinaba y limpiaba. En cuanto a Kate... A veces vivía como si dispusiera de una. Sin embargo, yo no tenía derecho alguno a quejarme, puesto que no tenía esa excusa. Reconozco que detesto lavar los platos y que soy un holgazán por naturaleza, lo que es una excusa distinta.

La mesa y encimera de la cocina estaban repletas de copas de vino y de martini y de las copas de licor especiales de la abuela Spencer, y no pude encontrar la cafetera eléctrica. Por fin la localicé y le eché unas cucharadas de café para hervirlo, derramando sin querer unos granos de café sobre la encimera verde de Corian. Me negaba rotundamente a instalar unas encimeras de hormigón.

Oí un tintineo y me volví. El pequeño Ethan estaba sentado a la mesa de la cocina, semioculto detrás de una enorme pila de platos y cacharros. Tenía un aspecto menudo y frágil, como el niño de ocho años que era, no como el chaval inquietantemente precoz que solía parecer. Comía Krispies con frutas en una enorme sopera que debió de encontrar en el armario de la vajilla. La cuchara que utilizaba era un cucharón de plata maciza.

—Buenos días, Ethan —dije en voz baja para no despertar a los juerguistas que dormían arriba.

Ethan no respondió.

—Hola, colega —dije, levantando un poco la voz.

—Lo siento, tío Jason —respondió Ethan—. Por las mañanas no carburo.

—Yo tampoco. —Me acerqué a él para revolverle afectuosamente el pelo, pero me detuve al recordar que Ethan odiaba que le revolvieran el pelo. Bien pensado, a mí tampoco me gustaba. Y sigue sin gustarme. Le di una palmadita en la espalda y aparté unos platos de porcelana azul de Spode de la abuela Spencer, cubiertos de grasa solidificada de las chuletas demasiado hechas, para sentarme a la mesa—. ¿Te importa que comparta contigo esos Krispies con frutas?

Ethan se encogió de hombros.

—No. Al fin y al cabo, son tuyos.

Supuse que Kate los habría comprado para Ethan cuando fue de compras el día anterior. Su marido come ramitas y trocitos de arpillera. Tomé nota de enviarle una carta de protesta. Cogí un bol de cereales de la alacena y me serví una generosa porción de los círculos de colorines de carnaval, que regué con la leche de contrabando del brik de Ethan. Confié en que aún quedara cuando se marcharan nuestros huéspedes.

Salí al porche para recoger los periódicos matutinos. Nos enviaban dos, el *Boston Globe* para Kate y el *Boston Herald* para mí, el que mi padre había leído siempre. Cuando regresé a la cocina, Ethan dijo:

—Mamá dice que anoche saliste para evitar a papá. Solté una sonora carcajada.

—Tuve que salir por un asunto del trabajo.

Ethan asintió con la cabeza como si leyera mis pensamientos y se llevó una cucharada colmada de cereales a su pequeña boca, en la que apenas cabía el cucharón.

—A veces papá se pone muy pesado —comentó—. Si yo pudiera conducir, tampoco me quedaría en casa cada noche.

Ricky Festino me interceptó el paso cuando me disponía a entrar en mi despacho.

—Han llegado —dijo.

—¿Quiénes?

—Los que se llevan los cadáveres. Los limpiadores. El señor Wolf de *Pulp Fiction*.

—Es muy temprano, Ricky, y no tengo idea de a qué te refieres.

Encendí las luces de mi despacho.

Festino me agarró por el hombro.

—El equipo de integración de la fusión, idiota. Unos asesores armados con motosierras. Llevan aquí desde antes de que yo llegara. Seis tipos, cuatro de McKinsey y dos de Tokio. Llevan unas carpetas sujetapapeles, unas calculadoras y unas condenadas cámaras digitales. Han venido de la sede de Royal Meister en Texas, y te aseguro que han dejado un reguero de cadáveres en Dallas. Me he enterado por un colega que trabaja allí, que me llamó anoche para prevenirme.

—Cálmate —dije—. Probablemente han venido para descifrar cómo conseguir que se fusionen las dos organizaciones.

—Chico, vives en el mundo de la fantasía. —Observé que Festino había empezado a sudar. Los sobacos de su camisa azul estaban empapados—. Buscan «elementos superfluos», memo. Tratan de identificar «actividades que no añaden ningún valor». Ése soy yo. Hasta mi mujer dice que no añado ningún valor.

—Ricky.

—Ellos deciden quién se queda y quién se marcha. Esto es como *Supervivientes* en versión corporativa, sólo que los perdedores no acuden al programa de Jay Leno. —Festino sacó la botellita para limpiarse las manos del bolsillo y empezó a agitarla nerviosamente.

—¿Cuánto tiempo van a quedarse? —pregunté.

—No lo sé, quizás una semana. Mi colega en Dallas me dijo que dedicaron mucho tiempo a examinar los informes de rendimiento de todos los empleados. Los mejores, que constituyen el veinte por ciento de la plantilla, conservaron sus puestos. Los demás son un lastre que conviene eliminar.

Cerré la puerta de mi despacho.

—Haré cuanto pueda por protegerte —dije.

—Eso suponiendo que te quedes —respondió Festino.

—¿Por qué no voy a quedarme? —pregunté.

—Porque Gordy te odia.

—Gordy odia a todo el mundo.

—Salvo a su pelota preferido, Trevor. Si conservo el puesto y ese capullo se convierte en mi jefe, te juro que aquí se producirá la masacre de Columbine. Me presentaré con un UZI y realizaré mi propia «revisión de expedientes».

—Creo que has ingerido demasiada cafeína —dije.

Fue un día largo y agotador. Los rumores de un desastre inminente habían empezado a propagarse por la oficina.

Al final de la jornada, cuando bajaba en el ascensor al vestíbulo, los otros pasajeros y yo miramos los monitores de pantalla plana montados en la pared del ascensor. Mostraban noticias de deportes (los Red Sox llevaban medio partido de ventaja a los Yankees en la Liga Americana del Este), titulares de prensa (otro atentado suicida en Irak) y las cotizaciones de Bolsa (Entronics había descendido un dólar). La palabra del día era «sagaz». Hoy era el cumpleaños de Cher y Honoré de Balzac. A muchos les molestan las pantallas de televisión en los ascensores, pero a mí no. Hacen que deje de pensar que estoy dentro de un ataúd de acero sellado colgado de unos cables que pueden romperse en cualquier momento.

Cuando la puerta del ascensor se abrió en el vestíbulo, me sorprendió ver a Kurt hablando con Dennis Scanlon, el director de Seguridad Corporativa. Kurt lucía un traje azul marino, una camisa blanca y una corbata plateada propia de un representante comercial. Parecía un vicepresidente. En la solapa izquierda llevaba prendida una placa de Entronics temporal. El área de Seguridad Corporativa se hallaba junto al vestíbulo del edificio, supongo que porque ahí es donde estaba la central de operaciones y demás instalaciones de seguridad.

—Hola, Kurt —dije—. ¿Qué haces aún aquí? Creí que tenías la entrevista esta mañana.

—Y así era —respondió Kurt, sonriendo.

—Te presento a nuestro nuevo agente de Seguridad Corporativa —dijo Scanlon. Era un hombre menudo, semejante a una rana, desprovisto de cuello y con el cuerpo achaparrado.

—¿De veras? —contesté—. Es estupendo. Has hecho bien en contratarlo.

—Todos estamos encantados de que trabaje con nosotros —respondió Scanlon—. Kurt ha hecho unas propuestas para mejorar el sistema de seguridad muy acertadas. Se nota que sabe de tecnología.

Kurt se encogió de hombros modestamente.

Scanlon se disculpó, y Kurt y yo seguimos charlando unos minutos.

—Todo ha ido muy rápido —dije.

—Empiezo el lunes. Tengo que rellenar un formulario de orientación y un montón de papeles, pero ya tengo el puesto.

—Me alegro mucho —contesté.

—Oye, tío, gracias.

—¿Por qué?

—Te debo un favor. No me conoces bien, pero algún día comprobarás que jamás olvido un favor.

Me reuní con Kate en la cama después de echar un último vistazo a mi correo electrónico. Kate lucía su acostumbrado atuendo para dormir, un holgado pantalón de chándal y una holgada camiseta, y miraba la televisión. Durante una pausa para los anuncios, dijo:

—Siento no haber podido preguntarte anoche cómo te fue la entrevista con Gordy.

—No te preocupes. Me fue bien. Tan bien como puede ir una entrevista con Gordy. Básicamente me estuvo vacilando, me amenazó y trató de animarme y de desmoralizarme al mismo tiempo.

Kate puso los ojos en blanco.

—Es un cretino. ¿Crees que conseguirás el puesto?

—Quién sabe. Probablemente no. Ya te lo dije, Trevor encaja más con el tipo que le gusta a Gordy, agresivo e implacable. Gordy me considera débil. Un buen tipo, pero débil.

En esos momentos pusieron un anuncio muy irritante, y Kate quitó el sonido del televisor.

—Si no ocurre, no ocurre. Al menos lo intentaste.

—Eso es lo que pienso.

—Lo importante es que le dijeras que deseas ese puesto.

—Se lo dije.

—Pero ¿es verdad?

—¿Te refieres a si lo deseo? Sí, creo que sí. Representa más trabajo y más estrés; pero creo que si uno mantiene la cabeza gacha en la compañía, no consigues nada.

—Tienes razón.

—Mi padre siempre decía que al clavo que sobresale le asestan un martillazo.

—Tú no eres tu padre.

—No. Mi padre trabajaba en una fábrica todo el día y lo odiaba. — Durante unos momentos me quedé absorto en mis pensamientos, recordando la postura encorvada de mi padre cuando se sentaba a la mesa a la hora de cenar, con las yemas de los dedos que le faltaban en la mano derecha. Sus largos silencios, la expresión de derrota en sus ojos. Como si estuviera resignado a la mierda que le deparara la vida. A veces me recordaba a un

perro cuyo dueño le pega todos los días y se acobarda cuando alguien se acerca a él y sólo quiere que le dejen tranquilo. Pero mi padre era un buen hombre. No me permitía hacer novillos en la escuela, me obligaba a hacer los deberes y no quería que yo tuviera la misma vida que él. Sólo ahora empezaba a comprender lo mucho que yo debía a mi padre.

—¿Jason? Eres muy bueno con Ethan. Me encanta cómo te comportas con él. Creo que eres el único adulto que le presta atención. Te lo agradezco.

—Ese chico me cae bien. Es un poco rarito, lo sé, pero en el fondo... creo que sabe que sus padres son unos gilipollas.

Kate asintió y sonrió con tristeza.

—¿Te identificas con él? —me preguntó.

—¿Yo? Ethan es radicalmente opuesto a como era yo de niño. Yo era tremendamente sociable.

—Me refiero a que eras hijo único y apenas veías a tus padres.

—Apenas veía a mis padres porque trabajaban como burros. Craig y Susie están muy ocupados viajando a Mallorca con Bobby de Niro. No les gusta estar con su hijo.

—Lo sé. Es injusto.

—¿Injusto? —Miré a Kate a los ojos.

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Nosotros daríamos lo que fuera por tener un hijo, y ellos tienen la suerte de tener uno y no le hacen caso o le tratan como... —Kate meneó la cabeza—. Qué ironía, ¿no?

—¿Me permites que les diga lo que opino sobre la forma en que están educando a Ethan?

—No. Sólo conseguirás cabrearlos y te dirán que no sabes nada sobre el tema, puesto que no tienes un hijo. De todos modos, no lograrías nada. Además, la forma en que conectas con Ethan... Eso es lo importante en la vida de ese chico.

—Me encantaría soltarle algunas verdades a Craig.

Kate sonrió, pero volvió a menear la cabeza.

—Oye —dije—, he conseguido un puesto para Kurt en Entronics.

—¿Kurt?

—Kurt Semko, el tipo de las Fuerzas Especiales que conocí.

—Ah, Kurt. El conductor del camión grúa. ¿Qué clase de puesto?

—En Seguridad Corporativa.

—¿De guardia de seguridad?

—No, los guardias de seguridad en el edificio son unos policías contratados. Éstos se ocupan de los temas internos de la compañía, impidiendo que desaparezca material, monitorizando las idas y venidas...

—En realidad no sabes lo que hacen, ¿no es así?

—No tengo la más remota idea. Pero el director de seguridad se mostró encantado de contratarlo.

—En tal caso has hecho a ambos un favor. Todos contentos, ¿no?

—Sí —respondí—. Todos contentos.

Capítulo 14

A la mañana siguiente abrí la caja que contenía los cedés de *Business Is War!* y coloqué el primer disco en el reproductor de cedés en el Geo Metro. El narrador sonaba como George C. Scott haciendo de Patton. Daba ladrando las órdenes sobre «tu plan de batalla» y «la cadena de mando», diciendo: «Las unidades perfectamente adiestradas y cohesionadas con un buen líder son las que sufren menos bajas».

Después de oír al Viejo Sangre y Agallas, el general de cuatro estrellas que imaginé que sería el narrador —aunque probablemente era un cretino con un barrigón y unas gafas gruesas que no había conseguido triunfar en la radio FM—, me sentía tan motivado que estaba dispuesto a entrar con paso firme en el despacho de Gordy y exigirle que me concediera la promoción. Estaba dispuesto a cargarme a quien fuera y tomar nota de mis víctimas.

Cuando llegué a la oficina, había recobrado la sensatez. Por lo demás, tenía que ir en coche a Revere para demostrar una pantalla de treinta y seis pulgadas para el Wonderland Greyhound Park, el canódromo, aunque no creía que los tipos que frecuentan un canódromo tuviesen en cuenta la diferencia entre un televisor convencional y una pantalla plana de plasma. No regresé de Revere hasta media tarde, lo cual no era una ventaja. Gordy suele estar de mejor humor después de comer.

Pedí a Festino que viniera a mi despacho y le hice que leyera un par de contratos que yo había comenzado a redactar. No existía nadie más hábil que Festino a la hora de elaborar un contrato. El problema era que apenas firmaba ninguno. Recordé cuándo Ethan, que a la sazón tenía unos dos años, había aprendido de memoria el devedé sobre utilizar el orinal que sus padres le ponían constantemente. Ethan había memorizado cada palabra y cada canción. Era un experto en la teoría del uso del orinal, pero durante años se negó a utilizarlo. Festino era igual. Era un genio a la hora de redactar contratos, pero era incapaz de firmar uno.

—Houston, tenemos un problema —dijo Festino—. Los papeles indican «FOB en destino», pero quieren que hagamos el envío a Florida, ¿no es así? Es imposible que el equipo llegue a la zona de carga y descarga antes de finalizar la jornada laboral.

—Mierda. Tienes razón.

—Además, no creo que debamos responsabilizarnos del equipo durante el viaje.

—Cierto. Pero pondrán el grito en el cielo si les digo que hay que rehacer todo el papeleo.

—No es ningún problema. Llámales y diles que nos autoricen a hacer una rectificación, a poner «FOB en origen». De ese modo recibirán la mercancía seis semanas antes. Recuérdales que los envíos en los que pone «FOB en origen» son los que se despachan antes.

—De acuerdo —respondí—. Buen trabajo, colega. Tienes razón.

Cuando me dirigía a hablar con Gordy, vi a salir a Trevor del despacho de Joan Tureck. Mostraba una expresión insólitamente ceñuda.

—¿Cómo estás, Trevor? —pregunté.

—Bien —contestó con tono inexpresivo—. Muy bien.

Antes de que tuviera ocasión de expresarle mis más profundas condolencias por haber dejado plantado al director general de una de las cadenas de cines más importante de América, Trevor se alejó, privándome de la oportunidad, y Joan me indicó que entrara en su despacho con un gesto con la mano izquierda.

Me puse de inmediato en guardia. Trevor parecía como si le hubieran asestado una patada en las joyas de la familia. Sospeché que Joan le había dado malas noticias y que quizá me tocara ahora el turno a mí.

—Siéntate, Jason —dijo Joan—. Enhorabuena por el acuerdo con Lockwood. No pensé que lograrías cerrarlo, pero supongo que no debemos subestimarte.

Asentí con la cabeza sonriendo modestamente.

—A veces basta con decir la palabra adecuada para que todo se resuelva —respondí—. Imagino que eso demostrará mis credenciales como comedor de carne a Gordy.

—Dick Hardy ya ha emitido un comunicado de prensa sobre el acuerdo con Lockwood —dijo Joan—. Supongo que lo habrás visto.

—Aún no.

Joan se levantó y cerró la puerta de su despacho. Se volvió hacia mí y emitió un prolongado y sonoro suspiro. No era un buen suspiro. Mostraba unas ojeras más pronunciadas de lo habitual. Luego regresó a su mesa.

—Gordy no va a ascenderme al puesto de Crawford —dijo con tono cansino.

—¿A qué te refieres?

—Hay algo en mí que disgusta a Gordy.

—Todos tenemos algo que disgusta a Gordy. Aparte del hecho de que eres una mujer.

—Y no una mujer con la que desea acostarse.

—Lláname ingenuo, pero ¿eso no es ilegal?

—Sí, eres un ingenuo, Jason. En cualquier caso, es más viejo que andar a pie el uso de una consolidación como excusa para deshacerte de los empleados que no te caen bien.

—Pero no puede hacerlo de forma tan descarada.

—Por supuesto que no. Gordy es inteligente. Siempre hay un medio de justificar un despido. Yo no conseguí unos números aceptables porque vosotros no obtuvisteis buenos resultados el último trimestre. El equipo de la fusión opina que soy un elemento directivo innecesario, que conviene eliminarme. Han decidido liquidar a todo el equipo de administración. De modo que Gordy sólo va a llenar el puesto de vicepresidente de división que ocupaba Crawford. Tú, Trevor o Brett. Lo que significa que quienquiera que lo consiga va a estar sometido a una presión tremenda. Es un cargo de mucha responsabilidad.

—¿Gordy quiere despedirte? —Me sentí fatal. Yo estaba tratando de conseguir una promoción, y ella había perdido su puesto—. Lo lamento. —De pronto, se me ocurrió un pensamiento innoble: había pedido a Joan que le hablara a Gordy sobre mí, y al parecer ésta había contraído unos piojos corporativos. ¿Me los contagiaría a mí?

—No te preocupes, de veras —contestó Joan—. Hace tiempo que mantengo conversaciones con FoodMark.

—¿La compañía que tiene unos restaurantes en centros comerciales? —Traté de preguntarlo con neutralidad, pero creo que no logré ocultar lo que sentía.

Joan esbozó una sonrisa entre melancólica y turbada.

—No es un mal lugar, y el trabajo es menos estresante que aquí. Además, Shelila y yo queremos dedicarnos a viajar. A disfrutar juntas de la vida. Así que he salido ganando. Pantallas de plasma o burritos, ¿qué más da?

No quise expresarle mis condolencias, pero tampoco venía a cuento felicitarla. ¿Qué podía decir?

—Me alegro de que todo se haya resuelto.

—¿Te he confesado alguna vez que soy vegetariana? —preguntó Joan.

—Quizá sea ése el motivo —respondí, tratando de adoptar un tono chistoso. Recordé las chuletas que había preparado Kate hacía un par de

noches, unos pedazos de carne requemada que bastaban para convertir a cualquiera en vegetariano.

—Es posible —dijo Joan, sonriendo con tristeza—. Da lo mismo. Pero te recomiendo que hoy seas amable con Trevor Allard. Se ha llevado un desengaño tremendo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ha perdido el contrato más importante de su vida.

—¿Te refieres a Pavilion?

Joan asintió con los labios apretados.

—¿Por no haber podido acudir a la cita debido a un reventón?

—Una vez, pase; pero dos, no.

—¿Dos veces?

—Esta mañana iba de camino a la reunión que había fijado de nuevo con Watkins, el director general de Pavilion, cuando su Porsche volvió a dejarlo tirado en la carretera.

—¿Bromeas?

—Ojalá fuera una broma, un fallo en el circuito eléctrico. Es una coincidencia increíble que su coche se averiara dos veces consecutivas. Trevor ni siquiera había tenido tiempo de reemplazar su móvil, por lo que no pudo avisar a Watkins con antelación. Y ha perdido el contrato. Han firmado con Toshiba.

—¡Joder! ¿Así, sin más?

—El acuerdo ya había sido incluido en las previsiones del próximo trimestre como un tema resuelto. Lo cual representa un desastre para todos nosotros, especialmente con el equipo de integración husmeando por los rincones. Mejor dicho, para todos vosotros, puesto que yo me largo de aquí. Aunque estoy segura de que a ti te preocupa más la incidencia que eso pueda tener en tus posibilidades de conseguir la promoción.

—No, en absoluto —protesté sin mucha convicción.

—Al parecer, las tornas han cambiado. Todo indica que tienes más probabilidades que los otros dos de conseguirlo.

—Temporalmente.

—Gordy se guía por cómo sopla el viento, que en estos momentos sopla a tu favor. Pero deja que te diga una cosa. Sé lo mucho que deseas ese puesto. Pero ten cuidado con lo que pides. Nunca sabes las consecuencias que puede tener.

Diez minutos más tarde estaba examinando mi correo electrónico, aturdido todavía, cuando observé a Brett Gleason ante la puerta de mi despacho.

Fuera lo que fuese que quería, no era agradable.

—Hola, Brett —dije—. Pensé que tenías una presentación en el Bank of America.

—He perdido la dirección —respondió.

—¿Del Bank of America? Están en Federal Street, ¿no lo sabes?

—Hay muchas plantas, muchos despachos.

—¿No puedes llamar a tu contacto?

—Es un tipo nuevo y no figura en la página electrónica. Además, no recuerdo su apellido.

—¿No tienes el número de ese tipo? —Me pregunté qué hacía Brett en mi despacho. Gleason procuraba dirigirme la palabra lo menos posible, y nunca me pedía ayuda en nada.

—También ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—¿Te parece gracioso?

—No me río, Brett. ¿De qué estás hablando?

—La pantalla azul de la muerte.

—¿Se ha averiado tu disco duro?

—Un error permanente y fatal. Alguien ha metido la mano en mi ordenador. —Brett me miró con recelo—. También comprobé que había desaparecido mi Palm Pilot cuando traté de activar el HotSync esta mañana. He perdido todos mis contactos, todos mis archivos. Los cretinos de informática dicen que son irrecuperables. Menuda broma, ¿no?

Pensé, pero me abstuve de decirlo, que si Brett hubiera impreso su agenda, no tendría ese problema. Pero no dije nada.

—¿Crees que alguien ha hecho eso adrede, Brett? —pregunté, pero Gleason dio media vuelta y se fue.

No se volvió.

Un mensaje instantáneo apareció en la pantalla de mi ordenador. Era de Gordy, que quería verme inmediatamente.

Capítulo 15

Gordy lucía una flamante camisa blanca con unas gigantescas iniciales KG bordadas en el bolsillo. Cuando entré, no me saludó estrechándome la mano. Permaneció sentado ante su mesa.

—Has logrado cerrar el acuerdo con Lockwood —dijo.

—Así es.

—Bravo.

—Gracias.

—No sé cómo lograste que lo firmaran, pero estoy impresionado. Necesitábamos ese contrato, y mucho; especialmente habida cuenta de las pifias que han cometido últimamente Allard y Gleason.

—No sabía nada. Lo siento.

—Por favor —dijo Gordy—. Joder. No te hagas el tonto conmigo. Gleason no pudo hacer su presentación en el Bank of America. Les dio la estúpida excusa de que había perdido los datos de su ordenador. Por lo que a mí respecta, está acabado. Y ahora Trevor. —Gordy sacudió la cabeza—. A mí me gusta el golf como al que más —dijo, señalando el *putter*—, pero te cargas a un cliente de setenta millones de dólares para ir a jugar nueve hoyos en el Myopia Hunt Club.

—¿Bromeas? —pregunté, sinceramente sorprendido. Eso era impropio de Trevor.

—Ojalá bromeara —respondió Gordy—. Trevor no lo sabe, pero Watkins, del Grupo Pavilion, me lo ha contado todo. Traté de enmendar la situación, pero fue inútil.

—¿Trevor se fue a jugar al golf?

—Creyó que nadie se enteraría. Dejó plantado a Watkins dos días seguidos asegurando que había tenido problemas con el coche. Dijo que el primer día había tenido un reventón, y al siguiente el alternador se había averiado, y ninguno de los días le funcionó el móvil.

—Ya, pero eso fue realmente lo que ocurrió —dije.

—Nada de eso. ¿Sabes desde dónde llamó ese idiota al despacho de Watkins? Desde un teléfono situado frente al campo de golf. El número apareció en la pantalla de identificación de la secretaria de Watkins. —Gordy meneó la cabeza, contrariado—. No puede justificar eso. Como es natural,

Trevor lo niega todo, pero... No obstante, quiero dar a Allard otra oportunidad. Es un auténtico comedor de carne. Pero tengo algo para ti.

—Cuéntamelo.

—¿Quién es ese tipo de NEC que cae bien a todo el mundo?

—¿Te refieres a Jim Letasky, el dueño de la cuenta SignNetwork?

—Sí. Quiero conseguir SignNetwork. Al parecer, la única forma de conseguirlo es tener a Letasky en nuestro equipo. ¿Crees que tienes la suficiente habilidad para reclutarlo, para robárselo a los otros?

—¿A NEC? Vive en Chicago, tiene esposa e hijos, y además, seguramente gana un buen sueldo.

—Parece como si te rindieras antes de empezar —comentó Gordy—. Creí que querías el puesto de Crawford.

—No, es que... no será fácil. Pero lo intentaré.

—¿Lo intentarás? Preferiría oírte decir: «Eso está hecho, Gordy».

—Eso está hecho, Gordy —dije.

Traté de localizar de inmediato a James Letasky. Hallé el número de su despacho en la página electrónica de NEC, pero quería llamarlo a su casa, utilizar un método más discreto. Temí que el número de Letasky no figurara en la guía telefónica. De modo que esperé a que Gordy saliera para asistir a una reunión y me dirigí al despacho de su secretaria. Ésta disponía de una gigantesca base de datos de nombres y contactos, e imaginé que sabría cómo localizar el teléfono del domicilio de Letasky.

—¿Jim Letasky? —preguntó Melanie—. Claro. No hay problema.

—¿Le conoces?

Melanie negó con la cabeza. Adelantó el labio inferior mientras tecleaba en su ordenador a la velocidad del rayo.

—Aquí tienes.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Magia.

—¿Tienes los números de teléfono de todos los vendedores de NEC?

—No. Kent lleva años tratando de reclutar a Letasky. Envío continuamente flores a su esposa. —Melanie parecía andar despistada. No sabía que su jefe fingía no saber apenas quién era Letasky—. Pero no hay forma de convencer a Letasky. ¿Quieres el nombre de la floristería preferida de su esposa? Tengo también el número.

Capítulo 16

Cuando salí del trabajo, me dirigí en coche a Willkie Auto Body Repair para recoger mi Acura. Durante el trayecto escuché otras cintas del Viejo Sangre y Agallas, que explicaba con su tono áspero que «la única forma de sobrevivir a una emboscada es devolver el fuego de inmediato y liquidar a todos los tiradores enemigos, obligando al enemigo a emprender la retirada».

Dejé el Geo Metro en el taller de reparación de automóviles, para que lo recogieran los de Enterprise Rent-A-Car. Por suerte, comprobé que no me dejaba nada en el maletero, donde había puesto la bolsa que contenía los libros de autoayuda para ejecutivos.

Sufrir un accidente de carretera tiene una ventaja: cuando te devuelven el coche en el taller, parece nuevo. El Acura parecía como si acabara de comprarlo. Cuando coloqué el cedé del general en el reproductor de discos, su voz mostraba un tono aún más autoritario con el sistema de sonido envolvente de mi Acura.

Luego llamé a Kurt Semko por el móvil y le dije que me encontraba a unos diez kilómetros de su casa —Kurt me había dicho que tenía una casa alquilada en Holliston— y que tenía un regalo para él. Kurt me dijo que me pasara por allí.

La encontré sin mayores problemas. Kurt vivía en una urbanización en las afueras de la ciudad, en una casa estilo rancho distribuida en dos niveles, de ladrillo rojo y chilla blanca, con unos postigos negros, como las que se ven en los suburbios de todas las ciudades en América. Era muy pequeña, pero estaba bien cuidada. Había sido pintada recientemente. ¿Qué había imaginado yo, que Kurt viviría en una cabaña tipo Quonset?

Aparqué el coche en la entrada, que estaba oscura como boca de lobo y había sido cercada recientemente. Saqué el montón de libros del maletero y llamé al timbre de la puerta. Ya los había leído y supuse que a Kurt le harían más falta que a mí.

Kurt abrió la puerta vestido con una camiseta blanca.

—Bienvenido a la fortaleza de la soledad —dijo, abriendo la puerta con mosquitera—. Estoy modernizando la instalación eléctrica.

—¿Lo haces tú mismo?

Kurt asintió con la cabeza.

—Es una casa alquilada, pero me harté de que los cortacircuitos se estropearan continuamente. Cien amperios no son suficientes. Además, el cableado es muy viejo. De modo que he decidido instalar un panel de servicio de cuatrocientos amperios. De paso, eliminaré los viejos cables de aluminio del circuito eléctrico.

Al observar los libros que yo portaba, Kurt preguntó:

—¿Son para mí?

—Sí —contesté.

Kurt les echó un vistazo.

—*Dog Eat Dog: Surviving the Business World* —leyó—. *The Take No Prisoners Guide to the Corporation*. ¿Qué son estos libros?

—Pensé que quizá te serían útiles —respondí, depositando los libros en la mesa de la entrada—. Ahora que trabajas en el mundo corporativo.

—*Team Secrets of the Navy SEAL: The Elite Military Force's Leadership Principles for Business* —dijo Kurt con tono divertido—. *Corporate Warrior*. Son temas militares. No necesito leer sobre ellos. Me los conozco de memoria.

Me sentí como un idiota. Kurt era un tipo que conocía todo eso por experiencia, y yo pretendía ofrecerle un montón de libros destinados a guerreros de salón corporativos. Por otra parte, ¿y si Kurt no solía leer libros?

—Ya, pero te explican cómo aplicar los conocimientos que tienes en un mundo que desconoces.

Kurt asintió con la cabeza y respondió:

—Vale. Ya entiendo.

—Échales un vistazo —dije—. A ver qué te parecen.

—Lo haré, jefe. Lo haré. Soy partidario de todo lo que sirva para mejorar.

—Estupendo. Oye, mira, necesito un favor.

—No tienes más que decirlo. Pasa. Te traeré una copa. Te mostraré algunos de mis trofeos de guerra.

La casa de Kurt estaba tan cuidada por dentro como por fuera. Limpia, ordenada y sencilla, tenía un aspecto casi temporal. En su frigorífico sólo había unas botellas de agua mineral Poland Spring, Gatorade y unos batidos de proteínas. No me ofrecería una Budweiser.

—¿Quieres un Gatorade?

—Prefiero agua —respondí.

Kurt me tiró una botella de agua, cogió una para él, entramos en su cuarto de estar —que sólo contenía un sofá, una butaca reclinable y un viejo televisor— y nos sentamos.

Le hablé un poco de la carrera para ocupar el puesto de vicepresidente de división, de que Gleason no había acudido a una importante presentación en el Bank of America y que Trevor había perdido el contrato de Pavilion. Pero le dije que Trevor iba a hacer una presentación el lunes en Fidelity. Eso resolvería el tema, pues volvería a conquistar el favor de Gordy.

Luego le dije que Gordy quería que yo reclutara a Jim Letasky de NEC.

—Es como decir: «Tráeme la escoba de la bruja perversa del Oeste» — dije.

—¿En qué sentido?

—Es una misión imposible. Gordy me ha tendido una trampa para que fracase. Para poder dar el puesto a Gordy.

—¿Por qué estás tan seguro de que vas a fracasar?

—Porque he averiguado por la secretaria de Gordy que éste lo ha intentado muchas veces, pero ese tal Letasky vive en Chicago con su esposa e hijos y no tiene motivo alguno para mudarse a Boston y colocarse en Entronics.

—¿Tienes la suficiente autoridad para reclutar a ese tipo?

—Técnicamente, creo que sí. Soy jefe de ventas regional. Pero conozco a ese hombre y simpatizamos.

—¿Le conoces bien?

—No. Eso es lo malo. He hecho algunas indagaciones sobre él, algunas llamadas telefónicas, pero no he conseguido nada que me sirva. ¿Conoces por casualidad a algún agente de seguridad en NEC?

—Lo siento —contestó Kurt, sonriendo—. ¿Quieres que investigue su historial?

—¿Puedes hacerlo?

—Sólo tienes que saber dónde buscar.

—¿Crees que podrías averiguar lo que gana exactamente en NEC?

—Puedo hacer mucho más que eso.

—Sería estupendo.

—Dame un par de días. Veré qué consigo averiguar. Nosotros lo llamábamos «información que nos permite actuar».

—Gracias, tío.

Kurt se encogió de hombros.

—No es necesario que me des las gracias. Tú me echaste un cable, hermano.

—¿Yo?

—Con Scanlon. Me apoyaste.

—Ah, eso. No tiene importancia.

—Claro que tiene importancia, Jason —replicó Kurt—. Mucha importancia.

—Lo hice encantado. ¿Qué tipo de trofeos de guerra tienes?

Kurt se levantó y abrió la puerta de lo que parecía un cuarto para huéspedes. Olía a pólvora y otras cosas; era un olor acre y rancio. Sobre un banco alargado había unas armas de aspecto un tanto curioso dispuestas ordenadamente. Kurt tomó un viejo fusil con una culata de madera.

—Fíjate en esto. Es una reliquia, una Mauser K98 de la segunda guerra mundial. Un arma reglamentaria de infantería de la *Wehrmacht*. Se la compré a un agricultor iraquí que decía haber abatido a uno de nuestros helicópteros Apache con ella —me explicó Kurt, riendo—. El helicóptero no presentaba un solo rasguño.

—¿Funciona?

—No tengo ni idea. Yo que tú que no trataría de averiguarlo. —Kurt tomó una pistola y me la mostró. Quería que la cogiera, pero me limité a mirarla—. Parece una Beretta modelo 1934, ¿no es así?

—Desde luego —respondí muy serio—. Es evidente.

—Pero observa las marcas en la corredera —dijo Kurt, acercándome la pistola—. ¿Ves? Está hecha en Pakistán, en los talleres artesanales de Darra Adam Khel.

—¿Quién es ése?

—Es una población situada entre Peshawar y Kohat, célebre por fabricar unas réplicas exactas de cada pistola que existe en el mundo. Son los armeros de los *pashtun*, los guerreros talibanes de Stan.

—¿Stan?

—Es como llamábamos a Afganistán. Se nota que es una Darra especial por lo mal que están alineadas las marcas. ¿Lo ves?

—¿De modo que es una falsificación?

—Es asombroso lo que puedes hacer cuando dispones de tiempo ilimitado, una caja de limas y nueve hijos. Y mira esto. —Kurt me mostró un pequeño rectángulo negro con un orificio de bala en el centro—. Es una SAPI, una placa protectora contra armas de bajo calibre.

—Está usada o es defectuosa.

—Me salvó la vida. Yo estaba en la torreta de un tanque en la autopista 1 de Irak, cuando de pronto un impacto me lanzó hacia delante. Me había alcanzado un francotirador. Por suerte había metido esto en mi chaleco

antibalas. Se puede ver el agujero de la bala. Incluso me atravesó la ropa. Me produjo un hematoma tremendo. Pero no me alcanzó la columna vertebral.

—¿Dejaron que os llevarais a casa todas estas armas?

—Muchos tipos se las llevaron.

—¿Legalmente?

Kurt emitió una carcajada gutural.

—¿Alguna de ellas funciona?

—La mayoría son réplicas, falsificaciones. No son fiables. Es mejor no utilizarlas. Podrían estallarte en la cara.

Me fijé en una bandeja que contenía unos tubos, como los óleos de un pintor. Tenía una etiqueta que decía AGENTE DE FRAGILIZACIÓN DE METALES LÍQUIDOS (FML) - AMALGAMA DE MERCURIO/INDIO. Ponía EJÉRCITO ESTADOUNIDENSE. Me disponía a preguntarle qué era cuando Kurt inquirió:

—¿Sabes utilizar un arma de fuego?

—¿Te refieres a apuntar y disparar?

—No exactamente. Los francotiradores se pasan años estudiando.

—Algunos imbéciles que viven en caravanas casados con sus primas saben utilizarlas sin apenas aprender su manejo.

—¿Sabes lo que significa un culatazo?

—Claro. La coz que da el arma en el momento de disparar. He visto *Dos policías rebeldes* unas veinte veces. Todo lo que sé lo aprendí de las películas.

—¿Quieres aprender a disparar una pistola? Conozco a un tipo que tiene una, es dueño de un campo de tiro no lejos de aquí.

—Ese rollo no me va.

—Deberías aprender. Hoy en día todos los hombres deberían aprender el manejo de una pistola. Tienes una esposa a la que proteger.

—Cuando unos terroristas vengán a por nosotros, te llamaré.

—Hablo en serio.

—No, gracias. No me interesa. No te ofendas, pero las pistolas me dan miedo.

—No me ofendo.

—¿Por qué tengo la sensación de que echas de menos no estar en las Fuerzas Especiales?

—Servir en ellas me cambió la vida, hermano.

—¿En qué sentido?

—De niño, mi vida familiar fue un desastre.

—¿Dónde te criaste?

—En Grand Rapids, Michigan.

—Una bonita ciudad. He hecho negocios con Steelcase.

—No la parte bonita de Grand Rapids. Crecí en un barrio pobre.

—Suenas como mi barrio en Worcester.

Kurt asintió con la cabeza.

—Siempre andaba metido en algún lío. Pensé que nunca haría nada útil. Incluso cuando me reclutaron los Tigers, creí que no participaría en ningún partido de la liga principal. No era lo suficientemente bueno. Luego me enrolé en el ejército y por fin aprendí a hacer algo bien. Muchos tipos se enrolan como voluntarios en las Fuerzas Especiales, pero a la mayoría no los aceptan. Cuando aprobé el curso C, comprendí que lo había conseguido. Dos tercios de nuestra clase suspendieron.

—¿El curso C?

—El curso de cualificación. Está destinado a eliminar a la mayoría de candidatos. Es un suplicio constante, veinticuatro horas al día. Te permiten dormir una hora y luego te despiertan a las dos de la mañana para practicar el combate cuerpo a cuerpo. Cada vez que un tipo era eliminado, tocaban «Otro que muerde el polvo» a través de los altavoces, a cualquier hora del día o de la noche.

—Ahora ya sé dónde aprendió Gordy sus técnicas de liderazgo.

—No tienes idea, tío. La última parte del curso se llama Robin Sage, donde te dejan tirado en quince mil kilómetros cuadrados de monte en Carolina del Norte para que aprendas navegación terrestre. No puedes utilizar las carreteras. Tienes que alimentarte de nueces y bayas, y al principio te arrojan un animal, un conejo o un pollo, y ésa es tu proteína. Al término de una semana, tienes que entregar a tu superior las patas traseras del animal. Los tipos que lo consiguen son los que no se rinden, como yo.

—Algo así como la organización Outward Bound. Kurt soltó un respingo.

—Luego, si tienes suerte, te envían a uno de los peores lugares del universo, como Afganistán o Irak. Si tienes mucha suerte, como yo, te envían a los dos.

—Debe de ser divertido.

—Y que lo digas. Estás en Irak, en medio de una tormenta de arena que no remite, en el desierto, donde hace un frío polar por la noche, cosa que no habías sospechado, y tienes las manos tan insensibles que no puedes ni preparar café. Te han recortado las raciones a una comida al día. No hay agua suficiente para bañarte o afeitarte. O te encuentras en un condenado campo de Basra, infestado de pulgas de mar que no dejan de picarte y de mosquitos

portadores de malaria, y estás cubierto de ronchas y, por más insecticida que te echas sobre el cuerpo y en el aire, no consigues librarte de esos bichejos.

Asentí con la cabeza y guardé silencio.

—Caray —dije al cabo de un rato—, tu nuevo trabajo va a parecerte aburrido.

Kurt se encogió de hombros.

—Es agradable tener por fin un trabajo normal, ganar dinero. Ahora podré comprarme un coche. Scanlon quiere que me compre uno, para ir a reunirme con clientes y demás. Quizá me compre una nueva Harley. Ahorraré para comprarme una casa. Y puede que algún día conozca a una chica y decida volver a casarme.

—¿La última vez no funcionó?

—No duró ni un año. No sé si estoy hecho para el matrimonio. La mayoría de tipos de las Fuerzas Especiales están divorciados. Si quieres tener una familia, las Fuerzas Especiales no son para ti. ¿Qué es lo que quieres tú?

—¿Qué quiero?

—En la vida. En el trabajo.

—Unas entradas para ver a los Red Sox la próxima temporada. Paz en el mundo.

—¿Quieres tener hijos?

—Claro.

—¿Cuándo?

Me encogí de hombros a la vez que esbozaba una media sonrisa.

—Ya veremos.

—Ah —dijo Kurt—. De modo que es un problema para ti.

—No es un problema.

—Por supuesto que lo es. Tu esposa y tú os estáis esforzando en resolverlo. O tú te estás esforzando, pero no lo consigues. Lo veo en tu cara.

—¿Acaso tienes una bola de cristal?

—Hablo en serio. Si no quieres hablar de ello, vale, pero lo veo en tu cara. Sé reconocer esos signos reveladores.

—¿Cómo en el póquer? ¿Unos pequeños signos que indican cuándo se marca alguien un farol?

—Exacto. La mayoría de personas no se sienten cómodas al mentir. Así que cuando mienten, sonríen. O adoptan una expresión impasible. O se rascan la nariz. Algunos de los que servíamos en las Fuerzas Especiales dimos unas clases de expresión facial y valoración del peligro con un famoso psicólogo,

para aprender a detectar cuándo alguien te engaña. A veces conviene saber si un tipo va a sacar una pistola o una barrita de chicle.

—Siempre me doy cuenta de cuando Gordy miente —dije.

—¿Ah, sí?

—Sí. Mueve los labios.

—Ah, ya. —Kurt no se rió—. De modo que quieres tener hijos. Quieres tener una casa más grande, más lujosa. Más juguetes.

—No olvides la paz en el mundo. Y las entradas para los Sox.

—¿Quieres dirigir Entronics?

—La última vez que me miré en el espejo, comprobé que no era japonés.

—Pero quieres dirigir una empresa.

—No niego que se me haya ocurrido, generalmente tras haberme bebido tres cervezas.

Kurt asintió con la cabeza.

—Eres un tipo ambicioso.

—Mi esposa piensa que soy tan ambicioso como una tortuga de caja.

—Te subestima.

—Es posible.

—Pero yo no, colega. Te lo dije una vez y te lo vuelvo a decir. Jamás olvido un favor. Ya lo verás.

Capítulo 17

El domingo por la mañana llamé a Jim Letasky a su casa.

Mi llamada le sorprendió. Charlamos un rato, le felicité por habernos birlado el contrato con Albertson's y luego fui al grano.

—¿Fue Gordy quien te indujo a llamarme? —preguntó Letasky.

—Hace tiempo que te tenemos echado el ojo —respondí.

—A mi mujer le encanta Chicago.

—Boston le gustará aún más.

—Me siento halagado —dijo Letasky—. De veras. Pero ya rechacé dos veces una oferta de trabajo que me hizo Gordy. En realidad, tres veces. No te ofendas, pero me encanta vivir aquí. Me encanta mi trabajo.

—¿Vienes alguna vez a Boston por negocios? —le pregunté.

—Muchas —contestó Letasky—. Una vez a la semana. Es parte de mi territorio.

Convinimos en vernos dentro de un par de días, cuando Letasky viniera a Boston. Letasky no quería que nos reuniéramos en la sede de Entronics, donde vería a gente que conocía y la noticia podía llegar a oídos de NEC, de modo que quedamos para desayunar en su hotel.

A primera hora del lunes por la mañana Kurt me llevó a su gimnasio en Somerville. No había tías imponentes vestidas con unos bodis de licra haciendo ejercicio en una flamante cinta andadora elíptica, ni un bar para pijos con botellas de agua mineral Fiji.

Era un gimnasio para gente que iba a hacer pesas que apestaba a sudor, cuero y adrenalina. El suelo consistía en unas viejas tablas astilladas. Había unos soportes con unas *punching balls* de velocidad, unos balones medicinales, unos sacos pesados y otros con dos extremos, y en el centro de la habitación había un cuadrilátero. Había unos hombres saltando a la comba. Todos conocían a Kurt, y éste parecía caerles bien. Los lavabos estaban equipados con una vieja cisterna en lo alto de la pared, y tirabas de la cadena. Había un cartel que decía PROHIBIDO ESCUPIR. El vestuario era de lo más cutre.

No obstante, me sentí a gusto allí. Era real, más real que CorpFit o cualquiera de los clubes de *fitness* de los que había sido miembro y a los que no iba nunca. Había un par de cintas andadoras antiguas, unas escaladoras y unas pesas.

Kurt y yo nos montamos en unas bicicletas estáticas para hacer unos ejercicios de calentamiento, a las cinco y media de la mañana. Kurt insistió en que hiciéramos diez o quince minutos de pedaleo a toda velocidad para entonarnos, antes de empezar a hacer ejercicios en el suelo. Kurt lucía una camiseta negra Everlast sin mangas. Tenía unos músculos gigantescos y unos deltoides que parecían pomelos.

Mientras hacíamos ejercicio, charlamos un poco. Kurt me dijo que iba a modernizar las cámaras de seguridad de circuito cerrado en el edificio instalando un sistema digital.

—Todas las grabaciones serán digitales —dijo—, con base en Internet. Luego quiero mejorar nuestro sistema de control de acceso.

—Pero todos disponemos de unas tarjetas de proximidad —respondí.

—El personal de la limpieza también. Pueden entrar en cualquier despacho. ¿Cuánto crees que cuesta sobornar a uno de esos extranjeros ilegales para obtener su tarjeta? ¿Cien dólares? Tenemos que instalar un sistema biométrico. Lectores de impresión de pulgares o huellas dactilares.

—¿Crees que Scanlon va a autorizarlo?

—Aún no. Está a favor de ello, pero cuesta una fortuna.

—¿Ha hablado Scanlon con Gordy sobre el asunto?

—¿Con Gordy? No. Scanlon dice que tiene que obtener la autorización de Dick Hardy. Quiere esperar unos meses. Nadie quiere gastar dinero en seguridad a menos que se produzca un problema. El dinero sólo fluye cuando fluye la sangre.

—Eres nuevo —dije—. Creo que no debes tratar de forzar a Scanlon a tomar una decisión.

—No pienso forzarle en absoluto. Tienes que saber cuándo pelear y cuándo retirarte. —Kurt sonrió—. Es una de las primeras cosas que aprendes en el campo. Lo dice uno de los libros que me diste.

—¿En el campo?

—Lo siento. En el campo de batalla.

—Ya entiendo. Tiene sentido.

—Oye, me encantan esos libros sobre la guerra corporativa. Comprendo perfectamente el mensaje.

—Sí —respondí, jadeando—. Probablemente... mucho mejor que cualquier ejecutivo corporativo.

—Desde luego. Esos falsos combatientes corporativos con sus chorradas sobre matar a la competencia. Es curioso... —Kurt saltó de la bicicleta—. ¿Estás listo para hacer unas pesas?

Después de darnos una ducha y cambiarnos, Kurt me entregó una carpeta. Me detuve en la calle bajo la luz matutina, mientras los coches pasaban junto a nosotros a toda velocidad, y leí el informe.

No sé cómo se las había arreglado Kurt, pero había conseguido averiguar el dinero que Letasky se llevaba a casa durante los últimos cuatro años: salario, comisiones y bonificaciones. Había averiguado lo que Letasky pagaba de hipoteca, el pago mensual, la cifra exacta y el saldo restante, además de lo que había pagado por la casa, en Evanston, y lo que ésta valía actualmente.

Los pagos mensuales de su coche. Los nombres de su mujer y sus tres hijos. El hecho de que Letasky había nacido y se había criado en Amarillo, Texas. Kurt había tomado nota de que su esposa no trabajaba —fuera de casa, como suele decirse—, de que sus tres hijos estudiaban en un colegio privado y de lo que costaban las matrículas. Su cuenta corriente, el saldo de sus tarjetas de crédito y los gastos más importantes que había realizado. Era pavorosa la cantidad de datos que había averiguado Kurt.

—¿Cómo conseguiste todo esto? —pregunté mientras nos dirigíamos hacia su moto.

Kurt sonrió.

—Eso es CDM.

—¿Qué?

—Conocimientos De Manual. Lo único que necesitas saber es que siempre tienes que disponer de más información que el enemigo.

Puesto que era el primer día de trabajo de Kurt, le invité a almorzar para celebrarlo; pero Kurt estaba liado con papeles, sesiones de orientación y demás. Cuando Trevor Allard regresó de Fidelity a la oficina, alrededor del mediodía —antes de lo que yo había imaginado—, me acerqué a su despacho y le pregunté, con un tono tan despreocupado como pude:

—¿Cómo te ha ido?

Trevor y yo no simpatizábamos mucho, pero sabíamos interpretar nuestros tonos de voz y talante, como un par de lobos que miden sus respectivas fuerzas al cabo de unos segundos. Yo no había formulado la pregunta en un tono claramente competitivo, pero Trevor comprendió que lo que le preguntaba en realidad era: «¿Has conseguido el contrato? ¿Vas a ser mi jefe a partir de ahora?».

Trevor me miró sin comprender.

—La presentación —le recordé—, esta mañana, en Fidelity.

—Ah, sí —dijo.

—Ibas a demostrarles la pantalla de sesenta y una pulgadas, ¿no es así?

Trevor asintió con la cabeza, sin quitarme la vista de encima, dilatando las fosas nasales.

—La demostración fue un fracaso.

—¿Un fracaso?

—Así es. No pude encender siquiera el monitor. Un desastre total.

—¿Bromeas?

—No, Jason, no bromeo —replicó Trevor con tono frío y duro—. Lo digo muy en serio.

—Por supuesto. Caray, lo siento. ¿Qué ocurrió? ¿Has perdido el contrato de Fidelity?

Trevor asintió de nuevo, observándome con atención.

—Naturalmente. Nadie quiere gastar diez mil dólares por unidad en un montón de pantallas de plasma cuya calidad es discutible. De modo que sí, he perdido el contrato.

—Mierda. Y preveías que el acuerdo con Fidelity se firmaría, ¿no es así?

—Lo cual significaba que estaba hecho.

Trevor apretó los labios.

—Verás, Jason. Brett y yo hemos tenido muy mala suerte últimamente. Mi coche sufre un reventón, luego una avería eléctrica. Brett pierde todos los datos almacenados en su ordenador. Ahora me dan un monitor que no funciona, después de haberlo probado. Por consiguiente, Brett y yo perdemos unos contratos importantes.

—Ya, ¿y?

—¿Qué es lo que tenemos Brett y yo en común? Ambos nos postulamos para el puesto de Crawford, contra ti. Y a ti no te ocurre ninguna desgracia. De modo que no puedo evitar pensar por qué está ocurriendo todo esto.

—¿Buscas una razón? ¿Una explicación? Es tremendo, y lo siento, pero Brett y tú habéis tenido mala suerte últimamente. Eso es todo.

Quizá no fuera simplemente mala suerte. Gleason y Allard eran dos tipos competitivos. Rivales para conseguir un puesto que les reportaría mucho más dinero y les permitiría acceder a un cargo directivo. ¿Era posible que se estuvieran saboteando mutuamente? Algunos tipos hacían esas cosas, incluso unos amigos como ellos: escorpiones en una botella. Quizá fuera como las novatadas en las hermandades universitarias. Cosas más extrañas ocurren en una compañía en la que todos estamos sometidos a tanta presión como en la nuestra. Tomé nota de hacer unas copias de seguridad de todos mis archivos y llevármelas a casa.

—Mala suerte —repitió Trevor, dilatando de nuevo las fosas nasales—. Siempre he sido un tipo al que la suerte le ha sonreído.

—Ya entiendo. De modo que has perdido un montón de contratos, pero yo tengo la culpa. Es patético. Escucha, Trevor, uno se labra su propia suerte.

Me disponía a decirle lo que pensaba —estaba harto— cuando sonó un grito en el pasillo. Trevor y yo nos miramos perplejos.

Hubo otro grito, de una mujer, y luego otra persona empezó a vocear. Ambos salimos a ver a qué se debía aquel barullo.

Un pequeño grupo de gente se había agolpado frente al laboratorio de plasma. La mujer que había gritado, una joven administrativa, seguía chillando a voz en cuello agarrada a la puerta para evitar desplomarse en el suelo.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Qué ha ocurrido?

—Meryl ha llamado insistentemente y, en vista de que Phil no respondía, abrió la puerta para ver si estaba en su despacho —nos explicó Kevin Taminek, el jefe de ventas internas—. Phil siempre está metido en su despacho, y son más de las doce. ¡Joder!

Gordy se acercó, jadeando, y gritó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Que alguien llame a seguridad —dijo otro tipo, colega de Taminek en ventas internas—. O a la policía. O a los dos.

—¡Cielo santo! —exclamó Gordy en voz alta y temblorosa.

Me acerqué un poco para ver lo que contemplaban todos, y me quedé estupefacto.

Philip Rifkin colgaba de una cuerda sujeta al techo.

Tenía los ojos abiertos, desorbitados. No llevaba sus gafas. Tenía la boca entreabierta, con la lengua asomando entre sus labios. Su rostro presentaba un color oscuro, azulado. Tenía una cuerda negra alrededor del cuello, anudada en la nuca. Vi que era un cable por componentes, como los gigantescos rollos

de cables que Rifkin tenía en su despacho. Había una silla tumbada en el suelo junto al cadáver. Observé que Rifkin había retirado uno de los paneles del techo y había atado el otro extremo del cable alrededor de una viga de acero.

—¡Dios santo! —exclamó Trevor, volviéndose y a punto de vomitar.

—Joder —dije—. Se ha ahorcado.

—¡Llamad a Seguridad! —gritó Gordy, asiendo el pomo de la puerta y cerrándola—. Y marchaos todos de aquí. Regresad al trabajo.

Capítulo 18

Los músculos me dolían, pero Kurt no dejó que me detuviera. Me obligó a subir y bajar a la carrera la gradería del Harvard Stadium. Kurt la llamaba «la escalera del cielo».

—Tengo que descansar —dije.

—No. Continúa. Relaja el cuerpo. Mueve los brazos hacia atrás, hasta la altura de los hombros.

—Me estoy muriendo. Siento como si los músculos me ardieran.

—Es el ácido láctico. Magnífico.

—¿Eso no es malo?

—No te pares.

—Tú ni siquiera jadeas.

—No me pongo a jadear con facilidad.

—De acuerdo —respondí—. Tú ganas. Me rindo. Lo confieso.

—Dos más.

Cuando terminamos, Kurt me hizo caminar a paso rápido por la ribera del Charles para relajarme. Me habría apetecido más tomarme un *frappuccino* en Starbucks.

—¿Has disfrutado tanto como yo? —pregunté, respirando aún trabajosamente.

—El dolor significa que la debilidad abandona el cuerpo —contestó Kurt, dándome un afectuoso puñetazo en el hombro—. He oído decir que ayer tuvisteis un incidente muy desagradable en la oficina. Alguien se ahorcó, ¿no es así?

—Fue horrible —respondí, meneando la cabeza y jadeando.

—Scanlon me dijo que ese tipo utilizó un cable.

—Sí, un cable por componentes.

—Qué triste.

—¿Te dijo Scanlon si Rifkin dejó una nota?

Kurt se encogió de hombros.

—Ni idea.

Caminamos durante unos minutos hasta que pude hablar casi con normalidad.

—Trevor cree que le estoy poniendo la zancadilla, para fastidiarle. ¿Te acuerdas de esa importante presentación que tenía ante los de Fidelity, de una de nuestras pantallas de plasma de sesenta y una pulgadas? Pues no pudo encender el monitor. Como es natural, perdió la cuenta.

—Malo para él, bueno para ti.

—Quizá. Pero cree que yo manipulé el monitor.

—¿Lo hiciste?

—Venga, hombre. No es mi estilo. Además, aunque quisiera, no sabría hacerlo.

—¿No es posible que el monitor se averiara durante el trayecto?

—Desde luego. Un monitor de plasma puede averiarse debido a muchas cosas. Hace un par de meses los de Circuit City nos informaron de que seis de nuestros televisores de pantalla plana habían llegado averiados. Resultó que el estúpido conserje de nuestro almacén en Rochester había limpiado los retretes con una mezcla de limpiador de retretes y Clorox. No sabía que emana gas de cloro, que corroe los microchips o los circuitos impresos o algo parecido, cargándose los monitores. De modo que pudo deberse a muchos factores.

—Lo único que puedes hacer es no darle importancia. Nadie va a tomar las acusaciones de ese tipo en serio. Da la impresión de que trata de justificarse.

Asentí con la cabeza, y seguimos caminando un rato.

—El jueves por la mañana no podré ir al gimnasio —dije—. Voy a desayunar con Letasky.

—¿Vas a hacerle una oferta que no pueda rechazar?

—Haré lo que pueda, gracias a ti.

—Me alegro de haberte ayudado. Si necesitas algo, no tienes más que pedirlo.

—Escucha —dije, deteniéndome—, he leído el informe que me entregaste. Esa información va a serme de gran ayuda.

Kurt se encogió de hombros modestamente.

—Te agradezco el trabajo que hiciste para conseguirla. Algunos de los datos... Bueno, prefiero no saber cómo los obtuviste, pero has de tener cuidado con esas cosas. Algunos datos son muy personales, y si nos pillan con ellos, podríamos tener problemas.

Kurt no respondió. El sol empezaba a calentar, y tenía la camiseta un poco sudada. La mía estaba empapada.

Transcurrió un minuto en silencio, seguido de otro. Vimos una manada de ocas paseándose por la ribera junto al puente Lars Anderson, y a una pareja de

deportistas madrugadores, un hombre y una mujer, que habían salido a correr.

—Fuiste tú quien me pediste que consiguiera información sobre Letasky —dijo Kurt con un tono a la defensiva.

—Lo sé. Tienes razón. No debí hacerlo. Me siento incómodo con esto.

Hubo otro minuto de silencio. Un coche pasó a toda velocidad por Storrow Drive.

—Entonces, supongo que no te interesa conocer otro dato sobre James Letasky que acabo de averiguar.

Fijé la vista en la acera y suspiré lentamente. Deseaba decir que sí, pero no tenía valor para hacerlo.

Kurt prosiguió sin esperar una respuesta:

—Los últimos dos años, los Letasky han pasado sus vacaciones haciendo campin. En Wisconsin, Indiana, Michigan y otros lugares. Pero el sitio que les encanta a James y a su esposa es Martha's Vineyard. Pasaron allí su luna de miel. Les gustaría volver, pero queda muy lejos de Chicago.

—Es interesante —dije. Martha's Vineyard está mucho más cerca de Boston que de Chicago—. ¿Cómo lo...? —Al observar la expresión de Kurt, me detuve—. De acuerdo. CDM.

Kurt miró su reloj.

—Los dos tenemos que ir a trabajar —dijo.

—¿Vendrás a jugar a sóftbol esta noche?

—No me lo perdería por nada del mundo —contestó Kurt.

Capítulo 19

Jim Letasky, el genio de NEC, era un hombre rollizo, con la cara redonda, de treinta y tantos años, rubio y con un corte de pelo a la taza, a lo cura franciscano. Tenía una sonrisa fácil y no podía ser más carismático y encantador. Mostraba un talante franco y directo, sin reticencias y evasivas, lo cual me gustaba. Sabía que yo quería contratarlo, y sabía el motivo, y no ocultaba el hecho de no le interesaba demasiado la oferta. Con todo, no estaba completamente cerrado a ella, puesto que había accedido a desayunar conmigo en el Hyatt Regency situado en Memorial Drive, en Cambridge.

Charlamos un rato sobre asuntos profesionales, y le felicité de nuevo por el acuerdo de Albertson's. Letasky lo aceptó con modestia. Traté de sonsacarle sobre su relación con la compañía intermediaria, SignNetwork, pero rehuyó el tema aduciendo secretos de la profesión y esas cosas. Hablamos sobre Amarillo, Texas, su ciudad natal, y le dije que sentía debilidad por un refresco llamado Big Red, que a él también le encantaba.

Cuando Letasky se bebió su tercera taza de café, dijo:

—Siempre me alegra verte, Jason; pero ¿podemos hablar con franqueza? Entronics no puede pagarme lo que valgo.

—Los talentos excepcionales son caros —respondí.

—No sabes el dinero que gano.

Traté de no sonreír.

—La totalidad de lo que ganas constituye sólo una pequeña parte de lo que podemos ofrecerte —dije.

Letasky se rió.

—Espero que una parte no demasiado pequeña —contestó.

Le dije lo que le ofrecíamos. Era exactamente un veinticinco por ciento más de lo que Letasky ganaba en NEC, y representaba menos trabajo. Yo sabía por las quejas que Letasky había expresado a su jefe —el dossier de Kurt incluía también algunos correos electrónicos privados de Letasky— que éste quería viajar menos y dedicar más tiempo a sus hijos. Teniendo en cuenta la cifra que ganaba Letasky y nuestra estructura de bonificaciones, Entronics no podía sino superar a NEC.

—Queremos que nuestros empleados disfruten de la vida —dije, lo cual era una mentira como una casa. Me parecía increíble lo que acababa de decir

—. Teniendo en cuenta la estructura del paquete que te ofrecemos, ganarás mucho más de lo que ganas ahora trabajando menos horas. Eso no significa que no tengas que viajar, por supuesto, pero dispondrás de tiempo para ver crecer a tus hijos. Asistirás a los entrenamientos de jockey de Kenny y a los recitales de *ballet* de los gemelos.

—¿Cómo sabes...? —me preguntó Letasky, pero me apresuré a interrumpirle.

—He hecho mis deberes. Me han ordenado que no deje que te levantes de esta mesa hasta que hayas aceptado.

Letasky pestañeó y guardó silencio unos momentos.

—Son unos años muy importantes en la vida de tus hijos —dije. Era justamente la frase exacta que Letasky había enviado por correo electrónico a su jefe—. Y crecen muy rápidamente. Por supuesto que eres el sostén de tu familia, pero ¿quieres llegar a tu casa cada noche demasiado tarde para darles las buenas noches y arroparlos? Quiero que pienses en lo que te estás perdiendo.

—Ya lo he pensado —respondió Letasky con tono quedo.

—Ganarás más dinero y podrás dedicarte más a tu esposa e hijos. ¿No te gustaría pasar tres semanas en los Grand Tetons en lugar de una? —Yo sabía que eso daría en el clavo. Letasky también había enviado esa frase por correo electrónico a su jefe.

—Sí —respondió Letasky, arqueando las cejas al tiempo que la sonrisa se borraba de su rostro—. Claro que me gustaría.

—¿Y por qué tienes que pasar cuarenta y cinco minutos yendo y viniendo de tu casa a tu trabajo? Es un tiempo que podrías pasar con tus hijos, ayudándolos a hacer los deberes.

—Tenemos una casa espléndida.

—¿Conoces Wellesley? —pregunté—. ¿No estudió Gail allí? —Gail era su esposa, que había asistido a Wellesley College—. Está a quince minutos en coche de Framingham por la 135.

—¿Tan cerca?

—Por lo que te darían por tu casa en Evanston, podrías vivir en esta casa —dije, mostrándole una foto que había impreso esa mañana de la página electrónica de una promotora inmobiliaria de Wellesley—. Tiene más de doscientos años. Es una vieja granja que ha sido reformada a lo largo de los años. Bonita, ¿no?

—Impresionante —respondió Letasky.

—Cliff Road es el barrio más elegante de Wellesley. ¿Te has fijado en el tamaño de la propiedad? Tus hijos pueden jugar en el jardín sin que tú y Gail os preocupéis por el tráfico. Hay una magnífica escuela Montessori muy cerca. ¿Los gemelos no estudian en una escuela Montessori?

Letasky suspiró.

—El trajín de mudarse... —dijo.

Le pasé otro papel a través de la mesa.

—Ésta es la bonificación por mudarte y firmar con nosotros que estamos dispuestos a darte.

Letasky leyó el papel y pestañeó dos veces.

—Dice que la oferta expira hoy.

—Quiero que tengas tiempo para hablarlo con Gail. Pero no quiero que lo utilices como un instrumento para negociar un aumento de sueldo con NEC.

—No pueden pagarme esa cantidad —dijo Letasky. Me gustaba su honestidad. Era refrescante—. Sería inútil intentarlo.

—Ahí no eres su empleado más valioso. Aquí lo serías. De modo que estamos dispuestos a pagar por ello.

—¿Tengo hasta las cinco para tomar una decisión?

—Hora de Boston —respondí—. O sea, las cuatro en Chicago.

—Caray. No sé... Es tan repentino...

—Hace tiempo que lo llevas pensando —dije. Sabía que Letasky acababa de rechazar una oferta de Panasonic—. A veces tienes que cerrar los ojos y lanzarte.

Letasky me miró, pero tenía los ojos fijos a una distancia intermedia. Comprendí que estaba reflexionando.

—¿Y sabes lo cerca que estamos del Vineyard? —pregunté—. A un paso. ¿Has estado allí? A tu familia le encantaría.

Le aconsejé que regresara a su habitación en el hotel y llamara a su esposa. Le dije que le esperaría en el vestíbulo, haciendo unas llamadas y mirando mis correos electrónicos en mi BlackBerry. Le aseguré que disponía de todo el tiempo en el mundo, lo cual no era cierto.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos, Letasky regresó al vestíbulo.

Gordy me miró boquiabierto. Es una expresión que se emplea a menudo, pero ¿cuántas veces ves a alguien realmente boquiabierto? Gordy abrió la boca, aunque durante unos segundos fue incapaz de articular palabra.

—Joder —dijo. No dejaba de mirar la firma de Jim Letasky en el documento y luego a mí—. ¿Cómo diablos lo has conseguido?

—Tú aprobaste la oferta —respondí.

—Le he hecho muchas ofertas. ¿Qué le prometiste? —inquirió Gordy con aire suspicaz.

—Nada que tú no sepas. Supongo que al fin logramos romper su resistencia.

—Un trabajo excelente —dijo Gordy, apoyando ambas manos en mis hombros y estrujándolos—. No sé cómo lo lograste, pero estoy impresionado.

No parecía muy feliz.

Capítulo 20

Cuando el viernes regresé a mi despacho después de comer, encontré un mensaje de voz de Gordy. Quería que me pasara por su despacho a las tres de la tarde.

Llamé de inmediato, hablé con Melanie y le confirmé que iría a ver a Gordy.

Aproveché la hora y media para hacer unas llamadas y revisar unos papeles, sin dejar de reproducir el mensaje de Gordy en mi mente, tratando de interpretar el tono inescrutable de su voz, pensando en si serían buenas o malas noticias.

Minutos antes de las tres, me encaminé por el pasillo hacia el despacho de Gordy.

—¡Hombre! —dijo Gordy, levantándose cuando entré en su despacho. Junto a él estaba Yoshi Tanaka, con la mirada impasible detrás de sus gruesas gafas—. Ha ganado el mejor. Nuestro nuevo vicepresidente de ventas. Enhorabuena.

Gordy me alargó la mano y me estrechó la mía con cierta reticencia. Sus gigantescos gemelos de oro con las iniciales grabadas relucían. Yoshi no me dio la mano. Se inclinó ligeramente. No sabía saludar a la gente con un apretón de manos, pero yo no sabía inclinarme. Ninguno de los dos sonrió. Al parecer, Yoshi tampoco sabía sonreír; pero Gordy me pareció que mostraba una actitud curiosamente contenida, como si alguien le estuviera apuntando con una pistola en la espalda.

—Gracias —respondí.

—Siéntate —dijo Gordy.

Todos nos sentamos.

—Me gustaría decir que esto es el resultado de tu excelente trabajo —dijo Gordy—, pero sólo lo es en parte. Has tenido varios aciertos, unos aciertos importantes. Todo indica que te has puesto las pilas. Conseguir a Letasky fue un éxito tremendo, que sinceramente no creí que lograrías. Pero lo principal es que no puedo dar este puesto a un incompetente. Tiene que ser alguien de toda confianza. No como Gleason, incapaz de acudir a una cita. Ni como

Trevor, que la pifió con Fidelity, yéndose a jugar al golf y cargándose la cuenta de Pavilion.

—Estoy impaciente por asumir el reto —dijo. Al oír brotar esas palabras de mi boca, estuve a punto de vomitar.

—Desde luego que es un reto —dijo Gordy—. Ni te lo imaginas. A partir de ahora harás el trabajo de Joan y el de Crawford. Creo que Yoshi quiere decirte unas palabras.

Tanaka inclinó la cabeza solemnemente.

—Te doy mi enhorabuena.

—Gracias.

—Tienes un trabajo muy... imposu... que hacer.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Imposu... impo... tante.

—Importante, sí.

—No es un momento bueno para nuestro... negocio. Asentí con la cabeza.

—Un momento muy... duro.

—Entiendo.

—Creo que tú no comprender lo duro —dijo Tanaka con tono quedo.

—Gracias, Yoshi-san —terció Gordy—. Ahora quiero hablar sobre los pormenores del sueldo con Steadman. ¿Te importa dejarnos solos, Yoshi-san?

Tanaka se levantó, se despidió con una inclinación de cabeza y salió.

—Haz el favor de cerrar la puerta —le dijo Gordy—. Gracias, Yoshi-san.

Yo estaba decidido a tomar la iniciativa para impedir que Gordy me tomara por un tipo débil. Kurt se sentiría orgulloso de mí.

—He calculado el sueldo que se ajusta a mis necesidades... —dijo.

—¿Que se ajusta a tus necesidades? —me espetó Gordy—. Dame un respiro. No estamos negociando. La oferta es lo tomas o lo dejas. Dije eso para sacar al japonés de la habitación.

Le miré a los ojos y asentí, esperando. Por lo visto, Gordy había decidido dejarse de halagos.

Me dijo el sueldo que iba a pagarme, y traté de no sonreír. Era más de lo que esperaba. Mucho más.

—Creo que sabes que no eras mi candidato favorito —dijo Gordy.

Entonces comprendí el motivo de la presencia de Yoshi. Estaba ahí para asegurarse de que Gordy cumpliera la voluntad de Tokio, para recordarle quién llevaba la voz cantante. Supuse que a Gordy debió de sentarle como una patada el que un tipo que presuntamente trabajaba para él, que apenas hablaba inglés, le dijera lo que tenía que hacer.

—Confío en demostrarte que estabas equivocado —contesté.

Gordy me miró con rabia.

—Ya te he explicado que nos está cayendo una lluvia de mierda desde el Mega Tower en Tokio. Deja que te diga quién nos la envía. Supongo que te suena el nombre de Hideo Nakamura.

—Desde luego.

Hacía un par de semanas habían enviado un comunicado de prensa por correo electrónico anunciando que el presidente y consejero delegado de Entronics, un tipo llamado No Sé Cuántos Ikehara, había sido «promovido» e iba a ser sustituido por el tal Nakamura. Nadie sabía nada sobre Nakamura, puesto que se hallaba en la estratosfera. Pero según decían, el viejo Ikehara se había convertido en lo que los japoneses denominan un *madogiwa-zoku*, el que «mira por la ventana». Básicamente significaba que le habían jubilado. En Japón, no despiden a nadie, sino que te humillan poniéndote en nómina sin nada que hacer salvo mirar por la ventana. Te dan literalmente una mesa junto a la ventana, lo cual, en Japón, no es un gesto positivo como aquí. En Japón, un despacho con una hermosa vista significa que te hallas en el corredor de la muerte corporativo.

—Volé a Santa Clara para recibir a ese Nakamura, un tipo muy preparado y educado. Habla un inglés fluido. Le encantan el golf y el *whisky* escocés. Pero es un verdugo. Debería lucir una capucha negra y portar una soga. Le han dado el cargo porque los peces gordos del Mega Tower están disgustados. No les gustan nuestras cuentas de resultados. Por eso han adquirido la filial estadounidense de Royal Meister, porque quieren implantarse en el mercado americano.

—Entiendo.

—Así que tenemos que demostrar a Nakamura de qué estamos hechos. ¿Eres capaz de hacerlo?

—Por supuesto.

—¿Puedes sacar un conejo de tu chistera?

Estuve a punto de decir: «Haré lo que pueda», o «Lo intentaré»; pero contesté:

—Sabes que sí.

—Espero mucho de ti. Seré implacable contigo. Ahora vete. Tenemos que preparar la reunión semanal.

Me levanté.

Gordy me ofreció la mano.

—Espero no haber cometido un error —dijo.

Traté de no sonreír.

—No lo ha cometido —respondí.

Cuando salí, Melanie me sonrió.

—Saluda a Bob de mi parte —dije.

—Gracias. Saluda a Kate de la mía.

Al dirigirme a mi despacho, vi salir a Cal Taylor de los lavabos de hombres. Me sonrió con gesto socarrón y se limpió la boca con el dorso de la mano. Comprendí que acababa de tomarse su lingotazo de media tarde; su despacho estaba demasiado a la vista.

—Hola —dijo Cal, saludándome con la mano.

—Hola, Cal —dije con tono jovial, y seguí adelante.

—Parece que te haya tocado la lotería —comentó. Incluso bebido, que era casi siempre, Cal era un tipo muy perspicaz.

Me reí educadamente, hice un gesto afable con la mano y seguí hacia mi despacho sin dejar de sonreír. Después de entrar, cerré la puerta y alcé los puños en un gesto de triunfo.

Llamé a Kate a su móvil.

—Hola, cariño —dije—. ¿Estás trabajando?

—Estoy en Starbucks, tomando un café con Claudia.

Claudia había ido al instituto y a la universidad con Kate, disponía de un gigantesco fondo fiduciario y, al parecer, no tenía otra cosa que hacer que salir con sus amigos. No comprendí por qué Kate insistía en trabajar en la fundación.

—Acabo de hablar con Gordy —dije con tono neutro, inexpresivo.

—¿Y? No pareces muy contento. ¿No lo has conseguido?

—Lo he conseguido.

—¿Qué?

—Me ha dado el puesto —respondí, alzando la voz—. Estás hablando con un vicepresidente. Espero que me trates con el debido respeto.

Kate emitió una sonora exclamación de alegría.

—¡Madre mía, Jason! ¡Es maravilloso!

—¿Sabes lo que esto significa? Es un sueldo increíble, una bonificación impresionante.

—Tenemos que celebrarlo —dijo Kate—. Saldremos a cenar. Reservaré una mesa en Hamersley's.

—Estoy rendido —respondí—. Ha sido un día muy largo.

—De acuerdo, cielo. Lo celebraremos en casa.

La noticia se propagó rápidamente. Las reacciones de la Banda de los Hermanos fueron interesantes y no del todo inesperadas. Ricky Festino se alegró por mí. Se comportó como si acabaran de nombrarme presidente de Estados Unidos en lugar de vicepresidente de ventas de una compañía. Brett Gleason hizo algo impropio en él, que fue reconocer mi existencia deseándome que pasara un buen fin de semana; lo cual fue muy generoso por su parte, teniendo en cuenta que yo le había birlado el puesto que él ambicionaba. Trevor Allard me ignoró olímpicamente, que era básicamente lo que supuse que haría, y eso me produjo una inmensa satisfacción, porque demostraba que estaba furibundo.

Todo parecía ir sobre ruedas. En el ascensor, en la pantalla del televisor, la palabra del día era casualmente «felicitación», lo cual parecía un buen augurio. La cotización en Bolsa de Entronics había subido. Todas las personas que estaban en el ascensor tenían buen aspecto y olían bien.

Al salir al vestíbulo, me pasé por el despacho de Seguridad Corporativa y encontré a Kurt en su despacho. Le conté la buena noticia.

—No me lo creo —dijo—. ¿Te lo han dado? ¿Has conseguido el puesto?

—Sí.

Kurt se levantó y me dio un abrazo fuerte y viril.

—Eres un fenómeno. Has conseguido tus galones. Bravo zulú.

—¿Qué?

—Es jerga militar. Enhorabuena, hermano.

Capítulo 21

En el coche, de camino al Atrium Mall en Chestnut Hill, escuché más cintas del Viejo Sangre y Agallas.

—Cuando te encuentras en una zona de combate y el enemigo te ataca —soltó—, tienes que actuar de inmediato. El enemigo puede dispararte por la espalda cuando huyes con la misma facilidad que en el pecho cuando corres hacia él. Durante los momentos que te lleva leer este párrafo, uno de los integrantes de tu equipo morirá. De modo que tienes que dar una orden, en el acto. No vaciles. ¡Toma una maldita decisión!

Yo escuchaba a medias, pensando en mi nuevo puesto, en lo feliz que se sentiría Kate ahora que me iban a pagar más dinero. Podríamos mudarnos, comprar una casa como la que le gustaba.

Subí en la escalera mecánica hasta Tiffany's y pedí que me enseñaran los broches. Aunque parezca increíble, nunca había entrado en Tiffany's, y comprobé que no tienen las joyas organizadas por categorías, como los collares en un expositor y los pendientes en otro, sino por zonas que se adaptan al presupuesto del cliente. En un lado de la tienda están los objetos que puede adquirir una persona de ingresos medios, principalmente plata y piedras semipreciosas. En la otra parte de la tienda, donde no te atreves a poner el pie a menos que dispongas de una cuenta corriente gigantesca, están el oro y los diamantes.

Cuando le describí el broche que buscaba, la vendedora me condujo al otro lado de la tienda, al de las rentas elevadas. Tragué saliva. Luego la vendedora se situó detrás de un expositor de cristal, sacó la estrella marina y la depositó sobre un rectángulo de terciopelo negro mientras yo la contemplaba embelesado.

—Es éste —dije. Di la vuelta al broche, fingiendo examinar su parte posterior, aunque en realidad quería ver el precio que ponía en la etiqueta, y cuando lo vi, tragué de nuevo saliva. Costaba más que el anillo de diamantes de compromiso que le había regalado a Kate. No obstante, me dije que acababa de obtener un enorme aumento de sueldo y que percibiría una suculenta bonificación, de modo que lo cargué a mi tarjeta Visa y pedí a la vendedora que lo envolviera para regalo.

Cuando regresé a casa, me sentía profundamente satisfecho de la vida. Había conseguido un ascenso, y en el asiento del copiloto había una bolsita de color celeste de Tiffany's. Conducía un simple Acura, ni siquiera nuevo; pero ello no empañaba mi satisfacción. Yo era un tipo competente, que trabajaba para una importante compañía. Era un comedor de carne.

Kate se apresuró a recibirme a la puerta. Llevaba una camiseta blanca y unos vaqueros, tenía un aspecto fabuloso y olía divinamente. Me echó los brazos al cuello y me besó en los labios. Yo la besé con fuerza y prolongadamente. Me sentí de inmediato excitado.

Cuando llevas unos años casado, ese tipo de combustión espontánea no ocurre con frecuencia; pero en esos momentos sentí una descarga de testosterona. Me sentí como el héroe conquistador que regresa a casa para echar un polvo. Yo era Og, el hombre de Cro-Magnon, que regresaba a la cueva junto a su mujer después de haber cazado a un peludo mamut con una lanza.

Dejé caer mi maletín y la bolsa de Tiffany's sobre la moqueta e introduje las manos debajo de la cintura de los vaqueros de Kate. Sentí su piel tibia y sedosa y empecé a acariciarle el trasero.

Kate emitió una risa ronca y se apartó.

—¿A qué viene esta ocasión especial? —preguntó.

—Cada día que paso casado contigo es una ocasión especial —respondí, y seguí besándola.

Conduje a Kate al cuarto de estar y la tumbé sobre el sofá duro como una piedra, tapizado con cretona, de la abuela Spencer. Habríamos estado más cómodos en el suelo.

—Caray, Jase —dijo Kate.

—Podemos hacerlo sin tener que recoger una muestra en un vasito de plástico —respondí mientras empezaba a quitarle la camiseta.

—Espera —dijo Kate—. Espera.

Se levantó y fue a correr las cortinas para que los vecinos no contemplaran el espectáculo y los niños no tuvieran que acudir a un psicólogo durante décadas.

Cuando regresó, terminé de quitarle la camiseta. Hacía mucho tiempo que no contemplaba sus pechos y me puse tan cachondo como si fuera la primera vez que lo hacíamos.

—¿Te han dicho alguna vez que eres preciosa? —pregunté, bajándole la cremallera de los vaqueros. Comprobé sorprendido que Kate también estaba

muy excitada sexualmente.

—¿Crees que... deberíamos ir al dormitorio? —preguntó Kate.

—No —contesté, acariciándole sus partes íntimas.

De pronto, sonó mi BlackBerry, que llevaba sujeto a mi cinturón, entre el lío de ropa en el suelo; pero no hice caso. Me monté sobre Kate y, sin más preámbulo, la penetré con maravillosa facilidad.

—Jase —murmuró Kate—. Caray.

—No te muevas —dijo Kate más tarde.

Corrió al baño, hizo un pis y luego fue a la cocina, donde oí abrirse la puerta del frigorífico y el tintineo de copas. Al cabo de unos minutos apareció de nuevo Kate con una bandeja. Se acercó al sofá, desnuda, y depositó la bandeja en la mesita de café. Contenía una botella de Krug, dos copas de champán y un montoncito de caviar en un bol de plata con un par de cucharitas de carey para el caviar y unos pequeños *blini*. También contenía un paquete plano y rectangular envuelto en papel para regalo.

Odio el caviar, pero no lo comemos con frecuencia, y supongo que Kate había olvidado que lo detesto.

—¡Caviar! —exclamé con todo el entusiasmo del que fui capaz.

—¿Quieres hacer los honores?

Kate me entregó la botella fría de champán. Yo solía pensar que al descorchar una botella de champán, tenías que procurar que el corcho saltara estrepitosamente y se produjera un espectacular géiser. Kate me había enseñado que no se hacía así. De modo que retiré el papel de aluminio, quité la cubierta de alambre y saqué el corcho con gran pericia, girando la botella al mismo tiempo. El corcho salió con un discreto eructo. No se produjo ningún géiser. Serví lentamente un poco de champán en las copas, dejé que las burbujas se asentaran, y serví más. Luego pasé a Kate una copa y entrechoqué la mía con la suya.

—Espera —dijo Kate cuando me llevé la copa a los labios—. Un brindis.

—Por los clásicos —dije—. Champán, caviar y sexo.

—No —contestó Kate, riendo—. Por el amor y el deseo, las alas del espíritu de grandes hazañas. Goethe.

—No he realizado ninguna gran hazaña.

—Como dijo Balzac: «No existe un gran talento sin una gran fuerza de voluntad».

Volví a entrechocar mi copa con la suya y dije:

—Detrás de cada gran hombre hay una gran mujer.

—Que pone los ojos en blanco —dijo Kate—. Y saca la lengua —apostilló sonriendo—. ¿Te das cuenta de lo que has logrado, cielo? Has conseguido dar un giro radical a tu carrera.

Asentí con la cabeza. No podía mirarla a los ojos. Mi padre tenía un oficio. Yo tengo una carrera.

¡Si Kate supiera el tipo de ayuda que yo había obtenido!

—Vicepresidente. Me siento muy orgullosa de ti.

—Tú fuiste quien me dio el empujón, quien me incentivó.

—Cariño —dijo Kate, tomando el paquete de la bandeja y entregándomelo—. *Un petit cadeau*.

—*Moi?* —pregunté—. Espera. —Me levanté, recogí la bolsa de Tiffany's del suelo y se la di—. Para ti.

—¿De Tiffany's? ¡Eres tremendo, Jason!

—Adelante, abre tu regalo.

—No, tú primero.

—No, tú. Es un detallito.

Arranqué el papel del envoltorio, y Kate dijo:

—Algo nuevo para que lo escuches de camino a la oficina.

Era el cedé de un libro titulado *You're the Boss Now, So Now What? A Ten Point Plan*.

—Estupendo —dije, procurando que sonara convincente—. Gracias. —No quería decir a Kate que me había pasado a unas drogas más duras: el general de cuatro estrellas.

Yo sabía que Kate era ajena a mi mundo, que le parecía aburrido e indescifrable. Pero si iba a estar casada con un guerrero yanomamo, ¿por qué no con el jefe de la tribu? Para asegurarse al menos de que yo me había aplicado las pinturas de guerra correctamente. A Kate no le interesaba lo que yo hacía durante la jornada, pero procuraría que llevara mi tocado de plumas de buitre bien colocado.

—El mundo es tuyo —dijo Kate—. Y aquí tienes algo donde guardarlo —añadió, sacando una voluminosa caja de debajo del sofá.

—Espera, ya sé lo que es —respondí.

—Seguro que no.

—Sí. Es una cerbatana como las que utilizan los yanomami. Con unos dardos envenenados, ¿no es así?

Kate me dirigió una de sus maravillosas y sensuales sonrisas. Siempre logran que me derrita.

Abrí el paquete. Era un espléndido maletín de cuero color tostado con adornos de metal. Debió de costarle una fortuna.

—Caray —dije—. Es impresionante.

—Está hecho por Swaine Adeney Briggs e Hijos, de Saint James, Londres. Claudia me ayudó a elegirlo. Dice que es el Rolls-Royce de los maletines.

—Quizás un día lleve un Rolls-Royce en él —comenté—. Cariño, qué detallazo. Ahora te toca a ti.

Los ojos de Kate relucían de emoción mientras retiraba el papel azul celeste y abría la cajita. Entonces observé que la luz de sus ojos se desvanecía.

—¿Qué ocurre?

Kate dio la vuelta a la estrella de mar de oro engarzada con gemas y la examinó recelosa, como si buscara la etiqueta con el precio al igual que había hecho yo en la tienda.

—Es increíble —dijo con tono monocorde—. Madre mía.

—¿Lo reconoces?

—Claro. Es que...

—A Susie no le molestará que tengas también este broche.

—No, no creo que le... ¿Cuánto te ha costado, Jason?

—Podemos permitirnoslo.

—¿Estás seguro?

—Desde luego —respondí—. Acaban de concederme mis galones.

—¿Tus galones?

—Es jerga militar —contesté.

Kate bebió un trago de champán y se volvió hacia la mesita de café. Untó una galleta salada con una cucharada de esas asquerosas huevas negras y pringosas y me la ofreció con una sonrisa encantadora.

—¿Sevruga?

SEGUNDA PARTE

Capítulo 22

Dos semanas más tarde averiguamos que Kate estaba embarazada. Había regresado a la clínica de fertilización *in vitro* más angustiada que en otras ocasiones, para iniciar de nuevo el laborioso proceso: las inyecciones, los termómetros, los fríos estribos de la camilla y las esperanzas que probablemente se verían frustradas. Le hicieron las pruebas de sangre habituales, unas pruebas que nunca he comprendido sobre los niveles de una hormona que indicaba a los médicos cuándo volvería Kate a ovular. Sin embargo, no era preciso que lo comprendiera. Yo tenía que hacer simplemente lo que me ordenaban y cumplir mi heroica misión. Al día siguiente el doctor DiMarco llamó a Kate para decirle que se había presentado una interesante complicación, y que quizá no fuera necesario someterse a un ciclo de fertilización *in vitro*. Parecía un tanto enojado, según me dijo Kate. Se había quedado embarazada según el sistema tradicional, lo cual no estaba previsto.

Yo tenía una tesis secreta, que jamás revelaría a Kate. Creo que Kate se había quedado embarazada porque las cosas habían empezado a irme bien. Quizá fuera una locura, pero todos hemos oído hablar de padres que intentan durante años tener un bebé y, en cuanto adoptan a un niño, la mujer se queda en estado. El mero hecho de decidir adoptar un bebé elimina el obstáculo biológico que se lo impedía. Quizá se debiera a la sensación de alivio que experimentaban. Por lo demás, había numerosos estudios sobre el hecho de que cuando un hombre se siente satisfecho de sí mismo, suele ser más fértil. En todo caso, creo haber leído algo al respecto.

No obstante, también es posible que Kate se hubiera quedado embarazada porque por fin habíamos practicado el sexo como es debido, después de meses de haber tenido que hacerlo yo en un vasito de plástico en un laboratorio.

Fuera cual fuere la razón, ambos estábamos entusiasmados. Kate insistió en que no se lo dijéramos a nadie hasta no haber oído los latidos del feto, aproximadamente a las siete u ocho semanas. Entonces se lo diría a su padre —su madre había muerto mucho antes de que yo conociera a Kate—, a su hermana y a todos sus amigos. Mi padre y mi madre habían fallecido —ambos eran fumadores, y habían muerto prematuramente—, y yo no tenía hermanos ni hermanas a quien comunicarles la noticia.

Yo había tenido siempre muchos amigos; pero cuando te casas, empiezas a salir sólo con otros matrimonios, y los hombres no pueden salir sin sus esposas a menos que lleven un brazalete electrónico en el tobillo, y luego tienen hijos, y al cabo de un tiempo ya no tienes tantos amigos. Seguía manteniendo contacto con algunos amigos de la universidad, un par de compañeros de mi fraternidad. Pero no se lo diría a nadie hasta que no hubiéramos oído los latidos del niño.

En cualquier caso, lo más importante para mí no era contárselo a la gente. Lo importante era que estaba enamorado de la mujer más bella del mundo, que íbamos a tener un hijo y que empezaba a sentirme satisfecho de mi trabajo. Todo era positivo.

Cuando pasaron las doce semanas críticas, empecé a decírselo a mis compañeros de trabajo. Gordy no mostró el menor interés. Tenía cuatro hijos y los evitaba todo lo que podía. Solía jactarse de lo poco que veía a su familia. Por lo visto, eso le hacía sentirse muy macho.

Festino me estrechó la mano y durante unos instantes incluso se olvidó de la botellita de Purell.

—Enhorabuena por la muerte de tu vida sexual, Tigger —dijo.

—Aún no está muerta —respondí.

—Dale tiempo. Los bebés son el mejor sistema anticonceptivo. Ya lo verás.

—Si tú lo dices.

—Por supuesto. Mi esposa y yo lo hacemos como los perritos. Yo levanto la patita en un gesto implorante, y ella se vuelve y se hace la muerta.

—Gracias, sois un público maravilloso —dije, imitando a los cómicos del Borscht Belt al tiempo que simulaba golpear la batería—. Estaré aquí toda la semana. Probad el chuletón de ternera, es excelente.

—Espera a que se te quede grabada en la mente la canción de Barney —dijo Festino—. Es una pesadilla. O cuando el único programa de televisión que puedas ver sea *The Wiggles*. O cuando salir a cenar signifique ir a un Chuck E. Cheese a las cinco de la tarde. ¿Cuándo va a hacerse Kate una amnio?

—¿Una amnio?

—La prueba para comprobar si el bebé tiene algún defecto congénito.

—Joder, te gusta ver el lado oscuro de las cosas —respondí—. Kate aún no ha cumplido los treinta y cinco.

—Como dicen los médicos, más vale prepararse para lo peor.

Me pareció una pregunta muy personal, pero lo que más me sorprendió fue el interés que demostraba Festino.

—Lo que dicen es: «Hay que esperar lo mejor pero prepararse para lo peor» —le rectificué—. Has omitido la primera parte.

—Lo hice para no andarme por las ramas —respondió Festino.

El embarazo fue lo más importante que nos ocurrió en los primeros meses después de mi ascenso, pero no fue lo único importante. Nos mudamos de la casita en Belmont a una residencia urbana en Cambridge. Aún no podíamos comprarnos una de esas mansiones en Brattle Street con las que soñaba Kate, pero compramos una preciosa casa de estilo victoriano en Hilliard Street, junto a Brattle, que había sido renovada hacía pocos años por un profesor de Harvard que se había trasladado a Princeton. Había que cambiar algunas cosas —por ejemplo, la alfombra de la escalera que conducía al piso superior estaba muy desgastada—, pero Kate y yo decidimos tomárnoslo con calma.

Probablemente tasamos por lo bajo la casa de Belmont, puesto que Kate estaba impaciente por mudarse a Cambridge. La vendimos a los dos días de ponerla en venta. Y al cabo de dos meses tomamos posesión de nuestra nueva casa. Hacía años que no veía a Kate tan feliz, lo cual me hacía feliz a mí.

En la entrada —aunque parezca increíble, en este elegante sector de Cambridge no había garajes—, estaban aparcados nuestros dos coches nuevos de trínca. Yo había cambiado mi Acura, que había sido reconstruido por completo, por un Mercedes SLK 55 AMG Roadster, y Kate había cambiado a regañadientes su viejo Nissan Maxima por un Lexus SUV híbrido, sólo porque, según dijo, ahorraba más combustible y era menos contaminante. Mi Mercedes tenía un aspecto imponente.

Todo ocurría con gran rapidez, quizá demasiado rápidamente.

Casi cada mañana salía con Kurt a hacer ejercicio, en su gimnasio, en Harvard Stadium o a correr junto al río Charles. Kurt se había convertido en mi preparador personal. Me dijo que tenía que perder barriga, que tenía que adelgazarme, y que cuando me sintiera mejor físicamente, todo lo demás mejoraría también.

Kurt tenía razón. Al cabo de un par de semanas perdí cinco kilos, y al cabo de unos meses perdí quince. Tuve que comprarme ropa nueva, lo cual alegró a Kate. Aprovechó la oportunidad para renovar mi ropero, eliminar mis

prendas de Men's Warehouse y comprarme unos elegantes trajes en Louis of Boston en un desconcertante tallaje europeo y con unos nombres impronunciables de diseñadores italianos en el interior.

Kurt tenía unas ideas muy concretas sobre lo que yo tenía que comer —decía que me estaba envenenando—, y me obligaba a comer productos de alto contenido proteínico, bajo contenido en grasa y sólo carbohidratos saludables. Mucho pescado, verduras y demás. Reduje la porción de sándwiches de berenjena con queso parmesano y de pan de olivas que comía para almorzar. Dejé de visitar a mi amigo Graham, dejé de fumar porros, porque Kurt me convenció de que era un hábito nefasto, que tenía que mantener mis facultades en óptimas condiciones. Tenía que estar sano de mente y cuerpo.

Kurt insistió en que subiera la escalera hasta mi despacho al menos una vez a la semana en lugar de coger el ascensor.

—¿Veinte pisos? —protesté—. ¡Estás loco!

Una mañana lo probé y, en cuanto llegué a mi despacho, tuve que cambiarme la camisa. Pero al cabo de un tiempo el esfuerzo de subir (o bajar) veinte pisos no me pareció tan brutal. Cuando tienes fobia a los ascensores, eres capaz de soportar cualquier dolor con tal de evitar quedarte atrapado en uno de esos ataúdes verticales.

A Kate le encantó mi cambio radical. Estaba decidida a comer de forma saludable durante su embarazo y se alegró de que yo también lo hiciera. No conocía a Kurt, pero le gustaba lo que hacía por mí.

Por supuesto, Kate no sabía de la misa la mitad.

En mi nuevo despacho, más espacioso que el anterior, colgué varios carteles enmarcados, de temas militares, destinados a motivar a altos ejecutivos. Uno consistía en la fotografía de un francotirador que lucía un traje y pinturas de camuflaje y estaba tumbado en el suelo, apuntándonos con su rifle. Decía VALOR en grandes letras, y luego: «Sólo una persona extraordinaria es capaz de afrontar una situación de peligro y conservar la compostura». Otro mostraba a unos tipos en un tanque y decía: «AUTORIDAD: Sólo los más fuertes sobreviven». Calqué también unos carteles referentes a la FORTALEZA y la PACIENCIA. ¿Unas chorradas? Por supuesto. Pero el hecho de contemplarlos me motivaba.

Las cosas empezaron a irme de maravilla, especialmente en el trabajo. Parecía como si cada bola que lanzaba se convirtiera en un *home run*, cada

bola de golf cayera en el hoyo y lograra encestar cada lanzamiento de tres puntos. Tenía una racha increíble. Todo me salía bien.

Incluso el hecho de comprarme el Mercedes propició una venta muy importante.

Una mañana esperaba a que pusieran a punto mi nuevo coche en la elegante sala de espera del concesionario de la marca Mercedes Harry Belkin, en Allston. Esperé durante más de una hora, sentado en un sofá de cuero, bebiendo un capuchino de una máquina expendedora automática, mirando *Live with Regis and Kelly* en el televisor con sonido envolvente.

De pronto, se me ocurrió: ¿cómo es que no tienen unas pantallas de plasma de Entronics que muestren documentales y anuncios sobre los últimos modelos de Mercedes? La marca Mercedes financiaría esos anuncios. Entonces pensé que la Compañía Harry Belkin era el concesionario de coches más importante de Nueva Inglaterra. Vendían coches BMW, Porsche y Maybach, y muchas otras marcas. ¿Por qué no proponerles la idea? Los supermercados habían instalado esas pantallas de plasma, ¿por qué no iba a hacerlo un concesionario de coches de alta gama?

Después de hacer unas averiguaciones en Internet, identifiqué al tipo con el que tenía que hablar. Era el vicepresidente en jefe de Mercadotecnia, y se llamaba Fred Naseem. Le llamé, le expuse mi idea, y éste se mostró de inmediato interesado. Como es natural, el precio era un factor importante a tener en cuenta, pero siempre lo es. Utilicé todo mi arsenal de estrategias de venta que habían demostrado su eficacia. Le detallé el incremento de beneficios que estaban generando las cadenas de supermercados que habían instalado pantallas de plasma en las cajas para anunciar sus productos. Las salas de esperas son como las cajas en un supermercado. Todo el mundo detesta esperar. Es una pérdida de tiempo. Pero a la gente le gusta estar informada, que le ofrezcan nueva información, y de paso distraerse. De modo que había que distraer a la gente e informarla, y venderle las prestaciones más interesantes de los nuevos modelos de coches. Luego calculé los costes, sólo que nunca empleo la palabra «coste» o «precio», sino «inversión». Calculé la inversión de dólares al día que les costaría y los beneficios que generarían. Era muy sencillo. Rematé el asunto con una jugada clásica, formulándole una serie de preguntas a las que sabía que el otro respondería «sí». Sus clientes son exigentes, ¿no es así? Seguro que aprecian las comodidades que les ofrecen en sus salas de espera, como el café y los bollos, ¿no es así? Los monitores Entronics montados en la pared les parecerán un elemento elegante y moderno, ¿no es así? Pam, pam, pam. Sí, sí, sí. Luego: «¿Acierto al suponer

que a su jefe, Harry Belkin, le gustaría incrementar la media de beneficios generados en sus concesionarios?». ¿Qué iba a responder el otro? ¿Que no? Acto seguido, le asesté le golpe de gracia. Le hice la pregunta del millón: «¿Están preparados para empezar a obtener los beneficios adicionales que los monitores de Entronics les generarán?».

El gran sí.

Cuando Naseem vaciló unos instantes al término de nuestra conversación, como suelen hacer los clientes, utilicé un par de trucos legendarios que había aprendido de mis cedés de Mark Simkins. Creo que era una colección llamada *The Mark Simkins College of Advanced Closing*. El remate certero, cuando haces que el cliente te formule una petición que sabes que puedes satisfacer. Le dije que tratándose de un pedido de esa magnitud, tardaríamos unos seis meses en entregarles los monitores. Naseem se mostró contrariado e insistió en que quería instalar esas pantallas planas en sus concesionarios con la mayor celeridad posible. Quería que se las entregáramos en la mitad de tiempo: tres meses.

Le dije que podía complacerle. Habría podido enviarle el pedido en dos meses de haber insistido Naseem. Pero quería que me pidiera algo que yo pudiera hacer. En cuanto accedí a su petición, comprendí que estaba hecho.

Por último añadí el viejo toque de «deducción equivocada», consistente en decir algo que sabes que es equivocado y el otro tiene que rectificar.

—Por tanto, son seiscientos monitores de treinta y seis pulgadas y otros mil doscientos de cincuenta y nueve pulgadas, ¿no es así?

—No, no, no —replicó Freddy Naseem—. Es a la inversa. Seiscientos monitores de cincuenta y nueve pulgadas y mil doscientos de treinta y seis.

—Ah —dije—. Me he equivocado. De acuerdo.

Tenía a Naseem en el bote. Me divirtió la ironía de hacer una venta a un tipo que vendía coches. Nadie estaba a salvo.

Naseem se mostró entusiasmado. De hecho, parecía como si la idea se le hubiera ocurrido a él, lo que demostraba mi poder de convicción. Hablé personalmente con Harry Belkin, luego me llamó y me dijo que al señor Belkin le había parecido una excelente idea y que sólo era cuestión de negociar el precio.

A veces me sorprendo a mí mismo.

Al cabo de un día, Naseem volvió a llamarme.

—Jason —dijo muy excitado—. Tengo que darte unos números y espero que tú tengas unos números para darme a mí.

Me dijo la cantidad de monitores de plasma que querían, unas pantallas gigantescas para colocar en las paredes de sus cuarenta y seis concesionarios y otras más pequeñas para montar en el techo. Me quedé pasmado. La cantidad de monitores era mucho mayor. Entonces Naseem me lo explicó: no sólo querían instalar unas pantallas planas en los concesionarios de BMW y Mercedes, sino también en los de Hyundai y Kia. Y Cadillac. Y Dodge. En todos.

Casi no pude articular palabra, lo cual es insólito en mí. Cuando me recobré, dije:

—Deja que haga unos números y te llamaré mañana. No quiero hacerte perder el tiempo. Voy a conseguirte el mejor precio que pueda.

Todo me iba como la seda.

Excepto Gordy, que seguía siendo Gordy. El mayor obstáculo en mi nuevo puesto siempre era Gordy. Me obligaba a venir a las siete de la mañana y se presentaba continuamente en mi despacho con alguna que otra queja. Me mandaba correos electrónicos, convocándome urgentemente en su despacho por asuntos de lo más nimios: unas notas para una presentación a las que quería que echara un vistazo, un gráfico, cualquier insignificancia que en ese momento le pareciera importante.

Me quejaba constantemente a Kate sobre Gordy. Kate me escuchaba con paciencia. Una noche, cuando llegué a casa después del trabajo, Kate me entregó una bolsa de plástico blanca de una librería. Contenía unos cedés para que los escuchara de camino a la oficina: *How to Work for Bullies, Tyrants at the Office* y *Since Strangling Isn't an Option*.

—Gordy no se marchará —dijo Kate—. De modo que tienes que aprender a soportarlo.

—Lo de estrangularlo me parece una idea genial —respondí.

—Cariño —dijo Kate—, ¿por qué nunca me preguntas cómo me ha ido a mí en el trabajo?

Kate tenía razón. Rara vez se lo preguntaba, y me sentí profundamente culpable.

—¿Porque soy un hombre?

—Jason.

—Lo siento. ¿Cómo te ha ido en el trabajo?

Cuando el acuerdo con Harry Belkin estuvo bien perfilado, me pasé por el despacho de Gordy para darle la buena noticia. Gordy asintió con la cabeza y

me hizo algunas preguntas como si el asunto no le interesara demasiado. Luego me entregó los informes mensuales de gastos y me dijo que los examinara.

—Dos meses —dijo—. Faltan dos meses para que concluya el segundo trimestre.

Entronics se regía por el año fiscal de los japoneses, lo cual se prestaba a veces a confusión.

Eché una ojeada al informe de gastos y dije:

—Caray, la Banda de los Hermanos se deja una fortuna en gastos de representación. —Eso significaba hoteles, viajes, comidas y demás.

—Sí, es un disparate —contestó Gordy—. Hace tiempo que quiero reducir drásticamente los gastos superfluos pagados con las tarjetas de crédito. Pero ahora que tengo algo a lo que hincar el diente, quiero que te encargues de formular una nueva política de gastos de representación.

Gordy quería que yo fuera el malo de la película. «¿Por qué no? —pensé—. Total, ya te odia todo el mundo».

—De acuerdo —dije.

—Otra cosa. Ha llegado el momento de pasar revista y echar el lastre.

Yo sabía a qué se refería Gordy: valorar el rendimiento de todos los empleados y echar a los que no valen. Pero ¿pretendía que lo hiciera yo?

—¿Estás de broma?

—Nadie dijo que iba a ser fácil. Tú y yo valoraremos a la gente utilizando una escala de uno a cinco, y luego despedirás a los que rindan poco. Sin más.

—¿Los que rindan poco? —pregunté, queriendo oírsele decir en voz alta.

—Los jugadores de tercera división se van a la calle y punto.

—¿El diez por ciento de los que rindan menos?

—No —respondió Gordy, dirigiéndome una mirada feroz—. La tercera parte de los que rindan menos.

—¿La tercera parte?

—No podemos permitirnos el lujo de seguir empleándolos. Esto es una lucha darwiniana. Sólo los más resistentes sobreviven. Quiero que Tokio vea un cambio inmediato en nuestros números.

—¿Cómo de inmediato?

Tras observarme unos instantes, Gordy se levantó y cerró la puerta de su despacho. Luego se sentó de nuevo y cruzó los brazos.

—Te explicaré la situación, Steadman, pero no digas una palabra a ninguno de los de tu Banda de los Hermanos. Al término del segundo trimestre, apenas dentro de dos meses, Dick Hardy y los chicos del Mega

Tower van a tomar una decisión. La cosa está entre nosotros y el personal de ventas del Royal Meister. Framingham o Dallas. No los dos.

—Van a echar a todos, salvo a los más competentes —dije, asintiendo con la cabeza—. Consolidación. La supervivencia del más fuerte.

Gordy esbozó su sonrisa de tiburón.

—Sigues sin comprenderlo. No van a hacer una selección. Uno vive; el otro muere. Se trata de una liquidación. Los que presenten los mejores números sobrevivirán. La otra oficina se cerrará. No están dispuestos a seguir tolerando un trimestre flojo. Es una condenada sentencia de muerte. Si volvemos a tener un trimestre como éste, todos los que trabajamos en este edificio nos vamos a la calle. Ahora, ¿estás listo para la mala noticia?

—¿Ésa fue la buena noticia?

—Todo depende de ti, colega. Durante los próximos meses, tienes que sacar un conejo de tu chistera, o todos los empleados de la oficina de Entronics en Framingham, incluidos tú y tu presunta Banda de los Hermanos, os quedaréis con el culo al aire. De ti depende. No puedes permitirte el menor desliz.

—¿No crees que deberíamos informar a los demás? —pregunté.

—De eso nada, Steadman. Unos vendedores asustados son incapaces de vender. Los clientes perciben el sudor del fracaso. Huelen el pánico. Ya tenemos bastante con los rumores que corren por la oficina, el follón que se ha organizado. De modo que éste es nuestro pequeño secreto. Debe quedar entre tú y yo. Ahora trabajas directamente para mí. Y si la cagas, voy a tener que imprimir mi currículum. La diferencia es que yo no tendré ningún problema en encontrar otro empleo, pero tú quedarás fuera de juego de aquí a Tokio. Yo mismo me encargaré de ello.

Se me ocurrió decirle que el sudor del fracaso tampoco beneficiaba a los directivos, pero me callé.

—Ya sabes que en un principio no quería darte este puesto —dijo Gordy—. Pero me alegro de haberlo hecho. ¿Sabes por qué?

Traté de tragar saliva, pero tenía la boca seca.

—¿Por qué, Gordy?

—Porque Trevor me cae mucho mejor que tú y no quisiera que le cayera ese marrón.

Cuando salí del despacho de Gordy, me crucé con Cal Taylor en el pasillo. Había salido del lavabo y tenía un aspecto un poco achispado. Pobre desgraciado, a las diez de la mañana.

—Hola, jefe —dijo—. ¿Ocurre algo malo?

—¿Algo malo? No.

—Parece como si hubieras comido una almeja que estaba mala —dijo Cal.

«No tienes ni idea», pensé.

Capítulo 23

Durante el resto de la mañana, repasé los gastos de representación y empecé a idear la nueva política dura que Gordy deseaba. Comprendí que era un memorándum que fulminaría mi imagen de buen chico. Era preciso reconocer que era una tarea de lo más ingrata. Se acabaron los vuelos en clase preferente: de ahora en adelante viajaríamos en clase económica, a menos que uno utilizara sus kilómetros acumulados de «cliente asiduo» para viajar más cómodamente. Se acabaron los hoteles de lujo: a partir de ahora, el límite era ciento sesenta y cinco dólares por noche. Todos los viajes de negocios tenían que ser programados al menos con siete días de antelación, porque resultaba más barato; yo tenía que autorizar cualquier desplazamiento de última hora. Reduje las dietas a cincuenta dólares diarios, lo cual era una reducción drástica pero tolerable. No podíamos gastar más que eso en comidas a menos que invitáramos a un cliente. Y se acabó invitar a un cliente a unas copas a menos que le lleváramos también a comer. Dedicábamos demasiado tiempo a reuniones fuera del despacho, de modo que también las reduje. Gastábamos mucho dinero en el cáterin de los almuerzos de trabajo en la oficina, pero también se había acabado. A partir de ahora, cada cual tenía que traer su propio almuerzo.

Hice algunos números y calculé cuánto iba a ahorrar la compañía con esta nueva política, tras lo cual envié el memorándum por correo electrónico a Gordy.

Después de comer, Gordy me llamó y dijo:

—Me encanta.

Hice una pausa, devolví varias llamadas y releí mi nota. Traté de suavizar un poco el lenguaje para que pareciera menos duro. Luego lo envié por correo electrónico a Franny para que lo repasara y corrigiera cualquier errata.

Franny —Frances Barbe— era la secretaria que me había sido asignada. Llevaba más de veinte años trabajando para la compañía, y su único defecto era que salía a fumarse un cigarrillo cada media hora. Ocupaba el despacho junto a mi nuevo despacho. Franny tenía un aspecto eficiente, unos labios finos con unas arruguitas verticales sobre el labio superior. Tenía cuarenta y cinco años pero aparentaba diez más, lucía un perfume intenso y desagradable que olía a insecticida y, si no la conocías, imponía mucho. No obstante, nos

caímos mutuamente bien desde el principio. Franny incluso empezó a mostrar un sentido del humor seco, aunque le llevó cierto tiempo.

Franny me llamó por el interfono.

—Te llama un tal señor Sulu —dijo con tono indeciso. Tenía la voz tan destrozada por el tabaco que era más grave que la mía—. Aunque no parece japonés. Suena más bien como un surfero.

Estaba claro que Franny no conocía el *Trek* clásico.

—Graham —dije cuando respondí al teléfono—, hace tiempo que no sé nada de ti.

—Suenas agotado.

—Esto es una locura.

—¿Me has estado evitando, Jason? Empezaba a sentirme como un *klinton*.

—Lo siento, Graham. Es que... he comenzado un nuevo régimen.

—¿Un régimen? Ha sido Kate, ¿no es así? Por fin ha ganado.

—Son muchas cosas. Kate está embarazada, ¿sabes?

—¡Felicidades! ¿O más bien he de darte mis condolencias?

—Prefiero que me felicites.

—Un pequeño Steadman. Es fantástico, increíble. Ya me parece oír el sonido de los piecitos del pequeño Tribble, ¿eh?

—Tribble no tenía pies —respondí.

—Tienes razón —dijo Graham—. ¡Y yo que me considero un forofo de *Star Trek*! Bien, para no andarme con rodeos, te diré que tenga una mierda estelar, una viuda blanca impresionante.

—Eso suena a heroína.

—Marihuana, tío —respondió Graham, simulando un acento jamaicano—. Lo único valioso es lo que proviene de la tierra, tío. —Luego añadió—: No es una marihuana corriente. Estamos hablando del primer premio de cannabis: una mezcla índica-sativa, aunque más sativa que índica; unos momentos de solaz muy estimulantes; una leyenda, Jason.

—Creo que no.

—Pásate por Central Square. Liaré un canuto para los dos o lanzaré la nave espacial *Enterprise* e iremos a dar una vuelta en el escarabajo del amor.

—Ya te lo he dicho, Graham —respondí con firmeza—. Ese rollo ya no me va.

—Nunca has fumado una viuda blanca, tío.

—Lo siento, Graham. Las cosas han cambiado.

—¿A causa del futuro nacimiento del pequeño Jason? ¿Tu tiránica esposa te lo prohíbe?

—Venga, hombre, no es eso.

—De acuerdo —dijo Graham con tono seco—. Creo que ya lo entiendo. Ahora eres vicepresidente. Eso dice en tu página electrónica. Tienes una secretaria y una elegante mansión. Supongo que tienes que poner cierta distancia entre el lugar de donde provienes y el lugar en el que estás ahora, ¿no es así?

—¿Tú crees que yo soy así, Graham?

—No lo sé —respondió Graham—. Ya no estoy seguro de quién eres.

—Eso es un poco duro. No te hagas la víctima.

—Digo lo que pienso, tío. Siempre lo he hecho.

—Dame un respiro. Ahora mismo estoy muy liado. En cuanto pueda, saldremos. Te invito a cenar. ¿De acuerdo?

—Vale —respondió Graham con tono hosco—. Espero tu llamada.

—Graham...

Pero éste colgó. Me sentí fatal.

Franny entró en mi despacho.

—Oye, Jason... —dijo, deteniéndose en la puerta y ajustándose las gafas—. ¿Estás seguro de que quieres enviar esto?

—¿Por qué no?

—Porque empezabas a caerme bien, y no sé si ese otro tipo me caerá igual de bien.

Sonreí.

—Lo ha aprobado Gordy —contesté.

—No me cabe duda —dijo Franny, emitiendo una risita nerviosa que se convirtió en una tos seca de fumadora—. Hizo que lo firmaras para cargar tú con el marrón en lugar de él.

—Es un trabajo sucio, pero alguien tiene que hacerlo —respondí, volviéndome de nuevo hacia mi ordenador.

—Si me disculpas, saldré a fumar un cigarrillo y a comprarme un chaleco antibalas —dijo Franny, y regresó a su despacho.

Repasé una vez más el memorándum que había redactado. Era muy duro. Sería sin duda muy impopular, lo que significaba que su autor también sería impopular. Debió hacerlo el propio Gordy, no yo. Sólo podía terminar mal.

Hice clic sobre la palabra «enviar».

A partir de ahí se armó un follón de gigantescas proporciones.

Cinco minutos más tarde, Rick Festino entró volando en mi despacho.

—¿Qué coño es esto? —preguntó. No sostenía ni señalaba nada.

—¿A qué te refieres? —contesté suavemente.

—Sabes perfectamente a qué me refiero: esa mierda sobre los gastos de representación.

—Vamos, Rick. Todo el mundo está abusando del sistema, y estamos tratando de recortar gastos...

—Eh, Jason, que estás hablando conmigo. No me vengas con esas chorradas. Somos colegas.

—No son chorradas, Rick.

—Acabas de clavar las Noventa y Seis Tesis en la puerta, aunque sospecho que es obra de Gordy y no de Jason Steadman. ¿Qué diablos pretendes?

—Siempre creí que eran las Noventa y Cinco Tesis² —repliqué.

Rick me miró fijamente.

—¿Ha sido Gordy quién te ha hecho firmar esto?

Negué con la cabeza.

—Gordy lo aprobó, pero lo redacté yo.

—¿Acaso tratas de morir asesinado? Tu vida corre peligro.

—Así será a partir de ahora —contesté—. Es la nueva norma.

—De modo que los azotes continuarán hasta que la moral mejore, ¿eh? ¿Has decidido adoptar el talante del capitán Queeg?

—¿El capitán qué?

—¿No has visto *El motín del Caine*?

—He visto *Rebelión a bordo*.

—Da lo mismo. Eso es a lo que te enfrentas. ¿Crees que Trevor, Gleason y los demás van a aceptar tener que alojarse en el Motel Six y llevar a sus clientes a Applebee's?

—Venga, hombre, no he dicho nada sobre el Motel Six ni Applebee's. —Ricky estaba exagerando, pero no demasiado.

—Los otros no van a aceptarlo.

—No tienen más remedio.

—No estés tan seguro, colega —contestó Festino.

Cuando me disponía a marcharme a casa —Kate quería ir a comprar cosas para el bebé, lo cual no me apetecía nada—, Trevor Allard me detuvo en medio del laberinto de despachos al salir de su despacho.

—Bonito memorándum —dijo.

Asentí con la cabeza.

—Una estrategia brillante la de eliminar ese tipo de incentivos. Es un buen sistema para agarrarte al puesto.

—¿Vas a cambiar de trabajo? —pregunté.

—No necesito hacerlo. Sólo tengo que esperar a que te pegues el trompazo, cosa que ocurrirá incluso antes de lo que esperaba.

—La palabra «equipo» no se escribe con «y» como en «yo», Trevor —dije.

—Ya. Y la palabra «Mesías» no tiene cabida en este lugar.

Mientras nos dirigíamos en coche a Baby World, estuve absorto pensando en el maldito memorándum que había enviado a los empleados de la oficina. Todos lo llamaban el memorándum de Queeg, incluso los que no tenían ni idea de quién era Queeg. Me pregunté si Gordy había sospechado que desencadenaría una reacción inmediata tan violenta. Por fin comprendía por qué había querido que yo hiciera de malo de la película.

—Jason —dijo Kate, interrumpiendo mis reflexiones.

Me volví hacia ella. Hablaba con tono sombrío. Iba peinada con una cola de caballo. Su rostro de facciones marcadas parecía más redondo; su cutis había adquirido un tono rosado. El embarazo le sentaba bien.

—He vuelto a tropezar en la escalera.

—¿Te has hecho daño? ¿Estás bien?

—Estoy bien, pero estoy embarazada, ¿recuerdas? Tengo que andarme con cuidado.

—Por supuesto.

—La moqueta está muy desgastada en algunos sitios. Es un peligro.

—De acuerdo. —No me apetecía hablar de mejoras en la casa, quería hablar sobre Gordy, Trevor y el memorándum de Queeg, pero sabía que a Kate no le interesaría el tema.

—¿Cómo que «de acuerdo»? ¿No puedes hacer algo para solucionarlo?

—¿Me tomas por el tío de *This Old House*? Llama a alguien para que venga a reparar la moqueta.

—¿A quién?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa, Kate?

Kate me miró unos segundos con frialdad. Yo tenía la vista fija en la calzada, pero sentí sus ojos sobre mí. Luego sacudió la cabeza con tristeza y

dijo:

—Gracias por tu ayuda.

—Lo siento. Estoy preocupado por...

—Cosas más importantes. Ya lo sé.

—Se trata otra vez de Gordy.

—Qué novedad. Espero que puedas olvidarte de tu trabajo el tiempo suficiente para elegir la cuna de tu hijo.

A veces no comprendía a mi mujer. Tan pronto quería que yo fuera Napoleón Bonaparte como que me convirtiera en Míster Mom.

Debía de ser cosa de las hormonas. No obstante, decidí no decir nada al respecto.

Baby World era un lugar irritante. Consistía en un almacén gigantesco iluminado por luces fluorescentes en el que sólo vendían objetos para bebés, desde muy económicos a muy caros. Su lema era «¿No merece tu bebé lo mejor?», lo cual era motivo suficiente para marcharse; pero Kate estaba empeñada en decorar el cuarto del niño. Para colmo, sonaba constantemente una música machacona, el tema musical del establecimiento, aderezado con unas voces infantiles y un xilófono. Al cabo de un rato empezó a dolerme la cabeza.

Kate pasó a través del departamento como un tanque Abrams, eligiendo una mesa para cambiar al niño, un vestidor acolchado con refuerzos laterales y un juguete móvil con animalitos que colgaban de él y que emitía música clásica, para contribuir al desarrollo de las facultades cognitivas del niño.

Entre tanto, yo consultaba de vez en cuando furtivamente mi BlackBerry y mi móvil. Mi móvil indicaba que no tenía cobertura —otro motivo para detestar Baby World—, y mi BlackBerry no cesaba de recibir mensajes. Supongo que se debía a que eran distintos servidores. En mi BlackBerry había numerosos correos electrónicos quejándose del memorándum de Queeg.

Kate me mostró una cuna Bellini.

—Sally Wynter la compró para Anderson —dijo—, y dice que es la mejor. —Al oír el sonido de mi BlackBerry, me dirigió una mirada exasperada—. ¿Estás aquí, o estás en la oficina?

Yo hubiese preferido estar en cualquier otro lugar.

—Lo siento —respondí. Silencié el BlackBerry para que Kate no volviera a oírlo—. Esa cuna viene ya montada.

—Dice que hay que montar algunas piezas. Pero no creo que sea complicado.

—Siempre que hayas estudiado en el Instituto Tecnológico de Massachusetts —contesté.

Pasamos al departamento de pañales, donde había unas inmensas pilas de Huggies y Pampers que alcanzaban al techo, mostrando un surtido impresionante de esos artículos. Esto era peor que la sección de compresas higiénicas de CVS, a la que Kate me había enviado en cierta ocasión y de la que había huido despavorido.

—No sé si llevarme los pañales Genie o los Champ —dijo Kate—. Éstos puedes tirarlos a la basura.

—Pero éstos forman una cadena de pañales como salchichas —respondí—. Son divertidos. —El que no se divierte es porque no quiere.

Pasamos al departamento de aparatos electrónicos pequeños. Kate tomó una caja de una estantería y la depositó en nuestro carrito de compras.

—Esto es genial —dijo—. Es un monitor para el asiento trasero del bebé.

—¿Para el coche?

—Lo conectas al encendedor del coche, la cámara en la parte posterior del apoyacabezas se enciende y el monitor en el salpicadero se enciende también. Así puedes vigilar al bebé sin tener que volverte.

«Justo lo que necesito —pensé—. Más distracciones mientras conduzco».

—Qué guay —dije.

—Esto es un vídeo de vigilancia —me explicó Kate, tomando otra caja de la estantería y mostrándomela—. ¿Ves este pequeño vídeo de vigilancia portátil? Es para poder observar siempre al bebé. Además, incorpora un sistema infrarrojo para ver de noche.

«Joder —pensé—, este bebé va a estar más vigilado que Patrick McGooohan en el antiguo programa de televisión *El prisionero*».

—Una idea genial —respondí.

—Eso es lo mejor —dijo Kate. La seguí hasta el departamento de cochecitos de bebé, donde se lanzó de inmediato sobre un enorme y siniestro cochecito negro con unas ruedas gigantescas, de aspecto antiguo e imponente. Parecía salido de *La semilla del diablo*.

—¡Fíjate en este cochecito Silver Cross Balmoral, Jason! —exclamó Kate—. ¿No es increíblemente elegante?

—¿Cómo se llamaba esa película en la que el cochecito del niño cae escaleras abajo?

—*El acorazado Potemkin* —contestó Kate, sacudiendo enojada la cabeza.

Miré la etiqueta con el precio.

—¿Pone dos mil ochocientos dólares, o necesito gafas para ver de cerca?

—¿Tanto cuesta?

—Quizá sea en liras italianas.

—Ya no utilizan liras, sino euros.

—¿Dos mil ochocientos dólares?

—Olvídalo —dijo Kate—. Es un disparate. Lo siento.

—Lo que tú digas, Kate.

—Por menos dinero, está el Stokke Xplory —dijo Kate—. El bebé viaja a mayor distancia del suelo, lo cual refuerza la vinculación afectiva entre el niño y sus padres. Sin embargo, en la parte inferior no hay mucho sitio para llevar cosas. Pero tiene un aspecto muy de machote, ¿no crees? Me refiero al asa telescópica.

Observé que Kate dirigía a hurtadillas una mirada nostálgica al cochecito Silver Cross Balmoral.

—En efecto, es muy de machote, sí —contesté. Eché un vistazo de refilón a mi BlackBerry y vi un correo electrónico de Gordy. Su tema era ¡URGENTE!

—Tengo que hacer una llamada —dije.

—¿No puede esperar?

—Es importante.

—Esto también es importante.

—Gordy está tratando de localizarme y dice que es urgente. Lo siento. No tardaré más de un minuto.

Me volví y atravesé apresuradamente la nave hacia el aparcamiento, donde tenía cobertura para el móvil. Tecleé el número del móvil de Gordy, me equivoqué de número y lo intenté de nuevo.

—¿Qué demonios estás haciendo? —soltó Gordy al responder.

—Comprar cosas para el bebé.

—Se trata de ese maldito memorándum sobre gastos de representación que has enviado. ¿Qué coño ocurre?

—Tú lo aprobaste antes de que lo enviara.

Tras dudar unos instantes, Gordy respondió:

—No me fijé en los detalles. Lo dejé en tus manos.

—¿Hay algún problema?

—¿Que si hay un problema? Trevor acaba de estar en mi despacho y me ha dicho que todo el personal de ventas está a punto de amotinarse.

—¿Trevor? —pregunté. Así que el maldito Trevor se había chivado a Gordy a mis espaldas.

—Para que lo sepas, acabamos de perder a Forsythe por ese motivo.

—¿Cómo que hemos perdido a Forsythe?

—Por lo visto, ha sido la gota que colmó el vaso para Forsythe. Nuestro viejo amigo Crawford de Sony le había hecho una propuesta, y a última hora de esta tarde Forsythe la ha aceptado. ¿Por qué? Por tu maldito recorte de gastos. Tenemos a nuestros empleados comiendo en Denny's y alojándose en moteles de mala muerte, y hemos perdido a nuestro vendedor estrella.

«¿Conque debido a mi maldito recorte de gastos?», pensé.

—¿Quién será el próximo? ¿Gleason? ¿Allard? Y todo debido a lo que los chicos denominan el memorándum de Queeg.

—¿Qué quieres que haga?

—Ya me he ocupado de ello —respondió Gordy—. He enviado un correo electrónico revocando tu nueva política. Les he dicho que fue un error.

Apreté los dientes. ¡Maldito sea Gordy!

—¿Y Forsythe? —pregunté—. ¿Sigue decidido a irse?

Pero Gordy había colgado.

Eché a andar a través de Baby World, con la machacona música del xilófono y las voces infantiles irritándome los oídos, como el sonido de unas uñas sobre un encerado. Al acercarme, Kate me observó fijamente.

—¿Todo va bien? —preguntó—. Parece como si te hubieran propinado una patada en la barriga.

—Más bien en las pelotas. En la oficina se ha organizado un caos de los mil demonios, Kate.

—Estoy lista, podemos irnos. Pero no debiste acompañarme esta tarde. Debiste quedarte en la oficina.

—¿Qué insinúas con eso?

—Tu trabajo te tiene totalmente absorbido. No estás obligado a venir de compras conmigo, Jason.

—Quise hacerlo —respondí.

—Lo dices como si fuera un deber.

—Eso no es justo. Hemos venido a comprar cosas para el bebé. Creo que es importante que lo hagamos juntos.

—Sí, pero en realidad no estás aquí. Tienes la cabeza en la oficina.

—Siempre pensé que me amabas por mi cuerpo.

—Jason.

Kate empujó el cochecito hacia la caja, y yo la seguí. Ambos guardamos silencio, enojados el uno con el otro. Nos pusimos en la cola.

Por fin rompí el silencio.

—¿Por qué no vas a coger el cochecito de *La semilla del diablo*? — pregunté.

—¿El Silver Cross Balmoral? —contestó Kate—. Es carísimo.

—Pero es el que te gusta. Lo compraremos.

—No es necesario que gastemos tanto dinero en el cochecito del niño, Jason.

—Vamos, Kate. Sería una temeridad por mi parte instalar a nuestro hijo en un cochecito que no dispusiera de amortiguadores y barras laterales para atenuar los impactos. —Tras una pausa, añadí—: Mira, quiero hacer las cosas bien. El pequeño Steadman viajará como se merece. Ese cochecito dispone también de dirección asistida, ¿no?

Cuando la cajera registró todas nuestras compras, contemplé la factura durante unos segundos con incredulidad. Si mi padre hubiera visto lo que habíamos gastado en objetos para el bebé, habría sufrido un ataque cardíaco tumbado en su Barcalounger delante del televisor.

Saqué valientemente mi MasterCard oro.

—Me siento oprimido por la deuda de la sociedad capitalista —dije.

Capítulo 24

A la mañana siguiente, en cuanto Doug Forsythe llegó a la oficina, me pasé por su despacho.

—¿Tienes un minuto? —le pregunté, dándole un golpecito en el hombro.

Doug alzó la vista y respondió:

—Desde luego, jefe. —Sabía de qué se trataba y no se molestó en ocultarlo.

Me siguió hasta mi despacho.

—Permite que te haga una pregunta. ¿Has aceptado una oferta de Sony?

Doug se detuvo unos segundos.

—Verbalmente —contestó—. No quiero mentirte. Crawford me hizo una oferta que no podía rechazar.

«Verbalmente», había respondido Doug con cautela, lo que significaba que quizás hubiera cierto margen de maniobra.

—Llevas aquí ocho años. ¿Te sientes a disgusto?

—¿A disgusto? No, en absoluto. Ni mucho menos.

—Entonces, ¿por qué has hablado con Crawford?

Doug se encogió de hombros y extendió los brazos con las palmas hacia arriba.

—Me hizo una oferta.

—Crawford no te hubiera hecho una oferta a menos que supiera que estabas pensando en marcharte.

Forsythe se detuvo de nuevo.

—Mira, Jason, ni siquiera sé si seguiré aquí dentro de un año.

—Estás loco, Doug. Estás blindado. Con números como los tuyos, no tienes nada de que preocuparte.

—No me refiero exclusivamente a mí. Me refiero a todos nosotros.

—No te entiendo.

—Ese memorándum sobre gastos de representación... nos da mala espina a muchos de nosotros. Da la impresión de que Entronics atraviesa por una mala situación.

—No atravesamos por una mala situación —respondí—. Pero debemos ser más competitivos, recortar gastos. Muchos de nuestros gastos de representación son excesivos. En cualquier caso, Gordy ha anulado el

memorándum que os envié. —Estuve tentado de decirle que Gordy me había utilizado para hacer el trabajo sucio y, una vez organizado el follón, me había desautorizado. Sin embargo, decidí abstenerme.

—Lo sé —dijo Forsythe—. Pero tengo la impresión de que esto sólo es la punta del iceberg.

—¿A qué te refieres?

—He oído rumores —respondió Forsythe, bajando la voz—. Eso es todo.

—¿Qué tipo de rumores?

—Que Entronics se propone despedir a todo su personal de ventas de Visual System. Ahora que tienen a los de Royal Meister, no nos necesitan.

—¿Dónde has oído eso?

—Lo he oído y punto —contestó Doug.

—Es ridículo.

—¿No es verdad? —preguntó, mirándome a los ojos.

Negué con la cabeza. Mentí como un chaval al que sorprenden con la mano en el tarro de las golosinas.

—En absoluto —respondí.

—¿De veras?

—Doug parecía perplejo.

—No creo que quieras mudarte a New Jersey —dije.

—Nací y me crié en Rutherford.

—No me refería a eso —me apresuré a responder—. Está claro que te ofreceremos lo mismo que te han ofrecido en Sony. Sabes que no queremos perderte.

—Sí, lo sé.

—Vamos, Doug —insistí—. Te necesitamos aquí. Entronics es tu hogar —dije.

Forsythe no respondió.

—Olvida esos rumores —dije—. No puedes dar crédito a esos rumores tan absurdos.

Forsythe pestañeó y asintió lentamente con la cabeza.

—Nos veremos esta noche en el partido, ¿vale? —dije.

Cuando por fin me disponía a marcharme del despacho, sobre las seis, mi teléfono sonó. Las llamadas que entran a partir de las cinco suelen ser de gente que intenta evitar hablar con un ser humano. Quieren que les responda el contestador automático. Nosotros lo llamamos escaquearse. Lo cierto es

que hoy en día, con los móviles y los correos electrónicos, es muy difícil escaquearse, de modo que cuando alguien lo intenta, se nota de lejos.

Franny estaba aún en su despacho, y la oí decir:

—Un momento, señor Naseem. Tiene suerte. Estaba a punto de marcharse.

—Pásamela —dije, y regresé a mi mesa. Supuse que me llamaba para cerrar el trato. Habíamos dado varias vueltas a los números, y la última vez que habíamos hablado, Freddy Naseem me había dicho que estaba a punto de recibir el visto bueno del propio señor Belkin. Sería el acuerdo más importante que yo había conseguido en seis meses.

—Hola, Freddy —dije—. ¿Cómo estás?

—Jason —respondió Naseem. Por el tono de su voz deduje que no eran buenas noticias—. Ha habido algunas complicaciones.

—No te preocupes —contesté—. Las resolveremos juntos.

Naseem hizo una pausa.

—No, es que... tengo malas noticias.

—De acuerdo. —Eso no era lo que yo quería oír.

—Me han informado de que vamos a comprar los televisores de plasma a Panasonic.

—¿Cómo? —solté. Luego, con más calma, añadí—: Ni siquiera teníais tratos con Panasonic.

—Me temo que no hemos tenido más remedio. Al señor Belkin le gustó tu idea hasta el punto de que no quería esperar, sino empezar a instalar las pantallas planas en nuestros concesionarios dentro de dos semanas.

—¿Dos semanas? Pero convinimos en que dentro de tres meses...

—Y Panasonic puede entregarnos el material la semana que viene. De modo que no he tenido opción.

No podíamos entregarles centenares de monitores de plasma en un mes, y menos en una semana. Panasonic debía de tener un montón de existencias en su almacén en el nordeste.

—Pero... ¡fue idea mía! —farfullé. Enseguida me arrepentí de haberlo dicho. Parecía un niño de siete años que había pillado una rabieta—. ¿No puedes darme al menos la oportunidad de intentar reunir una parte del material?

—Creo que ya es tarde para eso —respondió Naseem con tono seco y formal.

—Freddy —dije—, tienes que darme la oportunidad de intentarlo, habida cuenta de que fui yo quien te propuso la idea.

—Tengo las manos atadas. A veces el señor Belkin toma decisiones sin consultarme. Es el jefe. Y ya sabes lo que dicen: «El jefe puede que no tenga siempre razón, pero siempre es el jefe». —Naseem emitió una risa hueca.

—Freddy...

—Lo siento, Jason. Lo siento mucho.

Fui a ver a Gordy para ver si él podía echar mano de sus influencias, hacer unos trueques, conseguir unos centenares de monitores de pantalla plana.

Melanie ya se había marchado, pero Gordy aún estaba en su despacho, hablando por teléfono. Estaba de pie, contemplando sus ventanales PictureScreen. Las olas del océano rompían sobre la arena blanca y cristalina. Era extraño: en la ventana junto al despacho de Melanie vi la luz diurna de un día estival que empezaba a declinar, y a pocos pasos contemplé el deslumbrante sol artificial en los ventanales PictureScreen de Gordy. Su mundo imaginario.

Esperé unos minutos. Gordy se volvió y me vio, pero no me saludó. Se reía a carcajadas al tiempo que hacía unos exagerados movimientos circulares con las manos. Por fin colgó y entré.

Gordy mostraba una expresión triunfal.

—¡Esto es increíble, Steadman! Era Hardy. Me ha enviado un «hardygrama» y además me ha llamado por teléfono. Y me ha invitado a navegar en su nuevo yate.

—¿Por algún motivo especial?

—Alucinó cuando le conté mi idea de instalar unas pantallas de plasma en los cuarenta y seis concesionarios de Harry Belkin. ¡Genial, genial, genial! ¡Me encanta!

Asentí con la cabeza. No le di las gracias, porque Gordy no me había felicitado. Se estaba felicitando a sí mismo, dado que esto se había convertido de alguna forma en idea suya.

Gordy me señaló con un rollizo dedo.

—Esto es lo que Hardy llama posicionarse en la bolera, ¿comprendes? Hay que apuntar bien con la bola, y el primer bolo derriba a todos los demás.

—No te sigo.

—Es una cuña. Cuando Harry Belkin firme el acuerdo, los otros concesionarios de coches del país se dirán: «¿Cómo es que no se me había ocurrido? Yo también quiero unas pantallas de plasma». Cielos, es genial.

—Genial —respondí. Quería salir de su despacho e irme a casa.

—¿Cuál es la última novedad sobre el tema?

—Hum... Aún no hay nada definitivo —contesté.

—Cierra de una vez el trato. ¡Ciérralo, joder! No quiero perderlo. Si consigues ése y otro par de contratos importantes, estamos salvados. ¿Cómo van las negociaciones con el Hospital Presbiteriano de Chicago?

—Creo que estoy a punto de rematar el asunto.

—¿Y el aeropuerto de Atlanta? Ése es un contrato gigantesco. ¡Gigantesco!

—También estoy en ello. —El aeropuerto de Atlanta quería sustituir todos los monitores que utilizaban para informar sobre los vuelos, lo que significaba decenas de centenares de pantallas.

—¿Y?

—Aún no sé nada. Es muy pronto.

—Quiero que hagas lo que sea con tal de conseguir el contrato de Atlanta, ¿entendido?

—Entendido —respondí—. Estoy en ello. Escucha, quiero...

—¿Has hablado con Doug Forsythe? —preguntó Gordy, alisándose las solapas y ajustándose la corbata.

—Creo que es una causa perdida, Gordy. Ya se ha comprometido verbalmente...

—¿Una qué? ¿Una causa perdida? ¿Quieres hacer el favor de traducírmelo? No hablo ese idioma. No conozco ese vocabulario. Si formas parte del equipo G, no aceptas la derrota. Impide a toda costa que Forsythe se marche. ¿Entendido?

—Sí, Gordy.

—¿Formas parte del equipo G o no?

—Sí, Gordy —respondí—. Por supuesto.

Capítulo 25

Conduje a casa a excesiva velocidad, enfadado y confundido. Freddy Naseem me había jodido, al igual que Gordy; y para colmo, el acuerdo que según éste era idea suya se había ido al garete. Quizás hubiera cierta ironía en ello, pero yo no la captaba. Estaba demasiado cabreado.

En el reproductor de cedés, el general Patton hablaba sobre el talante de depredador, bramando: «Ocurre como en el reino animal. El noventa y nueve por ciento de nosotros somos presas. El otro diez por ciento son depredadores. ¿A qué categoría perteneces tú?».

Cuando llegué a casa, vi un Mustang negro casi nuevo de trinca aparcado en nuestro estrecho aparcamiento cubierto con un techado de ladrillo. Era de Kurt. Lo había comprado a su amigo que era dueño del taller de reparación de automóviles.

Entré en casa apresuradamente, preguntándome qué hacía Kurt aquí.

Kurt estaba sentado en nuestro salón, una estancia que no usábamos nunca. Ambos se reían animadamente. Kate había preparado la bandeja de té de la abuela Spencer con galletas de mantequilla.

—Hola —dije—. Siento haberme retrasado —dije a Kate—. En la oficina no damos abasto.

—Jason —respondió Kate—, no me habías dicho que Kurt es un manitas.

—Un aficionado —apuntó Kurt.

—Qué sorpresa, Kurt —dije yo.

—Hola, hermano. Tenía una cita con un vendedor en Cambridge. Por fin conseguí que autoricen la instalación del sistema biométrico de verificación de huellas dactilares, y tenía que concretar unos detalles. Supuse que como estaba cerca de vuestra casa, podía llevarte en coche al partido de sóftbol.

—De acuerdo —respondí.

—Me ha parecido ver tu nuevo Mercedes aparcado fuera. Bonitas ruedas. Lo mejor para el rey, ¿eh?

—¿Quieres echar un vistazo a la escalera? —me preguntó Kate—. Mira lo que ha hecho Kurt.

—No tiene importancia —dijo Kurt.

Seguí a Kate hasta la escalera que conducía al segundo piso. La raída alfombra de color avena había sido eliminada, mostrando la bonita madera.

La vieja alfombra estaba apilada en un rincón, cortada en unas secciones rectangulares, junto a unos fragmentos de madera de los que asomaban unos afilados clavos, también apilados ordenadamente. En el suelo, junto a ellos, había una palanca y una navaja.

—¿Has visto lo increíblemente hermosa que es la madera? —preguntó Kate—. Cubierta con esa horrible alfombra no se apreciaba.

—Era peligrosa —intervino Kurt—. Podías partirte el pescuezo. Al estar Kate embarazada, debéis tener cuidado con esas cosas.

—Muy amable por tu parte —dije.

—Creo que deberías instalar una alfombra estrecha en la escalera —observó Kurt.

—Me encanta la madera —respondió Kate.

—Seguirías viéndola a cada lado de la alfombra —dijo Kurt—. Podrías colocar una de esas alfombras orientales de Axminster. Son muy mullidas. Sería más seguro.

—¿Y si instalamos unas barras de metal para sujetarla? —preguntó Kate ilusionada.

—Es muy fácil —respondió Kurt.

—Eso lo dirás tú —contesté un tanto irritado—. No sabía que fueras tan hábil. De modo que sabes matar a gente y quitar alfombras viejas.

Kurt pasó por alto mi pulla. O quizá no le pareció una pulla.

—Quitarlas es muy fácil —contestó, riendo modestamente—. Cuando dejé el instituto, trabajé para un contratista, hice todo tipo de trabajitos.

—¿Crees que podrías instalar las barras de metal y todo lo demás? —preguntó Kate—. Por supuesto, te pagaríamos. Insisto en ello.

—No te preocupes —respondió Kurt—. Tu marido me consiguió el trabajo. Le debo un favor.

—No me debes nada —dije.

—Kurt opina que tenemos demasiados aparatos enchufados en el ladrón que tenemos en el salón.

—Corréis el riesgo de que se produzca un cortocircuito —dijo Kurt—. Tenéis que instalar otro enchufe en la pared. Es muy sencillo.

—¿También eres electricista? —preguntó Kate.

—No hay que ser un maestro electricista para colocar un enchufe. Es muy fácil.

—Kurt acaba de renovar toda la instalación eléctrica de su casa —dije—, y ni siquiera es suya.

—Caray —dijo Kate, dirigiéndose a Kurt—, ¿hay algo que no seas capaz de hacer?

Kurt conducía su Mustang con rapidez y pericia. Me sentí impresionado. La mayoría de conductores que no se han criado en Boston se sienten cohibidos por el talante agresivo del conductor bostoniano. Kurt, que había crecido en Michigan, se desenvolvía entre el tráfico como un nativo.

Guardamos silencio unos diez minutos, hasta que Kurt me preguntó:

—¿Estás cabreado conmigo?

—¿Cabreado contigo? ¿Por qué lo preguntas?

—Cuando llegaste a casa, parecías enojado de verme ahí.

—No —contesté con ese tono seco y varonil que lo dice todo, tipo «¿A qué coño te refieres?».

—Colega, sólo trataba de echarte una mano, con la escalera. A fin de cuentas, sé arreglar esas cosas y tú eres un ejecutivo muy atareado.

—No te preocupes —respondí—. Te lo agradezco, y Kate también. Tienes razón, está embarazada y debemos tener cuidado con esas cosas.

—De acuerdo. No quiero que haya tensiones entre nosotros.

—Descuida. He tenido un mal día en la oficina. —Le expliqué mi brillante idea sobre instalar pantallas de plasma en los concesionarios de coche, que Gordy se había arrogado todo el mérito y que Harry Belkin había decidido comprárselas a Panasonic.

—Es una serpiente —dijo Kurt.

—¿Quién, Gordy?

—Los dos. A Gordy ya lo conocemos. Pero ese tal Harry Belkin... Si decidió cambiar los términos del acuerdo, lo menos que podía hacer era darte la oportunidad de satisfacer sus condiciones, sobre todo teniendo en cuenta que tú habías tenido la idea.

—Ya, pero le había dicho que no podíamos entregarle el material hasta dentro de un par de meses. Es la norma. Panasonic debe de tener un exceso de *stock*. Ya sabes, es como cuando pruebas un coche y te enamoras de él y el vendedor te dice: «Lo siento, pero tenemos una lista de espera de dos meses». Y tú contestas: «¿Dos meses? ¡Lo quiero ahora mismo!». Supongo que los de Panasonic le dijeron: «Está de suerte. Tenemos unos cuantos monitores de plasma en el almacén. Podemos entregárselos hoy mismo».

—Eso no está bien. Es una putada.

—Es cierto.

—Tienes que hacer algo al respecto.

—No puedo hacer nada. Eso es lo malo. No podemos entregárselos hasta por lo menos dentro de un mes. Tenemos que recibir material de Tokio.

—No te rindas, hermano. Ve a por ello.

—¿Cómo? ¿Qué quieres que haga, tomar una de tus pistolas de imitación y apuntarla a la frente de Freddy Naseem?

—A mi modo de ver, a veces es preferible actuar con sigilo. Como cuando estábamos en Afganistán y descubrimos una base aérea cerca de Kandahar, con un viejo y enorme helicóptero ruso. Uno de nuestros informadores locales nos dijo que algunos de los principales jefes talibanes utilizaban el helicóptero para dirigirse a sus cuarteles generales secretos en las montañas. Pensé que podíamos cargarnos el aparato, o actuar con astucia. De modo que esperamos hasta las cuatro de la mañana, cuando sólo había un centinela TB de servicio.

—¿TB?

—Lo siento, talibán. Me acerqué sigilosamente por detrás y le partí el cuello para matarlo silenciosamente. Luego entramos en la base y pintamos AFML en la cola del helicóptero, cerca del rotor, y en las hojas del rotor. Es completamente invisible.

—¿AFML?

—Agente de Fragilización de Metales Líquidos. ¿Recuerdas el tubo que estuviste examinando en mi colección de trofeos de guerra?

—Creo que sí.

—Es un elemento estupendo. Tecnología clasificada. Una mezcla de un metal líquido, como mercurio, con otro metal. Cobre en polvo, indio o algo parecido. Lo pintas sobre el acero y forma una reacción química. Hace que el acero se convierta en un material tan frágil como una galleta.

—Muy astuto.

—Supongo que los talibanes harían las comprobaciones de rigor antes del vuelo, en busca de bombas y esas cosas, pero no vieron nada. Esa noche el helicóptero se estrelló, se desintegró en el aire. Seis generales talibanes convertidos en hamburguesas. Era mejor que hacer estallar el helicóptero vacío, ¿no te parece?

—¿Qué tiene eso que ver con Entronics?

—Lo que pretendo decir es que a veces una acción encubierta multiplica la fuerza. Eso hace que ganes la batalla, y no los rifles, las bombas y los disparos de mortero.

—Preferiría que no le partieras el cuello a Freddy Naseem. No beneficiaría nuestra imagen corporativa.

—Olvídate de Freddy Naseem. Sólo digo que llega un momento en que conviene actuar con sigilo.

—¿Como cuál?

—No lo sé. Necesito saber más datos. Pero te ayudaré en lo que pueda.

Negué con la cabeza.

—No me gusta actuar de forma solapada.

—¿Y cuando me pediste que averiguara datos confidenciales sobre Brian Borque, de los Hoteles Lockwood, o sobre Jim Letasky?

—A decir verdad, lamento haberlo hecho.

—¿No crees que Panasonic actuó de forma solapada, como dices tú, al birlarte el contrato con Harry Belkin?

—Ya. Pero no creo en lo del ojo por ojo y diente por diente. No quiero convertirme en una serpiente.

—Deja que te haga una pregunta. Si matas a un tío en un callejón, es un asesinato, ¿no? Pero si matas a un tío en el campo de batalla, es un acto heroico. ¿Dónde está la diferencia?

—Muy sencillo —respondí—. Una cosa es una guerra, y otra muy distinta, un asesinato.

—Creí que los negocios eran una guerra —comentó Kurt, sonriendo—. Lo dicen esos libros que me diste. Los he leído de cabo a rabo.

—Es un decir.

—Qué curioso —respondió Kurt—, no se me había ocurrido.

Esa noche jugamos contra EMC, la empresa gigante de almacenamiento de informática cuya sede se encuentra en Hopkinton, y volvimos a ganar. Supongo que los chicos de EMC habían oído decir que éramos un equipo totalmente transformado, porque jugaron como si hubieran estado entrenando con anterioridad. Lamentablemente, nos faltó un jugador. Doug Forsythe no se presentó, lo cual no era buena señal.

Curiosamente, mi juego había mejorado mucho. Cuando entré a batear, no vacilé. Lancé la bola con más fuerza y seguridad que nunca. Me sentía más relajado, y empecé a lanzar unas bolas con mayor profundidad. Mi juego defensivo también había mejorado.

Pero en un par de ocasiones, Trevor Allard me lanzó una bola que me pasó de largo, esquivándome deliberadamente, como si no confiara en que la golpeará como era debido. La única vez que me arrojó la bola directamente

fue cuando yo no estaba preparado —estaba un poco ladeado—, y por poco me arranca una oreja.

Después del partido, Kurt y yo nos encaminamos hacia el aparcamiento. Trevor, que estaba montado en su Porsche, puso la canción de Kanye West *Gold Digger* a todo volumen cuando pasé de largo —«Ese tipo es ambicioso, nena, se ve en sus ojos»—, lo que no interpreté como una coincidencia.

Dije a Kurt que quería irme a casa y le pregunté si no le importaba llevarme en su coche.

—¿No te apetece irte a tomarte unas copas con los colegas? —preguntó Kurt.

—No. Ha sido un día muy largo. Dije a Kate que volvería a casa después del partido. Últimamente no le hace gracia que llegue tarde.

—A las mujeres embarazadas les gusta sentirse protegidas —dijo Kurt—. Es un instinto primitivo. Escucha la voz de la experiencia. Kate es una chica estupenda, y guapa.

—Y es mía.

—¿Todo va bien en el ámbito doméstico?

—Bastante bien —respondí.

—El matrimonio es complicado.

Asentí con la cabeza.

—Es importante cuidar el ámbito doméstico —dijo Kurt—. Si las cosas no van bien en casa, lo demás se resiente.

—Ya.

—¿Qué le pasó a Doug Forsythe esta noche? —preguntó Kurt.

—Creo que está a punto de irse a Sony.

—¿A causa de tu memorándum?

—Quizá fuera la gota que colmara el vaso. Gordy está obsesionado con que yo consiga retenerlo. Traté de convencer a Doug, le rogué que se quedara, pero fue inútil. No puedo hacer más. Está claro que Doug quiere marcharse. Y en el fondo no se lo reprocho. Es un coñazo trabajar para Gordy.

—Supongo que hay un Gordy en todas las compañías.

—Odiaría pensar eso —respondí—. Pero yo qué sé. Sólo he trabajado para una compañía.

—Escucha —dijo Kurt—. No es asunto mío, pero no dejes que Trevor te trate con esa falta de respeto.

—Es simplemente un juego.

—Nada es simplemente un juego —replicó Kurt—. Si cree que puede tratarte de ese modo en el campo de juego, lo hará también en la oficina.

—No tiene importancia.

—Por supuesto que la tiene —insistió Kurt—. Es muy importante. Y es inaceptable.

Capítulo 26

Era las siete de la mañana, y Gordy se estaba bebiendo su tercera taza gigantesca de café. Gordy con una sobredosis de cafeína no era un espectáculo agradable. Parecía como si le hubieran dado cuerda.

—Hay que pasar revista y echar el lastre —decía como si fuera un monitor de campamento y hubiera llegado el momento de prepararse para hacer balsismo—. Tus informes sobre el rendimiento de algunos de nuestros empleados son excesivamente generosos. No olvides que los conozco bien.

No dije nada. Gordy tenía razón. Había sido generoso en mis informes. También había exagerado las cualidades de los rezagados como Festino y Taylor. No quería dar a Gordy más munición de la que necesitaba.

—Ha llegado el momento de echar a Taylor y a Festino —dijo.

¿De qué servía entonces el ejercicio de rendimiento que Gordy me había obligado a hacer? ¿Qué sentido tenía valorar el rendimiento de todo el mundo sobre una escala de uno a cinco si sólo contaba un número?

—A Cal Taylor le faltan dos años para jubilarse —comenté.

—Se jubiló hace años. Sólo que no se lo dijo a nadie.

—Festino necesita que alguien le guíe.

—Festino ya es mayorcito. Hace años que le apoyamos, que le damos clases particulares, que le sostenemos la mano.

—¿Qué te parece si le trasladamos a Ventas Internas?

—¿Para qué, para que ahí la pifie también? Taminek lleva Ventas Internas perfectamente. Festino hace demasiado tiempo que está con respiración asistida. Debió terminar la carrera de Derecho. Ha llegado el momento de desenchufar el cable que le mantiene con vida, de jubilarlo con una buena pensión.

—Gordy —dije—, Festino es un padre de familia con una hipoteca y un hijo que estudia en un colegio privado.

—No lo entiendes. No te he pedido consejo.

—No puedo hacerlo, Gordy.

Gordy me miró fijamente.

—¿Por qué no me sorprende? ¿Por qué tengo la sensación de que no eres apto para formar parte del equipo G?

Yo nunca había echado a nadie, y tenía que empezar con un hombre de sesenta y cinco años.

Cal Taylor se echó a llorar en mi despacho.

Yo no sabía qué hacer. Le pasé una caja de clínex y le aseguré que no era nada personal. Sin embargo, en cierto sentido era totalmente personal. Se trataba de su incapacidad para dejar la botella de Jack Daniel's y coger el teléfono y afrontar el constante rechazo que tenemos que soportar todos los que trabajamos en ventas.

No diré que fue más doloroso para mí que para él. Pero fue muy duro. Taylor permaneció sentado ante mí, vestido con su traje gris de tejido veraniego barato que llevaba todo el año y que probablemente había comprado en un arrebató de ilusorio optimismo durante la administración de Lyndon B. Johnson. El cuello de su camisa estaba deshilachado. Había dejado de teñirse las canas, llevaba el pelo untado de brillantina y se había recortado el bigote manchado de nicotina. Su tos de fumador estaba peor que nunca.

Y no dejaba de llorar.

Entronics tenía un «guión de finiquito» que tenías que utilizar cuando despedías a alguien. No podías improvisar. Después de hablar conmigo, Taylor acudiría a Recursos Humanos y se entrevistaría con un asesor en casos de despido, que le explicaría los beneficios sanitarios a que tenía derecho y durante cuánto tiempo seguiría cobrando el sueldo. Luego un agente de Seguridad Corporativa le acompañaría fuera del edificio. Ésa era la última indignidad: cuarenta años con la compañía y te ponían de patitas en la calle como si fueras un ratero.

Cuando todo terminó, Taylor se levantó y me preguntó:

—¿Y tú?

—¿Yo?

Taylor me miró con expresión dolida.

—¿Estás satisfecho de ser el sicario de Gordy? ¿Su principal verdugo?

Comoquiera que eso no exigía una respuesta, no se la di. Me sentí como si me hubiera asestado una patada en las pelotas. Imaginé cómo debía de sentirse Taylor. Después de cerrar la puerta de mi despacho, me senté en mi silla y le observé alejarse por el pasillo, con la espalda encorvada, hasta su despacho.

A través de las rendijas de la persiana le vi hablar con Forsythe y Harnett. Mi teléfono empezó a sonar, y dejé que Franny atendiera la llamada. Franny me llamó por el interfono y me preguntó si quería que me pasara con Barry

Ulasewicz, del Hospital Presbiteriano de Chicago. Le dije que estaba reunido. Franny sabía que no estaba hablando por teléfono con nadie.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Perfectamente, gracias —respondí—. Sólo necesito un par de minutos.

Alguien llevó a Taylor un montón de cajas de cartón de color blanco y las depositó sobre su mesa. Algunos compañeros se agolparon alrededor de su despacho mientras Taylor colocaba sus pertenencias en las cajas. Trevor no cesaba de dirigirme unas miradas hoscas.

Era como la pantomima de un funeral: yo podía ver, pero no podía oír. La noticia se había propagado como las ondas en la superficie de un estanque. Algunos compañeros se acercaban a Taylor para decirle unas pocas palabras de consuelo y se alejaban rápidamente. Otros pasaban frente a su despacho haciendo unos gestos ambiguos pero sin detenerse. Es curiosa la forma en que nos comportamos ante alguien al que acaban de dar la patada. Que te despidan es como contraer una enfermedad grave y contagiosa; por cada compañero que se detenía para compartir la tristeza de Taylor, había dos que no querían acercarse para no contagiarse, o que no querían dar la impresión de estar compinchados con el pobre Cal Taylor, de conspirar con él. Querían demostrar su neutralidad.

Cuando descolgué el teléfono para pedir a Festino que acudiera a mi despacho, alguien llamó a la puerta.

Era Festino.

Capítulo 27

—Steadman —dijo Festino—, dime que no acabas de echar a Cal Taylor.

—Siéntate, Ricky —contesté.

—No puedo creerlo. ¿Han sido los ladrones de cadáveres? ¿Es por orden del equipo de integración de la fusión?

Quise decirle que no había sido idea mía, pero eso habría sido una cobardía. Aunque era cierto.

—Siéntate, Ricky —repetí.

Festino obedeció.

—¿Cómo es que no lo hace el propio Gordy? Supuse que querría hacerlo él mismo. Estas cosas le gustan.

No respondí.

—He de decirte, como amigo tuyo que soy, que no me gusta lo que estás haciendo. Te has pasado al enemigo.

—Ricky —traté de interrumpirle.

Pero Festino había cogido carrerilla.

—Primero, el ridículo memorándum de Queeg. Ahora te conviertes en el verdugo de Gordy. Esto no puede llevar a nada bueno. Te lo digo como amigo.

—Calla un momento, Ricky.

—De modo que Taylor ha sido el primero que habéis arrojado a los tiburones, ¿eh? El primero en ser expulsado de la isla por votación del público. ¿Quién es el siguiente? ¿Yo?

Le miré durante unos segundos antes de desviar la vista.

—Es una broma, ¿no es así? No me vengas con esas bromitas, Jason.

—Estamos despidiendo a una tercera parte de los empleados, a los que rinden menos, Ricky —respondí suavemente.

Observé que palidecía. Meneó la cabeza con perplejidad.

—¿Quién va a repasar los contratos si yo me voy? —preguntó con un hilo de voz.

—Lo siento mucho.

—Jason —dijo Taylor con tono de súplica—, tengo una mujer e hijos a los que mantener.

—Lo sé. Odio hacer esto.

—No, no lo sabes. Entronics cubre la póliza sanitaria de mi esposa y mis hijos.

—No te quitarán esa cobertura de repente. Seguirás gozando de esos beneficios durante dieciocho meses.

—Tengo que pagar la matrícula del colegio, Jason. ¿Sabes lo que me cuesta? Treinta mil dólares al año.

—Puedes...

—No nos conceden ayuda financiera. Al menos, a los tipos como yo.

—Donde vives hay unas escuelas públicas magníficas, Ricky.

—No para un niño con el síndrome de Down, Steadman.

—Los ojos de Festino mostraban una expresión feroz y estaban húmedos. Durante unos instantes no pude articular palabra.

—No lo sabía, Ricky.

—¿Has tomado tú esta decisión, Jason?

—No, Gordy —respondí, sintiéndome como el cobarde que era.

—Y tú obedeces sus órdenes. Como en Nuremberg.

—Más o menos —contesté—. Lo siento mucho. Sé que es una putada tremenda.

—¿A quién puedo recurrir? ¿A Gordy? Hablaré con él si crees que puede servir de algo.

—No servirá de nada, Ricky. Está decidido.

—Pero tú puedes hablarle en mi favor, ¿no es así? Eres su niño bonito. Te escuchará.

Guardé silencio.

—Te lo ruego, Jason.

No respondí. En mi interior me estaba muriendo.

—Y que eso me lo hagas justamente tú —dijo Festino. Se levantó lentamente y se encaminó hacia la puerta.

—Ricky —dijo. Festino se volvió, de espaldas a mí, con la mano apoyada en el pomo de la puerta.

—Hablaré con Gordy —dijo.

Melanie me detuvo frente al despacho de Gordy.

—Está hablando por teléfono con Hardy —dijo.

—Ya volveré.

Melanie miró a través de la persiana de Gordy.

—Por su lenguaje corporal, diría que está a punto de colgar.

Melanie y yo charlamos un rato sobre el plan de su marido, Bob, de adquirir con unos amigos una franquicia de una cadena de sándwiches chilena que era muy popular en el centro de Boston. Yo no sabía cómo se las arreglaría para juntar el dinero. Bob trabajaba para una compañía de seguros.

Por fin colgó Gordy, y entré.

—Tengo que hablarte sobre Festino —dije.

—Si ese tipo se pone pesado, llamad a Seguridad. Es posible que pierda la chaveta. Lo veo en sus ojos.

—No es eso. —Le conté lo del hijo de Festino, lo del colegio privado, que todos habíamos supuesto que era una elegante escuela privada en la que los chicos lucían unos bléiseres azul marino y unas gorras.

Gordy me miró achicando sus ojillos. Observé su tupé, porque no era capaz de mirarlo a los ojos. Su tupé parecía más hueco que de costumbre. Daba la impresión de haberse teñido el pelo hacía poco.

—Me importa un bledo —dijo.

—No podemos hacerlo.

—¿Qué crees que es esto? ¿Una obra de beneficencia? ¿Una puta agencia de servicios sociales?

—Me niego —dije—. No despediré a Festino. No puedo hacerle eso.

Gordy ladeó la cabeza y me miró intrigado.

—¿Te niegas a hacerlo?

Tragué saliva confiando en que no fuera audible. Tenía la impresión de que iba a cruzar una especie de rubicón.

—Sí —respondí.

Se produjo un largo silencio. Gordy me miró fijamente. Luego dijo lenta y pausadamente:

—De acuerdo. De momento; pero después de TechComm, tú y yo tendremos una charla.

TechComm era una gigantesca feria de muestras, donde siempre ofrecíamos una elegante cena a nuestros clientes más importantes. El año pasado se había celebrado en Las Vegas. Este año sería en Miami. Gordy hacía siempre de maestro de ceremonias en la cena, y le gustaba mantener el tema en secreto hasta que llegábamos allí.

—No quiero problemas antes de TechComm.

—De acuerdo —contesté.

—¿Sabes una cosa? Creo que no tienes lo que hay que tener.

Por una vez no respondí.

Capítulo 28

Hoy quería marcharme temprano de la oficina. Kurt tenía unas entradas para ver a los Red Sox. Yo tenía que ir a casa, cambiarme, dar a Kate un beso y llegar a Fenway Park a las siete.

Cuando estaba recogiendo mis cosas en mi elegante maletín de cuero, vi a Doug Forsythe frente a la puerta de mi despacho.

—Hola, Doug —dije—. Pasa.

—¿Tienes un momento?

—Desde luego.

Doug se sentó lentamente, con una expresión tentativa.

—Me he tomado muy en serio lo que me dijiste ayer, ¿sabes?

Asentí con la cabeza. No sabía adónde quería ir a parar.

—He estado pensando. Y... tienes razón. Entronics es mi hogar.

Le miré pasmado.

—¿De veras? Eso es magnífico.

Vi aparecer un mensaje en la pantalla de mi ordenador. Era de Gordy. Decía: LLÁMAME AHORA MISMO.

—Sí —dijo Forsythe—. Creo que es lo que debo hacer.

—Celebro oírtelo decir, Doug. Todo el mundo se alegrará de que te quedes.

Otro correo electrónico: ¿DÓNDE DIABLOS ESTÁS? ¡VEN INMEDIATAMENTE!

Me volví en mi silla giratoria hacia el ordenador y tecleé: ESTOY REUNIDO. DAME UN MINUTO.

—Bien... —dijo Forsythe. No parecía muy feliz, lo cual me chocó—. Supongo que es mejor así.

—Procura expresarte con más claridad, Doug —respondí.

—Me refiero a que es lo correcto. Así que... ya está.

—Supongo que quieres que te ofrezcamos lo mismo que te han ofrecido en Sony —dije tentativamente—. Ya te dije que lo haríamos. Envíamelo por correo electrónico, o por carta, y lo resolveré enseguida.

Forsythe suspiró profunda y lentamente.

—No es necesario —contestó—. No quiero obligaros a pagarme más dinero.

Ningún vendedor en la historia de la civilización occidental ha dicho jamás eso, al menos en serio. Me puse inmediatamente alerta. ¿Qué diablos se proponía Forsythe?

—Te hice una promesa, Doug —dije—. No hagas que te suplique.

Forsythe se levantó.

—Lo digo en serio —contestó—. Me quedo. Me siento satisfecho con lo que gano. De veras.

Tras estas palabras, se marchó. Yo me quedé unos instantes desconcertado. Me volví hacia la pantalla y vi otro mensaje electrónico de Gordy. Decía: ¡AHORA! ¿QUÉ COÑO OCURRE?

Voy para allá, le contesté.

Cuando acompañé a Forsythe a la puerta, vi a Trevor Allard en su despacho, observándome con expresión torva. El fondo de pantalla de su ordenador era una fotografía de su adorado Porsche Carrera. Me preguntó qué sabía Trevor sobre la oferta de trabajo de Forsythe, si había sido él quien había tratado de convencerle de que se fuera a Sony, envenenándole con maledicencias. Y qué sabía sobre la decisión que había tomado Forsythe de quedarse.

Gordy estaba repantigado en la silla de su despacho, con los brazos cruzados en la nuca, sonriendo como un alucinado.

—¿Por qué has tardado tanto? —me preguntó.

—Doug Forsythe vino a mi despacho —respondí—. Va a quedarse.

—¿De veras? —preguntó Gordy secamente—. Me pregunto qué le ha hecho tomar esa decisión.

—¿A qué te refieres, Gordy?

—¿De modo que a Forsythe ya no le interesa pasarse a Sony? ¿Así, de pronto?

—Es extraño —respondí.

—Me pregunto a qué se debe —dijo Gordy—. ¿Qué motivo puede tener un vendedor del calibre de Doug Forsythe para rechazar una oferta de trabajo que le reportaría como mínimo un treinta por ciento más del dinero que gana aquí?

—Quizá no quiera mudarse a New Jersey.

—¿Te pidió que le pagáramos lo mismo que le ofrece Sony?

—No.

—¿Y no te pareció extraño?

—Sí.

—¿Le pediste que te mostrara la oferta de Sony?

—¿Insinúas que Forsythe se lo ha inventado todo?

—No. Forsythe no se anda con artimañas.

—Entonces, ¿qué?

Gordy inclinó su silla hacia delante, apoyó los codos sobre la mesa y dijo con tono triunfal:

—Han retirado la oferta que le habían hecho.

—¿Cómo que la han retirado?

—Los de Sony han dejado a Forsythe en la estacada.

—Es imposible.

—Te lo aseguro. Acabo de recibir una llamada de un colega en Sony. Ha ocurrido algo, un imprevisto. Uno de los mandamases, sospecho que alguien por encima de Crawford, no estaba muy convencido de contratar a Doug Forsythe. A primera hora de esta tarde le notificaron que revocaban la oferta.

—Pero ¿por qué?

Gordy meneó la cabeza.

—Ni idea. Nadie lo sabe. Debió de ocurrir algo gordo. El caso es que el asunto está zanjado. Forsythe regresa al buque nodriza. —Gordy rompió a reír —. Me encanta cuando ocurren esas cosas.

En realidad no prestaba atención a lo que decía el general Patton en el cedé de *Business Is War!* mientras me dirigía a casa en coche. Recordaba que un guardia de seguridad, no Kurt, había acompañado a Cal Taylor fuera del edificio. Pensaba en Festino. En Doug Forsythe, preguntándome por qué Sony había revocado su oferta, una acción sin precedentes.

El narrador decía:

—Un tiburón toro suele parir sólo una cría durante la época de reproducción. ¿Por qué? Porque en el vientre de la madre, el tiburón más grande devora a sus hermanos y hermanas. O tomemos el ejemplo de la hiena manchada. Nace con unos incisivos totalmente desarrollados, y cuando dos cachorros de la misma camada pertenecen al mismo sexo, uno mata al otro al nacer. El águila real pone dos huevos, pero a menudo la cría más fuerte devora al hermano más débil durante las primeras semanas después de salir del cascarón. ¿Por qué? ¡Es la ley de supervivencia del más fuerte!

Apagué el cedé.

Cuando llegué a casa, había recuperado relativamente la calma. Entré en casa sigilosamente. Kate solía regresar temprano y se echaba un rato en el sofá del cuarto de estar. Sus náuseas matutinas habían desaparecido, pero se cansaba mucho.

El suelo de la entrada era de travertino antiguo, y cuando caminabas sobre él, producía un eco. De modo que me quité los zapatos y pasé descalzo frente al cuarto de estar. El aire acondicionado estaba a toda potencia.

—Llegas temprano. —Kate estaba sentada en el sofá duro de la abuela Spencer. Los muebles de la abuela Spencer habían hallado por fin un hogar adecuado para ellos.

Me acerqué a Kate y la besé. Estaba leyendo un libro, una edición rústica de color negro de las historias de Alice Munro.

—Hola, cielo. ¿Cómo te encuentras?

Kate se había cambiado el traje de trabajo por un chándal. Introduje la mano debajo de su camisera y le acaricié el vientre.

—No lo sé. Un poco rara.

—¿Rara? —pregunté alarmado.

—No, tengo el estómago revuelto. Acidez. Lo de siempre.

—Ah. De acuerdo.

—¿Podemos hablar, Jason?

—Pues claro.

«¿Podemos hablar?» figura junto con «Hemos encontrado un bulto» entre las frases más terroríficas de cualquier lengua.

Kate me indicó que me sentara junto a ella en el sofá.

—Anda, siéntate.

Obedecí.

—¿Qué ocurre? —pregunté, mirando disimuladamente mi reloj. Disponía de diez minutos para ponerme los vaqueros y el jersey de los Red Sox y llegar a Fenway a tiempo para el partido.

—Oye, cariño, quiero disculparme. Me he estado quejando porque trabajas demasiado, y creo que no es justo.

—No te preocupes —respondí—. Acepto tus disculpas. —No quería mostrarme grosero, pero no quería meterme en conversaciones profundas.

—Sé que Gordy te hace trabajar a destajo, y quiero que sepas que lo comprendo. En BabyWorld me pasé de la raya.

—No se hable más —contesté.

—¿No se hable más? —repitió Kate—. ¿Desde cuándo dices eso?

—Quién sabe.

—Mira esto —dijo Kate, extendiendo los brazos—. Es una casa preciosa, y es gracias a ti que la tenemos. Gracias a lo duro que trabajas. Todo es gracias a ti. No lo olvides.

—Gracias —respondí, levantándome y besándola de nuevo—. Tengo que irme.

—¿Adónde vas?

—A Fenway —contesté—. Ya te lo dije.

—¿Ah, sí?

—Creo que sí. Estoy seguro de que te lo dije.

—¿Con Kurt?

—Sí —respondí—. Tengo que subir a cambiarme.

Cuando bajé de nuevo, Kate estaba en la cocina preparándose una hamburguesa Boca y un poco de brócoli, por voluntad propia.

Me despedí de ella con un beso.

—¿No vas a preguntarme qué he hecho hoy? —preguntó Kate.

—Lo siento. ¿Qué has hecho hoy?

—Fue increíble. Marie inauguró su galería en South End, y fui con un representante de la fundación. Marie se presentó con tres de sus hijos, porque no tiene una canguro ni parientes aquí. De modo que me ofrecí para cuidar de sus hijos mientras ella conversaba con el crítico de arte del *Boston Globe*.

—¿Cuidaste de tres niños?

Kate asintió con la cabeza.

—Durante una hora.

—Cielo santo.

—Sé lo que estás pensando. Que debió de ser un desastre, ¿verdad?

—¿Y no lo fue?

—Al principio, sí. Durante los diez primeros minutos creí que iba a volverme loca. Pero luego... No sé, me sentí a gusto. Creo que lo hice bastante bien. Y comprendí que puedo hacerlo, Jase. Estoy segura.

Kate tenía los ojos llenos de lágrimas, y yo también. La besé y dije:

—Lo siento. Tengo que marcharme.

—Anda, vete —respondió Kate.

Capítulo 29

Como de costumbre, se había agolpado una multitud alrededor de Fenway Park. Los revendedores preguntaban a los curiosos si querían una entrada o tenían alguna que vender; los vendedores ambulantes vendían salchichas italianas, perritos calientes y programas. Vi a Kurt junto al torniquete en la entrada A, tal como habíamos convenido. Me sorprendió verle con una mujer, a la que tenía enlazada por la cintura.

La mujer tenía el pelo rojo cobrizo, una cascada de rizos, y lucía un top color melocotón muy ajustado que ponía de relieve sus enormes tetas. Tenía la cintura esbelta y un culo imponente, realzado por unos pantalones cortísimos. Lucía varias capas de sombra de ojos, unas pestañas muy largas y los labios pintados de rojo vivo.

Cuando me sobrepuse a mi excitación sexual al contemplar a esa mujer, me llevé una decepción. No era el tipo de mujer con la que había supuesto que salía Kurt. Nunca me había hablado de una novia, y uno no trae a cualquier chica a un partido de los Red Sox. Cuesta mucho encontrar entradas.

—Hola, jefe —dijo Kurt, alargando la mano izquierda y tocándome en el hombro.

—Siento haberme retrasado —respondí.

—Aún no han lanzado la primera bola —dijo Kurt—. Jason, te presento a Leslie.

—Hola, Leslie —dije, estrechándole la mano. Leslie tenía las uñas muy largas y rojas. Sonrió; yo le devolví la sonrisa, y nos miramos durante unos segundos, sin saber qué decir.

—Entremos —dijo Kurt.

Atravesé junto a ellos el cavernoso túnel del campo, buscando nuestra zona. Me sentí como el tercero en discordia.

Cuando llegamos a las gradas de nuestra zona, Leslie anunció que tenía que ir al váter de las chicas. Así fue como lo llamó. Temí que nos perdiéramos el primer lanzamiento.

—Es mona —dije cuando Leslie se fue al váter de las chicas.

—Sí.

—¿Cuál es su apellido?

Kurt se encogió de hombros.

—Pregúntaselo a ella.

—¿Cuánto tiempo hace que salís?

Kurt miró su reloj.

—Unas dieciocho horas. La conocí anoche en un bar.

—Iré a comprar un sándwich de carne y queso. ¿Quieres uno?

—No comas esa mierda —contestó Kurt—. Has hecho grandes progresos. No te conviene meterte esas porquerías en el cuerpo.

—¿Y un Fenway Frank? —Son unos perritos calientes que venden en el campo. Uno de los secretos que aprendes cuando vas con frecuencia a Fenway es que si prefieres el perrito caliente bien hecho, es mejor no comprarlo en las gradas, donde suelen vendértelo tibio y a veces frío. ¡Puf!

—No me apetece, gracias.

—¿Cómo va el trabajo? —pregunté a Kurt. Se me habían quitado las ganas de comerme un perrito caliente.

—Bien —contestó—. He estado investigando los antecedentes de algunos candidatos y realizando unas reposiciones de placas. Hoy he tenido que ir a Westwood. Trabajo de rutina. Pero estoy investigando a un tipo.

—¿Ah, sí? ¿De quién se trata?

—No puedo decírtelo. No lo conoces. Se dedica a vender monitores de LCD en eBay. Tuve que instalar una cámara adicional y sacar el disco duro de su ordenador.

—¿Vas a pillarlo?

—Cuenta con ello. Hemos instalado los lectores de huellas dactilares biométricos, de modo que durante los próximos días todo el mundo tendrá que pasarse por Seguridad Corporativa para darnos su huella dactilar. —Kurt me miró—. Tienes ojeras. ¿No duermes bien?

—Sí.

—Pero no lo bastante. ¿Tienes problemas en casa?

—No —contesté—. Se trata de Gordy.

—Gordy es un cretino —dijo Kurt—. Es como un curso para ingresar en las Fuerzas Especiales.

—Sí, pero Gordy no está tratando de convertirme en un mejor soldado.

—Cierto. Está tratando de eliminarte. Ese tío va a por ti. Tienes que hacer algo al respecto.

—¿Qué quieres decir con que va a por mí? ¿Sabes algo?

Kurt hizo una pausa lo suficientemente larga para indicarme que efectivamente sabía algo.

—Uno de mis deberes es monitorizar los correos electrónicos.
—¿Eso es lo que hacéis?
—Debemos hacerlo. En busca de palabras clave y esas cosas.
—Pero tú controlas sus correos electrónicos por otros motivos —dije.
Kurt pestañeó.
—No deberías hacerlo.
—Forma parte de mi trabajo —replicó Kurt.
—¿Qué dice Gordy sobre mí?
—Está claro que representas una amenaza. Tenemos que hacer algo con ese tío.
—No has respondido a mi pregunta.
—Con toda claridad. Mira, lo que Gordy no comprende es que su puesto no está tan seguro como imagina.
—¿Qué quieres decir?
—A los japoneses no les gusta su estilo. Las palabrotas que suelta. Su grosería.
—No estoy de acuerdo —respondí—. Mientras obtenga resultados, no le echarán. Y Gordy obtiene resultados. De modo que está seguro.
Kurt meneó la cabeza.
—Es un racista. Odia a los japoneses. Y a los japoneses eso no les gusta. He leído algunas cosas sobre ellos. Los japoneses admiran el estilo de directivo americano de carácter firme. Pero no toleran a los racistas antijaponeses. Créeme, en cuanto Gordy muestre su racismo en público, le pondrán de patitas en la calle, tan rápidamente que ni se dará cuenta.
—Gordy es demasiado listo para cometer ese error.
—Quizá —respondió Kurt.
En ese momento apareció Leslie envuelta en una nube tóxica de perfume barato. Rodeó a Kurt con el brazo y le tocó el trasero.
—Veamos dónde están nuestros asientos —dijo Kurt.

He estado en Fenway multitud de veces, quizás un centenar, pero nunca dejo de emocionarme cuando subo las gradas y contemplo ante mí el campo de juego, de un verde resplandeciente iluminado por el sol o las luces eléctricas, la tierra roja, la multitud.

Teníamos nuestros asientos increíbles, justo detrás de la caseta de los Red Sox, dos filas detrás del campo. Observamos a los cámaras de ESPN cambiar

los objetivos, a la reportera rubia que hablaba por televisión retocarse los labios.

Leslie no sabía mucho sobre béisbol y quería que Kurt le explicara el partido. Kurt contestó que lo haría más tarde.

—Hoy hemos tenido una buena noticia —dije a Kurt en voz baja mientras contemplábamos el partido—. Doug Forsythe ha decidido quedarse.

—¿Ah, sí?

Esto es lo bueno del béisbol: hay mucho tiempo muerto durante el cual poder charlar.

—Sí. Ocurrió un imprevisto con la oferta que le hizo Sony. Alguien cambió de opinión y retiraron la oferta. Es la primera vez que me entero de algo semejante.

—Kurt —dijo Leslie—, creo que ni siquiera sé cuál es tu signo.

—¿Mi signo? —preguntó Kurt, volviéndose hacia ella—. Mi signo es «No molestes».

Kurt y yo habíamos estado charlando tan animadamente que nos habíamos perdido una jugada magistral, de modo que miramos el gigantesco marcador electrónico, donde ponen las repeticiones en vídeo de las jugadas.

—No he visto lo que ha ocurrido —comentó Kurt.

—Es una pantalla desastrosa —dije.

—Tenemos que instalar una mejor. —Kurt se refería a Entronics, y me chocó que utilizara ya el plural.

—Desde luego. Esa pantalla de vídeo es una vieja RGB LED de gran formato. Debe de tener seis o siete años de antigüedad, pero la tecnología avanza rápidamente. Nosotros tenemos una pantalla de vídeo HD de gran formato con una resolución impresionante.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—Conozco al subdirector de material. Habla con él. Él sabrá a quién dirigirse.

—¿Para sustituir el marcador? Es interesante.

—Sí.

—Has tenido una gran idea, colega.

—Tengo un millón de ideas.

De pronto los Sox hicieron un *grand slam*, y todos nos pusimos en pie.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Leslie—. ¿Ha sido una jugada buena o mala?

Capítulo 30

Llegué a la oficina a las siete en punto, sintiéndome tonificado y algo cansado después de unos ejercicios agotadores en el gimnasio de Kurt. Revisé papeles e informes y jugué también a escaquearme, dejando mensajes telefónicos a personas con las que no quería hablar. De los aproximadamente treinta ciclos de ventas en los que estaba involucrado, los dos más importantes hasta el momento —ahora que Freddy Naseem me había dejado en la estacada con respecto al acuerdo con Harry Belkin— eran el proyecto del Hospital Presbiteriano de Chicago y el gigante entre gigantes, el aeropuerto de Atlanta. Después de enviar unos correos electrónicos referentes a dichos proyectos, hice algunas averiguaciones sobre otros importantes concesionarios de coches en el país. Había algunos, como por ejemplo AutoNation, de Fort Lauderdale, y United Auto Group, de Secaucus, New Jersey, que hacían que Harry Belkin pareciera la tienda de comestibles del barrio. Belkin ocupaba el número catorce en la lista de megaconcesionarios. Lo que me fastidiaba era que había invertido mucho esfuerzo en ese contrato y había estado a punto de conseguirlo.

Y el posible contrato para sustituir el marcador de los Red Sox me tenía obsesionado. Cuanto más lo investigaba, más intrigado me sentía. El marcador de Fenway consistía básicamente en una pantalla de vídeo de ocho metros por diez metros que incorporaba una tecnología de diodos que emiten luz, o sea, LED. Multitud de píxeles situados a una distancia de unos dos centímetros y medio entre sí, cada píxel compuesto por un montón de pequeños LED que contienen un componente químico que adquiere distintos colores cuando la electricidad pasa a través del mismo. El sistema funciona mediante un *driver* de vídeo digitalizado. De lejos tiene un aspecto imponente, como una pantalla gigantesca de televisión. De lejos.

Hoy en día hay unos gigantescos letreros electrónicos digitales instalados en el mundo. Mis averiguaciones a través de Internet me indicaron que el más grande se hallaba en el centro de Berlín, en la Kurfürstendamm. Está el inmenso letrero de coca-cola en Times Square, Nueva York, el letrero de NASDAQ, y otro gigantesco en lo alto del edificio Reuters en Londres y en Piccadilly Circus, y por supuesto en todo Las Vegas.

Lo mejor de ese sistema es que, con sólo pulsar unas teclas en un ordenador, puedes cambiar todo el letrero. No es como antiguamente, cuando unos hombres tenían que subirse a una escalera y arrancar el viejo cartel para pegar uno nuevo. Ahora todo se hace en cuestión de segundos.

Son interesantes, pero son también un tanto granuladas, toscas. Pueden verse los puntos de colores. Esa tecnología fue desarrollada hace una década. En aquel entonces, Entronics no fabricaba esas gigantescas pantallas exteriores. Era una tecnología demasiado especializada, dejando de lado que nuestras pantallas de LCD y Plasma nunca habían sido lo suficientemente luminosas para ser utilizadas en el exterior.

Sin embargo, eso había cambiado. Ahora teníamos una pantalla más luminosa, más perfeccionada. Teníamos el prototipo de la nueva OLED PictureScreen flexible, como las que tenía Gordy instaladas en los ventanales de su despacho. Era una pantalla de alta definición, con un bajo nivel de deslumbramiento, resistente a los rigores climatológicos. Era lo mejor que existía en el mercado.

Fenway Park era sólo el principio. Después de que yo lograra instalar una PictureScreen de Entronics sobre el centro del campo en Boston, empezarían a llovernos pedidos de otros campos de béisbol, seguidos de los estadios de fútbol. Seguidos de Times Square, Piccadilly Circus, la Kurfürstendamm y Las Vegas. Tráileres cinematográficos sobre pantallas montadas en el exterior. Conciertos de *rock*. El *tour* de Francia. La fórmula uno. El festival de cine de Cannes.

En el Vaticano tenían unas pantallas gigantescas de televisión instaladas alrededor de la plaza de San Pedro para que la gente viera al Papa celebrando misa, o el funeral del Papa, o lo que fuera. ¿No era lógico que el Vaticano, con todo el oro que poseía, dispusiera de la mejor tecnología que existía en el mercado?

¿Cómo era posible, me pregunté, que no se le hubiera ocurrido a ningún pez gordo de Entronics en Tokio? Era una idea increíble, genial.

¿Y por qué conformarnos con letreros exteriores? ¿Por qué no instalar también letreros interiores en aeropuertos, centros comerciales, grandes almacenes, vestíbulos de empresas...?

A veces me asombro a mí mismo.

Así, en un estado de puro delirio, redacté un proyecto comercial, un esbozo de cómo las PictureScreens de Entronics podían arrasarse en el mundo entero. Hice unas rápidas indagaciones sobre las desventajas de la tecnología existente. Averigüé quiénes eran las compañías más importantes que

suministraban letreros electrónicos digitales en todo el mundo, puesto que tendríamos que tratar con ellas, dado que no disponíamos de la infraestructura para fabricar nosotros mismos esos productos. Era una aplicación revolucionaria.

A las nueve, terminé el borrador de un memorándum que estaba convencido que transformaría Entronics, salvaría nuestra división y me catapultaría a la cima de la compañía. Bueno, no a la cima. No a Tokio, puesto que no soy japonés. Pero casi.

¿Y ahora qué? ¿Qué debía hacer con ese memorándum? ¿Entregárselo a Gordy para que me birlara la idea y afirmara que era suya? Pero no podía enviarlo directamente por correo electrónico al Mega Tower en Tokio. En la compañía no hacemos las cosas de ese modo.

Alcé la vista y vi pasar frente a mi despacho a un enjuto japonés que lucía unas gafas de aviador.

Yoshi Tanaka.

El espía, el embajador, el conducto a los mandamases en Tokio.

Yoshi era mi solución. Era el tipo con el que tenía que hablar. Le hice una seña indicándole que entrara en mi despacho.

—Hola, Jason-san —dijo.

—Hola, Yoshi. Se me ha ocurrido una ida genial y quiero explicártela, para ver qué te parece.

Yoshi arrugó el entrecejo. Le hablé sobre el memorándum que había escrito y sobre los beneficios que creía que este concepto generaría para la compañía. Habíamos desarrollado la tecnología; ya se habían presupuestado los costos irre recuperables. No habría más gastos de investigación y desarrollo.

—No necesitaremos unir unos paneles pequeños para confeccionar uno gigantesco —dije—. Nuestra PictureScreen hará que la tecnología existente de las pantallas LED parezca el Jumbo Tron de 1985. Los beneficios potenciales son inmensos.

A medida que hablaba, el proyecto sonaba cada vez mejor.

De pronto observé en Yoshi una expresión de perplejidad. No había comprendido nada, ni una palabra. Yo había malgastado cinco minutos hablando por los codos.

Era como si le hubiera hablado en... inglés.

Después de comer, bajé a la oficina de Seguridad Corporativa y pasé unos treinta segundos con el dedo índice oprimido sobre un lector biométrico para

que el aparato captara mi huella digital. Cuando subí de nuevo, me dirigí al despacho de Gordy y le pedí que me dedicara unos minutos para explicarle una idea que se me había ocurrido.

Había comprendido que, me gustara o no, tenía que conseguir la autorización de Gordy para poner en marcha mi brillante idea de los letreros electrónicos. Sin su consentimiento, el concepto no llegaría a materializarse.

Gordy se repantigó en su silla, con los brazos cruzados en la nuca, una postura típica en él que quería decir «anda, impresioname».

Le expliqué mi idea. Le entregué una copia de mi proyecto comercial.

—De modo que ahora te dedicas a la mercadotecnia de productos —dijo—. Nosotros trabajamos en ventas, ¿recuerdas? ¿Es que piensas trasladarte a Santa Clara? ¿O a Tokio?

—Podemos originar ideas.

—No pierdas el tiempo.

Me sentí desmoralizado.

—¿Por qué te parece una pérdida de tiempo?

—Créeme, esa idea es tan vieja que tiene bigote y manchas de vejez. Ya se planteó durante la última reunión de planificación de productos en Tokio, y los ingenieros japoneses dijeron que era inviable.

—¿Por qué?

—No hay suficientes candelas o algo así para utilizar ese sistema en el exterior.

—He repasado los aspectos técnicos de la PictureScreen, y posee la luminosidad de un LED.

—Es un problema de deslumbramiento.

—No se produce ningún deslumbramiento. Eso es lo revolucionario.

—Mira, Jason. Olvídalo, ¿de acuerdo? No soy ingeniero. Pero no dará resultado.

—¿No crees que merece la pena enviarles la idea por correo electrónico a Tokio?

—Jason —dijo Gordy con tono paciente, tamborileando con los dedos sobre el proyecto comercial—. Soy un agente de cambio, un cinturón negro Seis Sigma. Me formé en el proceso de aceleración del cambio, ¿comprendes? Pero sé cuándo debo rendirme, y eso es algo que tú tienes que aprender.

Dudé unos instantes. Tenía la moral por los suelos.

—De acuerdo —respondí. Me levanté y alargué la mano para recoger mi proyecto comercial, pero Gordy lo tomó de su mesa, hizo una bola con él y lo arrojó a la papelera.

—Quiero que te ocupes de TechComm. A partir del mismo instante en que lleguemos todos a Miami, dentro de un par de días, quiero que les hagas la pelota a nuestros revendedores y socios de canales de distribución. Y recuerda, la primera noche de TechComm se celebrará el banquete que ofrece Entronics a todos nuestros vendedores y clientes principales, y yo seré el maestro de ceremonias. Así que ponte las pilas. ¿De acuerdo? Céntrate en lo tuyo. Tenemos que salvar la división.

Capítulo 31

El Mustang negro de Kurt estaba aparcado frente a mi casa.

Entré sigilosamente. Me sentía receloso, pero a la vez culpable de experimentar ese sentimiento. Kate y Kurt estaban sentados en el salón, charlando. No me oyeron entrar.

—Es demasiado —decía Kate—. Está obsesionado. No habla de otra cosa: Gordy y la Banda de los Hermanos.

Kurt murmuró algo, y Kate respondió:

—Pero Gordy representa un obstáculo, ¿no crees? Si quiere alcanzar un puesto más alto en esa compañía, no será con ayuda de Gordy.

—Me zumban los oídos —dije.

Ambos se sobresaltaron.

—¡Jason! —exclamó Kate.

—Siento interrumpir vuestra conversación.

Kurt se volvió en su butaca: la butaca tapizada en cretona de la abuela Spencer, mucho más cómoda que su sofá victoriano.

—¿No has notado nada? —me preguntó Kurt.

—¿Aparte de que parece que mi mujer y mi amigo mantienen una relación sentimental?

—Las paredes, tonto.

Miré las paredes del salón, pero lo único que vi fueron las pinturas enmarcadas que Kate había coleccionado a lo largo de los años de los artistas a los que financiaba la Fundación Meyer.

—¿Has colgado una nueva pintura? —Todas me parecían iguales.

—¿No has observado que por fin cuelgan rectas?

—Ah, sí. Cuelgan muy rectas.

—Obra de Kurt —declaró Kate.

Kurt meneó la cabeza modestamente.

—Siempre utilizo dos ganchos con cada cuadro, los de metal con tres clavitos.

—Yo también —dije.

—Y utilicé un nivel. Es difícil colocarlos rectos sin un nivel.

—Eso pienso yo —respondí.

—Y Kurt ha reparado el grifo que goteaba en el baño y que nos volvía locos —terció Kate.

—A mí no me molestaba —repliqué. Kurt ha hecho esto y lo otro. Me entraron ganas de vomitar.

—Sólo necesitaban una nueva arandela y un filtro —dijo Kurt—, un poco de grasa de fontanero y una llave inglesa.

—Muy amable por tu parte, Kurt —contesté—. ¿Llevas siempre en tu maletín grasa de fontanero, llaves inglesas y filtros para grifos?

—Jason —dijo Kate.

—Guardo un montón de herramientas en un armario en la parte trasera del taller de reparación de automóviles de mi amigo —respondió Kurt—. Pasé por allí de camino hacia aquí. No tiene mayores complicaciones.

—¿Tenías que ir a ver a otro vendedor en Cambridge?

Kurt asintió con la cabeza.

—Se me ocurrió pasar a veros, y Kate me pidió que hiciera esos trabajitos. Miré a Kate con enojo.

—¿Sigues queriendo ir al cine esta noche, Kate?

Kurt captó el mensaje y se fue. Entonces Kate inició un proceso increíblemente largo y complicado de arreglarse para salir, la típica «ducha rápida» y cuarenta y cinco minutos de secarse el pelo con el secador y maquillarse, una labor que lleva a cabo como si tuviera que atravesar la alfombra roja del Kodak Theatre para recibir un Oscar. Luego, la frenética carrera para llegar al cine a tiempo. Como es natural, cuanto más la conminaba a que se apresurara, más se demoraba.

De modo que me senté en el dormitorio, observándola con impaciencia mientras se maquillaba.

—Oye, Kate —dije.

—¿Hum? —Kate se estaba perfilando los labios con ese chisme que parece un lápiz.

—No quiero seguir aprovechándome de Kurt.

—¿Aprovechándote de él? ¿A qué te refieres? —Kate se detuvo sin terminar de perfilarse los labios y se volvió.

—Le tratas como si fuera tu sirviente. Cada vez que viene, le pides que arregle algo.

—Venga, Jason, es él quien se ofrece a hacerlo. ¿Acaso parece que le moleste? Creo que le hace sentirse útil, importante.

—Ya. Parece como si..., no sé, como si te creyeras con derecho a utilizarlo.

—¿Con derecho a utilizarlo?
—Como si fueras la dueña y señora de la casa, y Kurt, un patán.
—O quizá yo sea *lady* Chatterley, y Kurt, el guardabosque, ¿no? —
preguntó Kate con tono sarcástico.
Me encogí de hombros. No capté la referencia.
—¿Es posible que estés celoso?
—Venga, no digas tonterías.
—Estás celoso, no lo niegues.
—¡Joder, Kate! ¿De qué?
—No lo sé. Quizá del hecho de que Kurt sea un manitas y un tipo tan normal.
—Un tipo tan normal —repetí—. ¿Y yo quién soy? ¿Thurston Howell tercero? ¡Mi padre trabajaba en una planta de metal laminado!
Kate sacudió la cabeza y dio un pequeño respingo.
—Cuando me dijiste que había servido en las Fuerzas Especiales, esperaba que fuera, no sé, distinto, un tipo tosco, bruto. Pero es muy amable.
—Kate soltó una risita nerviosa—. Además, no está nada mal.
—¿Qué quieres decir con que no está nada mal?
—Ya sabes... En fin, que no es como me esperaba. No te pongas celoso, cariño. Eres mi marido.
—Ya, ¿y él qué es? Parece tu guerrero yohimbe con la cerbatana y el machete.
—Yanomamo.
—Lo que sea.
—A veces un machete es justo la herramienta que necesitas —dijo Kate.

En el coche guardé silencio, enfurruñado; pero cuando nos apeamos, se me había pasado la rabieta.

A mi mujer le gustan las películas con subtítulos. A mí me gustan las películas en las que un coche atraviesa la vitrina de un establecimiento. La película favorita de Kate es *Trenes rigurosamente vigilados*. Le gustan las películas lentas y contemplativas, preferentemente en checo o polaco con subtítulos en serbocroata.

Mi película favorita es *Terminator 2*.

A mí me gusta el cine, no las películas. Tengo unos gustos muy simples: grandes explosiones, persecuciones en coche, violencia gratuita e imágenes innecesarias de mujeres desnudas.

Así que, como es natural, esa noche fuimos a un cine en Kendall Square, en Cambridge, donde ponen películas extranjeras, para ver un filme ambientado en Argentina sobre un joven sacerdote en coma que está enamorado de una bailarina tetrapléjica. Mejor dicho, Kate vio la película mientras yo echaba unos disimulados vistazos a mi BlackBerry, que mantenía oculto detrás del cubo de palomitas. El tipo con quien trataba en el Hospital Presbiteriano de Chicago, el vicepresidente adjunto de Comunicaciones, había cambiado por enésima vez de parecer sobre las pantallas de plasma que deseaba instalar en el centenar de quirófanos que tenían y quería que le hiciera un nuevo presupuesto. El director de servicios del aeropuerto internacional Hartsfield-Jackson de Atlanta me dijo que los de Pioneer le habían asegurado que sus pantallas de plasma tenían una mayor resolución y una escala de grises más perfeccionada que las de Entronics, y quería saber si era cierto. Yo no estaba dispuesto a dejar que Pioneer me arrebatara ese contrato.

Y había un correo electrónico de Freddy Naseem. Quería que le llamara.

¿De qué diablos se trataba?

—¿Te ha gustado? —me preguntó Kate cuando nos dirigíamos hacia el coche. Tenías que llevar el tique del aparcamiento para que lo convalidaran en un sitio y luego pagarlo en otro. Por lo visto, era un sistema ideado en la Unión Soviética.

—Sí —respondí—. Es muy conmovedora.

Supuse que eso satisfaría a Kate, pero insistió:

—¿Qué parte?

—En realidad, toda ella —contesté.

—¿De qué iba?

—¿A qué te refieres?

—A la película. ¿De qué iba la trama?

—¿Esto qué es, un interrogatorio?

—Sí —respondió Kate—. ¿De qué iba la historia?

—Vamos, Katie. —Abrí el Mercedes con el mando a distancia y abrí la puerta del copiloto para Kate.

—Hablo en serio —dijo Kate—. No creo que hayas visto la película. Has estado todo el rato mirando tu BlackBerry; lo cual, dicho sea de paso, ha molestado a todas las personas que estaban sentadas a nuestro alrededor.

—Lo miré un par de veces, Kate. —Kate se plantó, negándose a montarse en el coche—. Tenía que comprobar un par de cosas.

—Ésta es nuestra noche libre —dijo Kate—. Tienes que dejar de obsesionarte con el trabajo.

—Creí que dijiste que comprendías lo que implicaba el puesto. ¿No hablamos sobre ello? Venga, móntate.

Kate seguía sin moverse, con los brazos cruzados. Empezaba a notarse que estaba embarazada. Se veía su abultado vientre debajo del vestido de algodón.

—Necesitas ayuda. Has perdido los papeles.

—Jamás vivirás como vivías cuando eras una niña. No mientras estés casada conmigo.

—Basta, Jason. —Kate se volvió para cerciorarse de que no nos escuchaba nadie—. Dios santo, me siento como si hubiera creado un monstruo.

Capítulo 32

Por la mañana, llamé a Freddy Naseem a las ocho y media en punto, a la hora que yo sabía que llegaba siempre.

—Jason —dijo Freddy. Parecía entusiasmado de oírme—. ¿Has averiguado cuándo podéis entregarnos los monitores de plasma?

—Pero si pensé que habíais firmado el acuerdo con Panasonic. Me dijiste que podían entregaros las pantallas dentro de una semana. ¿Ha habido algún cambio?

Freddy hizo una pausa.

—Nos entregaron todos los monitores ayer. Pero había un pequeño problema. Ninguno funcionaba.

—¿Ninguno?

—Todos estaban completamente muertos. Panasonic lo achaca a un accidente que debió de producirse en su almacén. Dicen que se produjo una fuga de cloro gaseoso, según creo. Al parecer, el cloro gaseoso destruye los microchips o algo parecido. Y los centenares de televisores de pantalla plana y monitores que tenían en el almacén se han echado a perder. Lo malo es que no podrán reemplazar el producto hasta al menos dentro de unos meses, y Harry Belkin quiere instalarlos ya.

Respondí lentamente. Estaba aturdido.

—Bien —dije—, has acudido al lugar adecuado.

Encontré a Kurt en el centro de mando de la compañía, situado en la planta baja, junto a la entrada principal. Tuve que llamarlo por el busca, y cuando le dije que tenía que verlo enseguida, me dijo que se reuniría conmigo allí.

El centro de mando estaba lleno de monitores de circuito cerrado de Entronics, y una enorme consola curvada rodeaba toda la habitación, donde unos empleados vestidos con unos jerséis polares —hacía frío debido a los ordenadores— estaban sentados tecleando en sus ordenadores o charlando entre sí. En los monitores se veían todos los accesos de entrada al edificio, todas las salas de ordenadores y espacios públicos; veías a la gente entrando y saliendo y recorriendo las dependencias. Era asombroso, y un tanto

inquietante, poder contemplar prácticamente la totalidad de la compañía desde ahí.

Kurt estaba de pie con los brazos cruzados, conversando con uno de los tipos vestidos con un jersey polar. Lucía una camisa azul y una corbata de representante de comercio y parecía controlarlo todo. Yo sabía que los tipos con jerséis polares eran agentes de seguridad, de modo que Kurt era en realidad su jefe.

—Hola hermano —dijo Kurt al verme. Parecía preocupado—. ¿Qué ocurre?

—Tenemos que hablar —respondí, asiéndolo por el hombro.

—Pues hablemos —dijo Kurt, mirándome con dureza.

—En privado —contesté. Le conduje hacia el vestíbulo, donde hallé una sala de descanso desocupada. Había varios ejemplares del *Herald*, una caja de Dunkin' Donuts y unos vasitos de cartón de café esparcidos por la habitación. Olía como si alguien se hubiera fumado a hurtadillas un cigarrillo.

—Acabo de recibir una llamada de Freddy Naseem.

—¿El de Harry Belkin?

—Sí. Me ha contado que todos los monitores Panasonic llegaron averiados, de modo que quiere hacer un trato con nosotros.

—Es una estupenda noticia. Un tanto a tu favor.

Le miré fijamente.

—En el almacén de Panasonic en Westwood se produjo una fuga de cloro gaseoso. Se cargó los circuitos impresos de los monitores.

—¿Me estás pidiendo que haga algo por ti?

—Creo que ya lo hiciste —respondí con tono quedo.

Kurt pestañeó. Mostraba una expresión impasible. Se volvió, observando la caja vacía de Dunkin' Donuts. Luego dijo:

—Has recuperado el contrato, ¿no es así?

Sentí que se me caía el alma a los pies. Había sido Kurt.

Si Kurt lo había hecho, ¿cabía alguna duda de que había hecho las cosas de las que me había acusado Trevor? Las averías del coche de Trevor. La pantalla de plasma que no había funcionado en la presentación de Trevor en Fidelity. La pantalla azul de la muerte de Gleason.

La revocación de la oferta por parte de Sony a Doug Forsythe.

¿Qué más había hecho?

—Eso no es lo que yo quería, Kurt.

—Panasonic pretendía robarte el contrato. Eso es inaceptable.

—¿Te das cuenta del follón en el que nos veremos metidos los dos si alguien relacionado con nosotros averigua lo ocurrido?

Kurt me miró enojado.

—Sé cómo hacer las cosas sin dejar pistas, hermano.

—No puedes hacer eso —dije—. Puede que el sabotaje sea aceptable en las Fuerzas Especiales, pero no en el mundo empresarial.

Kurt me miró fijamente.

—Yo esperaba un poco de gratitud.

—No, Kurt. No vuelvas a hacerlo. ¿Queda claro? No quiero que vuelvas a ayudarme.

Kurt se encogió de hombros, pero sus ojos eran fríos.

—No lo entiendes. Yo cuido de mis amigos. Eso es lo que hago. Así es como soy. Como dicen los marines, no tendrás mejor amigo ni peor enemigo.

—Ya —respondí—. Me alegro de no ser tu enemigo.

Capítulo 33

Yo tenía un vuelo a media mañana para Miami, que partía de Logan; de modo que no fui a la oficina. Decidí levantarme tarde. Es decir, relativamente tarde. Kate se acurrucó contra mí en la cama, lo cual era agradable, y de pronto me percaté de la hora. Eran casi las ocho. Me levanté apresuradamente para terminar de hacer el equipaje que había comenzado la noche anterior.

—Hola, Kate. ¿No vas a trabajar?

Kate murmuró algo con la boca oprimida contra la almohada.

—¿Qué?

—He dicho que no me encuentro bien.

—¿Qué te ocurre?

—Tengo dolores.

Me acerqué alarmado a la cama.

—¿Ahí abajo?

—Sí.

—¿Es normal?

—No lo sé. Nunca he estado embarazada.

—Llama al doctor DiMarco.

—No tiene importancia.

—Llámale de todos modos.

Kate le llamó por el busca mientras yo me apresuraba a terminar de hacer el equipaje, me cepillaba los dientes, me duchaba y me afeitaba. Cuando salí del baño, Kate estaba dormida.

—¿Has hablado con el doctor?

—Me ha dicho que no me preocupe. Que le llame si sangro, aunque sean unas gotas.

—¿Me llamarás al móvil?

—No te inquietes, cielo. Te llamaré si ocurre algo. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—TechComm dura tres días. Piensa en todas las películas extranjeras que podrás ver en Bravo mientras estoy ausente.

Prácticamente todos los miembros de la Banda de los Hermanos habíamos tomado el vuelo a Miami. Todos salvo Gordy ocupábamos unos asientos en clase turista. Gordy viajaba en clase preferente. No viajar en primera clase era su gesto para ahorrar dinero a la compañía.

Yo ocupaba un asiento de pasillo, separado por varias filas de mis compañeros, gozando del hecho de que los asientos a ambos lados del mío estuvieran vacíos, hasta que una mujer se sentó a mi lado con un bebé en brazos que no dejaba de berrear. La mujer habló al niño en español, pero fue inútil. Entonces palpó el pañal del bebé, se lo quitó y empezó a cambiar a la criatura que no cesaba de revolverse sobre su regazo, allí mismo. El olor a caca de bebé era abrumador.

«Dios santo —pensé—, ¿es esto lo que me espera? ¿Cambiar pañales a bordo de un avión?».

Cuando la mujer terminó de cambiar al niño, dobló el pañal sucio, lo cerró con las tiras de velcro para que no se saliera la caca y lo metió en la bolsa del asiento frente a ella.

Detrás de mí, unos compañeros de Entronics charlaban y reían estrepitosamente, como en una hermandad universitaria. Me volví para echar un rápido vistazo. Se reían a mandíbula batiente de un tipo, cuyo rostro no alcancé a ver, que les mostraba algo en una revista. Trevor le indicó que se acercara, le dijo algo, y ambos prorrumpieron en carcajadas. El tipo dio a Trevor un puñetazo afectuoso en el hombro y se volvió. Era Kurt.

En cuanto Kurt me vio, se acercó por el pasillo.

—¿Está ocupado este asiento? —preguntó.

—Hola, Kurt —respondí con tono receloso—. ¿Qué haces aquí?

—Cumplir con mi deber. La seguridad en la caseta. ¿Te importa que me sienta?

—No, pero quizás esté reservado para un pasajero.

—Sí, para mí —respondió Kurt, pasando frente a mí. Se volvió a la mujer con el bebé y dijo: «Buenos días, señora», con un acento español muy correcto. La mujer respondió a su saludo. Kurt se volvió luego hacia mí y murmuró: Es cubana. —Olfateó el aire y captó el olor del pañal—. ¿Has sido tú? —me preguntó, tratando de aliviar la tensión con un chiste.

Sonreí para indicar que lo había pillado pero no me parecía gracioso.

—¿Sigues sin querer que te ayude?

Asentí con la cabeza.

—¿Eso incluye una información que, según me he enterado, te concierne?

Dudé unos instantes. Inspiré lentamente y expelí el aire aún más lentamente. No podía consentir que siguiera con eso. Estaba mal, y yo lo sabía.

Sin embargo, la tentación era demasiado fuerte.

—De acuerdo —respondí—. Cuéntamelo.

Kurt abrió la cremallera de una cartera de nailon, sacó una carpeta de color marrón y me la entregó.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Kurt respondió en voz baja:

—¿Recuerdas la brillante idea que se te ocurrió en Fenway?

—¿Lo del marcador?

—Echa una ojeada.

Tras vacilar unos instantes, abrí la carpeta. Contenía unas copias de unos correos electrónicos entre Gordy y Dick Hardy, el director general de Entronics USA.

—Supongo que nuestro director general estuvo en Tokio para asistir al resumen global de ejecutivos. Pero vendrá a TechComm.

—Nunca se lo pierde. —Leí los correos electrónicos. Gordy se refería entusiasmado a una «idea genial» que se le había ocurrido, una aplicación «revolucionaria» de la tecnología existente que transformaría la posición de Entronics en el mercado global. ¡Letreros digitales! Utilizaba algunas de las frases exactas que había utilizado yo: «Ya se han presupuestado los costes irre recuperables». Y: «Colocará a Entronics en el mapa de la industria de letreros digitales». Y: «Nuestra PictureScreen hará que las pantallas que incorporen la tecnología LED parezcan el Jumbo Tron de 1985».

—Esto me cabrea —dije.

—Es lo que supuse. Ese cretino no volverá a hacerte otra putada.

—¿Qué dices?

—No he dicho nada.

—¿En qué estás pensando?

—En nada. Cuando combates en el campo de batalla, no tienes tiempo de pensar, sino tan sólo de actuar.

—No —dije—. No quiero favores.

Kurt calló.

—Hablo en serio —insistí.

Kurt guardó silencio.

—No, Kurt. Se acabó. Por favor.

Capítulo 34

El hotel era un gigantesco y elegante Westin adyacente al centro de congresos. Todas nuestras habitaciones tenían unas terrazas desde las que contemplabas Miami y Biscayne Bay. Yo había olvidado lo mucho que me gustaba Miami, aunque en verano hacía un calor sofocante, y me pregunté por qué no vivía aquí.

Hice unos ejercicios en el gimnasio del hotel y pedí al servicio de habitaciones que me subieran un almuerzo a última hora de la mañana, mientras me ocupaba de los correos electrónicos y devolvía unas llamadas. Llamé a Kate a casa y le pregunté cómo estaba, y me dijo que los dolores habían desaparecido y se sentía mucho mejor.

He de explicar que TechComm es una importante feria de muestras de la industria audiovisual repleta, como cabe esperar, de multitud de genios y sabihondos en la materia. Asisten a ella veinticinco mil personas procedentes de ochenta países, todas relacionadas de alguna forma con una industria multimillonaria poblada por tipos del Club de Dragones y Mazmorras del instituto. Es preciso tener en cuenta que el punto culminante de la feria no es el banquete durante el que se entregan los premios, sino el espectáculo de proyectores, una impresionante demostración de proyectores de LCD.

A las cinco, me puse una indumentaria adecuada para Miami, compuesta por una bonita camisa de golf y un pantalón holgado pero bien planchado, y bajé a la gran recepción de bienvenida que se ofrecía en los salones de baile B y C. Era el punto de arranque del congreso. Cuando llegué, vi que toda la Banda de los Hermanos y Gordy iban vestidos como yo. La música era atroz; sin embargo, los aperitivos y bebidas eran aceptables. Los asistentes recibían sus placas y el programa de eventos mientras decidían en qué seminarios y mesas redondas querían participar cuando no estuvieran de servicio en la caseta de su empresa. ¿«Principios del diseño AV»? ¿«Elementos básicos de la videoconferencia»? La más popular parecía ser «El futuro del cine digital».

Capté algunos retazos de conversaciones: «... Una resolución de imagen de mil novecientos veinte por mil ochenta... Que cuatro millones de píxeles hacen que el sistema de vídeo HD tenga un aspecto blando... Unos entornos de señales inestables... Un sonido pregrabado limpio...». Festino me dijo que

NEC iba a regalar un Corvette y se preguntaba si podíamos participar en el concurso. De pronto, dijo:

—Mira, el gran jefe en persona.

Dick Hardy entró en la sala como Jay Gatsby. Era un hombre alto, delgado, con una cabeza grande, una cara rubicunda y una mandíbula pronunciada. Parecía un director general salido de Central Casting, probablemente el motivo por el que nuestros jefes japoneses le dieron el cargo. Lucía un bléiser azul y una camiseta de lino blanca.

Al verlo, Gordy se acercó a él apresuradamente y le dio un fuerte abrazo. Comoquiera que Hardy era mucho más alto que Gordy, el abrazo fue de lo más cómico: Gordy rodeó con sus brazos a Hardy por la barriga.

Pese al exceso de genios y sabihondos, TechComm es un evento de gran importancia. A la mañana siguiente veías por doquier pantallas y monitores gigantes, espectáculos multimedia de luz y sonido. Unos muros de vídeo de cinco metros de altura mostrando tráileres cinematográficos y anuncios publicitarios. Una de las casetas consistía en una simulación de realidad virtual de un palacio del Renacimiento en el que podías entrar, realizado mediante un holograma. Era mágico, una exposición del futuro. Los que se dedican al negocio de alquilar una vivienda o acondicionar una residencia particular antes de ponerla a la venta examinaban las últimas novedades en consolas de mezcla de audio. Una compañía exhibía su sistema de reproducción de vídeo digital inalámbrico para el hogar. Otra invitaba a la gente a probar su sistema de conferencia telefónica inalámbrico. Otra exhibía unas pantallas táctiles digitales para instalar en el exterior.

Nosotros habíamos expuesto nuestra PictureScreen, montada en un inmenso ventanal, junto con nuestras mejores pantallas de plasma y LCD y nuestros seis proyectores de LCD más nuevos, ligeros y luminosos para escuelas y empresas. Permanecí un rato en la caseta, saludando a los curiosos que se pasaban por ella; pero la mayor parte del tiempo estuve reunido con clientes importantes. Participé en dos almuerzos. Kurt y un par de empleados de nuestro departamento de servicios habían llegado temprano para montar la caseta, instalar los cables y mover cajas. Kurt pasó buena parte del día cerca de la caseta, vigilando el equipo y especialmente la zona desprotegida detrás de la caseta. Observé que se había hecho muy popular entre los miembros de la Banda de los Hermanos.

Apenas vi a Gordy. Dick Hardy y él mantenían una larga reunión con una gente del Bank of America. Como es natural, me mostré correcto con Gordy. Era un cabrón, pero eso no era ninguna novedad. Durante una pausa entre reunión y reunión, Gordy se pasó por nuestra caseta, estrechó la mano de los visitantes y me llevó aparte.

—Felicidades por el acuerdo con el concesionario Belkin —dijo, echándome el brazo sobre los hombros—. ¿Has visto el comunicado de prensa que ha emitido Dick Hardy?

—¿Tan pronto?

—Hardy no pierde el tiempo. La cotización de Entronics ha subido en la Bolsa de Nueva York.

—¿Debido a ese acuerdo? Eso es un grano en el culo de Entronics.

—Pero aquí se trata de adquirir impulso. Algunos suben, y otros bajan. Además, se ha producido en un momento muy oportuno. Entronics podrá anunciar el acuerdo en TechComm. Me encanta. ¡Me encanta!

—Sí, es un momento muy oportuno —convine con Gordy.

—¿Sabes una cosa, Steadman? Empiezo a pensar que quizá te he subestimado. Cuando regresemos, tenemos que salir una noche los cuatro, con nuestras esposas, ¿qué te parece?

—Lo pasaremos bien —respondí con cara seria.

Más tarde, me dediqué a recorrer las casetas de la competencia. La gente trataba de llevarse unas muestras gratis como fuera, objetos como bolsas de compra, toallas de playas y discos voladores. Me detuve en la caseta de una compañía que exhibía pantallas de vídeo rotativas e impermeables, unas LED para instalar en el exterior que giraban 360 grados. Me había quitado la placa para que creyeran que era un usuario más. En la caseta de una compañía que vendía pantallas de vídeo gigantes LED para instalar en el interior o el exterior, compuestas por pequeños paneles modulares, hice un montón de preguntas sobre la distancia entre píxeles y la corrección de colores; unas preguntas que probablemente hacían que pareciera inteligente, como el número de nits, que es una unidad de luminosidad, y la tecnología de uniformidad de los píxeles. Sin embargo, no trataba de impresionarlos. Quería averiguar lo que hacía la competencia. Me dijeron que sus pantallas de vídeo habían sido utilizadas en los conciertos de Sting, Metallica y Red Hot Chili Peppers.

Visité la caseta de una compañía llamada AirView Systems, que vendían pantallas para la información de vuelos en los aeropuertos. Era uno de nuestros mayores competidores para el contrato del aeropuerto de Atlanta, de

modo que quise comprobar qué hacían. AirView no era una compañía importante, por lo que todos sus directivos se mostraron dispuestos a hacerme la pelota. Estreché la mano del director general, Steve Bingham, un tipo atractivo de unos cincuenta años con el pelo plateado como un presentador de televisión, un rostro enjuto y los ojos hundidos.

Luego me pasé por la caseta de Royal Meister, que era más grande que la nuestra y contenía un mayor número de pantallas de plasma y LCD y proyectores. El joven a cargo de la caseta se mostró muy amable conmigo, pensando que era un cliente en ciernes. Me dio su tarjeta de visita, ansioso por mostrar las novedades más sensacionales de la compañía. Podía haber sido yo hace cinco años. Me pidió mi tarjeta de visita, y yo me palpé los bolsillos y le dije que me la había dejado en el hotel, tras lo cual di media vuelta para largarme a toda prisa, confiando en que el joven no me viera en la caseta de Entronics cuando él también se dedicara a recorrer las de la competencia.

—Permita que le presente a nuestra nueva primera vicepresidenta de Ventas —dijo.

—Gracias, pero tengo que asistir a un seminario.

—¿Seguro? —preguntó una mujer—. Siempre me gusta saludar a clientes en ciernes.

Al principio no la reconocí. Su pelo de un castaño anodino era del color de la miel. Se había hecho mechas. Era la primera vez que la veía maquillada.

—¡Joan! —dije asombrado—. Qué casualidad encontrarnos aquí.

—Jason —respondió Joan Tureck, ofreciéndome la mano—. No veo que lleves una placa de expositor. ¿Ya no estás con Entronics?

—No, yo... creo que he perdido la placa —respondí.

—Junto con su tarjeta de visita —terció el joven vendedor, visiblemente molesto.

—Creí que estabas con FoodMark.

—Me ofrecieron de improviso este puesto, y no pude resistirme. Meister quería una persona que conociera bien el ámbito de los sistemas visuales, y yo estaba disponible. Ser carnívora no era un requisito indispensable.

Era lógico que Royal Meister hubiera contratado a Joan Tureck. En la encarnizada batalla entre las divisiones, con dos megacorporaciones peleando por ver qué personal de ventas sobrevivía y cuál se iba al garete, Joan constituía un activo muy importante. Sabía dónde estaban enterrados todos los cadáveres de Entronics. Conocía nuestros defectos, nuestras debilidades y nuestros puntos vulnerables.

—Tienes un aspecto estupendo —dije.

—Es gracias a Dallas —respondió Joan, encogiéndose de hombros.

—Así que ocupas el cargo equivalente al de Gordy —comenté.

—Ojalá consistiera sólo en eso. En la actualidad mi cometido principal es planificar la integración.

—Es decir, qué va a ser de vuestro personal de ventas. Joan sonrió de nuevo.

—Más bien qué va a ser de vuestro personal de ventas.

—Pareces un gato que se ha zampado al canario, Joan. —La vieja frase de Cal Taylor.

—Estrictamente un dos por ciento. Ya me conoces.

—Creí que detestabas Dallas.

—Sheila se crió en Austin, de modo que estamos a gusto. Han inventado algo llamado aire acondicionado.

—En Dallas hay unas casas espléndidas.

—Sigo siendo vegetariana. —La sonrisa se borró del rostro de Joan—. Me enteré de lo que le ocurrió a Phil Rifkin. Qué horror.

Asentí con la cabeza.

—Era un tipo estupendo, brillante; un poco raro, pero nunca creí que tuviera tendencias suicidas.

—Yo tampoco.

—Es muy extraño, y triste.

Asentí.

—He visto el comunicado de prensa que ha emitido Dick Hardy. Parece que Gordy ha conseguido un contrato muy importante con el concesionario Harry Belkin.

Asentí de nuevo con la cabeza.

—A mí también me ha pillado por sorpresa —respondí—. Pensé que lo había conseguido yo, pero ya ves.

Joan se acercó y me acompañó fuera de la caseta.

—Jason, ¿me permites que te dé un consejo aunque no me lo hayas pedido?

—Por supuesto.

—Siempre me has caído bien. Lo sabes.

Asentí con la cabeza.

—Lárgate antes de que sea demasiado tarde, antes de que el resto de vosotros os encontréis de patitas en la calle. Es más fácil encontrar trabajo cuando todavía tienes uno.

—No hay nada seguro, Joan —respondí débilmente.

—Te lo digo como amiga, Jason. Quizá me consideres una rata, pero sé cuándo un barco está a punto de hundirse.

En lugar de contestar, me limité a mirarla durante unos instantes.

—Seguiremos en contacto —dijo Joan.

Capítulo 35

Cuando la feria estaba a punto de cerrar hasta el día siguiente, me pasé por nuestra caseta para comprobar qué hacían mis compañeros y con quién habían conectado. Festino había sacado la botellita de Purell y se afanaba desesperadamente por matar los microbios que se había contagiado de las manos infestadas de bacterias de centenares de clientes. Kurt estaba asegurando el equipo para que nadie lo robara durante la noche.

—¿Vas a asistir al banquete? Pregunté a Kurt mientras éste aseguraba el equipo.

—No me lo perdería por nada del mundo —respondió.

Cuando regresé caminando a la habitación del hotel para ducharme y cambiar mi atuendo informal por un traje, vi a Trevor Allard junto a los ascensores.

—¿Cómo te va, Trevor? —le pregunté.

Trevor se volvió hacia mí.

—Es interesante —respondió—. Siempre es agradable encontrarte con viejas amistades.

—¿A quién has visto?

El ascensor emitió el característico *ping* al llegar al vestíbulo, y Trevor y yo nos montamos. Éramos los únicos pasajeros.

—A un colega de Panasonic —contestó Trevor.

—¿Ah, sí?

—Hum. —La puerta del ascensor se cerró.

—Me dijo que conseguiste el contrato de Harry Belkin porque todo un cargamento de pantallas de plasma de Panasonic ingresó cadáver.

Asentí con la cabeza. Experimenté la ansiedad habitual, el estar encerrado en un ataúd de acero; pero en esos momentos sentí un temor distinto.

—Es muy raro —contesté.

—Y tan raro. Es malo para Panasonic, pero bueno para ti.

—Y para Entronics.

—Desde luego. Es tu contrato. Te has apuntado un tanto tremendo. Has tenido suerte.

Me encogí de hombros.

—Uno se labra su propia suerte. —O se la labra otra persona.

—He estado pensando —dijo Trevor, midiendo bien sus palabras. Ambos observamos los botones del ascensor. Por desgracia, aquí no habían instalado un televisor. ¿Cuál sería la palabra del día? ¿«Imputación»? ¿«Insinuación»? —. Me recordó un episodio que me ocurrió en Fidelity. Yo también di con un monitor que no funcionaba, ¿recuerdas?

—Ya hemos hablado de eso, Trevor.

—Sí. Perdí el contrato de Fidelity debido a ese contratiempo. Luego, hace unos meses, mi coche sufrió unas averías y perdí el contrato de Pavilion, ¿recuerdas? Luego ocurrió lo de la pantalla azul de la muerte de Brett Gleason.

—¿Sigues con tus absurdas sospechas?

—A tus adversarios siempre les ocurre algún contratiempo. Es una mala pata recurrente.

El ascensor emitió de nuevo un *ping*. Habíamos llegado a nuestra planta.

—Vale —dije—. Incluso los neuróticos tienen enemigos.

—No voy a abandonar el tema, Jason —replicó Trevor al tomar hacia la derecha mientras yo tomaba hacia la izquierda para ir a nuestras respectivas habitaciones—. Brett y yo vamos a indagar en ello. Sé que estás detrás de esto, y voy a averiguar la verdad. Te lo prometo.

Capítulo 36

Llamé a Kate, me duché y me puse un traje y una corbata para la cena. Entronics había alquilado uno de los salones de baile del Westin. Gordy, como de costumbre, había mantenido en secreto el tema de la cena.

Sus cenas en TechComm eran siempre espectaculares. El año pasado, el tema había sido *El principiante*, y, como es natural, Gordy había hecho de Donald Trump. Hace dos, el tema había sido *Sobrevivir*, y todo el mundo había tenido que comerse un bol de «tierra», compuesto por galletas Oreo desmenuzadas y gusanitos. Gordy daba siempre una charla disparatada, enloquecida, a medio camino entre el gurú de autoayuda Tony Robbins y la señora Pink de *Reservoir Dogs*.

Todos nos preguntábamos qué sería este año.

Al entrar, vi que el salón había sido decorado como un estadio de boxeo, lo cual debió de costar una fortuna. En las paredes aparecían proyectados —utilizando sin duda unos proyectores de Entronics— numerosos carteles de antiguos boxeadores, de esos amarillos mostaza con unas letras enormes en rojo y blanco y unas fotografías monocromáticas de los boxeadores. Había carteles de Jersey Joe Walcott contra Rocky Marciano, Cassius Clay contra Donnie Fleeman y Sugar Ray Forsythe contra Henry Armstrong.

En medio de la habitación había un cuadrilátero. Hablo en serio. Gordy había hecho que instalaran uno —supongo que lo alquiló en Miami—, consistente en un armazón y unos postes en las esquinas de acero, unas cuerdas forradas, un suelo de lona, una escala de madera para subir al cuadrilátero e incluso unos taburetes en las esquinas opuestas. En un poste de madera junto al cuadrilátero habían montado un gong de acero negro. El cuadrilátero estaba instalado en medio de la sala de banquete, rodeado por las mesas de los comensales.

Tenía un aspecto increíblemente estúpido.

Al verme entrar, Kurt se acercó y dijo:

—Esto ha debido de costar un montón de dólares, ¿no crees?

—¿A qué viene todo esto?

—Ya lo verás. Gordy me pidió mi consejo. Debería sentirme halagado.

—¿Consejo sobre qué?

—Ya lo verás.

—¿Dónde está Gordy?

—Probablemente entre bastidores, bebiéndose un último lingotazo para hacer acopio de valor. Me pidió que le llevara una botella de *whisky*.

Encontré el asiento que me habían asignado, en una mesa cerca del cuadrilátero. Cada miembro de la Banda de los Hermanos estaba sentado, uno o dos en cada mesa, junto a clientes importantes.

Justo tuve tiempo de presentarme a un tipo de SignNetwork antes de que las luces se atenuaran y se encendieran un par de focos que iluminaron el telón de terciopelo azul del escenario situado en la parte frontal de la sala. A través de los altavoces sonó una estruendosa fanfarria de trompetas: el tema de la película *Rocky*.

Entonces se abrió el telón y aparecieron dos tipos fornidos portando un trono. En el trono estaba sentado Gordy, luciendo una reluciente bata de boxeo roja ribeteada de oro y provista de una capucha y unos relucientes guantes de boxeo rojos. Iba calzado con unas deportivas Converse. El trono ostentaba un letrero que decía CAMPEÓN. Los precedía una joven que arrojaba pétalos de rosas de una cesta. Gordy sonreía satisfecho al tiempo que asestaba unos puñetazos al aire.

Los tipos fornidos transportaron a Gordy por un espacio despejado entre las mesas, mientras que la joven arrojaba los pétalos de rosas a su paso y a través de los altavoces sonaba la música de *Gonna Fly Now*.

Se oyeron unas risas nerviosas y alguna que otra carcajada procedente de los comensales. La gente no sabía cómo interpretar aquello.

Los tipos fornidos depositaron el trono junto al cuadrilátero, y Gordy se levantó, alzando las manos enguantadas en un gesto triunfal, mientras la música se desvanecía.

—¡Eh, Adrian! —gritó. La mujer de los pétalos de rosas se afanó por prenderle un micro inalámbrico en la solapa de la bata.

Se oyeron unas risas. La gente empezaba a tomárselo a broma. A mí me parecía increíble que Gordy estuviera dando ese espectáculo, pero había montado unos espectáculos aún más estrafalarios en nuestras fiestas anuales al comienzo de la temporada.

Gordy se volvió para mostrar el dorso de su bata. Ponía SEMENTAL ITALIANO con letras doradas. Incluso tenía un parche blanco cosido en la parte superior que decía SHAMROCK MEATS INC., como en la primera película de *Rocky*.

Gordy se volvió de nuevo y se levantó la bata con gesto coqueto para mostrarnos su pantalón de boxeo estampado con las barras y estrellas.

—Te has equivocado de película —gritó Trevor desde su mesa, situada a un lado—. Eso es *Rocky III*.

—Vale, vale —respondió Gordy, sonriendo.

—¡Creí que eras irlandés! —gritó Forsythe, siguiéndole el juego.

—Un italiano honorario —contestó Gordy—. Mi mujer es italiana. ¿Dónde está mi copa?

Tras localizar su botella de Talisker 18 en una mesita junto al cuadrilátero, se sirvió un lingotazo en una copa y se lo bebió de un trago antes de subir a aquél. A continuación hizo una seña con la mano, y la mujer de los pétalos de rosas golpeó el gong con un mazo.

—¡Genial! —gritó Gordy.

—Genial —respondieron algunos colegas.

—¡Genial! —gritó Gordy más fuerte.

—¡Genial! —gritaron todos.

Gordy se quitó la capucha, pero se dejó la bata puesta, sin duda una decisión prudente, dado su aspecto físico.

—En Entronics vamos a llegar hasta el final —gritó. Los altavoces emitieron un desagradable pitido de retorno.

—¡Sí! —gritó Trevor, al que se unieron las voces de los otros. Aplaudí procurando no poner los ojos en blanco.

—¡Aguantaremos los quince asaltos! —gritó Gordy.

La mujer de los pétalos de rosas se detuvo ante una mesa larga junto al cuadrilátero y comenzó a cascar unos huevos en unos vasos. Sobre la mesa había numerosos envases de cartón de huevos. Enseguida comprendí de qué iba la cosa. Había unos veintiocho vasos dispuestos en fila, y la mujer rompió tres huevos en cada vaso.

Gordy bebió otro trago de *whisky*.

—Cuando estás acorralado y no tienes salida, buscas en tu interior el espíritu de un héroe —dijo—. Al igual que Rocky Balboa, nos consideramos machacados por la sociedad. Rocky tenía a Apollo Creed. Nosotros tenemos a NEC y Mitsubishi. Rocky tenía a Míster T; nosotros tenemos a Hitachi. Rocky tenía a Tommy Gunn; nosotros tenemos a Panasonic. Rocky tenía a Ivan Drago; ¡nosotros tenemos a Sony!

Sus palabras fueron acogidas con sonoras aclamaciones por parte de la Banda de los Hermanos y algunos socios de canales y distribuidores.

—¡Mejor ser un pensador que un cabrón! —dijo Gordy—. ¡Estamos aquí para hacer que se cumplan vuestros sueños! Ahora bien, no voy a tumbarme en el suelo y hacer unas flexiones con un solo brazo.

—¡Venga, hombre! —gritó Taminek—. ¡Adelante!

—¡Ánimo, Gordy! —gritó Trevor.

—Os ahorraré el espectáculo —respondió Gordy—. Porque aquí no se trata de Gordy. Se trata del equipo. —Hablabla arrastrando un poco las palabras—. ¡El equipo G! Somos jugadores de un equipo. Y vamos a demostraros de lo que somos capaces. Jason, ¿dónde estás?

—Aquí —respondí, sintiendo que se me caía el alma a los pies.

—¡Sube aquí! ¡Eres mi esparrin!

Me levanté. ¿Acaso iba a pedirme Gordy que boxeara con él en el cuadrilátero? ¡Santo cielo! Tenía que largarme de ahí.

—Hola, Gordy —dije.

—Anda, ven —insistió Gordy, indicándome con el guante izquierdo que me acercara.

Me aproximé al cuadrilátero, y la chica de los pétalos de rosas se acercó con un vaso que contenía unos huevos crudos.

—Bébetelo, Jason —dijo Gordy.

Oí risas y vítores.

Tomé el vaso con los huevos, lo miré y sonreí con gesto campechano. Lo sostuve en alto para que lo vieran todos y dije meneando la cabeza:

—Tengo el colesterol alto.

—¡Venga, hombre! —protestó Trevor, seguido por Forsythe, Taminek y los demás.

—Ánimo, Tigger —dijo Festino.

—Estáis todos despedidos —dije.

—Bébetelo —me ordenó Gordy.

Me acerqué el vaso a los labios y empecé a ingerir los huevos, que se deslizaron por mi garganta formando una sarta viscosa y repelente. Sentí náuseas, pero seguí adelante. Cuando entregué el vaso vacío a la joven de los pétalos de rosas, el público me dedicó una ovación.

—¡Bravo! —dijo Gordy, dándome unos golpecitos en la cabeza con el guante—. ¿Quién es el próximo? ¿Dónde está Forsythe? ¿Dónde está Festino?

—No quiero coger una salmonelosis —contestó Festino.

Regresé a mi mesa, mirando a mi alrededor en busca del lavabo más cercano. No podía reprimir las náuseas.

—Mariquita —dijo Gordy, arrastrando las palabras—. Trevor, demuéstroles que eres un tío de pelo en pecho.

—Quiero que Jason se beba otro vaso —respondió Trevor riendo.

Gordy empezó a trastabillar por el cuadrilátero como un boxeador noqueado, y comprendí que no fingía. Estaba borracho.

—¿Queréis saber por qué os hemos invitado? —preguntó—. Me refiero a vosotros, los clientes. ¿Creéis que os hemos invitado porque nos gusta vuestra compañía? ¡De eso nada!

Se oyeron unas carcajadas. Trevor se sentó, aliviado de que el momento hubiera pasado.

—Queremos que todos, hasta el último condenado cliente nuestro, adquiráis tan sólo productos de Entronics —dijo Gordy—. ¿Sabéis por qué? —preguntó, alzando los guantes y asestando unos puñetazos al aire—. Porque quiero que todos los del equipo G sean tan ricos como yo.

Algunos miembros de la Banda de los Hermanos soltaron unas sonoras carcajadas, al igual que algunos clientes, aunque no tan sonoras. Otros ni siquiera sonrieron.

—¿Sabéis qué coche conduce Gordy? —preguntó Gordy—. Un Hummer. No un Geo Metro. No un maldito Toyota. No un Japmobile. Un Hummer. ¿Sabéis qué reloj luce Gordy? Un Rolex. No un asqueroso Seiko. No está fabricado en Japón. ¿Dónde se ha metido Yoshi Tanaka?

—No está aquí —respondió alguien.

—Yoshi-san —dijo Gordy con tono sarcástico—. No está aquí. Bien. De hecho, creo que ninguno de nuestros expatriados japoneses está aquí. Probablemente están demasiado ocupados enviando sus informes secretos sobre nosotros, enviando *microdots* a Tokio. Malditos espías.

Sonaron de nuevo unas risas, pero nerviosas.

—Los japoneses no se fían de nosotros —prosiguió Gordy—, pero nosotros les demostraremos de lo que somos capaces. ¿No es cierto, colegas?

Se oyó un murmullo, un tintineo de tenedores mientras los asistentes comían sus ensaladas en silencio.

—Esos japoneses matan lentamente —dijo Gordy—. Tienen un carácter pasivo agresivo. Dejan que el polvo se acumule en el rincón. Esos japoneses nunca te dicen en qué coño están pensando. Son unos capullos inescrutables.

—Gordy —dijo Trevor—. Siéntate.

Gordy se apoyó en las cuerdas.

—¿Creéis que es fácil trabajar para una panda de nipones que quieren que fracasas porque eres un tipo blanco? —preguntó. Cada vez articulaba las palabras con más dificultad; apenas se le entendía—. El equipo G —dijo.

Trevor se levantó y yo hice lo propio.

—Venga, Gordy —dijo Trevor—. Joder, está como una cuba —murmuró.

Trevor y yo nos aproximamos al cuadrilátero, seguidos por Kurt y Forsythe. Gordy estaba apoyado en las cuerdas, largando sin parar. Alzó la cabeza y vio que nos acercábamos. Tenía los ojos vidriosos y enrojecidos.

—Alejaos de mí —dijo.

Lo sujetamos entre los cuatros. Gordy se resistió unos segundos, pero no mucho. Le oír farfullar:

—Lo que ocurre en Miami no... sale de Miami...

Tras lo cual perdió el conocimiento.

Cuando sacamos a Gordy en brazos de la sala de banquetes, vi a Dick Hardy apoyado en la pared, con los brazos cruzados. Su rostro constituía una sombría máscara de furia.

TERCERA PARTE

Capítulo 37

Lo primero que hice fue deshacerme del Caribe. Mandé que retiraran todas las PictureScreens de mi despacho. Quería ver el paisaje a través de las ventanas, aunque fuera sólo el aparcamiento.

Decidí hacer todo lo contrario a lo que solía hacer Gordy. A fin de cuentas, yo era anti Gordy. Por eso Dick Hardy me había nombrado nuevo vicepresidente de Ventas.

Por eso y por el hecho de que los jefes de Entronics estaban ansiosos por llenar la vacante tan rápidamente como fuera posible. Querían olvidarse de la desastrosa actuación de Gordy.

Al día siguiente, la borrachera y el espectáculo que había dado Gordy durante la cena aparecían en numerosas páginas de Internet. Los tabloncillos de anuncios de Yahoo estaban repletos de anécdotas sobre el espectáculo de *Rocky*, los vasos con los huevos crudos, el Rolex y el Hummer y especialmente las injurias contra los japoneses. Gordy, que era muy conocido en el pequeño mundo de las ventas de aparatos de alta tecnología, se había convertido en una celebridad.

Y en Tokio, los mandamases de Entronics estaban más que abochornados. Estaban que trinaban. Habían estado dispuestos a aceptar las tendencias racistas de Gordy siempre y cuando éstas no salieran del ámbito privado; pero en cuanto empezó a mostrarlas en público, tuvieron que destituirlo.

El jefe de Relaciones Públicas de Entronics en Santa Clara emitió un comunicado de prensa que decía: «Kent Gordon ha abandonado Entronics por motivos personales y familiares».

Recibí un sinfín de llamadas telefónicas y correos electrónicos que me daban la enhorabuena por mi nuevo nombramiento, de amigos de los que no había sabido nada en muchos años, de gente que probablemente quería obtener un puesto en Entronics, sin saber que quizá dentro de poco no habría ningún puesto que ocupar. Joan Tureck me envió un correo electrónico muy amable felicitándome y añadiendo con tono agorero: «Buena suerte. Sobre todo eso. La necesitarás».

En segundo lugar, pedí a Yoshi Tanaka que viniera a mi despacho y le dije que las cosas iban a ser distintas a partir de ahora. A diferencia de mi predecesor, yo quería trabajar con él. Quería su colaboración. Quería saber lo

que opinaba, quería saber lo que creía que pensaban los jefes en Tokio. Hablé pausadamente, utilizando un lenguaje sencillo.

No diré que Yoshi me sonrió —al parecer, sus músculos faciales no poseían esa capacidad—, pero asintió con la cabeza solemnemente y me dio las gracias. Creo que comprendió lo que le decía, aunque no estoy seguro de ello.

En tercer lugar, pedí a Dick Hardy que se pasara por Boston en su viaje de regreso de Nueva York a Santa Clara. Convoqué a todas mis tropas en nuestra sala de conferencias más grande para presentarles al Gran Jefe y les ofrecí una charla motivadora e inspiradora. Les dije que mi puerta siempre estaría abierta. Les dije que no vacilaran en acudir a mí con cualquier queja, que aunque esperaba que dieran lo mejor de sí mismos, no iba a echarles la bronca por informarme cuando algo iba mal, que estaba ahí para ayudarlos. Anuncié un pequeño aumento en incentivos y bonificaciones. Esto cayó mejor entre los componentes de la Banda de los Hermanos que el memorándum de Queeg.

Dick Hardy se situó a mi lado al frente de la sala, luciendo un traje azul marino, una flamante camisa blanca y una corbata a rayas azules y plateadas, ofreciendo todo el aspecto de un director general, con su pronunciada mandíbula, el pelo plateado peinado hacia atrás y unas oscuras ojeras debajo de sus ojos azules intensos y gélidos. Saludó a todos con un apretón de manos a medida que entraron, diciendo: «Encantado de conocerte», como si lo dijera de corazón. Les dijo que eran el «alma» de Entronics Visual Systems y que había depositado «toda su confianza» en mí.

Después de la reunión con la plantilla, cuando charlamos unos minutos a solas, Hardy me dio unas palmadas en los hombros.

—Ha sido duro —dijo con tristeza—. Pero si alguien es capaz de empuñar el timón con firmeza, ése eres tú. —A Hardy le encantaban las metáforas sobre navegación. Me miró a los ojos y añadió—: Recuerda, no puedes controlar el viento. Sólo puedes controlar la vela.

—Sí, señor.

—Tus numerosos éxitos me animan.

—He tenido buena suerte —respondí.

Hardy meneó la cabeza con gesto solemne.

—Como uno de mis vicepresidentes, te cansarás de oírmelo decir, pero estoy convencido de que uno se labra su propia suerte.

Y en cuarto lugar, promoví a Trevor Allard a mi antiguo puesto. ¿Por qué? Es complicado. Creo que en parte fue para compensarle. Trevor no me

caía bien, pero de no ser por Kurt, probablemente habría sido Trevor quien habría ocupado el despacho de Gordy, no yo.

En parte porque, me gustara o no, sabía que Trevor desempeñaría bien ese trabajo. Y en parte reconozco que lo hice atendiendo al viejo refrán que dice: «Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca».

Así que a partir de ahora tendría que trabajar con Trevor. No sé si eso le resultaba más incómodo a él o a mí. Asigné la antigua secretaria de Gordy, Melanie, a Trevor. Puede que con ello no le hiciera ningún favor a Melanie, dado que era un puesto de menos prestigio, pero sabía que Melanie me tenía simpatía y podía fiarme de ella para que vigilara a Trevor. Por lo demás, Melanie estaba acostumbrada a trabajar para cretinos. Conservé a Franny, que llevaba muchos años en la compañía y sabía cómo funcionaba todo mejor que nadie.

Y, por último, dije a Kurt que ya no necesitaba su ayuda. No quería que siguiera procurándome informes confidenciales; no quería que abusara de la Seguridad Corporativa de esa forma. Y ante todo no quería que nadie lo averiguara.

La reacción de Kurt fue silenciosa. Estaba claro que se sentía herido, aunque no era de los que lo exteriorizan.

Se lo dije una mañana en el gimnasio de Somerville, mientras levantaba pesas y Kurt me sostenía los brazos.

—No puedo arriesgarme —dije.

En la tercera tanda, tuve que abandonar a la sexta intentona. Los brazos me temblaban, los músculos no me obedecían, y por primera vez Kurt no me ayudó a terminar la tanda. Dejó de sostenerme los brazos. Me observó mientras me esforzaba en levantar la barra lo suficiente para colocarla de nuevo sobre su soporte.

No lo conseguí, y la barra me cayó sobre el pecho. Emití un gemido de dolor. Entonces Kurt la alzó y me la quitó de encima.

—¿Temes que te pillen? —preguntó—. ¿Es eso?

—No —respondí—. Es porque no está bien. Me fastidia.

—¿Es que te has vuelto de pronto religioso?

—Venga, hombre —expliqué incorporándome. Al respirar, sentía un dolor lacerante en las costillas—. Siempre me he sentido... incómodo con ello.

—Sin embargo, no me pediste que dejara de hacerlo.

—No lo hubiera conseguido.

—No lo hiciste cuando necesitaste mi ayuda. No te negaste a leer los correos electrónicos que Gordy enviaba a Hardy. Créeme, volverás a necesitarme en más de una ocasión.

—Es posible —respondí—. Pero tendré que arreglármelas sin tu ayuda.

—Ahora me necesitas más que nunca. Diriges al personal de ventas de una de las divisiones más importantes de Entronics. No puedes permitirte el menor desliz. Tienes que estar al corriente de todo lo que ocurre. Nosotros lo llamamos DAE.

—¿DAE?

—Distinguir a un amigo de un enemigo. Es fundamental, para disparar contra tus enemigos y no contra tus amigos. Es una de las cosas que aprendes cuando estás en una zona de guerra. A veces, cuando estás fuera del campo de batalla oficial, es difícil distinguir a los buenos de los malos. Muchas empresas contratan a compañías para que les informen sobre la competencia.

—No de ese modo.

—Cierto —reconoció Kurt—. No son tan buenas, ni tan rigurosas. Por ejemplo, es preciso que sepas qué se lleva entre manos Yoshi Tanaka. Es el personaje clave aquí. Es increíblemente poderoso. Tienes que estar a buenas con él.

—Doy por supuesto que Yoshi trabaja para los mandamases, no para mí. Su lealtad está en Tokio. Mientras tenga esto presente, no me ocurrirá nada.

—¿Crees que eso es todo lo que necesitas saber sobre Yoshi? ¿Y si te dijera que he pillado un par de correos electrónicos que envió a Tokio en los últimos días? Cifrados, por supuesto; uno, cifrado con clave pública de 512 bits; pero Seguridad Corporativa tiene que poseer una de las claves. Escritos en japonés, pero conozco a una chica japonesa. Dime que no quieres saber qué dice Yoshi sobre ti. —Kurt sonrió.

Dudé, pero sólo unos segundos.

—No —contesté—. No quiero saberlo.

—¿Y tu colega Trevor?

Negué con la cabeza. Estuve tentado de contarle las sospechas que tenía Trevor, pero decidí no hacerlo.

—No —respondí—. Se acabó.

Kurt esbozó una sonrisa un tanto sarcástica.

—Allá tú, jefe.

Dick Hardy se ponía en contacto conmigo a menudo, por teléfono o correo electrónico. Me sentía como un adolescente que acaba de obtener el carné de conducir y las llaves del coche de su padre, y cada noche éste examina el coche en busca de algún arañazo. Hardy revisó los proyectos del tercer trimestre, quería asegurarse de que se cumplirían los plazos previstos, quería que yo agilizara los trámites. Quería asegurarse de que yo estaba exigiendo a mis empleados que se esforzaran al máximo.

—No puedes aflojar el ritmo ni por un segundo —me dijo por teléfono en varias ocasiones—. Ésta es nuestra oportunidad. Todo depende de esto. Todo.

Respondí que lo comprendía. Le dije que le agradecía la confianza que había depositado en mí y que no le defraudaría.

Ni yo mismo estaba convencido de ello.

Yo estaba en el lavabo orinando cuando apareció Trevor Allard. Me saludó con un gesto de la cabeza y se dirigió hacia el último urinario.

Trevor esperó a que yo hablara en primer lugar, y yo esperé a que lo hiciera él. Yo era ahora su inmediato superior.

Estaba dispuesto a mostrarme amable con Trevor, pero sin exagerar. Era él quien tenía que hacerme la pelota a mí.

Ambos miramos la pared con aire distraído, que es lo que hacemos los hombres cuando orinamos. En este aspecto, somos como los animales.

Cuando terminé, me acerqué al lavabo para lavarme las manos, y después de secármelas y arrojar la toalla de papel a la papelera, Trevor dijo:

—¿Cómo te va, Jason? —Su voz reverberó entre las paredes.

—Bien, Trevor —respondí—. ¿Y a ti?

—Muy bien.

Me había convertido en Jason, ya no era Steadman. Era un comienzo.

Trevor se subió la cremallera, se lavó las manos y se las secó. Luego se volvió hacia mí y dijo con tono quedo y rápidamente:

—Brett Gleason fue a Seguridad Corporativa para pedir unas copias de las cintas de vigilancia, los archivos AVI, de la noche y el día antes de que su ordenador se estropeará. ¿A que no adivinas qué ocurrió?

—¿Por qué sigues insistiendo en el tema? —pregunté.

—Habían desaparecido, Jason. Los habían borrado.

Me encogí de hombros.

—No sé nada al respecto.

—¿Quieres saber quién fue la última persona que tuvo acceso a esos archivos hace un par de semanas? ¿Qué nombre crees que consta en el registro?

No respondí.

—Un tipo que trabaja en Seguridad Corporativa llamado Kurt Semko. Nuestro lanzador. El cretino de tu amigo.

Me encogí de hombros y meneé la cabeza.

—¿Sabes qué creo? Creo que te aprovechas de Seguridad Corporativa para vengarte de la gente a la que no le caes bien. Utilizas a ese tío para que haga el trabajo sucio, Jason.

—No digas tonterías. Creo que Kurt ni siquiera trabajaba aquí cuando el ordenador de Brett se estropeó. Y no tengo la más remota idea de cómo se borra el disco duro de un ordenador. Déjate de chorradas.

—Supongo que debía de ser muy complicado lograr que Kurt entrara aquí antes de que consiguiera su placa de empleado. Si crees que vas a poder utilizar Seguridad Corporativa como tu cuadrilla de gorilas particular, estás muy equivocado.

—Eso es absurdo.

—Has logrado convencer a muchos colegas con tu talante de buen chico. Pero a mí no me engañas. ¿Crees que cuando tuve problemas con el coche dos días seguidos, lo cual me hizo perder el contrato de Pavilion, no investigué el asunto? ¿Crees que no llamé para disculparme y explicarles lo ocurrido? ¿Y sabes lo que me dijeron?

No respondí.

—Dijeron que los había llamado desde un club de golf. ¡Como si se me hubiera ocurrido ir a jugar un rato al golf para desfogarme! Conozco a un tipo que es miembro del Miopía, e hice unas indagaciones. Y la mujer que regenta la tienda de artículos de golf me dijo que un tipo vestido con una cazadora de cuero Harley había entrado esa mañana y le había preguntado si podía utilizar el teléfono, a la hora en que Pavilion recibió la llamada. La mujer lo recordaba porque no parecía miembro del club.

—No sé de qué me hablas, Trevor —respondí.

—Ya. ¿Cómo lo llaman, negación plausible? Ojo al parche, Jason. Habrá más, mucho más.

Capítulo 38

Kate quería celebrar mi última promoción, pero esta vez decidió organizar una cena para la ocasión. Había contratado un servicio de cáterin, el mismo que habían utilizado varias amigas suyas en sus fiestas.

Yo no quería celebrar esta promoción. Las circunstancias eran muy desagradables. Pero era importante para Kate. Creo que quería demostrar a sus amigos que yo había logrado por fin triunfar. De modo que accedí.

Si los empleados de un cáterin hubieran venido a nuestra vieja casa para preparar la cena, habrían salido corriendo al ver la cocina. Pero la cocina en nuestra casa de Hilliard Street era espaciosa y había sido renovada hacía poco; no era de hormigón, pero tenía unas encimeras y una isla de azulejos franceses y unos electrodomésticos relativamente modernos. La dueña del cáterin había enviado a su personal, compuesto exclusivamente por mujeres, para trabajar en la cocina, preparando el filete de ternera braseado en un hojaldre con hierbas, acompañado por una salsa de setas y vino de Madeira y zanahorias glaseadas con azúcar mascabada.

O quizá fuera un filete braseado con salsa mascabada y zanahorias glaseadas con Madeira. Da lo mismo.

Entre tanto, Kate y yo estábamos arriba, vistiéndonos. Yo le había llevado media copa de vino blanco frío. A Kate le gustaba beber un poco de vino antes de que llegaran los invitados, y su ginecólogo le había dicho que no había ningún inconveniente en que bebiera un poco. A fin de cuentas, dijo, las mujeres francesas e italianas bebían vino durante sus embarazos, y los niños franceses e italianos nacían sin el menor problema, dejando de lado que no sabían hablar inglés.

Kate estaba sentada en el diván de la abuela Spencer, observándome mientras me desnudaba.

—Tienes un cuerpo fantástico, ¿sabes?

—¿Me estás tirando los tejos?

—Es cierto. Te has adelgazado mucho. Tienes unos buenos pectorales, deltoides y todo lo demás. Eres un tío muy sexy.

—Gracias.

—Y no me digas que yo también tengo un aspecto fantástico. Tengo los tobillos gruesos.

—El embarazo te sienta bien. Estás guapísima. —Y sí, ahora tienes los tobillos gruesos, pero no importa. Nunca me he fijado en los tobillos de las mujeres.

—¿Te hace ilusión tener un hijo? —Kate me lo preguntaba cada cuarenta y ocho horas.

—Por supuesto. —Estoy aterrorizado. La sola idea me infunde pavor. Cuando el bebé era hipotético, nadie se sentía más entusiasmado que yo. Pero ahora era vicepresidente primero de Ventas de Entronics USA y dentro de unos meses tendría un hijo recién nacido que no me dejaría dormir, y no sabía cómo me las arreglaría. O bien me quedaría sin trabajo, ¿y entonces qué?

—Tengo miedo —dijo Kate—. Estoy aterrorizada.

Me acerqué a ella y la besé.

—Es lógico. Yo también. Tienes un niño desarrollándose en tu vientre que, cuando nazca, va a dominarnos, como en *Alien*.

—Ojalá no hubieras dicho eso.

—Lo siento. Quizá sea como... saltar de un Starlifter C-141 sobre Irak. No sabes si el paracaídas va a averiarse o si van a disparar contra ti antes de que aterrices.

—Eso suena a Kurt —comentó Kate.

Me encogí de hombros, turbado.

—Kurt tiene unas anécdotas estupendas. Ha hecho unas cosas extraordinarias.

—Cosas que tú jamás querrías hacer.

—Eso es verdad. Y... algunas cosas no debió hacerlas.

—¿Hum?

—Entre otras, leer los correos electrónicos de otras personas.

—¿De quién? ¿Los tuyos?

—Los de Gordy.

—Me alegro. En cualquier caso, dicen que no deberías enviar nada en un correo electrónico que no escribirías en una tarjeta postal. ¿No tienen el deber los agentes de Seguridad Corporativa de monitorizar los correos electrónicos?

Asentí con la cabeza.

—Supongo que sí.

—Kurt es muy leal a ti, Jason. Es un buen amigo tuyo.

—Quizá demasiado bueno.

—¿A qué te refieres? Haría cualquier cosa por ti.

Guardé silencio unos instantes. «Sí, cualquier cosa». La información confidencial que me había procurado sobre Brian Borque, de los Hoteles

Lockwood y Jim Letasky, apenas era aceptable, a mi modo de ver. Hacía que me sintiera incómodo. Pero lo que había hecho con los monitores de Panasonic era una locura; una felonía, probablemente, dado el valor del material que había destrozado. Peor aún, demostraba que Kurt tenía unas extrañas tendencias violentas, que no se arredraba ante nada. Era peligroso.

¿Y la perorata que nos había largado Gordy cuando se había emborrachado durante la cena? Gordy había pedido a Kurt que le llevara una botella de Talisker. ¿Había echado Kurt alguna sustancia en el *whisky*?

«Ese cretino no volverá a hacerte otra putada», había declarado Kurt.

Y había tenido razón. Gordy estaba acabado.

Kurt me había ayudado a ascender por la escala corporativa, un hecho que yo no quería confesarle a Kate. Pero Kurt se había desmandado. Era preciso detenerlo.

Trevor estaba investigando el asunto, y dentro de poco hallaría pruebas de que Kurt había tenido parte en esos episodios. Y yo me vería involucrado también, lo cual daría al traste con mi carrera.

No podía consentirlo. No con esta casa, la hipoteca, los pagos del coche y a punto de tener un hijo.

Yo había cometido un error garrafal al conseguir a Kurt un empleo en la compañía. Tenía que subsanar ese error. Hablaría con Dennis Scanlon, el jefe de Kurt, y se lo explicaría todo.

Era preciso que Scanlon despidiera a Kurt. No había otro remedio.

Suspiré profundamente, sopesando cuánto debía contarle a Kate.

Pero en esos momentos Kate ladeó la cabeza y dijo:

—Creo que ha sonado el timbre de la puerta. ¿Puedes bajar a abrir?

Capítulo 39

Por la mañana volé a Chicago con uno de nuestros comerciales más jóvenes, Wayne Fallon, para una breve reunión matutina para tratar de conseguir el importante contrato del hospital. Me reuní en la sala de conferencias del Hospital Presbiteriano de Chicago con el vicepresidente adjunto de Comunicaciones, un tipo llamado Barry Ulasewicz. Era un alto cargo que se ocupaba de los servicios de los medios de comunicación del hospital, desde fotografías hasta teleconferencias vía satélite, pasando por su estudio de televisión. Llevábamos meses discutiendo sobre los precios y las fechas de entrega. Ulasewicz quería unas pantallas de plasma de cincuenta pulgadas para el centenar de quirófanos, unas pantallas de plasma y unos proyectores para las más de un centenar de salas de conferencia, y otro montón de pantallas de plasma para las salas de espera y los vestíbulos. Wayne estaba ahí para observar, principalmente, y asistió fascinado al toma y daca entre Ulasewicz y yo.

Ulasewicz no me caía bien, pero eso no era importante. Lo importante era que yo le cayera bien a él. Y al parecer, así era. Empezamos a las diez de la mañana y nos reunimos con un sinfín de administradores y técnicos. Ulasewicz incluso trajo al director general del hospital para que me saludara y cambiáramos unas palabras.

Hacia la una de la tarde, cuando yo me sentía estrujado como un limón y necesitaba comer algo e ingerir una buena dosis de cafeína, Ulasewicz sacó de pronto una propuesta que había recibido de Royal Meister que era idéntica a la nuestra en todos los aspectos salvo en los precios, que eran aproximadamente un diez por ciento más baratos. Yo le había dado el precio más bajo que podía, limitando mucho nuestros márgenes de beneficios, y eso me cabreó. Ulasewicz sacó la propuesta con un gesto teatral, como un mal actor en un pésimo vodevil haciendo un papel tipo Hércules Poirot.

Ulasewicz esperaba que yo acabaría cediendo, porque había dedicado meses y meses, había volado a Chicago y yo creía que lo tenía en el bote, que casi había atrapado al conejito mecánico. Ulasewicz suponía que a esas alturas yo estaría dispuesto a lo que fuera con tal de salvar el acuerdo.

Pero no se había percatado de que yo poseía «el flujo». En cierta ocasión yo había leído un artículo en Internet escrito por un tipo con un apellido

impronunciable sobre lo que él denominaba «el flujo». Es como cuando un pintor está tan ensimismado en su tela que pierde la noción del tiempo, como cuando un músico se funde con la obra que interpreta. Lo mismo les ocurre a los atletas, a los cirujanos y a los jugadores de ajedrez. Estás en estado de éxtasis y todo encaja, estás concentrado, inspirado. Los neurotransmisores inundan tus sinapsis.

Eso era lo que me había ocurrido. Estaba concentrado. Poseía el flujo.

Y lo hacía por mi cuenta, sin los caramelos envenenados de Kurt.

Examiné con calma la propuesta de Royal Meister. Estaba plagada de cláusulas enrevesadas y ocultas, todo tipo de artificios. Las fechas de entrega eran aproximadas. Los precios podían variar debido a las fluctuaciones del euro. Ignoro quién había redactado este contrato, pero era brillante.

Se lo indiqué a Ulasewicz, y éste se puso a discutir.

Entonces me levanté, le estreché la mano y recogí mi maletín de cuero.

—Barry —dije—, no quiero hacerte perder el tiempo. Veo que no vamos a ponernos de acuerdo. Es evidente que prefieres la incertidumbre de las condiciones de Meister, y no te importa su elevada proporción de fallos. No te importa el hecho de que probablemente acabaréis pagando más por un producto inferior que no os entregarán cuando queréis y que no os sustituirán si algo falla. Muy bien. De modo que quiero darte las gracias por haber tomado en cuenta la propuesta de Entronics y te deseo suerte.

Recogí nuestros contratos y salí de la habitación. Antes de marcharme, pude observar disimuladamente la expresión de estupor de Barry Ulasewicz, que casi hacía que hubiera merecido la pena esta reunión. Wayne me agarró del brazo en el ascensor, angustiado, y dijo:

—Lo hemos perdido. Hemos perdido el contrato, Jason. ¿No crees que debiste negociar con Barry? Creo que eso es lo que él quería hacer.

Negué con la cabeza.

—Ten paciencia —respondí.

Cuando llegamos al aparcamiento subterráneo, mi móvil comentó a sonar. Miré a Wayne y sonreí. Su expresión angustiada había dado paso a una franca admiración.

Tomé un vuelo de regreso a casa con las copias firmadas del acuerdo.

Capítulo 40

Me dirigí directamente del aeropuerto a la oficina.

Encontré un hardygrama esperándome entre mis correos electrónicos: «Un trabajo excelente en Chicago». Dick Hardy me escribió. Joan Tureck también me felicitó, lo cual fue muy amable por su parte, teniendo en cuenta que yo la he derrotado.

Demasiado amable, pensé. Tal vez la amabilidad del vencedor.

Se me ocurrió enviar un correo electrónico a Dennis Scanlon, pero rechacé la idea. Sabía que Kurt podía leer mis correos electrónicos y los de los demás. No quería arriesgarme. En vez de ello, llamé a Scanlon. Le localicé al segundo intento y le pedí que se pasara por mi despacho.

Dennis Scanlon siempre me recuerda a Míster Toad, de Toad Hall. La camisa y la corbata le quedaban tan estrechas alrededor del cuello que temí que se le cortara la circulación y se desmayara en mi despacho. Estaba sudoroso, se mostraba ansioso de complacerme y tenía un curioso defecto del habla.

Le dije que lo que iba a decirle era absolutamente confidencial, y le conté que tenía ciertas sospechas sobre uno de sus empleados, Kurt Semko.

—Pero ¿no fuiste tú quien me lo recomendó? —preguntó Scanlon.

—Francamente, creo que cometí un error —respondí—. No le conocía bien.

Scanlon se pasó la mano por su húmedo cabello.

—¿Puedes darme más detalles sobre tus sospechas? ¿Ha causado algún problema?

Apoyé una mano sobre la otra y me incliné hacia delante.

—Algunos de mis empleados se han quejado a mí sobre Kurt. Al parecer, se ha dedicado a gastarles algunas bromas, a acosarlos.

—¿Unas bromas? Deduzco que de mala fe.

—Unas bromas pesadas, destructivas.

—¿Puedes darme más detalles?

Podía darle todo tipo de detalles. Muchos eran simples alegaciones. Sin embargo, ¿deseaba realmente que Scanlon investigara si Kurt había manipulado el ordenador de Brett Gleason? ¿Hasta dónde quería que llegara

este asunto? ¿Debía explicar a Scanlon lo de los correos electrónicos que Kurt había interceptado?

No. Cualquiera de esas alegaciones podía repercutir negativamente sobre mí. Kurt se defendería. Quizá dijera incluso que yo le había pedido que me consiguiera esa información; a fin de cuentas, me beneficiaba a mí, no a él. No podía correr ese riesgo.

—No conozco todos los detalles —contesté—. Pero tengo la impresión, y te repito que es muy importante que esta conversación permanezca como estrictamente confidencial, que deberías despedir a Kurt.

Scanlon asintió con la cabeza durante largo rato.

—¿Estás dispuesto a presentar una queja? —me preguntó.

Dudé unos segundos.

—No con mi firma. Creo que eso sería complicar las cosas, sobre todo teniendo en cuenta que fui yo quien cometió el error de recomendártelo.

Scanlon volvió a asentir con la cabeza.

—No puedo despedirlo sin motivo. Lo sabes bien. Hay que presentar una queja. ¿Crees que alguno de tus empleados estaría dispuesto a presentar una queja contra Kurt?

—Prefiero no pedírselo. Además, no creo que ninguno esté dispuesto a dar la cara. Lo comprendes, ¿no?

—Tengo la sensación de que sabes algo.

—He oído cosas, sí.

—Kurt dice que tú y él sois buenos amigos.

—Es complicado.

—Escucha, Jason. Kurt es uno de mis mejores empleados. Sabe hacer cualquier cosa.

—Entiendo.

—No quiero perderlo. Pero tampoco quiero que uno de mis empleados cause problemas aquí. De modo que investigaré el asunto.

—Es lo único que te pido —respondí.

Llamé a Kate al trabajo, y me dijeron que se había tomado el día libre. La llamé a casa, y la desperté.

—¿Aún tienes dolores? —pregunté.

—Sí. He decidido quedarme en casa.

—¿Qué te ha dicho el doctor DiMarco?

—Que me eche hasta que se me pasen.

—¿Es... grave?

—No —respondió Kate—. El doctor dice que es normal. Sólo debo descansar.

—Buena idea. Quería recordarte que esta noche tengo una cena de negocios.

—De acuerdo. ¿Con los del hospital?

—Con los del aeropuerto de Atlanta. Pero da lo mismo.

—¿Los del aeropuerto de Atlanta en Boston? No entiendo.

—Es muy aburrido —respondí—. Se trata de una feria de muestras.

Era la importante feria de muestras de pantallas de información que se celebraba en el Centro de Exposiciones de Bayside. Gracias a Dios, yo no tenía que participar en la feria —supuse que sería un absoluto aburrimiento—; pero algunos de mis empleados iban a participar. Cuando me enteré de que los de Atlanta iban a venir a Boston para asistir a la feria de las pantallas de información, los invité a todos a cenar, diciéndoles que sería una magnífica oportunidad para celebrar nuestro acuerdo. Traducción: quería conseguir el gigantesco contrato del aeropuerto de Atlanta.

Uno puede tener esperanzas, ¿no?

—¿Adónde los llevarás?

—No conozco el nombre. Es un elegante restaurante en el South End que a Franny le gusta mucho. Pero si quieres llamarme, me llevaré el móvil.

—No te molestaré.

—Si hay algún problema, no dudes en llamarme, cariño.

Colgué el teléfono, y entonces me di cuenta de que Kurt estaba en la puerta de mi despacho.

—No te vi en el gimnasio esta mañana —dijo Kurt.

—Tuve que volar a Chicago a primera hora de la mañana.

—Creo que has hablado con Scanlon.

Asentí con la cabeza.

—Para que investigue los antecedentes de una persona, cosa que, al parecer, en Recursos Humanos no pueden hacer.

—Podrías habérmelo pedido a mí.

—He pensado que era mejor separar el trabajo de lo personal.

—Es una buena idea —respondió Kurt, cerrando la puerta—. Si tienes algún problema con mi trabajo, debes decírmelo a mí, no a mi jefe.

Tragué saliva.

—No tengo ningún problema con tu trabajo.

—¿De veras? Entonces, ¿por qué tratas de conseguir que me despidan?

Le miré unos instantes.

—¿Por qué dices eso?

Kurt avanzó y se detuvo frente a mi mesa.

—«Te aconsejo... Tengo la sensación». —Kurt arqueó las cejas y adoptó un tono de superioridad— «Te repito que es muy importante que esta conversación permanezca como estrictamente confidencial...». —Kurt sonrió—. Si tienes algún problema conmigo, dímelo a mí, cara a cara. No lo hagas a escondidas, a mis espaldas, porque acabaré enterándome. Y te arrepentirás. — Su mirada era gélida—. ¿Está claro?

Yo estaba aterrorizado. Kurt sabía lo que yo le había dicho a Scanlon, palabra por palabra.

No sé cómo lo había averiguado, pero debía de tratarse de un aparato electrónico que había colocado en mi despacho. Kurt disponía de ese tipo de tecnología.

Me pregunté qué más me había oído decir en mi despacho. Me había preocupado el que Scanlon pudiera cometer la indiscreción de decirle algo a Kurt. Pero comprendí que Kurt no tenía que oírlo de segunda mano.

Y ahora que Kurt sabía que yo estaba tratando de que le despidieran, iba a haber problemas entre los dos. Las cosas ya no volverían a ser como antes.

Mientras me dirigía en coche a South End, sonó mi móvil. Había adoptado de nuevo la mala costumbre de utilizar el móvil en el coche, pero no tenía más remedio. Tenía que estar localizable en todo momento.

Era Dick Hardy.

—¿Qué sensación tienes sobre el acuerdo con el aeropuerto de Atlanta?
—me preguntó.

—Creo que lo conseguiremos.

—Entonces yo también. Si lo conseguimos, quizá logremos salvar la división.

—Haré lo que esté en mi mano.

—Cuento con ello, Jason. Todo depende de esto. Todo.

Entregué mis llaves al mozo del servicio de aparcamiento y entré en el restaurante sonriendo con gesto despreocupado. Lamentablemente, era uno de esos restaurantes con la cocina abierta, cosa que siempre me pone nervioso,

quizá porque en mi subconsciente temo que después de comer, me obliguen a fregar los platos.

Jim Letasky ya estaba sentado a la mesa, revisando un informe. Habíamos llegado con quince minutos de antelación. Yo había invitado a Jim Letasky a reunirse conmigo para cenar. Quería que participara en la operación más importante que me llevaba entre manos. Necesitaba su pericia. Letasky había pedido una mesa alejada del resto de los comensales, y había dado una propina al camarero para que nos importunaran lo menos posible, puesto que se trataba de una cena de negocios.

Yo tenía otro motivo, pero Letasky era un tipo muy listo y estaba seguro de que lo descifraría.

—Sé por qué me has invitado a venir —dijo Letasky.

—¿Aparte de porque eres un as en lo tuyo?

—Porque temes que nuestro mayor competidor sea NEC.

—¿Quién, yo?

—Me he pasado nueve años contándole a todo el mundo que los productos de NEC son mucho mejores que los de la competencia, y ahora...

—Ahora has hallado a Dios.

—Eso me incomoda.

—Espero que no demasiado.

—No. A fin de cuentas, esto es la guerra.

—Así me gusta. —Miré la carta de vinos, tratando de decidir cuál pedir. En mi memorándum de Queeg ordenaba a todos los empleados de ventas de Entronics que pidieran ellos el vino en una cena de negocios, en lugar del cliente.

—Pero escucha, Jason. Creo que te equivocas sobre NEC.

—No me digas que volvemos a competir con Royal Meister.

Letasky negó con la cabeza y exprimió la rodajita de lima en su vaso de agua mineral Pellegrino.

—He estado examinando la página electrónica del aeropuerto internacional Hartsfield-Jackson de Atlanta. Hay una compañía llamada AirView, con sede en Atlanta.

Asentí con la cabeza.

—En TechComm conocí al director general, un tipo llamado Steve Bingham. —Recordaba que tenía el pelo plateado como un presentador de televisión y los ojos hundidos.

—Es el proveedor más importante de pantallas de información de vuelos. La última vez las instalaron ellos en Atlanta. De modo que me pregunto lo

siguiente: ¿Por qué los del aeropuerto no han vuelto a encargárselas a ellos? ¿Por qué han decidido cambiar de caballo a mitad del río?

—Quizás ese caballo fuera demasiado costoso.

—AirView acaba de venderles un montón de televisores portátiles LED.

—No lo sabía. Sólo sé que han estado negociando duro.

—Has negociado directamente con Duffy, ¿no es así?

—Veo que haces tus deberes —respondí. Tom Duffy era el director general de aviación del aeropuerto, el Gran Jefe. Lorna Evers, nuestra otra invitada a cenar, era la directora adjunta de Aprovisionamiento de la División de Aviación del municipio de Atlanta.

—La jornada laboral comienza la víspera.

Sonreí.

—Duffy es quien toma las decisiones. No conozco a Lorna, pero sospecho que es básicamente una estampilla de goma.

—No vienen sólo para cenar gratis, ¿verdad?

—Creo que quieren cerrar el trato.

—Yo no estoy tan seguro de eso.

—El poder del pensamiento negativo —dije. En ese momento vi entrar a nuestros dos invitados en el restaurante—. Vamos a por ellos, Letasky.

Lorna Evers era una rubia con mucho pecho, de una edad difícil de precisar que podía ser cincuenta y pocos o unos cuarenta bien vividos. Era evidente que se había hecho un arreglito en la cara: tenía los ojos ligeramente almendrados, como los asiáticos, y los labios siliconados. Su rostro era una máscara de un bronceado intenso. Cuando sonreía, sólo movía los labios. Alguien se había pasado con el bótox y las inyecciones de colágeno.

—De modo que eres el nuevo Gordy —dijo, ajustándose el echarpe dorado alrededor del cuello.

—Es una forma de expresarlo.

—No dejéis que este hombre beba una gota de *whisky* —dijo Lorna, echando la cabeza hacia atrás y soltando una estentórea carcajada con la boca abierta. Sus ojos no se movieron un ápice.

Tom Duffy era un tipo afable, corpulento, con la cara redonda, papada y el pelo cortado al cepillo. Lucía una pajarita y un holgado bléiser de color azul marino. Emitió una risa discreta.

—Encantada de conoceros —dijo Lorna, alargando la mano. Tenía las uñas pintadas de rosa y peligrosamente largas—. Tengo entendido que se han

producido numerosos cambios en Entronics.

—Yo acabo de dejar NEC para trabajar en Entronics —dijo Letasky—. Comprendí que era el momento de unirse al equipo campeón.

Un tanto para Letasky. Merecía un aumento de sueldo.

—Me refiero a los despidos —dijo Lorna, sentándose en su silla, que yo aparté. No suelo comportarme de forma tan caballerosa, pero quería asegurarme de que Lorna se sentara precisamente ahí para que ella y Duffy pudieran mirarse a los ojos sin que nosotros lo advirtiéramos. Es un viejo truco de los que nos dedicamos a las ventas. Duffy se sentó también donde queríamos nosotros—. ¿Vosotros seguiréis ahí el año que viene?

—Entronics se fundó en 1902 —respondí—, por la época en que se llamaba Osaka Telephone and Telegraph. Creo que seguirá existiendo mucho después de que nosotros hayamos desaparecido.

—¿Es cierto que hace poco alguien se suicidó allí?

—Fue una tragedia —contesté—. Phil Rifkin era uno de nuestros mejores empleados.

—Entronics debe de ser un lugar estresante —comentó Lorna.

—En absoluto —mentí—. Nunca sabes lo que ocurre en la vida personal de la gente.

—Yo te diré lo que ocurre en mi vida personal —dijo Lorna—. Sed. Necesito una copa de vino.

—Pidamos una botella —dije, tomando la larga carta de vinos.

Pero Lorna se me adelantó. Tomó la carta —por desgracia sólo había una — y la abrió.

—En una noche templada como ésta, me apetece una botella de vino blanco seco —dijo Duffy.

—Yo estaba pensando en un Pauillac —apostilló Lorna—. ¿Qué os parece el Lafite Rothschild?

Tragué saliva. Costaba cuatrocientos dólares la botella, y esa mujer parecía muy aficionada al vino.

—Una idea genial —respondió Letasky, dirigiéndome una mirada que interpreté que indicaba que por los millones que íbamos a ganar con este acuerdo podía olvidarme de lo que costara el vino.

—De modo que el aeropuerto de Atlanta es el más concurrido del país —dijo Letasky.

—De hecho, el más concurrido del mundo —respondió Duffy.

—¿No lo es el aeropuerto O'Hare?

—No. Tenemos unas estadísticas de vuelos que lo confirman. Este año tuvimos trece mil vuelos más que O'Hare, de enero a junio. Atendemos a tres millones más de pasajeros.

Entonces sonó el móvil de Lorna, y ella lo tomó y se puso a hablar a voz en cuello. Un camarero se acercó y le murmuró unas palabras al oído. Lorna le miró con cara de pocos amigos y cerró su móvil visiblemente enojada.

—Insisten en que todos los clientes apaguen sus móviles —declaró—. Como si alguien pudiera oír el sonido de un móvil en este lugar. Me estoy quedando sorda.

Yo apagué mi móvil, tratando de no darle importancia.

Después de cenar —Lorna pidió langosta con trufas, el plato más caro de la carta, como es natural, y Duffy pidió el pollo Statler—, me disculpé para ir al servicio.

Letasky se reunió conmigo al cabo de unos minutos.

—A riesgo de ser poco original —comentó, situándose ante el otro urinario—, creo que a Tom Duffy le han cortado las pelotas.

—¿Sabes lo que es un indicio en el póquer?

—Claro. ¿Por qué?

—Algunas personas dan clase para aprender a leer las microexpresiones faciales —dije—. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—No es necesario perder el tiempo con esas chorradas para ver que cada movimiento que hace Lorna es imitado por Duffy. La que toma las decisiones es ella, no Duffy.

—¿Crees que se acuestan juntos?

—No. Estoy seguro.

—He conocido a parejas más extrañas. Esta cena no está resultando como esperábamos.

—Nos están vacilando —respondí—. Maldita sea, esa mujer cambia todo el esquema. Yo tenía a Duffy en el bote hasta que apareció ella.

—¿Crees que Lorna tiene otro candidato?

—Lo único que sé es que no ha escuchado una sola palabra de todo lo que he dicho.

—Mientras hablabas, observé que asentía continuamente con la cabeza.

—Es lo que suelen hacer las mujeres. Asienten para demostrar que te escuchan. No significa nada.

—Tienes razón. ¿Crees que ha llegado el momento de intentar una táctica arriesgada? —Yo había contado a Letasky lo de Chicago.

—No —respondí—. No tenemos a Lorna en el bolsillo. Si nos levantamos de la mesa, el contrato se lo llevará Hitachi u otra compañía.

—AirView Systems.

De pronto, se abrió la puerta de los servicios y apareció Duffy.

—Todo tuyo —dije, acercándome al lavabo.

Cuando terminamos de cenar, la conversación había girado en torno a numerosos temas, salvo las pantallas de información de vuelos. Nos habíamos bebido tres botellas del Pauillac, y Lorna se estaba divirtiendo de lo lindo. Yo maldije en silencio su rostro inmóvil.

Cuando nos despedimos, el mozo del servicio de aparcamiento del restaurante me trajo el coche, coloqué el móvil en el manos libres y lo encendí.

Tenía seis mensajes en el contestador.

—Jason..., estoy sangrando.

Sentí un escalofrío de terror.

Los siguientes mensajes también eran de Kate. Su voz sonaba cada vez más débil y desesperada. Sangraba mucho, dijo. Necesitaba ayuda.

—¿Dónde estás? —me preguntó—. Llámame, por favor.

El sexto mensaje era una voz masculina, la de Kurt.

—Jason —dijo—, estoy con Kate en la sala de urgencias del Children's Hospital. Acabo de traerla en coche. Llámame a mi móvil. O ven directamente. Enseguida.

Capítulo 41

Entré apresuradamente en urgencias y vi a Kurt sentado en la sala de espera, con el rostro pétreo.

—¿Dónde está? —pregunté.

—En la sala de primeros auxilios —respondió, señalando con la mano—. Está bien. Ha perdido mucha sangre.

La copiosa cena se me estaba indigestando. La leve sensación de embriaguez debido al vino que había bebido dio paso al temor y a una descarga de adrenalina.

—¿Hemos perdido al bebé? —Me parecía increíble pronunciar esas palabras.

Kurt negó con la cabeza.

—He hablado con la enfermera. Creo que el niño está bien.

—Gracias a Dios.

—¿Por qué diablos no dijiste a Kate dónde estabas? —me espetó Kurt, mirándome enfurecido.

—Yo... —respondí. ¿Cómo, no recordaba el nombre del restaurante?—. Kate tiene el número de mi móvil.

—Ya, y debiste dejarlo encendido. ¡Por el amor de Dios, tu mujer está en estado! ¿Sales a cenar y apagas el móvil porque no quieres perder una venta? No lo entiendo, tío —dijo Kurt, meneando la cabeza.

Sentí diversas emociones contradictorias: gratitud hacia Kurt por haber traído a Kate a urgencias, ira ante su indignación (¿a qué venía que se enfureciera de ese modo?), un sentimiento de culpa como una casa, alivio al saber que Kate estaba bien y no habíamos perdido el niño.

—Tuve que apagar el móvil.

—Tienes suerte de que yo estuviera ahí.

—¿Te llamó Kate?

—Yo llamé a vuestra casa, por suerte.

—¿Señor Steadman? —Una enfermera de urgencias se acercó a Kurt. Lucía una bata azul, tenía el pelo plateado y los ojos azul claro. Debía de tener cincuenta y tantos años y emanaba un gratificante aire de autoridad—. Su esposa está bien. Está anémica, pero hemos repuesto la sangre que ha perdido.

—Yo soy el marido —dije.

—Ah —respondió la enfermera, volviéndose hacia mí—. Lo siento. Su esposa parece estar embarazada de unas dieciséis semanas, ¿no es así?

—Sí. —Observé que la enfermera no había empleado el tiempo pasado: «está embarazada», no «estaba embarazada».

—¿Prefiere hablar en privado, señor Steadman?

—No es necesario —respondí, mirando a Kurt—. Es un amigo.

—De acuerdo. Su esposa tiene lo que se denomina placenta previa, que significa que la placenta cubre el cuello del útero. ¿Quiere que se lo explique? —me preguntó la enfermera. Se expresaba con tono sereno, casi hipnótico. Tenía el acento bostoniano de la clase obrera, como mi madre.

—Creo que lo entiendo —contesté.

—Tiene un embarazo de alto riesgo. Tendrá que permanecer en el hospital unos días, en la sala de maternidad de alto riesgo, y luego guardar cama durante el resto de la gestación. Reposo absoluto en cama. Eso significa permanecer tendida de costado tanto tiempo como pueda, utilizando un orinal. Dentro de un tiempo podrá incorporarse y dar algún paseo en coche. Pero no debe cansarse. Existe el riesgo de un parto prematuro. A estas alturas del embarazo, el feto probablemente no sobreviviría.

—¿Qué riesgo corre mi mujer?

—Sólo el diez por ciento de las mujeres a quienes se les diagnostica una placenta previa corren cierto riesgo en el momento del parto. Lo más probable es que la placenta comience a retirarse del cuello del útero por sí sola. Confiemos en que todo vaya bien —dijo la enfermera, cruzando los dedos.

El feto. Era un bebé, maldita sea.

—¿Cómo está el bebé?

—Los latidos del feto son normales. Eso significa que al feto no le afectó la hemorragia.

Asentí con la cabeza.

—¿Tuvo su esposa dolores antes de esto? ¿Alguna pérdida de sangre?

—No creo que sangrara. Pero tuvo dolores.

—¿La visitó su ginecólogo?

—Le dijo tan sólo que descansara.

—Ya. ¿Cuándo practicaron el coito por última vez?

Es una estupidez, pero sentí los ojos de Kurt sobre mí. ¡Qué ridículo era adoptar una actitud defensiva en unos momentos como esos!

—Hace varios días —respondí—. Probablemente un mes. ¿Puedo verla?

Kurt se quedó en la sala de espera mientras yo entraba a ver a Kate.

Estaba pálida, ojerosa. Parecía triste. Le habían colocado un par de goteros, uno con sangre y otro que contenía un líquido transparente, y estaba conectada a un monitor cardíaco y a uno fetal.

—Cariño —dije. Apoyé una mano en su frente, le acaricié la cara, el pelo —. ¿Cómo te encuentras?

—Cansada. Estuve a punto de perder el conocimiento. Todo estaba lleno de sangre.

Asentí con la cabeza.

—Me han dicho que todo irá bien. El bebé está perfectamente.

—Uno de los médicos me ha dicho que tengo que quedarme aquí unos días.

—Sólo un par de días.

—Tendré que guardar cama hasta el momento del parto.

—Lo sé. Pero estás bien, y el bebé está bien.

—Supongo que eso significa que tendré que pedir antes la baja por maternidad.

—En la fundación pueden arreglárselas sin ti.

—Eso me temo —respondió Kate, sonriendo un poco, tratando de hacer un chiste.

—Lamento haber tenido que apagar el móvil. Me obligaron a hacerlo en el restaurante, pero debí dejarlo encendido, o haberte llamado para darte el número de teléfono del restaurante.

—No te preocupes. Llamé a Claudia, pero está en Nueva York, y llamé a Sally y a Amy, pero no pude localizarlas. Se me ocurrió pedir una ambulancia, pero entonces llamó Kurt, gracias a Dios.

—Gracias a Dios.

—Qué buen amigo es, ¿no te parece?

«No tendrás mejor amigo ni peor enemigo», había dicho él.

Asentí con la cabeza, pero no respondí.

Capítulo 42

Pasé la noche en un sofá en la habitación que ocupaba Kate en el hospital. Por la mañana, con todo el cuerpo dolorido y agotado, fui a casa en coche, recogí algunas cosas que Kate me había pedido y se las llevé al hospital. No fui a la oficina hasta el mediodía.

En el buzón de voz de mi móvil tenía un mensaje de Jim Letasky; pero cuando le llamé, no obtuve respuesta en su móvil ni en su despacho. Llamé a Festino y le pedí que localizara a Letasky. Festino me llamó para decirme que Letasky había salido del edificio para hacer una presentación pero quería hablar conmigo sobre algo importante.

Cuando llegué al despacho, examiné mis correos electrónicos mientras escuchaba mi contestador automático a través de un altavoz. Me sorprendió oír un mensaje de Kurt.

—Hola —dijo—. Dame las últimas novedades sobre Kate, ¿vale?

Me sentía muy raro, hecho un lío con respecto a Kurt. Le debía un inmenso favor por haber llevado a Kate al hospital, pero eso no cambiaba lo que opinaba sobre él, fundamentalmente, o lo que sabía que debía hacer. Kurt tenía que abandonar la compañía. Pero empezaba a creer que no se merecía que yo maniobrara a sus espaldas para que le echaran. Como mínimo, merecía que se lo dijera a la cara. Scanlon no me había vuelto a llamar, y dudé que investigara el asunto referente al despido de Kurt.

De modo que decidí comunicar a Kurt, de hombre a hombre, que tenía que abandonar Entronics. Yo le ayudaría a encontrar un buen empleo en otro lugar. Pero su carrera en Entronics había terminado.

Cuando fui a descolgar el auricular para llamar a Kurt, sonó el teléfono.

—¿Cómo está Kate? —preguntó Kurt.

—Mejor. Sigue con los goteros.

—No debí gritarte por no haber respondido al móvil —dijo.

—Tenías razón. No debí apagarlo. Al diablo con el protocolo. A propósito, aún no te he dado las gracias, Kurt.

—No es necesario.

—De todos modos, gracias, colega. Te debo un favor.

—¿Llevas la cuenta?

Siempre que podía, entraba en Internet para documentarme sobre la placenta previa. Algunas páginas electrónicas no le daban excesiva importancia. Otras lo presentaban como un asunto muy grave. No sabía qué creer.

Letasky apareció en la puerta de mi despacho, vestido con traje y corbata.

—¿Tienes abierto el navegador?

—Sí.

—Ve a la página del municipio de Atlanta.

Tecleé la dirección de la página electrónica.

—Ahora ve a los Departamentos, y luego a Aprovisionamiento. ¿Lo tienes?

—¿De qué se trata, Jim? ¿Quieres atormentarme?

—No, quiero que lo veas. ¿Ves «Peticiones de propuestas / Ofertas»?

Apareció en la pantalla el acuerdo que yo creía que teníamos en el bote. Decía con letras rojas: LA CORPORACIÓN AIR-VIEW SYSTEMS PRESENTA UNA PROPUESTA DE UN PRESUPUESTO MÁS BAJO Y ADJUDICACIÓN DEL CONTRATO PENDIENTE. El nombre del contacto era Lorna Evers.

Se me cayó el alma a los pies.

—Mierda. De modo que esos cabrones dejaron que los lleváramos a cenar cuando esa noticia ya estaba colgada en su página electrónica.

—Ha aparecido esta mañana.

Me senté en mi silla.

—Mierda. Necesitamos ese contrato. Creí que ya lo teníamos.

—No tenías la menor oportunidad de conseguirlo —respondió Letasky—. Nosotros no teníamos la menor oportunidad de conseguirlo. Ya estaba convenido.

«Ya estaba convenido»: la queja favorita de todo vendedor, junto con «Nunca me devuelven las llamadas».

—No tienes idea de lo mucho que necesitamos ese contrato. ¿Así que se acabó? ¿El acuerdo está decidido?

—Oficial y formalmente, es tentativo. «Bajo consideración», lo que significa que requiere tan sólo la firma de los mandamases. Pero sí, parece que está decidido.

—Lo intentamos —dije—. Hicimos cuanto pudimos.

—A veces no basta —contestó Letasky.

En mi pantalla apareció un correo electrónico de Dick Hardy. El tema era: ATLANTA. El mensaje contenía dos palabras: «¿Y bien?».

Respondí con un correo electrónico que decía: «Sigo en ello, pero no soy optimista».

Tras salir de mi despacho, Letasky se detuvo unos instantes y luego regresó.

—Oye, Trevor me ha invitado a jugar a baloncesto con él los jueves por la noche, y si Gail me deja, seguramente iré.

—De acuerdo —respondí. No estaba seguro de adónde quería ir a parar Letasky.

—Sólo quería que lo supieras. No quiero tomar partido por nadie.

—¿Tomar partido? Trevor es mi segundo de a bordo. No estamos en lados opuestos.

—De acuerdo —respondió Letasky, asintiendo con la cabeza—. Es que..., ya sabes, quizá no me incumbe y debería mantener la boca cerrada, puesto que soy nuevo aquí. Pero ¿no te ha comentado nadie que a veces Trevor... comenta ciertas cosas sobre ti?

—Lamento oírlo.

—Cosas desagradables. A veces dice pestes sobre ti. Dice que eres implacable, que les haces la zancadilla a tus adversarios.

Meneé la cabeza sonriendo con tristeza.

—Creí que deberías saberlo —dijo Letasky.

—Lo siento. Pero te agradezco que me lo hayas dicho.

Cuando Letasky se marchó, contemplé durante largo rato la página electrónica del municipio de Atlanta. Luego cogí el teléfono y llamé a Kurt.

—Necesito tu ayuda —dije. «Dios santo, ahora sí que te has metido en un buen lío», pensé—. Una última vez.

Capítulo 43

Esa noche, los médicos del hospital nos dijeron que Kate estaba lo suficientemente recuperada para irse a casa a la mañana siguiente; lo cual me iba de perlas, porque después de pasar varias noches en el sofá de su habitación, necesitaba urgentemente los servicios de un quiropráctico. Dije a Kate que quería contratar a una enfermera particular para que la ayudara en casa, puesto que debía guardar el máximo reposo en cama; pero Kate respondió que era una tontería, que no necesitaba una enfermera.

—Susie quiere venir a pasar unos días —dijo Kate, mirándome de refilón—, para cuidar de mí.

—Perfecto —respondí, asintiendo con la cabeza—. No quiero que estés sola en casa.

—Tomará un avión desde Nantucket.

—Craig y Susie habían alquilado una casa en Nantucket para los meses de agosto y septiembre, como de costumbre.

—Me alegraré de ver a Susie y a Ethan de nuevo —dije. Lo cierto era que me complacía volver a ver a Ethan—. A Craig, no tanto. —Cielos, pensé, ¿no existía un límite legal sobre las veces que tengo que ver a Craig?

—Craig no va a venir. Ha regresado a Los Ángeles. Susie traerá a Ethan. A Ethan le conviene pasar más tiempo contigo.

—Lo que le conviene a Ethan es que les retiren la custodia a sus padres y lo coloquen con una familia adoptiva.

—Jason.

—De todos modos, ya sabes que no tengo mucho tiempo para estar con él.

—Lo sé.

—Me alegro de que Susie venga. —Sin Craig.

Cuando estaba a punto de dormirme, me llamó Kurt al móvil.

—¿Cuánto tiempo dura esa feria de muestras? —preguntó.

—¿La de Bayside?

—Sí, la feria a la que van a asistir tus amigos de Atlanta.

—Otros dos días. ¿Por qué?

—Me he topado con algo interesante. Llamé a un tipo de las Fuerzas Especiales en Marietta, Georgia, que me debe unos favores. Conoce a gente en Atlanta.

—¿Interesante en qué sentido?

—Hablaemos por la mañana, cuando pueda decirte algo más concreto.

Por la mañana practicaron a Kate una amniocentesis para asegurarse de que todo iba bien. La enfermera nos preguntó si queríamos saber el sexo del bebé, y Kate se apresuró a responder que no, de modo que la enfermera dijo que nos enviarían los resultados sin mencionar el sexo del bebé.

Firmé el alta de Kate; una de las enfermeras la bajó al vestíbulo de entrada en una silla de ruedas, y la llevé a casa en coche. Me salté mi visita matutina al gimnasio para dedicar unas horas a ser un buen marido, instalando a Kate en la cama con una silla con orinal junto a ella para que no tuviera que levantarse para ir al baño. Me aseguré de que tenía el teléfono y el mando a distancia del televisor en la mesilla de noche, al alcance de la mano. Instalé uno de esos artilugios que utilizan en los aeropuertos, lo cual no resultó tan complicado como me temía, para que Kate pudiera utilizar fácilmente su ordenador portátil en la cama, tendida de costado. Le dejé también un montón de libros en la mesilla de noche. El año pasado, por Navidad, le había regalado una colección de novelas rusas de tapa dura, en unas «traducciones modernas geniales», según dijo Kate: *Anna Karenina*, *Los hermanos Karamazov*, *Crimen y castigo*, *El doble*, *El jugador* y muchas más. Una de ellas había figurado en la selección del Club del Libro de Oprah. Evidentemente, había sido idea de Kate; a mí me parece una faena peor que el que te regalen unos calcetines por Navidad. Kate había comentado a menudo que le gustaría tener tiempo para leer todas las obras de Dostoievski. Ahora tenía la oportunidad de hacerlo. Kate se había lanzado sobre *Los hermanos Karamazov*, que había comenzado a leer con avidez.

Llegué tarde a la oficina, y entre los numerosos mensajes en el contestador automático había uno de Kurt invitándome a almorzar. Le llamé y dije:

—Gracias, colega, pero tengo el tiempo justo para comer un sándwich y ponerme a trabajar en mi mesa. Ya sabes, el teclado lleno de migas y...

—He reservado una mesa en un elegante restaurante japonés en Boston —me interrumpió Kurt—. Para la una.

Yo ignoraba que a Kurt le gustara la cocina japonesa, y no comprendí su insistencia.

—En otro momento aceptaré encantado.

—No es una opción —respondió Kurt—. Hemos tenido suerte. Nos veremos en el Kansai a la una.

—Puedo llevarte en coche.

—No te molestes. Ya estoy en la ciudad. Me he tomado la mañana libre.

Yo había trabajado durante años para una compañía japonesa, pero nunca me había aficionado a la comida japonesa. Quizá se deba a que es demasiado saludable, demasiado minimalista.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—Ya lo verás. ¿Tienes hambre?

—No mucha.

—Yo tampoco. No te preocupes.

Nos condujeron a una mesa baja lacada en negro, y tuvimos que quitarnos los zapatos para sentarnos en un tatami en el suelo. En la mesa había una bandeja caliente sobre la que había un voluminoso recipiente con agua hirviendo, que contenía unas algas flotando en agua turbia.

—¿Quieres ir al baño? —me preguntó Kurt.

—No, gracias, papá.

—De todos modos, ve.

—¿Va a ser un almuerzo prolongado?

—El lavabo de hombres está en el pasillo, a la izquierda. Pero te aconsejo que sigas avanzando hasta llegar al último reservado a la derecha.

—¿Y?

—Anda, ve.

Me encogí de hombros y me dirigí por el pasillo hasta el último reservado a la derecha. Un biombo de papel de arroz protegía la intimidad del reservado; pero al moverme unos centímetros, pude ver en su interior.

Lo que vi ahí dentro hizo que por poco tuviera un síncope.

Lorna Evers, la directora adjunta de Aprovisionamiento del municipio de Atlanta, compartía un romántico almuerzo con un hombre con el pelo plateado como un presentador de televisión y los ojos hundidos: Steve Bingham, el director general de AirView Systems, la compañía a la que le había sido adjudicado el contrato del aeropuerto de Atlanta que debíamos haber conseguido nosotros.

Estaban sentados juntos en un lado de la mesa, besándose mientras Lorna masajeaba hábilmente la entrepierna de Bingham. En la mesa frente a ellos había una bandeja, intacta, con unas lonchas rojas y delgadas de carne cruda.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no derribar el biombo *shoji* y decir a Lorna Evers lo que opinaba de su proceso de aprovisionamiento. Regresé a nuestra mesa.

Kurt me observó acercarme, arqueando las cejas.

—¿Cómo lo averiguaste? —pregunté con expresión pétrea.

—Ya te lo dije, conozco a un tipo en Marietta, quien conoce a un investigador privado en Atlanta que mantiene frecuentes tratos con el municipio de Atlanta. De modo que hice un trabajo preliminar en la habitación del hotel de Lorna.

—Maldita sea. Es la directora adjunta de Aprovisionamiento. El municipio debe de tener unas leyes contra esto.

—Código ético, secciones 2-812 y 2-813 —respondió Kurt—. Supuse que querías conocer algunos detalles. Esa tal Lorna no sólo puede perder su trabajo, sino pasarse seis meses en la cárcel. Por otra parte, no creo que a su marido le hiciera gracia enterarse de sus devaneos.

—De modo que está casada.

—Al igual que Steve Bingham. Steve tiene cinco hijos.

Me levanté y dije:

—Disculpa. Quiero saludar a Lorna.

Me encaminé hacia el reservado y penetré a través del espacio entre los biombos de papel de arroz. Ambos se estaban besando y magreando apasionadamente y, al alzar la vista, me miraron turbados.

—Hola, Lorna —dije—. Un restaurante magnífico, ¿no crees?

—¡Jason!

—Tengo entendido que el *sushi* enrollado a mano es excelente.

—Tú... ¿qué estás...?

—¿No vas a presentarme a tu amigo? —pregunté—. Steve, ¿no es así? Steve Bingham, de AirView, si no me equivoco. Creo que nos conocimos en TechComm.

La cara roja como un tomate de Steve Bingham ofrecía un interesante contraste con su pelo plateado. Cruzó las piernas para ocultar el evidente bulto en su entrepierna.

—¿Nos conocemos? —preguntó, carraspeando para aclararse la garganta.

—TechComm es como un zoológico —respondí—. Conoces a multitud de gente. Pero está claro que vosotros os conocéis bien.

—Jason... —dijo Lorna con tono implorante.

—Lamento haberos interrumpido —respondí—. Te llamaré a tu móvil más tarde. —Tras lo cual le guiñé el ojo.

No fue necesario que llamara a Lorna. Ella misma me llamó al cabo de una hora aproximadamente. Había encontrado unas «discrepancias» en la oferta de AirView, según dijo, y había decidido adjudicarme el contrato a mí.

Lo lógico habría sido que me sintiera eufórico, pero me sentí sucio. Ésta no era la forma en que había esperado conseguir el contrato más importante de mi carrera.

Recibí el hardygrama al cabo de unos minutos de haberle comunicado por correo electrónico la buena noticia, enviado desde su BlackBerry. El mensaje, escrito con mayúsculas, decía:

¡LO CONSEGUISTE!

Poco después Hardy me llamó, desbordante de alegría, para decirme que estaba prácticamente seguro de que yo había salvado a nuestra división del hacha del verdugo.

—Genial —respondí—. Me alegro.

—Chico, te lo tomas con una calma chocante —observó Hardy con voz atronadora—. Eres un tipo muy modesto.

—A veces —contesté.

—Dentro de unos minutos aparecerá en Internet el comunicado de prensa. Los inversores en fondos de protección empezarán a considerar las acciones de Entronics de forma distinta. Saben que éste es un contrato de gran magnitud, aunque tú no lo sepas.

Pasé por casa para cambiarme y comprobar cómo estaba Kate. Estaba tendida de costado en la cama, escribiendo en su ordenador portátil. También estaba documentándose sobre lo de la placenta previa, pero al parecer sólo había encontrado las páginas electrónicas que la describían como una anomalía muy grave. Le hablé sobre las que no pintaban el tema tan negro, y le conté que la enfermera había dicho que si reposaba, probablemente todo saldría bien.

Kate asintió con la cabeza, reflexionando.

—No estoy asustada —dijo—. Tienes razón. Si hago lo que me han indicado, no me ocurrirá nada malo. —Apoyó una mano en su vientre y añadió—: Y al bebé tampoco.

—Bien —dije, tratando de dar la impresión de optimista e informado.

—De modo que no voy a preocuparme.

—Exacto.

—Preocupándome no adelanto nada.

—Bien. —Kate respiró hondo—. Esta mañana he enviado por correo electrónico unos JPEG de los trabajos de Marie Bastien a la directora de la Galería Franz Koerner en Nueva York.

Me llevó unos minutos recordar quién era Marie Bastien.

—Las colchas —dije.

—El director es amigo de Claudia.

—Qué oportuno.

—Sí, ya. Opino que si tienes influencias, más vale utilizarlas. Como es natural, no voy a decirle nada a Marie. Pero si están interesados en su trabajo, ésta podría ser la oportunidad que esperaba. Tienes cara de aburrido.

—No estoy aburrido.

—No te he preguntado cómo te ha ido hoy. Lo siento. ¿Cómo te ha ido hoy?

Le conté que probablemente había salvado la división al conseguir el contrato del aeropuerto de Atlanta, pero no le dije cómo lo había obtenido. Kate respondió con una imitación bastante convincente de entusiasmo. Luego dijo:

—Los canales digitales no funcionan.

—Qué contratiempo. ¿Has llamado a la compañía?

—Pues claro —respondió Kate malhumorada—. Dicen que tenemos una señal, lo cual no es cierto. Dicen que si queremos que cambien el decodificador, nos enviarán a un operario dentro de un par de días. No quiero esperar tanto tiempo. Me siento como si estuviera bajo arresto domiciliario.

—Al menos tienes Internet. —Disponíamos de ADSL de alta velocidad a través de la compañía telefónica.

—Lo sé. Pero quiero ver la televisión. ¿Es mucho pedir? ¿Te importaría echar un vistazo al decodificador?

—Kate, no tengo la menor idea de cómo reparar un decodificador.

—Quizá sean los cables.

—No entiendo de cables. Esos chismes me parecen un bol de espaguetis. —Tras hacer una pausa, no pude resistir la tentación de añadir—: ¿Por qué no llamas a Kurt? Es capaz de arreglarlo todo.

—Buena idea —respondió Kate sin captar mi pequeña pulla. O quizá la captó y no quiso «dignificarla», como solía decir. Aunque mis pullas no requieren que nadie las «dignifique». Kate se volvió hacia su ordenador portátil—. ¿Sabes esa actriz que trabajaba en la película que vimos anoche? —Kate tenía dos cuentas con una compañía de alquiler de películas por Internet y podía alquilar doce de uedés de una vez. Últimamente había

alquilado muchas películas de cine independiente. Creo que todas estaban protagonizadas por Parker Posey—. ¿Sabías que había trabajado en *Fast Times at Ridgemont High*?

—No tenía ni idea.

—¿Y sabías que el director se crió en Malden? Escribía para *Major Dad*.

—Creo que pasas demasiado tiempo enganchada a Internet —respondí. Observé que el punto que utilizaba en *Los hermanos Karamazov* estaba inserto a un milímetro del comienzo del libro—. ¿Qué tal los hermanos K? Ya veo que te tiene absorta. Debe de ser un libro que te atrapa desde el principio. No puedes dejarlo si no lo coges.

—Eso es lo malo de hacer reposo en cama —replicó Kate—. Tienes todo el tiempo del mundo, pero pierdes la facultad de concentrarte. De modo que entro en Internet para consultar algo, y eso conduce a otra cosa y a otra, y sigo pinchando y pinchando, y al poco rato estoy perdida en el ciberespacio. Creí que tenías un partido esta noche.

—Así es, pero me quedará contigo.

—¿Para qué? No seas tonto. Si tengo que localizarte, sé cómo hacerlo. Pero esta vez no apagues tu móvil.

Esa noche Kurt lanzaba unas bolas de «apaga y vámonos», como suelen decir los locutores de radio para indicar que el partido está ganado. Pero lo más asombroso era la cantidad de *home runs* que consiguió Trevor. Éste era un buen jugador, y en cada partido solía marcar cuando menos un *home run*. Pero esa noche, cada vez que entró a batear, las bolas salían disparadas, desplazándose unos cien metros. Trevor parecía tan asombrado como nosotros ante lo bien que estaba jugando. Supuse que su seguridad en sí mismo estaba incentivada por la posibilidad de hundirme. Estaba jugando mejor que Kurt.

Los jugadores del Metadyne no eran maravillosos ni pésimos. Era una compañía que fabricaba material de pruebas para chips semiconductores, lo cual es tan excitante como suena, de modo que el partido de sóftbol constituía el punto álgido de su semana laboral; sin embargo, no estaban disfrutando con el partido.

En la cuarta entrada, Trevor lanzó otra bola tremenda, hasta el punto de que el bate se le cayó de las manos y cayó en tierra con un sonoro ruido metálico. Entonces ocurrió algo curioso.

El extremo de su bate se había desprendido. La punta se había separado de la empuñadura y había rodado unos metros hacia el interior del campo. Un grupo de jugadores se echó a reír, incluso Trevor. La bola había desaparecido. Uno de los defensas trató de perseguirla. Otro jugador del Metadyne recogió la punta del bate mientras Trevor corría de una base a otra.

El jugador del Metadyne la examinó con curiosidad y la sopesó en la mano.

—Caray, qué pesada es —dijo—. ¡Fíjate!

Se la mostró a otro jugador del Metadyne, que, según pude recordar, era un ingeniero electrónico. Éste la sopesó en la palma de su mano, como había hecho su compañero.

—Parece como si alguien hubiera introducido unos plomos de pesca y cola en la punta de este bate. ¡Es increíble!

A continuación se acercó a la empuñadura metálica del bate decapitado y la recogió. Miró en su interior e indicó a sus compañeros de equipo que se aproximaran.

—¡Eh! —gritó uno de los jugadores—. ¡Este bate ha sido manipulado!

Trevor, que había alcanzado triunfalmente la última base, sin jactarse siquiera, se volvió para comprobar el motivo del alboroto.

—Has manipulado el bate —gritó uno de los jugadores del Metadyne.

—¿Qué? —contestó Trevor, acercándose a la carrera a donde todos estaban examinando su bate.

Nuestro equipo había dejado las gradas para averiguar a qué se debía el barullo.

—El interior de este bate ha sido manipulado con un aparato eléctrico o un torno —declaró el ingeniero—, quizá con uno de esos aparatos Dremel. Incluso pueden verse las virutas, creo que de grafito o resina. Y fijaos en esta lámina de plomo adhesiva dentro de la punta del bate.

—¡Yo no lo he hecho! —protestó Trevor—. No sabría hacerlo.

—No, claro —dijo otro jugador del Metadyne que tenía una voz nasal y áspera—, se lo enviaste a uno de esos manipuladores de bates.

—¡Es mentira! —gritó Trevor.

—El partido queda anulado —dijo el ingeniero electrónico—. Son las normas.

—No me extraña que estos tipos de Entronics tengan una racha en la que lo ganan todo —comentó el jugador de la voz nasal y áspera—. Son unos tramposos.

El equipo del Metadyne insistió en llevar a cabo una inspección visual de todos nuestros bates, y hallaron los acostumbrados arañosos y mellas. Sólo el bate de Trevor había sido manipulado. Al parecer, adelgazando las paredes para dotarlo de mayor flexibilidad e introduciendo un peso en la punta, incrementaba lo que el ingeniero del Metadyne llamaba «efecto trampolín», multiplicando la eficacia del bate.

Sin embargo, Trevor no estaba dispuesto a comerse el marrón sin protestar. Plantado en el campo con su pantalón corto y holgado, su camiseta que decía LA VIDA ES GENIAL, su collar de conchas *pukka*, sus flamantes deportivas blancas Adidas y su gorra desteñida de los Red Sox colocada al revés, insistió en que jamás había hecho trampas en el deporte, que jamás se le ocurriría hacerlo, que ni siquiera sabría cómo hacerlo.

Era difícil adivinar cuántos jugadores le creían. Oí a Festino decir a Letasky:

—¿Por un partido de sóftbol de la compañía? ¡Menudo espíritu competitivo! —Letasky, siempre tan diplomático, fingió no haberlo oído. Me había contado que jugaba al baloncesto con Trevor y Gleason los jueves, y que no quería tomar partido por nadie.

—O me vendieron el bate así —dijo Trevor—, o...

Miró a Kurt.

—Lo hizo ese cabrón —exclamó, alzando la voz—. Me ha vuelto a poner la zancadilla —añadió, señalándome a mí y luego a Kurt—. Los dos. Aquí se ha impuesto un puto reino del terror, ¿no os habíais dado cuenta?

Kurt le miró perplejo, se encogió de hombros y echó a andar hacia el aparcamiento. Yo le seguí.

—¿Por qué? —le pregunté cuando nuestros compañeros de equipo no podían oírnos.

—¡No creerás que lo hice yo!

—Sí.

Pero Trevor nos había alcanzado y se puso a caminar junto a nosotros, hablando con tono apresurado y seco:

—Eres un tipo interesante —dijo, dirigiéndose a Kurt—, un hombre de muchos secretos.

—¡No me digas! —replicó Kurt con tono inexpresivo, sin aminorar el paso. Había anochecido, y las luces de sodio del aparcamiento emitían una débil luz amarillenta. Los coches arrojaban unas sombras alargadas.

—He estado indagando en tus antecedentes —dijo Trevor—. Encontré una página electrónica de las Fuerzas Especiales y les envié una nota. Les

pregunté si alguien conocía a un tal Kurt Semko.

Kurt miró a Trevor de refilón.

—¿Y has descubierto que no existo? ¿Que soy un espejismo? ¿Que estoy en el programa de testigos protegidos?

Los observé a los dos desconcertado, asistiendo a ese partido de tenis verbal entre ellos.

—Al día siguiente alguien me envió una respuesta. No sabía que te habían echado del ejército por conducta deshonrosa, Kurt. ¿Tú lo sabías, Jason? Tú le avalaste. Tú le recomendaste.

—Basta, Trevor —dije.

—¿Lo sabías o no, Jason?

No respondí.

—¿Cuánto sabes sobre el «saco de mierda», según lo llaman ellos, en que se metió Kurt en Irak, Jason?

Meneé la cabeza.

—Ahora comprendo por qué tu amigo está siempre dispuesto a hacerte el trabajo sucio —dijo Trevor—. Por qué está tan dispuesto a servirte de instrumento en un pequeño reino de terror. Porque le conseguiste un empleo que jamás habría obtenido si alguien se hubiera molestado en indagar en sus antecedentes. —Trevor se volvió hacia Kurt—. Puedes amenazarme cuanto quieras. Puedes tratar de sabotearme. Pero en último término, os hundiréis los dos.

Kurt se detuvo y se acercó a Trevor. Lo agarró por la camiseta y lo atrajo hacia sí.

Trevor respiró hondo.

—Anda, pégame. Mañana por la mañana me ocuparé de que te pongan de patitas en la calle.

—Kurt —dije.

Kurt agachó la cabeza y se aproximó a Trevor, de forma que sus rostros casi se rozaban. Tenía aproximadamente la misma estatura que Trevor, pero era mucho más corpulento y musculoso.

—Tengo otro secreto que quiero compartir contigo —dijo con voz grave y gutural.

Trevor le observó, encogido, esperando que le golpeará.

—Adelante.

—Yo maté a Kennedy —dijo Kurt, soltando bruscamente a Trevor.

Trevor relajó los hombros. El tejido de su camiseta que decía LA VIDA ES GENIAL estaba arrugado.

—¿Estás seguro, Trevor? —preguntó Kurt.

—¿Seguro de qué?

—De lo que dice tu camiseta —dijo, señalando con el índice el lema LA VIDA ES GENIAL—. ¿Estás seguro de que la vida es genial, Trevor? Porque yo que tú no estaría tan seguro.

Capítulo 44

Cuando llegué a casa, Kate aún estaba despierta. Estaba tecleando en su ordenador portátil, surfeando sobre un *tsunami* de trivialidades en Internet, averiguando cuántas novelas de Jane Austen habían sido llevadas al cine.

—¿No fuiste tú quien dijo que contemplar versiones cinematográficas de las novelas de Jane Austen era como escuchar una sinfonía de Beethoven interpretada con una armónica? —pregunté.

—¿Hemos alquilado alguna vez *Clueless*? Ésa te gustaría. Está inspirada en la novela *Emma* de Jane Austen, pero ambientada en un instituto de Beverly Hills y protagonizada por Alicia Silverstone.

—¿Sabes que van a hacer una adaptación de *Orgullo y prejuicio* con Vin Diesel como el protagonista?

—¿El señor Darxy? ¡No me lo creo! —exclamó Kate asombrada.

—Como te lo cuento. En la primera escena, Vin se estrella con su Hummer contra el ventanal de una mansión inglesa.

Kate me miró indignada.

—He pedido a Kurt que eche un vistazo al descodificador —dijo—, tal como propusiste.

—Bien hecho.

—Se pasará mañana después del trabajo. Le he invitado también a cenar.

—¿A cenar?

—Sí, ¿te disgusta? Siempre dices que me aprovecho de él, de modo que me pareció correcto invitarlo a compartir el pan y la sal con nosotros, o al menos unos *papadum*. Podrías traer algo preparado, indio o tailandés.

—Creí que mañana llegaba tu hermana.

—He pensado que a Susie y a Kurt les gustaría conocerse. A Ethan le encantará Kurt. ¿Te parece bien?

—Claro —respondí—. ¿Por qué no iba a parecerme bien? —Se me ocurrieron un par de razones, por ejemplo, que Kate pasaba demasiado tiempo con Kurt. O que no creía que Kurt y Susie, asidua de Saint Barths, tuvieran muchos temas de que hablar.

O que Kurt me daba miedo.

—Esto, Kate... Tenemos que hablar.

—¿No es eso lo que suelo decir yo?

—Sobre Kurt.

Le conté lo que hace tiempo debía haberle contado.

—¿Cómo es no me dijiste nada? —preguntó Kate.

—No lo sé —respondí después de una larga pausa—. Quizá porque me daba vergüenza.

—¿Vergüenza? ¿Por qué?

—Porque de no ser por él, yo no estaría aquí.

—No lo creo. Puede que te echara una mano, pero eres tú el que está realizando un trabajo magnífico.

—Creo que temía que si te lo contaba, me pedirías que no dijera nada al respecto, que aceptara la situación.

—¿Por qué iba a pedirte semejante cosa?

—Por esto —contesté, moviendo el brazo para señalar toda la casa, como había hecho Kate en cierta ocasión—. Mientras Kurt me ayudara a ascender en el escalafón de la compañía, sabía que tendríamos todo esto. Y sé lo importante que esta casa es para ti.

Kate pestañeó y se encogió de hombros. Entonces observé que unas lágrimas asomaban en sus ojos.

Luego añadí, más suavemente:

—Y sabía que cuando me encarara con él, me arriesgaba a perder todo esto.

Kate agachó la cabeza, y sobre la sábana cayeron unas lágrimas.

—¿Y qué? —preguntó con voz entrecortada.

—¿Y qué? Porque sé lo mucho que esta casa significa para ti.

Kate meneó la cabeza. Sus lágrimas formaban unas manchas húmedas en la sábana.

—¿Crees que eso es lo que me importa?

Guardé silencio.

Kate alzó la vista. Tenía los ojos enrojecidos.

—Crecí en una casa gigantesca, con servicio, una piscina, una pista de tenis. Iba a clase de equitación y de *ballet*, pasaba el invierno en Bermuda, la primavera en Europa y el verano en la playa. Y de pronto todo eso desapareció. Perdimos la casa en la ciudad, la de Cape Cod; me sacaron del colegio... Fue muy duro perder todo eso. Y es cierto que lo echo de menos, no quiero mentirte. Pero eso no es lo importante para mí.

—Corrígeme si me equivoco, pero ¿no fuiste tú quien estuviste mirando casas en Realtor.com?

—De acuerdo, me confieso culpable. ¿Deseaba que nuestros hijos crecieran en una casa con suficiente espacio para que corretearan por ella, con un jardín y todo lo demás? Sí. ¿Tenía que ser tan espléndida como ésta? Por supuesto que no. Esta casa me encanta, no lo niego. Pero si tuviera que renunciar a ella, no dudaría en hacerlo.

—Por favor.

—No me casé contigo por suponer que a tu lado volvería a ser rica. Me casé contigo porque eras una persona auténtica. Estaba cansada de esos farsantes con los que salía, que no dejaban de hablar sobre Derrida y Levi-Strauss... Y de repente conocí a un tipo real, que no pretendía hacerse pasar por lo que no era, sin dobleces, y me enamoré de él.

—Levi-Strauss —dije.

—El antropólogo, no los vaqueros —respondió Kate, meneando la cabeza, sabiendo que le estaba tomando el pelo—. Me encantaba tu vitalidad. Tu empuje, tu ambición, llámalo como quieras. Pero luego empezaste a perderlo.

Asentí con la cabeza.

—¿No te das cuenta de cuánto has cambiado? Estás más seguro de ti. Ya no te conformas como antes. Te admiro mucho, ¿sabes?

Las lágrimas rodaban por sus mejillas. La miré y luego bajé la vista. Me sentí como un cretino.

—Porque cuando nací, me entregaron las llaves. Y tú tuviste que ganártelas.

—¿Qué?

—Yo lo tenía todo, las ventajas, las amistades influyentes. ¿Y de qué me han servido? De nada.

—Ayudas a esa mujer haitiana que pinta colchas —dije.

—Ya —respondió Kate con tristeza—. De vez en cuando echo una mano a un artista pobre. Es verdad. Pero tú... No hay más que ver hasta dónde has llegado, lo que has conseguido por ti solo.

—Con ayuda de...

—No —contestó Kate con vehemencia—. Sin Kurt. Eso es lo que me hace feliz, y no todos los juguetes que puedes regalarme, como esa ridícula estrella de mar.

—¿La joya de Tiffany's?

—La odio. Lo siento, pero es verdad.

Solté un gemido.

—Ahora comprendo por qué no te la pones nunca. ¿Tienes idea de cuándo...? —Me detuve—. Gracias por decírmelo ahora. Es un poco tarde para devolverla.

—No es mi estilo, Jason —respondió Kate suavemente—. Es llamativa, hortera y... espantosa. Es más el estilo de Susie, no el mío.

—Cuando se la viste a Susie, dijiste que era preciosa.

—Lo hice para complacerla. ¿Acaso crees que quiero competir con Susie en todo? No quiero su marido ni su hijo y detesto la forma en que lo tratan, y no quiero su estúpida y frívola vida social. ¿Crees que soy como mi hermana? ¿Te has fijado que lleva mil dólares en cosméticos en su neceser? Yo utilizo productos de CVS. Nos separa un abismo. Desde siempre.

Quizá yo había subestimado a Kate más de lo que ella me había subestimado a mí.

—Lo siento mucho —dijo Kate—. He herido tus sentimientos.

—¿Por lo del broche? No tiene importancia. Me alegro de no tener que volver a verlo.

Kate se echó a reír aliviada a través de sus lágrimas.

—¿De veras crees que es demasiado tarde para devolverlo?

—No le hará gracia, pero trabajo en ventas. Seguro que consigo que me permitan devolverlo.

—¿Qué puedo hacer con lo de mañana? —inquirió Kate—. No puedo decirle a Kurt que no venga a cenar.

Sacudí la cabeza.

—Creo que es mejor que no lo hagas.

—Creo que es mejor que piense que todo es normal.

—Ya, aunque no sé qué considera él normal.

—En fin —dijo Kate—, hasta que decidas lo que vas a hacer con respecto a Kurt, porque está claro que tienes que hacer algo, creo que es mejor que estemos a buenas con él.

Capítulo 45

El jueves por la tarde Kate me llamó para pedirme que comprara comida tailandesa para la cena.

—A Susie le encanta la comida tailandesa —dijo.

—¿Por qué no le pides a Susie que vaya a comprarla?

—Ya sabes que no tiene coche.

—De acuerdo. ¿Está Kurt ahí?

—Acaba de marcharse. Ha arreglado el descodificador, pero regresará sobre las siete.

—Llegará a las siete menos cuarto —dije.

De camino a casa compré un libro sobre torturas medievales que estaba casi seguro que Ethan no tenía. Había dejado de sentirme culpable sobre el hecho de fomentar las retorcidas obsesiones de Ethan. Me pasé también por una tienda de telefonía móvil y compré un nuevo móvil, conservando el mismo número de teléfono. No sabía si era posible pinchar un móvil; pero en tal caso, todo indicaba que Kurt había pinchado el mío.

Besé y abracé a Susie, que estaba preparando una infusión de hierbas para Kate en la cocina. Estaba tan bronceada que parecía que se había untado tinte de nogal.

—¿Te diviertes en Nantucket? —pregunté—. Se nota que te pasas el día al sol.

—¿Quién, yo? Por favor. Es un autobronceador de Clarins. Odio el sol.

—¿Dónde está Ethan?

—Arriba, leyendo. —Al observar el paquete envuelto para regalo, Susie preguntó—: ¿Es para Ethan?

—Lo último del libro del mes sobre torturas editado por el Club Literario.

—Ya no le va el rollo de las torturas.

—Ésa es una buena noticia.

—Aunque no ha mejorado —respondió Susie, pero en esos momentos Ethan apareció en la puerta de la cocina.

Me acerqué al chico y le abracé.

—Te he comprado un libro, pero creo que la he pifiado. Al parecer, ya no te interesan las torturas medievales.

—Ahora me interesa el canibalismo —contestó Ethan.

—Ah —dije—. Un tema fascinante para abordarlo a la hora de cenar.

—Le dije que se dedicara a los vampiros —dijo Susie con un tono leve histérico—. Hay muchos libros sobre vampiros, unas novelas excelentes.

—Los vampiros son para chicas adolescentes —replicó Ethan—. ¿Sabías que la tribu de los fore en Papúa Nueva Guinea devoraba los sesos de sus parientes difuntos, y que padecen una enfermedad mortal llamada kuru?

—Para que aprendas a no comerte los sesos de tus parientes —dije, sacudiendo el dedo índice con gesto severo.

—¿Quién es el amigo que viene a cenar? —inquirió Susie.

—Es... un tipo interesante —respondí. Miré mi reloj—. Se está retrasando.

—¿Eso es la cena? —preguntó Ethan, señalando la bolsa manchada de grasa que había traído yo.

—Sí —contesté—. Comida tailandesa.

—Odio la comida tailandesa. ¿No hay *sushi*?

—No —respondí—. Lo siento.

—Mamá, ¿puedo comer Krispies con frutas para cenar?

—Kurt se retrasa —dije a Kate—. ¿Qué te parece si empezamos a cenar?

—Esperemos un rato.

Yo había dispuesto la comida tailandesa en una especie de bufé en una mesa en el comedor. Kate estaba tumbada en el sofá de la abuela Spencer. Ahora ya podía pasar ratos sentada, incluso levantarse de la cama, siempre y cuando reposara en cama tanto tiempo como fuera posible.

Kate estaba tecleando en su ordenador portátil, que tenía sobre el regazo.

—No te lo vas a creer —dijo—, pero acabo de recibir un correo electrónico de la directora de la Galería Koerner en Nueva York. El trabajo de Marie le ha entusiasmado. La compara con Faith Ringgold, tal como te dije. Cree que Marie no tardará en estar a la altura de Romare Bearden y Jacob Lawrence, ¡y cita nombres como Philomé Obin y Hector Hyppolite!

—Es estupendo —respondí.

A las ocho menos cuarto llamé al móvil de Kurt, pero no obtuve respuesta. Saqué su tarjeta de visita de mi billetero y llamé al número de teléfono de su despacho, pero tampoco obtuve respuesta. Nunca le había

llamado al teléfono de su casa, sólo al de su móvil; pero lo miré en la guía, por si acaso. No constaba ningún Kurt Semko.

A las ocho, Susie, Kate y yo empezamos a atacar los pinchos de pollo *satay*. A las ocho y media sonó el timbre de la puerta.

Kurt tenía el pelo empapado, olía a jabón y parecía como si acabara de salir de la ducha.

—Lo siento, colega —dijo—. Debí de quedarme dormido.

—¿Habías apagado el móvil? ¿Después de la bronca que me echaste?

—No lo llevaba encima. Lo siento.

—Espero que no te importe que hayamos empezado a cenar.

—No te preocupes. ¿Puedo cenar con vosotros?

—Por supuesto.

Ethan bajó de su habitación y le saludó.

—¿Eres un soldado? —preguntó.

—Lo era —respondió Kurt.

—¿Sabías que cuando el ejército de Napoleón se retiró de Rusia, los soldados tenían tanta hambre que se comieron a sus caballos? ¿Y que luego practicaron el canibalismo?

Kurt me dirigió una breve mirada y luego respondió:

—Sí. Lo mismo les ocurrió a los soldados alemanes durante la segunda guerra mundial. En la batalla de Stalingrado. Se quedaron sin comida, de modo que se comieron a sus compañeros, a los muertos. Veo que sabes mucho sobre hechos militares.

—Eso no venía en mi libro —dijo Ethan—. Tendré que consultarlo. Soldados y canibalismo.

Kurt me siguió hasta la sala de estar, donde besó a Kate en la mejilla. Yo no sabía que se saludaban con un beso, pero no dije nada. Kurt estrechó la mano de Susie.

—¿Qué tal funcionan los canales digitales? —preguntó Kurt a Kate.

—He notado que la recepción es incluso mejor que antes —respondió Kate—. Es un cable digital, y se supone que es perfecto, pero los canales analógicos siempre se veían un poco borrosos, y ahora se ven tan bien como los digitales. Ah, veo que sólo queda un pincho de *satay*, lo siento; sin embargo, hay mucho *pad thai*.

Creí oír que sonaba mi móvil arriba, pero no hice caso.

Kurt tomó un plato de cartón y se sirvió una porción de *pad thai*, verduras con salsa de ajo, arroz frito y ensalada de carne.

—No sé quién os instaló los cables, pero he cambiado la conexión RF al S-vídeo y veréis la televisión mejor. Ahora podréis disfrutar de una pantalla de plasma.

—Ya —respondió Kate—. Gracias.

—Además, he sustituido el filtro ADSL de cuatro vías por una señal de potencia amplificador / filtro, con lo cual notaréis una gran diferencia. Además, el equipo del convertidor de señal analógica a digital de ese descodificador era pésimo, de modo que fui a la compañía y lo cambié por un nuevo descodificador. Aunque no os lo digan, ahora tienen uno mucho mejor. Y he colocado unos cables de vídeo recubiertos de plata, que mejoran mucho la calidad de la imagen.

—Hablas como Phil Rifkin, que Dios lo tenga en su gloria —dije.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Susie, maravillada.

—Hice muchos trabajos de electrónica en las Fuerzas Especiales.

—¿Qué tal se te da el PowerPoint? —pregunté.

—¿Estuviste en las Fuerzas Especiales? —preguntó Susie—. Eso es como los Boinas Verdes, ¿no?

—Nadie los llama así hoy en día —respondió Kurt.

—¿Son los que buscan a Osama bin Laden en Afganistán?

—Yo no; pero algunos de mis compañeros en las Fuerzas Especiales, sí.

—¿Es verdad que lo teníais rodeado en Tora Bora pero como no os habían ordenado que los capturaraís tuvisteis que dejar que unos helicópteros rusos aterrizaran y se lo llevaran a Pakistán?

—No que yo sepa —contestó Kurt.

No cabía duda de que era mi móvil, que sonaba de nuevo, un segundo o tercer intento.

—Kurt no tiene nada que beber —dijo Kate—. Jason, ve a la cocina y tráele una cerveza. Tenemos Sam Adams, ¿te gusta?

—Sólo quiero agua. No me importa que sea del grifo.

Entré en la cocina, y empezó a sonar el teléfono de pared.

—¿Jason? Soy Jim Letasky.

—Parecía como si estuviera jadeando.

—Hola, Jim —contesté, un tanto sorprendido de que me llamara a casa—. ¿Eras tú quien me estaba llamando al móvil?

—¡Jason! ¡Dios santo!

—¿Qué ocurre?

—Es... Dios santo. ¡Dios mío! —exclamó Jim. Respiraba con dificultad.

—¿Qué ocurre, Jim? ¿Estás bien?

—Fui al gimnasio de ese instituto en Waltham, donde Trevor y Brett juegan al baloncesto. Y... Y...

—¿Y qué? ¿Qué ha ocurrido? ¿Estáis bien?

—¡Joder, Jason! Ha habido un accidente. —Jim rompió a llorar—. Un accidente de carretera. Han... muerto.

—¿Muerto? ¿Quién ha muerto?

—Trevor y Brett. Trevor conducía su Porsche a gran velocidad, y supongo que perdió el control... ¡Cielos! Un tipo vio el accidente. Cruzaron la mediana, chocaron con el guardarraíl y volcaron. La policía acudió y...

Me sentí mareado. Las rodillas no me sostenían, y me desplomé en el suelo de la cocina. El teléfono cayó de mi mano, colgando del cable.

Al cabo de unos minutos de permanecer sentado en el suelo, conmocionado por la noticia, me levanté y colgué el teléfono. Me senté en una silla de la cocina, con la mirada ausente, tratando de asimilar lo ocurrido. Permanecí allí unos cinco minutos, quizá diez.

De pronto, la voz de Kurt me sobresaltó. Se detuvo en la puerta de la cocina.

—Eh, hermano —dijo, observándome con curiosidad—. ¿Estás bien?

Alcé la vista y le miré.

—Trevor y Gleason sufrieron un accidente de carretera —respondí—. Trevor perdió el control del coche. —Me detuve—. Ambos han muerto.

Kurt tardó unos segundos en asimilarlo. Luego me miró con ojos como platos.

—Me tomas el pelo. ¿Ha ocurrido hace poco?

—Regresaban del partido de baloncesto. Trevor conducía su Porsche. El coche chocó con un guardarraíl y volcó.

—Mierda. Es increíble.

—Kurt tenía los ojos fijos en mí. No desvió la mirada ni un instante.

Me sentí como si tuviera un carámbano en la barriga, en mis tripas. Me estremecí.

Kurt me había recomendado el cedé que había escuchado en el coche sobre comunicación no verbal. Trataba sobre leer las expresiones de la gente, buscar pequeños cambios en los músculos faciales, pequeños gestos inconscientes que hacemos todos.

Incluso los mentirosos impenitentes.

Fue la reacción retardada de Kurt, la breve crispación de los músculos alrededor de los ojos, la forma en que alzó el mentón e inclinó la cabeza hacia atrás casi imperceptiblemente, un par de rápidos pestañeos.

Ya lo sabía.

—Cielos.

—¿Qué? —preguntó Kurt, cruzando los brazos.

Sonreí. Una sonrisa forzada, pero que no dejaba de ser una sonrisa.

—No podía haberles ocurrido a unos tipos más legales.

Kurt observó mi rostro, sin reaccionar.

Inspiré aire y lo expelí, sin dejar de sonreír.

—A veces la fortuna nos echa una mano —dije—. Interviene cuando necesitamos un poco de ayuda cósmica.

Kurt no reaccionó.

—Un accidente de carretera muy oportuno.

Yo era consciente de que Kurt no apartaba la vista de mi rostro. Me observaba atentamente. Achicó los ojos un poco.

Me estaba escrutando, calibrando mi reacción, tratando de descifrar si hablaba en serio, si era tan desalmado como parecía, si estaba tratando de manipularlo.

Relajé los músculos de la cara. No quería que Kurt pensara que trataba de adivinar sus pensamientos. Bajé la vista, me pasé la mano por la frente y me alisé el pelo, como si estuviera absorto en mis reflexiones.

—Seamos sinceros —dije—. Ese tío era una cucaracha. Ambos eran unas cucarachas.

Kurt emitió un gruñido, el tipo de gruñido que indica que no estás de acuerdo, pero tampoco en desacuerdo.

—Podrían haberme causado serios problemas —dije. Tras una pausa, Kurt respondió:

—Es posible.

—Te agradezco que cuides de mí —dije.

—No te entiendo —contestó Kurt. No logré interpretar su expresión.

—¿Estás completamente seguro de que nadie lo descubrirá jamás? —pregunté en voz baja.

No le miré. Fijé la vista en el suelo, observando las baldosas.

Esperé.

—¿Averiguar qué? —preguntó Kurt.

Miré alrededor de la cocina, como cerciorándome de que nadie nos oía.

Alcé la vista y observé el rictus de su boca, la expresión de sus ojos. No era una sonrisa, ni una mueca. Pero indicaba algo: una íntima satisfacción, quizás ironía.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunté, bajando más la voz. Observé el suelo y luego le miré.

Pasaron cinco, diez segundos.

—Manipulaste su coche, ¿no es así? —pregunté. Tenía el estómago inundado de algo ácido.

Sentí un sabor amargo. Sentí náuseas.

—No sé a qué te refieres —contestó Kurt.

Me acerqué apresuradamente al fregadero y vomité.

Vomitó como un descosido hasta que no quedaba nada en mi estómago, pero las arcadas no cesaban. Sentí el sabor a bilis y a monedas de cobre en la boca. Unas lucecitas giraban alrededor de mi cabeza. Temí perder el conocimiento.

Vi a Kurt de pie junto a mí; su cara parecía grotescamente grande.

—¿Estás bien?

Me acometió otro ataque de náuseas, e incliné la cabeza sobre el fregadero. No tenía nada en el estómago. Eran simples arcadas.

Agarré el borde de la encimera con las manos, sintiendo la frialdad de los azulejos. Me volví lentamente hacia Kurt, con la cara encendida, cegado por el resplandor de cuanto me rodeaba, con unas lucecitas bailando en mi visión periférica. Percibí el hedor a vómitos, a *pad thai* sin digerir.

—Tú los mataste —dije—. Maldita sea, tú los mataste.

La expresión de Kurt se endureció.

—Estás muy alterado —respondió—. Es evidente que estás sometido a un estrés brutal. Y ahora esto.

—Tú los mataste. Manipulaste el coche de Trevor. Sabías que esta noche tenían el partido de baloncesto. Sabías que Trevor conducía a mucha velocidad. Dios mío.

Kurt me miró con mirada ausente, inexpresiva.

—Basta —contestó—. Te estás pasando de la raya, colega. Tus acusaciones son absurdas. Las únicas personas que me hablan en ese tono...

—¿Lo niegas? —grité.

—¿Quieres hacer el favor de calmarte? Echa el freno. Y baja la voz. Deja de decir esas burradas. No me gusta que me acusen de algo que no he cometido. Me da lo mismo que estés alterado. Tranquilízate. Cálmate. Domínate. Porque no quiero que sigas hablándome en ese tono. No me gusta.

Le miré sin saber qué decir.

—Mis amigos no me hablan de esa forma —dijo Kurt. Sus ojos mostraban una expresión opaca—. No te conviene tenerme de enemigo. Créeme. No te

conviene en absoluto.

Tras decir esto, Kurt se volvió lentamente y salió de la casa sin decir palabra.

Capítulo 46

¿Debí contárselo a Kate en ese mismo momento?

Es posible. Sin embargo, sabía que mis sospechas la disgustarían.

Ninguno de los dos quería comprometer su embarazo. Quizá la gestación estuviera ya muy adelantada para que un disgusto le hiciera perder al bebé —yo no tenía ni idea—, pero no quería arriesgarme.

Kurt, como es natural, lo había negado. Pero yo sabía la verdad.

Tendría que acabar diciéndoselo a Kate, o lo averiguaría por su cuenta. Pero quería contárselo como era debido: con calma, razonando, tras haber reflexionado a fondo sobre el tema, demostrando que controlaba la situación, protegiéndola.

—¿Has estado vomitando? —preguntó Kate.

—Sí.

—¿Crees que la comida estaba mala? —inquirió Susie—. ¿El pollo u otra cosa? Me pareció que tenía un sabor raro.

—No, la comida estaba bien. Supongo que son los nervios.

—El estrés —dijo Susie—. Craig se pone a vomitar cada vez que tiene que presentar un guión a los ejecutivos de la cadena.

—¿Ah, sí? —pregunté, deseando que Susie se fuera de una vez.

—¿Dónde está Kurt?

—Ha tenido que marcharse.

—¿Os habéis peleado? Creí oír que discutías —dijo Kate, observándome atentamente.

—No tiene importancia. Sí, discutimos por algo relacionado con el trabajo, pero nada importante. ¿Puedo llevarme las bandejas?

—Pareces muy disgustado, Jason. ¿Qué ha ocurrido? ¿Quién te ha llamado?

—De veras, no tiene importancia —insistí.

—Entre tanto, he llamado a Marie y le he contado lo de la galería. ¿Sabes qué me respondió? Me dijo algo en criollo, que no recuerdo exactamente, pero que significa algo así como: «Recuerda la lluvia que hizo que creciera tu trigo». Era para decirme que me lo debía todo a mí. ¿No te parece encantador?

—Me siento orgulloso de ti, cariño. Hiciste una buena obra.

—No tienes buen aspecto, Jason —dijo Kate—. ¿Estás seguro de que todo va bien?

—Perfectamente —respondí.

Apenas pegué ojo.

Me desperté temprano, como de costumbre, a la absurda hora de las cinco de la mañana, con mi cuerpo habituado a beber una taza de café y dirigirse al gimnasio de Kurt. Pero cuando me levanté sigilosamente de la cama, lo recordé.

Me preparé un café y examiné los correos electrónicos en mi estudio. Escribí un correo electrónico a todos los empleados de la oficina de Framingham para informarles de la noticia. ¿Una noticia «triste» o «trágica»? Por fin decidí comenzar diciendo: «Esta mañana cumplo el triste deber de comunicaros la trágica muerte de Trevor Allard y Brett Gleason...».

Sobre las seis, fui a recoger el *Herald* y el *Globe* del porche. Los examiné brevemente, buscando algún artículo sobre el accidente, pero no vi nada. El *Herald* estaba especializado en ese tipo de noticias, el equivalente impreso de «Si sangra, síguete la pista»: dos hombres jóvenes, que desempeñaban unos cargos ejecutivos en una de las compañías más importantes del mundo. Un Porsche se había estrellado, y ambos ocupantes habían muerto. Pero la noticia no había llegado aún a los periódicos.

Conduje hasta la oficina en silencio —sin escuchar ningún cedé, ni la voz del general Patton, ni música, ni a gente hablando por la radio— y reflexionando.

Cuando llegué a la oficina —fui el primero en llegar—, abrí mi navegador de Internet y busqué en Google «Policía Estatal de Massachusetts» y «homicidios» para comprobar si alguno de los nombres que aparecían me resultaba familiar. Lo primero que apareció fue la página electrónica de la Policía Estatal de Massachusetts con un mensaje procedente de un individuo de aspecto imponente ataviado con el uniforme de policía montado, que supuse que era el jefe de la policía estatal. A la derecha aparecía una columna de «Noticias de última hora», y la primera línea me llamó poderosamente la atención: ACCIDENTE MORTAL EN WALTHAM. Hice clic en el hipervínculo, y apareció un comunicado de prensa titulado: «La policía estatal acude al escenario del accidente mortal de un coche en Waltham».

Aparecían escritos los nombres de Trevor y Gleason en negrita, y frases como: «Declarados muertos en el lugar de los hechos» y «Circulaban por la

Interestatal 95 en Waltham al sur de la Salida 26».

Decía: «Los datos preliminares recabados en la investigación por el agente Sean McAfee indican que un Porsche 911 Carrera 4S del 2005 se salió de la carretera, cruzó la mediana y chocó con el guardarraíl y un pilar antes de volcar. El vehículo fue remolcado por la empresa J & A Towing. La causa del siniestro está siendo investigada con ayuda de la sección de Análisis y Reconstrucción de Colisiones de la Policía Estatal y la sección de Servicios del Lugar de los Hechos de la Policía Estatal». Y: «Aunque se están investigando los motivos del accidente, se cree que la velocidad fue el factor determinante». Y: «No se divulgarán más detalles sobre el siniestro. Rogamos se abstengan de ponerse en contacto con el cuartel».

Todo el mundo tenía una página electrónica hoy en día. Me chocó que la noticia ya se hubiera divulgado. Cuando consulté en Google el nombre del agente Sean McAfee, no apareció nada. Pero no me costaría dar con su número telefónico llamando a la policía estatal.

¿Y luego qué? ¿Qué cosa tenía aparte de mis sospechas? ¿Iba a llamar al agente McAfee para decirle que creía que mi colega y amigo Kurt Semko había manipulado el Porsche para provocar el accidente? McAfee me preguntaría en qué me basaba, qué motivo tenía para sospechar del señor Semko.

No, eso sería una estupidez. Se estaba investigando el accidente. Quizás encontrarían algo entre los hierros retorcidos del Porsche que les indicaría lo que había sucedido. Hasta que yo no tuviera algo concreto, era inútil denunciar el hecho.

No sabía cómo reaccionaría Kurt si se enteraba de que había revelado mis sospechas a la policía, pero imaginé que no sería de forma positiva.

No obstante, tenía que hacer algo. Había recobrado el sentido común. Había tardado mucho en comprender que Kurt era un hombre peligroso, que estaba loco, que tenía que detenerlo. Kurt me había hecho numerosos favores, grandes y pequeños, unos favores de los que quizás él no fuera consciente. Y yo había aceptado su ayuda en silencio, a sabiendas de que lo que Kurt hacía no estaba bien.

No obstante, la ambición tiene un límite. En todo caso, debería tener un límite. Yo me había pasado de la raya, sí. Quería subsanar mi error.

Pero ¿cómo?

Capítulo 47

Los colegas empezaron a congregarse en mi despacho sobre las nueve. El primero en llegar fue Letasky, seguido de Festino y Forsythe, hasta que se formó un pequeño grupo. Al margen de la simpatía que sintieran por Trevor Allard y Brett Gleason, habían trabajado con ellos, los veían todos los días, bromeaban con ellos, y todos estaban conmocionados. Hablaban en voz baja, tratando de descifrar lo ocurrido. Letasky les contó lo que había oído decir a los compañeros de equipo que conducían detrás del Porsche: que la autopista describía una curva hacia la derecha, pero que el Porsche se había estrellado contra el guardarraíl y luego una columna de hormigón que sostenía el puente, y el coche había volcado. Al llegar los técnicos sanitarios de urgencias, habían comprendido que era inútil avisar a una ambulancia: ambos hombres estaban muertos. La policía había cerrado el carril izquierdo durante varias horas.

—¿Estaba Trevor borracho? —preguntó Forsythe—. No recuerdo que fuera un bebedor empedernido.

Como es natural, nadie lo sabía.

—El patólogo suele hacer un análisis de sangre para comprobar si hay rastros de alcohol —dijo Festino—. Al menos, eso es lo que vemos en *CSI*.

—Lo dudo —dijo Letasky—. Yo no conocía a Trevor tan bien como vosotros, y apenas conocía a Gleason, pero iban a jugar a baloncesto. No es lógico que se emborracharan antes de un partido. Después, quizá; pero no antes.

—Gleason era un bebedor nato —declaró Festino—. Le gustaba la juerga.

—De todas maneras... —insistió Letasky.

Todos asintieron con la cabeza. No tenía sentido que Allard estuviera bebido.

—Sé que conducía a gran velocidad —dijo Forsythe—, muy deprisa; pero sabía conducir. ¿Cómo es posible que perdiera el control del coche? Que yo sepa, anoche no llovió.

Letasky negó con la cabeza.

—¿Quizás una mancha de aceite o algo parecido? —preguntó Forsythe.

—Yo conduje por la 95 —respondió Letasky—, y no vi mancha alguna de aceite.

—¿Conoces a su esposa? —preguntó Detwiler, el representante comercial más joven.

—Una tía imponente —respondió Festino—. Rubia, con grandes tetas. ¿Con qué tipo de mujer crees que se hubiera casado Trevor? —Al observar las expresiones de reproche de sus compañeros, Festino se apresuró a añadir —: Lo siento.

—Gracias a Dios, no tenían hijos —comentó Letasky.

—Gracias a Dios —dijo. Había estado escuchando, sin intervenir. No quería arriesgarme a que se percataran de mis sospechas.

—¿Algún defecto mecánico? —inquirió Detwiler. Letasky suspiró.

—Supongo que cualquier cosa es posible.

—La señora Allard va a presentar una querella tremenda contra la casa Porsche —dijo Festino.

Cuando los compañeros abandonaron mi despacho al cabo de unos minutos —todos tenían que hacer unas llamadas—, Festino se quedó un rato.

—Esto —dijo tentativamente—, a propósito de Trevor...

—¿Sí? —pregunté.

—Sé que no se debe hablar mal de los muertos, pero yo odiaba a ese capullo. Lo sabes. Supongo que tú también.

No respondí.

—Pero, no sé, quizá no fuera tan malo. Ni Gleason, aunque aún me caía más gordo.

Me limité a asentir con la cabeza.

—Y, sé que es de mal gusto, pero ¿has decidido a quién vas a asignar las cuentas de ambos?

Las noticias se propagan rápidamente en la era de los correos electrónicos. Poco antes de comer, recibí un correo electrónico de Joan Tureck en Dallas:

Lamento el accidente de Trevor Allard y Brett Gleason. Es increíble. Si fuera supersticiosa, diría que Entronics tiene la negra.

Quizá tuviera razón.

A la hora de comer, encontré un teléfono público en la cafetería de los empleados. Apenas lo utiliza nadie en un edificio de despachos donde todos tenemos teléfonos en nuestras mesas y móviles.

Había decidido llamar a la policía.

Lo que deseaba era llamar a una línea en la que denunciar anónimamente el crimen. Pero, sorprendentemente, la Policía Estatal de Massachusetts no tenía ninguna. En su página electrónica tenían unas líneas a las que podías llamar denunciando actos terroristas, incendios premeditados, fugitivos de la justicia, robos de coches y estafas benéficas; pero ninguna para denunciar un asesinato.

De modo que llamé al agente de policía cuyo nombre constaba en el comunicado de prensa en Internet. El agente Sean McAfee, encargado de investigar la colisión, se hallaba ausente del cuartel de Concord de la policía estatal, el cuartel general del equipo A. Sin embargo, no dudé que estaría llevando a cabo una investigación pro forma.

No quería que pudieran averiguar que yo había hecho esta llamada. Hoy en día la policía es capaz de rastrear cualquier llamada, inclusive las de los móviles. Si rastreaban la llamada, sólo averiguarían que se había hecho desde el teléfono público de la cafetería de empleados del edificio Entronics en Framingham.

—Oficial McAfee —dijo una voz áspera con acento sureño.

No había nadie cerca —el teléfono se hallaba en un cubículo junto a la puerta de servicio de la cafetería—, pero no me atreví a hablar en voz alta. No obstante, quería dar impresión de firmeza, de seguridad en mí mismo.

—Oficial McAfee —dije, adoptando un tono neutro y frío—, tengo entendido que está investigando una colisión que se produjo anoche en la Interestatal 95 en Waltham, ¿no es así?

—Así es —respondió el policía con recelo.

—Tengo cierta información al respecto.

—¿Quién es usted?

Yo estaba preparado para esta pregunta.

—Un amigo del conductor.

—¿Nombre?

¿Mi nombre? ¿El nombre del conductor?

—Me temo que no puedo darle mi nombre.

—¿De qué información se trata?

—Creo que alguien le hizo algo al Porsche.

Se produjo una larga pausa.

—¿Qué le hace pensar eso?

—El conductor tiene un enemigo.

—Un enemigo. ¿Cree que alguien le obligó a salirse de la carretera?

—No.

—¿Que alguien manipuló el coche?

—Sí.

—Señor, si tiene una información relacionada con esta investigación, hágase un favor a sí mismo y al difunto y venga a hablar conmigo.

—No puedo.

—Yo puedo desplazarme a Framingham —dijo el policía.

De modo que sabía de dónde procedía la llamada.

—No puedo reunirme con usted.

El policía empezaba a perder la paciencia.

—Señor —dijo, alzando la voz—, sin más datos, como el nombre de ese «enemigo» al que se refiere, no tengo nada en qué basarme. Los técnicos investigaron anoche el lugar de los hechos, realizaron un registro forense del tramo de nueve metros donde ocurrió el accidente. No hallaron marcas de neumáticos, ni señal de que el coche hiciera un trompo o derrapara, que nos indiquen nada salvo que el conductor chocó con el guardarraíl. Por lo que a nosotros se refiere, se trata de un accidente mortal en el que sólo hubo un coche implicado, un error del conductor. Ahora, si tiene algo que nos haga cambiar de opinión, dígalo. De lo contrario, olvídense.

No esperaba que el policía se mostrara beligerante conmigo. Me pregunté si trataba de hacer que me sintiera avergonzado para inducirme a colaborar, o si el asunto le importaba un bledo.

—Creo —dije con tono quedo— que debería ordenar a sus hombres que examinen el coche detenidamente. Seguro que encontrarán pruebas de que ha sido manipulado.

—¿Examinar el coche detenidamente? —replicó el policía—. Señor, el coche quedó destruido y ardió. Apenas queda nada del coche, ¿comprende? Dudo que nadie encuentre nada.

—Se llama Kurt Semko —dije apresuradamente, y colgué.

Cuando salí del despacho y regresé a la cafetería, vi a Kurt, sentado con un par de colegas de Seguridad. Charlaban y reían animadamente, pero Kurt no dejaba de observarme.

Capítulo 48

El interfono sonó, y Franny dijo:

—Es el señor Hardy.

—Jason —dijo la voz resonante y meliflua—, disculpa que te avise con tan poca antelación, pero necesito que vuelas mañana a Los Ángeles. He concertado una reunión y quiero que estés ahí.

Hardy se detuvo. Yo maldije en silencio y respondí:

—De acuerdo.

—Con Nakamura-san —añadió Hardy.

—¿Nakamura-san?

¿Hideo Nakamura?

¿Le había entendido bien? Hideo Nakamura era el presidente de Entronics Corporation. Era el gran Oz. Nadie le había visto nunca, tan sólo Gordy en una ocasión.

—Exacto. El gran hombre en persona. Volará desde Nueva York de regreso a Tokio. Le convencí de que hiciera una breve escala en Santa Clara, para que mi mejor y más brillante ejecutivo le pusiera al corriente, y pudiera comprobar cómo has logrado incrementar las ventas.

—¿Sólo... estaré yo?

—Y otros dos vips. Quiero impresionar a Nakamura.

—Sí, señor —respondí—. No hay problema.

—Me ha costado mucho convencerlo para que hiciera una breve escala. Viene a Estados Unidos a lo sumo una o dos veces al año.

—Caray.

—Creo que le impresionarás. Sé que le impresionará lo que has conseguido.

—¿Preparo una presentación?

—Por supuesto. A Nakamura-san le encanta el PowerPoint. Haz una breve presentación en PowerPoint. Cinco o seis puntos, no más. Muy macro. La vista de tres mil metros. El rendimiento de tu división, los éxitos clave, las dificultades clave. A Nakamura le gusta que sus empleados reconozcan sus dificultades.

—De acuerdo.

—Te quiero a las diez y media en la sala de conferencias, aquí, en Santa Clara. Revisaremos antes tu PowerPoint. Nakamura-san y sus colaboradores llegarán a las once en punto, y se marcharán a las doce en punto. Una hora, que debemos aprovechar.

—De acuerdo.

—Sal con el tiempo suficiente por si se produce algún retraso. Es imperativo que llegues a la hora exacta. Imperativo. Nakamura-san es un hombre extraordinariamente puntual.

—De acuerdo. Es demasiado tarde para tomar un vuelo nocturno, pero tomaré uno a primera hora de mañana.

—Acuérdate de traer tu tarjeta de visita. Tu *meishi*, como dicen ellos. Preséntasela con ambas manos, sosteniéndola por las esquinas. Cuando Nakamura te dé la suya, acéptala con ambas manos y examínala atentamente. Y sobre todo, no te la guardes en el bolsillo.

—No se preocupe —respondí—. Conozco los rituales. Ahí estaré.

—A la hora exacta —recalcó Hardy.

—Antes de la hora exacta —contesté.

—Y luego, si tienes tiempo, vendrás a navegar conmigo en el *Samurai*.

—¿El *Samurai*?

—Mi nuevo Lazzara de veinticinco metros de eslora. Es una belleza. Te encantará.

Mientras Franny se afanaba por reservarme un vuelo, anulé todas las citas del día siguiente y llamé a Kate para decirle que había habido un cambio de planes. Le dije que regresaría en avión al día siguiente, después de la importante presentación. Luego me puse a hacer unos números y a redactar un borrador de mis diapositivas PowerPoint para que Franny las preparara.

Al cabo de unos minutos, Franny entró en mi despacho.

—Esto va a ser complicado. Es demasiado tarde para tomar el vuelo de las seis o las siete de esta tarde —dijo—. Hay un vuelo a las ocho y veinte a San José, pero está lleno. De hecho, hay sobreventa. Lo mismo ocurre con el vuelo San Francisco-Oakland.

—¿Y el avión de la compañía?

—Ni lo sueñes, hijo.

—El avión de la compañía vivía en Nueva York o Tokio y no estaba destinado a tipos como yo. Franny sabía que estaba bromeando.

—¿No hay ningún vuelo mañana por la mañana?

—Sólo hay uno con el que puedes llegar a la hora prevista. El vuelo de U. S. Air de las seis y media a San Francisco. Llegas a las nueve y cincuenta y dos. Santa Clara está sólo a cincuenta kilómetros, de modo que alquilaré un coche para ti, el Rolls-Royce de costumbre.

Esa mujer estaba desarrollando un magnífico sentido del humor.

—Esta vez, mejor un Bentley.

Franny regresó a su despacho para llamar a nuestra agencia de viajes corporativa, mientras yo, el cazador-recolector corporativo, salía en busca de números que presentar al jefe.

Cuando regresé, unos veinte minutos más tarde, Franny dijo:

—Ha venido Kurt.

—¿Ah, sí?

—Ha dejado algo sobre tu mesa. Ha dicho que volvería más tarde, que tenía algo importante que decirte.

Sentí una ligera tensión. Kurt no tenía ningún motivo relacionado con el trabajo para venir a verme. No podía ser nada bueno.

En mi mesa no encontré nada.

Entonces sonó mi móvil. Lo busqué en mi mesa, pero no lo encontré. Sonó de nuevo, emitiendo un sonido sofocado y distante que provenía de mi elegante maletín inglés. No recordé haberlo dejado en mi maletín, pero últimamente estaba un poco distraído.

Recogí el maletín del suelo, lo deposité sobre mi mesa, lo abrí...

Y algo explotó.

Se produjo un sonoro estallido, una violenta ráfaga, y unos fragmentos de algo me golpearon en la cara, cegándome momentáneamente. Retrocedí de un salto y me aparté.

—¡Joder! —grité.

Era confeti.

Oí una carcajada grave y ronca. Kurt estaba en la puerta, riendo a mandíbula batiente. Franny entró corriendo, llevándose las manos a la cara, aterrorizada.

—Feliz cumpleaños —dijo Kurt—. Perdóname.

Pidió a Franny que saliera y cerró la puerta tras ella.

—No es mi cumpleaños —respondí.

—De haber sido esto una emergencia real, habrías volado por los aires.

—¿Qué diablos era eso?

—Compruébalo tú mismo. Unos chismes de una tienda de bricolaje. Un motor de un cohete a escala, iniciado eléctricamente. Un microenchufe de Radio Shack. Una pinza de la ropa, un par de chinchetas, una soldadura de colofonia y un batería de nueve voltios. Afortunadamente para ti, el motor del cohete estaba metido en una bolsa de confeti. Pero supongamos que en lugar del motor de un cohete, yo hubiera utilizado una cápsula eléctrica. Y digamos que en lugar de una bolsa de confeti, hubiera utilizado un explosivo de plástico C-4. Vale, esas cosas no puedes comprarlas en Radio Shack; pero algunos sabemos dónde conseguirlas —dijo Kurt, guiñando el ojo—. ¿Has captado el mensaje? Un día, al abrir el maletero del coche, quizá... ¡Pum! Y no sería confeti.

—¿Qué quieres, Kurt?

—He recibido cierta información de un amigo de la policía estatal.

Me encogí de hombros.

—Me dijo que llamó alguien para hacer una denuncia anónima, sobre la muerte de Trevor Allard, desde un teléfono de pago, el de la cafetería.

«Joder». Pestañee y volví a encogerme de hombros.

—La persona que llamó mencionó mi nombre.

Esperé que la expresión de mi rostro no me delatara.

—Mi amigo me preguntó: «¿Qué diablos ocurre, Kurt? ¿Te has enemistado con alguien? ¿Alguien trata de perjudicarte?».

—¿Por qué me cuentas todo esto?

Kurt se acercó.

—Deja que te diga una cosa —dijo casi en un murmullo—. Tengo muchos amigos en muchos sitios. Si hablas con alguien de la policía, te garantizo que al cabo de un par de horas me habré enterado. ¿Con quién coño crees que estás jugando?

Traté de mirarle a los ojos, pero eran demasiado intensos, demasiado amenazadores. Fijé la vista en mi mesa, meneando la cabeza.

—No te conviene ser mi enemigo, hermano. ¿O es que aún no te has dado cuenta?

—Porque matas a tus enemigos, ¿no es así? ¿Por qué no me has matado aún? No lo entiendo.

—Tú no eres mi enemigo, Jason. Si lo fueras, no estarías aquí.

—Entonces supongo que soy tu amigo.

—¿Quién ha hecho más por ti que yo?

Durante unos segundos no supe qué responder.

—¿Lo dices en serio?

—Espero que no creas que has llegado hasta aquí tú solito. Me lo debes todo a mí. Los dos lo sabemos.

—Sí —respondí—. No tengo el menor talento ni la menor inteligencia. Soy tu muñeco.

—El talento sin ambición no te lleva a ninguna parte, amigo. Yo he cambiado tu vida.

—Estabas dispuesto a utilizar todo tipo de trucos sucios. Debí detenerte hace tiempo, pero fui débil. Ya no soy débil.

—Porque crees que no me necesitas. Eso es todo. Pero formábamos un equipo. Trabajábamos estupendamente juntos. Cualquier cosa que se interpusiera en tu camino, cualquier obstáculo, desaparecía al instante, ¿no es así?

—Perdiste los papeles —dije.

—No te das cuenta de que eres un simple peón. No tienes ni idea. «¿Salvar la división?». ¡No me hagas reír! Pregúntales a los del equipo de integración de la fusión de McKinsey si han venido para salvar la oficina de Framingham o para vender el edificio. Es asombroso el número de cosas que averiguas indagando un poco. He hallado unos datos relacionados con la seguridad en el trabajo, descubriendo tan sólo la cuenta Hushmail de Dick Hardy. Son unos datos muy interesantes.

Sacudí la cabeza. ¿Adónde quería ir a parar Kurt? ¿Qué había averiguado sobre Dick Hardy?

—Gordy esperaba la oportunidad idónea para deshacerse de ti. Eras una amenaza para él.

—¿De modo que hiciste que se emborrachara?

—¿Que se emborrachara? Eso no era alcohol, colega. Ingirió, entre otras cosas, unos *roofies*.

—¿*Roofies*?

—Rohypnol. La droga de «olvídame». Apuesto a que al día siguiente Gordy no recordaba nada. Un auténtico cóctel: una gota de DMT, dimethyltryptamina, un alucinógeno, junto con unas anfetis. Y Gordy perdió sus inhibiciones. Mostró su auténtica naturaleza. Como dijo Napoleón: «Nunca interrumpas a tu enemigo cuando está cometiendo un error».

—Estás loco.

—¿Eso significa que no quieres que sea el padrino de tu hijo? No me digas que no sabías lo que yo hacía. Siempre lo supiste. Quisiste que lo hiciera. Pero no querías reconocerlo. No preguntes, y no te lo diré. ¿Así me demuestras tu gratitud?

—Tú no mataste a Trevor y a Gleason para hacerme un favor. Los mataste porque habían descubierto lo que habías hecho. Podrían haberte creado serios problemas.

—Eso podría haberlo resuelto sin mayores dificultades —contestó Kurt—. Todo lo que hice, lo hice por ti. ¿No dices siempre que hay que matar a la competencia? —preguntó riendo—. Lo dicen los libros que me diste; el *Take No Prisoners Guide to Business*, por ejemplo. ¿Qué crees que quiere decir «no tomar prisioneros»? Que no haces prisionero a tu enemigo porque lo matas. En este campo no hay trampas compasivas para animales, Jason. ¿He hablado con claridad? O sea que te aconsejo que mantengas tu maldita boca cerrada. Porque hagas lo que hagas, te estaré vigilando. Vayas a donde vayas. Llamas a quien llames. Es como la canción de Police, *Every Breath You Take*. Te estaré escuchando, observando. No hay nada —Kurt me enseñó los dientes como un animal rabioso—, nada que puedas hacer que yo no averigüe. Tienes mucho que perder.

Me guiñó el ojo.

—Creo que sabes a qué me refiero —añadió Kurt.

Sentí una opresión en la boca del estómago. Sabía que se refería a Kate.

—Después de todo lo que he hecho por ti —dijo Kurt, dándose media vuelta—, me has decepcionado.

—¿Sabes cuándo podré empezar con las diapositivas hechas con PowerPoint? —preguntó Franny—. Tengo tres hijos adolescentes que prenderán fuego a la casa si no voy a prepararles la cena.

—Será mejor que les digas que compren algo preparado —respondí—. Esta noche trabajaremos hasta tarde.

Apenas podía concentrarme en las diapositivas hechas con PowerPoint. Comparadas con la amenaza de Kurt, me parecían una tarea absurda.

No salí del despacho hasta casi las nueve; pero antes de marcharme, busqué rápidamente la página electrónica de las Fuerzas Especiales que había mencionado Trevor. Era la página a la que éste había enviado una pregunta sobre Kurt, y alguien le había respondido.

La búsqueda no me llevó mucho tiempo. Escribí «Kurt Semko» y «Fuerzas Especiales» en Google y lo encontré de inmediato. Era una lista compartida de correos electrónicos sólo para miembros de las Fuerzas Especiales, sus amigos y familiares. En una sección de la página electrónica

estaba el «libro de visitas», donde Trevor había colocado su pregunta, y no tardé en hallar la respuesta, de un tal Scolaro que tenía una dirección Hotmail.

Hice clic en la dirección y envié a Scolaro un correo electrónico.

«¿Qué clase de problemas tuvo este tipo? —escribí—. Vive en la casa de al lado, y me gustaría saberlo». Envié una dirección de AOL que rara vez utilizo, las iniciales de mi instituto y el año de graduación. No puse ningún nombre.

Me sentí como si introdujera un mensaje en una botella y la lanzara al océano. ¿Quién sabe qué respuesta recibiría, suponiendo que recibiera alguna, y cuándo?

Mi teléfono había sonado, pero lo había silenciado para poder concentrarme. Pedí a Franny que contestara y sólo me pasara la llamada si era de Kate o Dick Hardy; pero Franny no me pasó ninguna llamada.

Cerré la puerta de mi despacho y di las buenas noches a Franny, que estaba comiendo una ensalada César con pollo asado que había pedido que le llevaran. En su pantalla grande de Entronics aparecía una diapositiva hecha con PowerPoint.

—¿Te gusta? —me preguntó—. Si quieres, puedo hacer un doble fundido Teal Taffy.

—No quiero nada demasiado elaborado —respondí—, tan sólo lo esencial. Probablemente a Nakamura le gusten los datos escuetos.

—¿Flash? ¿Animación? ¿Transiciones espaciales de una imagen a otra?

—No, gracias.

—Por cierto, recibiste una llamada, pero no quise molestarte. Recibiste varias llamadas, pero creo que ésta es importante. Es de la policía estatal, de un investigador llamado, vamos a ver, Ray Kenton. Quería hablar contigo. Le dije que ya te habías marchado.

—Perfecto. Gracias.

Un investigador.

—¿Dijo de qué quería hablar?

—Sólo dejó su nombre y su número de teléfono. —Franny me entregó una nota—. ¿Quieres que te lo ponga al teléfono?

—No, gracias —contesté, guardándome la nota en el bolsillo—. Tengo que irme a casa. Es tarde.

—Tienes razón —dijo Franny—. Tienes una esposa embarazada que te ha pedido que le compres pepinillos y helado. Cuando termine, te enviaré por correo electrónico la presentación. Que tengas suerte mañana.

—Voy a necesitarla.

—¿Tú? ¿Por qué crees que Hardy quiere que vayas? Eres una estrella.
—¿Te he dicho alguna vez cuánto te aprecio, Franny?
—Creo que no.
—A propósito...
—¿Sí?
—¿Podrías hacerme un favor?
—Tal vez.
—¿Podrías quitar todos los carteles militares de las paredes de mi despacho? Estoy cansado de mirarlos.

Capítulo 49

Llegué al aeropuerto a las cinco menos cuarto de la mañana, casi dos horas antes de que partiera mi vuelo. Dejé el coche en el garaje de la terminal B y me dirigí a uno de los quioscos de tiques de aparcamiento. La terminal estaba oscura, casi desierta. Encontré una cafetería abierta, pedí una taza grande de café y un bollo y me senté en un asiento de plástico. Saqué mi ordenador portátil de mi vieja cartera de nailon —había dejado el maletín inglés, el que había manipulado Kurt, en la oficina—, pagué ocho dólares para acceder a Internet vía WiFi y examiné mis correos electrónicos. Luego revisé la presentación en PowerPoint. La ensayé en silencio, aunque creo que la mujer de la limpieza me miró con curiosidad cuando me oyó hablar conmigo mismo.

Traté de concentrarme en mi presentación y en Nakamura-san, no en las amenazas de Kurt, ni en el inspector de policía que había dejado un mensaje. Porque si empezaba a pensar en ello, me pondría más nervioso que cuando tuviera que hacer la presentación ante Nakamura-san.

«Tienes mucho que perder».

«Ya sabes a quién me refiero».

Cuando la noche anterior había llegado a casa, todos estaban dormidos.

Y, como es natural, cuando me había marchado a las cuatro y media de la mañana, seguían durmiendo. Mejor. Quizá me habría sentido tentado de hablar con Kate, de contarle las amenazas de Kurt, lo que no debía hacer bajo ningún concepto.

Porque no tenía duda alguna de que Kurt había manipulado el coche de Trevor para que tuviera el accidente.

Y sabía que Kurt era un hombre muy peligroso, que ya no era mi amigo.

Kurt me había advertido que no contara a nadie mis sospechas sobre el coche de Trevor. No me lo había dicho claramente, pero lo había insinuado. Sabía que yo trataría de hacer que lo despidieran.

No, yo no podía demostrar nada, pero las amenazas de Kurt bastaban para convencerme de que era culpable. Sin embargo, ¿qué podía hacer yo cuando el inspector de policía me hiciera unas preguntas sobre el accidente de carretera? Sin duda lo más prudente era no decir nada. Diría al inspector que

no sabía nada al respecto; lo cual, en rigor, era verdad. Sólo tenía sospechas. No sabía nada.

Porque tampoco tenía duda alguna de que si yo hablaba con la policía, Kurt lo averiguaría.

«Tengo muchos amigos en muchos sitios».

Una hora más tarde, me coloqué en la cola de seguridad. Había otras personas en la cola, que probablemente volaban a San Francisco. Unos hombres y unas mujeres de negocios, que seguramente se dirigían a Silicon Valley vía San Francisco porque querían llegar antes que los vuelos a San José. O quizá no querían cambiar de avión en Phoenix, Atlanta o Houston. Puesto que viajo mucho, estoy bien organizado: el BlackBerry y el móvil en mi cartera, unos mocasines sin adornos de acero y todos mis objetos metálicos en un bolsillo para poder sacarlos rápidamente.

La cola avanzaba lentamente. La mayoría de la gente que había en la cola estaba medio dormida. Me sentí como una oveja a la que conducían al redil. Desde el 11 de septiembre, viajar se había convertido en una pesadilla consistente en tener que quitarte los zapatos, depositar los objetos en cintas transportadoras y dejar que te pasaran el detector de metales por encima. Tiempo atrás me encantaba viajar, pero ya no, y no debido al típico estrés de representante comercial, sino a los trámites de seguridad, que no hacían que nos sintiéramos más seguros.

Saqué el ordenador portátil de mi cartera y lo deposité sobre la cinta transportadora, tras lo cual coloqué sobre ella mi cartera, me quité los zapatos —los de cordones los llevaba en la bolsa de viaje, puesto que los mocasines no eran lo suficientemente elegantes para presentarme con ellos ante Nakamura-san— y los deposité sobre la bandeja de plástico gris. Coloqué mis llaves y monedas en la bandejita de las monedas y pasé a través de los detectores de metales. Pasé sin el menor problema, y sonreí al tipo con cara de pocos amigos que estaba junto a ellos. Una mujer me pidió que encendiera mi ordenador, y obedecí.

Avancé descalzo hacia el siguiente portal, uno de los nuevos detectores de explosivos que han instalado. Permanecí inmóvil mientras me arrojaban una ráfaga de aire. Una voz electrónica me dijo que siguiera adelante.

Luego, al cabo de unos segundos, se oyó el sonido agudo de una alarma.

Uno de los agentes de seguridad TSA tomó mi bolsa de viaje cuando ésta salió del detector de explosivos. Por alguna misteriosa razón, mi bolsa de viaje había hecho saltar la alarma. Otro me tomó del codo y dijo:

—Haga el favor de acompañarnos, señor.

Yo ya no estaba medio dormido. Había recibido una descarga de adrenalina.

—¿Qué ocurre? —pregunté—. ¿Hay algún problema?

—Pase por aquí, señor.

Las personas en la cola observaron la escena mientras los agentes de seguridad me conducían detrás de un elevado panel.

—Coloque las manos delante, señor —dijo uno.

—¿A qué viene todo esto? —pregunté, extendiendo las manos.

Nadie respondió. El otro agente pasó una vara detectora de metales sobre mi pecho, por la parte interior de una de mis piernas hasta la ingle en sentido ascendente y por la otra en sentido descendente. Cuando terminó, un tercer individuo —supongo que un supervisor—, un tipo con el cuello fornido, un peinado de cortinilla y unas gafas gigantescas, dijo:

—Sígame.

—Tengo que coger un avión —respondí.

El hombre me condujo a una pequeña habitación acristalada, con unas luces muy intensas, y dijo:

—Siéntese aquí, por favor.

—¿Dónde está mi cartera? —pregunté.

El supervisor me pidió el billete y la tarjeta de embarque. Quería saber cuál era mi último destino y por qué iba a tomar un vuelo de ida y vuelta en un día a California.

Ah. Quizás era el viaje de ida y vuelta en un día a California lo que había suscitado sospechas en los cerebros de mosquito de esos tíos, o el hecho de que hubiera reservado el billete la noche anterior. Algo así.

—¿Estoy incluido en una lista de pasajeros indeseables? —inquirí.

El agente de TSA no respondió.

—¿Hizo usted mismo su equipaje? —me preguntó, sin contestar a mi pregunta.

—No, mi ayuda de cámara. Por supuesto que lo hice yo mismo.

—¿Se separó en algún momento de su maleta?

—¿De mi bolsa de viaje? ¿A qué se refiere? ¿Que si me separé de ella aquí en el aeropuerto, esta mañana, o en cualquier otro momento?

—En cualquier momento.

—La guardo en mi despacho. Viajo con frecuencia. A veces salgo del despacho para irme directamente a casa. ¿Cuál es el problema? ¿Contenía algo sospechoso?

El hombre no respondió. Miré mi reloj.

—Voy a perder mi vuelo —dije—. ¿Dónde está mi móvil?

—No se preocupe por él —respondió el agente de seguridad—. No va a tomar ese vuelo.

Me pregunté si ese individuo trataba a menudo a los pasajeros como me estaba tratando a mí, metiéndoles el miedo en el cuerpo. Supuse que cada vez con menor frecuencia a medida que nos alejábamos del 11 de septiembre, cuando viajar por Estados Unidos era como moverse por Albania.

—Tengo una reunión de negocios muy importante, con el presidente de mi compañía, Entronics Corporation. —Miré mi reloj, recordando que Franny había dicho que sólo un vuelo me trasladaría a tiempo para reunirme con Nakamura-san—. Necesito mi móvil.

—No es posible, señor. Estamos examinando el contenido de su cartera y tomando muestras del mismo.

—¿Tomando muestras?

—Sí, señor.

—¿Para qué?

El agente no respondió.

—¿Me dejarán por lo menos tomar el siguiente vuelo?

—No tenemos nada que ver con las compañías aéreas, señor. No tengo la más remota idea de qué otros vuelos hay hoy, de cuándo parten o de si hay asientos disponibles.

—Entonces por lo menos déjeme utilizar un teléfono para poder reservar un billete de regreso.

—Creo que no podrá tomar un vuelo de regreso, señor.

—¿A qué se refiere? —pregunté, alzando la voz.

—No hemos terminado con usted.

—¿Que no han terminado conmigo? ¿Esto qué es, Berlín oriental?

—Señor, si no baja la voz, haré que le arresten.

—Incluso cuando arrestan a uno, puede hacer una llamada telefónica.

—Si desea que le arreste, estaré encantado de complacerle.

El hombre se levantó y salió. Cerró la puerta a su espalda, y oí que quedaba cerrada con llave. Un policía nacional, con un corte a cepillo, fornido y luciendo un uniforme de camuflaje, montaba guardia junto a la puerta. ¿A qué coño venía todo esto?

Transcurrieron veinte minutos. Había perdido mi vuelo. Me pregunté si otra compañía aérea tenía un vuelo que me trasladara a San Francisco aproximadamente a las once. Quizá pudiera cogerlo y llegar a Santa Clara a la hora prevista, o con un pequeño retraso.

Consulté reiteradamente mi reloj, observando cómo transcurrían los minutos. Al cabo de otros veinte minutos, una pareja de agentes de policía de Boston, un hombre y una mujer, entraron en la habitación, me mostraron sus placas y me pidieron que les enseñara mi billete y mi tarjeta de embarque.

—¿Cuál es el problema, agentes? —pregunté. Mostraba un talante sereno, afable, razonable; pero en mi fuero interno tenía ganas de romperles la cara.

—¿Adónde se dirige, señor Steadman? —preguntó el hombre.

—A Santa Clara. Ya se lo he dicho al agente de TSA.

—¿Un viaje de día y vuelta a California? —preguntó la mujer.

—Mi esposa está embarazada —respondí—. Quería regresar a casa para que no estuviera sola. Ha de hacer reposo en cama. Su embarazo es de alto riesgo.

Quería espetarles: «¿Lo habéis comprendido? Soy el ejecutivo de una compañía, un hombre casado, cuya esposa está embarazada. No encajo exactamente en el perfil de un terrorista de al-Qaeda».

—Señor Steadman —dijo la mujer—, la prueba efectuada en su maleta confirma la presencia de C-4, unos explosivos de plástico.

—¿Qué? Debe de tratarse de un error. Su aparato estará averiado.

—No, señor —dijo el agente masculino—. Los técnicos lo confirmaron realizando otra prueba. Aplicaron una sustancia sobre la cartera y analizaron la muestra con otro aparato, y también dio positivo.

—Pues es un positivo falso —repliqué—. No he tocado C-4 en mi vida. Deberían mandar revisar sus aparatos.

—No son nuestros aparatos —contestó la mujer.

—De acuerdo. Soy el vicepresidente primero de una importante corporación. Me dirijo a Santa Clara para asistir a una reunión con el presidente del consejo de administración. Al menos, ésa era mi intención. Pueden comprobarlo. Una simple llamada telefónica y podrán confirmar lo que les he dicho. ¿Por qué no lo hacen?

Los policías permanecieron impávidos.

—Creo que todos sabemos que ha habido un error. He leído que esos aparatos de tres millones de dólares pueden ser activados por partículas de sustancias como detergentes, crema de manos y fertilizantes.

—¿Lleva usted algún fertilizante?

—¿Mi presentación en PowerPoint cuenta?

La mujer me miró irritada.

—Las máquinas cometen errores. Ahora, ¿no podrían mostrarse razonables? Tienen mi nombre, mi dirección y mi número de teléfono. Si

necesitan localizarme, saben dónde vivo. Tengo una casa en Cambridge, con una esposa embarazada y una hipoteca.

—Gracias, señor —dijo el hombre, como si pusiera fin a la entrevista. Ambos se levantaron y me dejaron ahí durante otra media hora para que me calmara, hasta que el supervisor de TSA con el peinado de cortinilla apareció y dijo que podía marcharme.

Era poco después de las ocho de la mañana. Corrí hacia la puerta de salida, busqué a una empleada de U. S. Airways y le pregunté cuándo salía el siguiente vuelo a San Francisco, o a San José, o a Oakland.

Me dijo que había un vuelo de American Airlines a las nueve y media, que llegaba a las doce y veintitrés minutos. Podía estar en Santa Clara a la una de la tarde, a la hora en que el obseso de la puntualidad y cabreado Nakamura-san estaría volando en primera clase de regreso a Tokio.

Llamé a Dick Hardy. En California era poco después de las cinco de la mañana, y yo sabía que le haría ninguna gracia que le despertara en su casa.

—Steadman —dijo con voz ronca.

—Lamento mucho despertarle, señor —respondí—. Pero no he tomado el vuelo a San Francisco. Me detuvieron para interrogarme, debido a un gigantesco error.

—Pues coge el próximo vuelo, por lo que más quieras.

—Con el próximo llegaré a las doce y veintitrés.

—¿A las doce y veintitrés? Es demasiado tarde. Nakamura-san ya se habrá marchado. Tienes que tomar un vuelo anterior. Llegaré a las once en punto.

—Lo sé. Lo sé. Pero no puedo hacer nada.

Hardy se había despabilado por completo.

—¿Vas a dar plantón a Hideo Nakamura?

—No sé qué puedo hacer. A menos que usted pueda concertar otra cita...

—¿Concertar otra cita con Nakamura-san? ¿Después de lo que me costó convencerle de que pasara aquí una hora?

—Lo siento mucho, señor. Pero esas absurdas precauciones antiterroristas...

—Maldito seas, Steadman —dijo Hardy, y colgó.

Regresé al aparcamiento, aturdido. Acababa de enfurecer a mi jefe y al presidente del consejo de administración.

Era una experiencia irreal, como la experiencia cercana a la muerte.

No dejaba de pensar en el supervisor de TSA con el estúpido peinado de cortinilla.

«¿Hizo usted mismo el equipaje?».

Y: «¿Se separó en algún momento de su maleta?».

¿Me separé en algún momento de mi maleta?

Franny había dicho: «Ha venido Kurt».

«¿Ah, sí?».

«Ha dejado algo sobre tu mesa».

Kurt sabía que yo iba a volar a Santa Clara y había estado recientemente en mi despacho, introduciendo en mi maletín la bomba de juguete de confeti. Yo guardaba mi bolsa de viaje en el armario de mi despacho.

Kurt me había preparado una encerrona.

Al igual que había preparado una encerrona a los otros. Trevor Allard y Brett Gleason habían muerto.

Y Kurt se había vuelto ahora contra mí.

Capítulo 50

Había cancelado todas las citas de aquel día, de modo que me dirigí en coche a casa. Estaba que trinaba. Kate se sorprendió al verme regresar. Se mostraba seria, deprimida, distante. Me dijo que su hermana había llevado a Ethan al Museo de Bellas Artes para que viera las momias, y yo le di la versión abreviada de cómo los agentes de seguridad del aeropuerto me habían detenido durante casi dos horas porque sospechaban que portaba una bomba.

Kate apenas me prestaba atención, cuando normalmente ese tipo de cosas la sulfuraban. Normalmente me habría escuchado con ojos centelleantes, tan indignada como yo, comentando: «Pero ¿es posible?», y «¡Los muy cabrones!».

Pero en lugar de esos comentarios emitió de vez en cuando unos sonidos de conmiseración. Era evidente que pensaba en otras cosas. Tenía aspecto cansado, los ojos enrojecidos. Mientras yo le explicaba que Dick Hardy se había puesto furioso, Kate me interrumpió.

—Debes de sentirte muy desgraciado conmigo.

—¿A qué viene eso? —pregunté—. ¿Cómo se te ocurre semejante cosa?

Kate arrugó el ceño. Su rostro se crispó. Achicó los ojos, y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

—Me paso el día aquí metida, como una inválida, y sé que debes de sentirte frustrado sexualmente.

—Kate —respondí—, ¿por qué dices esas cosas? Estás en estado. Es un embarazo de alto riesgo. Ambos lo sabemos. Esto es cosa de los dos.

Kate se puso a llorar desconsoladamente. Apenas podía articular palabra.

—Ahora eres vicepresidente primero, un pez gordo. —Sus palabras brotaban atropelladamente, entre sollozos—. Imagino que las mujeres se te deben de insinuar continuamente.

Me incliné hacia ella, le tomé la cara entre las manos y le acaricié el pelo. El embarazo, la alteración hormonal, el reposo en cama... Estaba trastornada.

—Ni siquiera en mis poluciones nocturnas —bromeé, tratando de quitar hierro al asunto—. No te preocupes.

Pero Kate tomó algo de su mesilla de noche y me lo entregó sin mirarme.

—¿Por qué, Jason? ¿Cómo pudiste hacerlo?

Lo miré. Era un condón, dentro de su estuche. Un condón de Durex.

—Eso no es mío —dije.

Kate meneó la cabeza lentamente.

—Estaba en el bolsillo de tu chaqueta.

—Es imposible.

—Esta mañana colocaste tu traje sobre la cama mientras hacías la maleta. Cuando me levanté, noté algo en uno de tus bolsillos —dijo Kate. Respiraba trabajosamente—. Y yo... ¡Dios santo! ¡Es increíble!

—Cariño, no es mío.

Kate se volvió hacia mí y me miró. Tenía la cara congestionada.

—Por favor, no me mientas. No me digas que llevabas el condón de otra persona en el bolsillo.

—Yo no lo metí en mi bolsillo, Kate. Créeme. No es mío.

Kate agachó la cabeza y me apartó las manos.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —preguntó—. ¿Cómo has sido capaz de hacerme esto?

Furioso, saqué mi BlackBerry del bolsillo de mi chaqueta y se lo arrojé. Aterrizó en la almohada junto a ella.

—¡Ahí tienes! —grité—. Mi agenda personal. Anda, échale un vistazo. Quizá puedas decirme de dónde iba a sacar tiempo para verme con otra mujer.

Kate me miró desconcertada.

—Veamos —dije—. Ah, sí. Podría echar un polvete entre la llamada del jefe de la cadena de suministro de las nueve menos cuarto y la reunión de las nueve con el personal para hablar de estrategias a largo plazo. O follarme a una tía entre las diez, al término de la reunión con el personal, y la llamada a las diez y cuarto para hablar de ventas con Detwiler. O echar un quiqui en los dos minutos que separan la reunión con los integradores de sistemas en el Centro de Información y la sesión para comentar las previsiones del trimestre.

—Jason.

—O quizá pudiera dedicar medio minuto al ñaca ñaca entre la reunión de las doce menos cuarto con expertos de distintas secciones y la reunión de las doce y cuarto con el jefe de pedidos, tras lo cual podría echar un rápido mete y saca en los quince segundos de que dispongo antes de asistir a un almuerzo de trabajo con los jefes regionales. ¿Te das cuenta de que esto es un disparate, Kate? Aunque quisiera acostarme con otra mujer, lo cual no es cierto, ¡no tengo un maldito segundo libre! Me cabrea que me acuses de semejante cosa. Es increíble.

—Me lo dijo él. Me dijo que estaba preocupado por ti.

—¿Quién?

—Kurt. Me dijo que quizá no debería decir nada, que no era asunto suyo, pero que sospechaba que mantenías una relación con otra mujer.

—Kate hablaba en voz tan baja que apenas entendía lo que decía.

—Kurt —dije—. Te lo dijo Kurt. ¿Cuándo te lo dijo?

—No lo sé. Hace un par de semanas.

—¿No te das cuenta de lo que pretende? Esto encaja con todo lo demás.

Kate me miró, meneando la cabeza, con expresión disgustada.

—No se trata de Kurt, al margen de sus defectos —dijo—. Tenemos otros problemas más serios que el que pueda representar Kurt.

—No, Kate. No conoces a Kurt. No sabes lo que ha hecho.

—Tú me lo dijiste.

—No —respondí—, hay más.

Se lo conté todo.

La incredulidad de Kate se disipó lentamente. Quizá fuera más exacto decir que dio paso a otro tipo de incredulidad.

—¿No te has dejado nada?

—No.

—Tienes que hablar con la policía, Jason. No más llamadas anónimas. Tienes que hablar con ellos abiertamente. No tienes nada que ocultar. Tienes que contarles todo lo que sabes, decirles lo que me has dicho a mí.

—Kurt lo averiguará.

—Venga, Jason.

—Conoce a mucha gente. En la policía estatal, en todas partes. Lo averiguará. Ha colocado micrófonos ocultos en todas partes. —Me detuve—. Y me ha amenazado. Dijo que te haría algo a ti.

—No lo hará. Kurt me aprecia.

—Kurt y yo éramos también amigos, ¿recuerdas? Pero es despiadado. Hará lo que sea con tal de protegerse.

—Por eso has de detenerlo. Puedes hacerlo. Lo sé. Porque no tienes más remedio.

Ambos guardamos silencio unos instantes. Kate me miró.

—¿No oyes algo raro? —preguntó Kate.

—No —respondí, sonriendo.

—Suenan como unas maracas. Ahora mismo no, pero oigo continuamente un ruido raro.

—Yo no oigo nada. Quizá sea el ventilador del baño.

—El ventilador del baño no está conectado. Quizá esté perdiendo el juicio. Pero quiero que llames a la policía. Es preciso que arresten a Kurt.

Hice unos huevos fritos, tosté un bollo y llevé la bandeja del desayuno a Kate. Luego entré en mi estudio para llamar a Franny y contarle lo ocurrido.

—Ha llamado de nuevo el inspector —dijo Franny—, el oficial Kenyon. Me pidió el número de tu móvil, pero me negué a dárselo. Será mejor que le llames.

—Lo haré.

Mientras hablaba, tecleaba en mi ordenador. Entré en la página electrónica de las Fuerzas Especiales que había señalado y fui al «Libro de visitas», donde Trevor había colocado su pregunta sobre Kurt. No aparecían otras respuestas.

—No tardaré en llegar —le comuniqué a Franny, tras lo cual colgué.

Entré en AOL, la cuenta que apenas utilizaba. Tenía seis correos electrónicos. Cinco de ellos eran basura.

Uno era de una dirección Hotmail: Scolaro, el tipo que había respondido a Trevor, diciendo que sabía algo sobre Kurt.

Lo abrí.

No conozco personalmente a ese tal Semko. Uno de mis hermanos en las Fuerzas Especiales lo conoce, y se lo pregunté. Me dijo que despidieron a Semko por CD. Lo echaron por haber asesinado a un miembro de su equipo.

Recordé que CD significa «conducta deshonrosa». Hice clic en respuesta y tecleé:

Gracias.

¿Dónde puedo conseguir una prueba de su CD?

Di a «enviar», y me disponía a salir cuando el pequeño triángulo azul de AOL empezó a brincar: un nuevo correo electrónico.

Era de Scolaro.

Si fue despedido por CD, debieron de juzgarlo en consejo de guerra. Los documentos de los tribunales militares son públicos. Vaya a la

página electrónica de Apelaciones Criminales del Tribunal Militar. Puede acceder a todos ellos por Internet.

Tecleé rápidamente una respuesta:

¿Puede darme su número de teléfono? Quisiera llamarlo.

Esperé unos minutos. Los correos electrónicos son muy curiosos: a veces pasan en un par de segundos; otras se atascan y tardan una hora en pasar.

O quizá Scolaro no quería responder.

Mientras esperaba, busqué en Google el Tribunal de Apelaciones del Tribunal Militar. El navegador se demoró un buen rato hasta que por fin apareció un cartel de advertencia:

Acceso restringido al Servicio Militar Activo, Reserva o Veteranos. Escriba un número de identificación militar válido o un número de tarjeta de identificación de veteranos.

No podía entrar.

Reflexioné durante unos momentos. ¿A quién conocía que tuviera un número de identificación militar?

Descolgué el teléfono y llamé a Cal Taylor.

—Cal —dije—, soy Jason Steadman.

Se produjo un largo silencio. Al fondo se oía el sonido del televisor, un concurso.

—Hola —respondió Cal por fin.

—Necesito tu ayuda —dije.

—No me digas —contestó.

Escribí el número de identificación de Cal, y se abrió la página electrónica.

La examiné. No sabía a qué tipo se refería Scolaro. No vi ningún documento judicial. En la barra del menú a la izquierda, uno de los apartados era «Opiniones del ejército publicadas», de modo que hice clic en «Por nombre».

Apareció una lista de inmediato. Cada línea comenzaba con un apellido, seguido por EJÉRCITO y un número de siete u ocho dígitos —¿quizás el número de un caso?—, «Estados Unidos contra» y el rango y nombre de un soldado: sargento Smith, coronel Jones o lo que fuera.

Los nombres aparecían por orden alfabética. Me desplacé hacia abajo en el texto, tan rápidamente que la lista se puso borrosa, y luego más lentamente.

De pronto, apareció el apellido SEMKO.

«Estados Unidos contra el sargento KURT L. SEMKO»

El corazón empezó a latirme aceleradamente.

El triángulo azul de AOL daba botes: otro correo electrónico de Sclaro. Hice un doble clic sobre él.

De eso nada. No voy a decir nada sobre Semko. Ya he dicho demasiado. Tengo esposa y dos hijos. Lo siento. No puedo ayudarle.

Oí la voz de Kate desde el pasillo.

—Jason, estoy oyendo de nuevo esas maracas.

—De acuerdo —contesté—. Enseguida voy. Un documento en formato PDF se abrió.

TRIBUNAL MILITAR DE APELACIONES CRIMINALES DE ESTADOS

UNIDOS Demandado

ESTADOS UNIDOS

contra

Sargento de primera clase KURT. M. SEMKO Demandante

Fuerzas Especiales Estadounidenses

Seguía una multitud de nombres, números y legalismos. Luego:

Un tribunal militar compuesto por oficiales y soldados rasos acusa al demandante, en contra del recurso presentado por éste, de firmar un documento oficial falso con intención fraudulenta (tres especificaciones), una especificación de perjurio y tres especificaciones de obstrucción de la justicia. El demandante se declaró inocente y fue absuelto del cargo de asesinato premeditado...

Lo leí brevemente. Kurt había sido acusado de asesinar a un compañero suyo, un tal sargento de primera clase James F. Donadio. Donadio era descrito como un «examigo íntimo del demandante»; un «protegido» suyo, según habían declarado algunos integrantes del equipo de Kurt. Hasta que Donadio había denunciado ante el coronel que Kurt había robado unos trofeos —«Se había apropiado de unas armas ilegales»—, lo cual contravenía las reglas.

Kurt se había vuelto entonces contra su antiguo protegido. Todo estaba ahí, bajo el epígrafe «Antecedentes y hechos». Donadio había hallado un cartucho introducido en el cañón de su rifle M4. De no haberse percatado, el

arma le habría estallado en la cara. Posteriormente alguien colocó en la cama de Donadio una granada de iluminación, como las que suelen utilizarse para aturdir a los ocupantes de una habitación, la cual había estallado una noche. Las granadas de iluminación emiten un sonoro estallido, pero no causan daños.

En otra ocasión, un monitor de saltos observó que se había manipulado la línea estática del paracaídas de Donadio. De no haberse percatado de que se había sustituido el nudo de cierre del paracaídas por otro cable, Donadio habría sufrido graves lesiones.

Podían interpretarse como unas bromas pesadas.

Sospecharon que Kurt era el autor de esos tres actos, pero no había pruebas. Una mañana, cuando Donadio abrió la puerta del vehículo de desplazamiento terrestre que conducía siempre y de cuyo mantenimiento se ocupaba, explotó una granada de fragmentación M-67.

Donadio murió. Comprobaron que no faltaba ninguna granada del equipo de Kurt, pero faltaba una de la taquilla donde sus compañeros y él guardaban las armas. Todos los componentes del grupo conocían la combinación.

Todos menos uno de los doce miembros del equipo declararon contra Kurt. Pero también faltaban pruebas. La defensa alegó que Kurt Semko era un soldado que había sido condecorado y ensalzado por su probada valentía en combate. Había recibido tres condecoraciones otorgadas a los heridos de guerra.

Kurt fue declarado inocente de asesinato premeditado, pero culpable de haber mentido al investigador criminal. Se le dio de baja por conducta deshonrosa, pero no fue a la cárcel.

De modo que la historia que me había contado, que se había encarado con su comandante a propósito de una misión suicida en la que había muerto Jimmy Donadio, era mentira. La verdad era más simple. Había asesinado a un protegido que se había vuelto contra él.

Las palabras en la pantalla de mi ordenador portátil empezaron a ponerse borrosas. Me sentí un poco mareado.

—Jason —dijo Kate.

Yo estaba estupefacto, pero no sorprendido. Todo encajaba.

Esto era precisamente lo que necesitaba. La policía estatal se daría cuenta de con quién trataba. No habría ninguna duda de que Kurt era capaz de haber manipulado el coche de Trevor, matándolo a éste y a Gleason. Ni la menor duda.

Hice clic en «imprimir». Hice cinco copias.

Luego me encaminé por el pasillo hacia el dormitorio para averiguar qué quería Kate. Al aproximarme al dormitorio, Kate se puso a gritar.

Capítulo 51

Entré apresuradamente en el dormitorio.

Kate estaba acostada en la cama, gritando, agitando las manos en el aire, señalando el baño.

Me volví hacia el baño y lo vi.

Ondulante, deslizándose por el rodapié, avanzando lentamente desde el baño hacia el dormitorio. Debía de medir unos diez metros de longitud y era gruesa como mi brazo. Tenía unas escamas grandes y ásperas, pero formaban un complejo dibujo: negro, crema, marrón y blanco con unos rombos blancos. Emitía un sonido característico y sibilante.

Excepto en las películas, yo nunca había visto una serpiente de cascabel; pero enseguida comprendí lo que era.

Kate chilló.

—Es una serpiente de cascabel —dije.

—¡Dios santo, tienes que matarla, Jason! —gritó Kate—. Ve a por una pala o algo parecido.

—Entonces es cuando te pican: cuando tratas de matarlas.

—¡Sácala de aquí! ¡Dios mío!

—No quiero acercarme a ella —respondí. La serpiente se hallaba a unos cinco metros. Me quedé inmóvil, clavado en el suelo—. Cuando esos bichos atacan, son capaces de moverse a doscientos o trescientos kilómetros por hora.

—¡Mátala, Jason!

—Kate —respondí—. Baja la voz, Kate. —La serpiente había dejado de avanzar y había empezado a enroscarse—. Mierda. Eso es lo que hacen cuando se disponen a atacar. —Retrocedí lentamente.

Kate se cubrió la cabeza con la sábana.

—¡Sácala de aquí! —gritó. Las ropas de la cama amortiguaban el sonido de su voz.

—¡Cállate, Kate!

La serpiente comenzó a alzarse, moviendo su voluminosa cabeza hacia delante y hacia atrás lentamente, aproximadamente a un metro del suelo, mostrando su vientre gris. Movía su larga lengua negra bifurcada y agitaba la

cola. Emitía un ruido como un viejo ventilador de un baño, más y más deprisa, más y más fuerte.

—No digas una palabra —dije—. Está asustada. Cuando están asustadas, atacan.

—¿Que ese bicho está asustado?

—Calla. Quiero que te levantes de la cama.

—¡No!

—Vamos. Levántate de la cama, sin hacer ruido. Quiero que salgas de aquí y bajes a mi estudio. Llamaré a alguien.

—¿A quién?

—A Kurt desde luego no.

Desde mi estudio llamé a una compañía llamada AAAA Animal Control y Removal Service. Una media hora más tarde apareció un tipo con aspecto profesional, portando unas tenazas largas y anchas, unos guantes hasta los codos y una caja plana de cartón blanca, abierta en ambos extremos, que decía GUARDA DE SERPIENTES. Al entrar en nuestro dormitorio, el hombre emitió un prolongado silbido.

—No se ven muchas víboras de este tipo por aquí —dijo.

—Es una serpiente de cascabel, ¿no es así? —pregunté.

—Un crótalo diamante oriental, y muy grande. Se ven en Florida y en Carolina del Norte, a veces en Louisiana; pero no en Massachusetts.

—¿Cómo llegó hasta aquí? —pregunté.

—¡Vaya usted a saber! Conozco gente que compra hoy en día serpientes exóticas a través de Internet. Hay portales que se llaman Reptilesvenenosos.com y cosas parecidas.

La serpiente había vuelto a deslizarse por la alfombra del dormitorio, aproximándose al televisor.

—Busca un lugar donde esconderse —dijo el tipo que controlaba a esos animales. Después de observarla durante unos minutos, se enfundó los guantes largos y rojos y se alejó unos tres metros de la serpiente antes de depositar la caja de cartón en el suelo, junto a la pared. Luego acercó la caja a la serpiente con las largas tenazas de aluminio de color azul.

—Les gustan los espacios cerrados. Busca un lugar donde refugiarse. La caja contiene unas gotas de una sustancia para atraer a las serpientes. Pero dudo que las necesitemos. La tenemos en el bote. La víbora se quedará enganchada con la cola que hay dentro de la caja.

Observé a la serpiente, que comenzó a deslizarse de forma ondulante hacia la caja, se detuvo delante de ella, mirándola con curiosidad, y luego metió la cabeza a través de uno de sus extremos.

—De niño vi una vez a uno de estos bichos en Florida —dijo el tipo del servicio de control y retirada de animales—. Pero no había visto ninguno aquí. Jamás. Observe.

La serpiente se metió dentro de la caja.

—Menos mal que no se le ocurrió acercarse a ella. Si te muerden, estás muerto. Es la serpiente más peligrosa de Norteamérica. De hecho, es la serpiente de cascabel más grande del mundo.

De pronto, se oyó la voz de Kate.

—¿Qué va a hacer con ella?

Estaba en el umbral del dormitorio, envuelta en una manta como si fuera una capa.

La caja blanca empezó a agitarse con violencia. La serpiente tenía aún más de la mitad del cuerpo fuera de la trampa, y empezó a revolverse frenéticamente, tratando de liberarse. Pero cuanto más se movía, más se adentraba en la caja; buena parte de su cuerpo parecía estar pegado al interior de la caja.

—¿Quiere saber qué vamos a hacer con ella? —preguntó el tipo—. Legalmente, debo decirle que la sacrificaremos mediante un método humanitario.

—¿Y en realidad? —inquirió Kate.

—Depende de la interpretación del término «humanitario»: la nuestra, o la de la serpiente. Lo importante es que hemos atrapado a ese bicho. —El hombre se acercó a la caja blanca y la recogió—. Nunca se ve un crótalo diamante por estos pagos. De hecho, no recuerdo la última vez que vi una víbora venenosa en esta ciudad. ¡Cualquiera sabe cómo llegó hasta aquí!

—Ya —dijo Kate con marcado sarcasmo—. ¡Cualquiera sabe!

Kate se acostó de nuevo en la cama, pero sólo después de que yo hube registrado el dormitorio y el baño, levantando incluso la tapa del retrete.

Luego leyó el documento sobre el consejo de guerra que yo había imprimido.

—¿Bastará con esto para hacer que arresten a Kurt?

—Lo dudo. Pero ayudará. Es obvio que bastará para que lo despidan de la compañía, pero ése sólo es el primer paso, una medida a medias. ¿Y qué

vamos a hacer hasta entonces, hasta que yo logre convencer a la policía para que lo arresten?

Kate asintió con la cabeza.

—Es un tipo con un gran encanto y capacidad de seducción. Le gusta sentirse superior. Los narcisistas como él tienen que sentirse adorados. Lo necesitan. Son como drogadictos. Necesita tu adulación.

—Como consiguió de ti, dicho sea de paso.

—Ambos nos dejamos engañar por Kurt.

—Eso ha terminado, y Kurt lo sabe. Todo ha quedado claro entre nosotros. Sabe lo que opino de él.

—Pues vuelve a adularle. Eres un experto en eso. Convéncele de que tienes unas reservas inagotables de admiración hacia el héroe.

—¿Por qué?

—Para neutralizarle, hasta que consigas que la policía lo arreste.

—Dicho así, suena muy fácil —respondí—. Pero no será nada fácil.

—¿Qué otra opción tienes? —preguntó Kate.

Me dirigí a Seguridad Corporativa en busca de Scanlon.

Estaba furioso, tenía prisa y no había sacado mi placa, de modo que utilicé el lector biométrico de huellas digitales para entrar.

Recordé la amenaza de Kurt: «Hagas lo que hagas, te estaré vigilando. Vayas a donde vayas. Llames a quien llames. Es como la canción de Police, *Every Breath You Take*».

Cuando el lector de huellas digitales emitió un pitido permitiendo que entrara, me di cuenta de que Kurt siempre sabía dónde me encontraba en el edificio, y era tan evidente que me sentí como un imbécil. Mi placa de acceso, el lector de huellas digitales... Cada vez que accedía a otra parte del edificio, Kurt se enteraba de inmediato.

Vi una puerta con una placa que decía DIRECTOR DE SEGURIDAD CORPORATIVA. Estaba cerrada. Me acerqué y apoyé la mano en el pomo, pero me detuvo la secretaria de Scanlon, que estaba sentada a una mesa perpendicular a la puerta.

—Está hablando por teléfono —dijo.

—Perfecto —respondí, girando el pomo e irrumpiendo en el despacho de Scanlon. El director de seguridad constituía sólo una silueta que se recortaba contra el sol que penetraba a raudales a través de la ventana. Estaba al teléfono, mirando a través de la ventana.

—Hola —dije. En una mano sostenía una copia impresa del documento del consejo de guerra de Kurt.

Scanlon se volvió lentamente en su silla giratoria.

—¿Buscas al director? —preguntó Kurt, colgando el teléfono.

Le miré estupefacto.

—Scanlon decidió jubilarse anticipadamente —dijo Kurt—. Yo soy el nuevo director de Seguridad Corporativa. ¿En qué puedo ayudarte?

Cuando llegué a mi despacho, vi a un hombre sentado en el despacho vacío junto al de Franny, que yo solía utilizar para mis visitas. Era un hombre de raza negra, de unos cincuenta años, con las orejas pequeñas y la cabeza grande en forma de pepino. Lucía un pantalón de color caqui y un bléiser azul, una camisa azul y una corbata azul marino.

—Jason —dijo Franny, volviéndose en su silla.

—Señor Steadman —dijo el hombre, levantándose rápidamente. Observé que llevaba unas esposas en el cinto, junto con una pistola—. Soy el oficial Ray Kenyon, de la Policía Estatal de Massachusetts. Me ha costado mucho localizarle.

Capítulo 52

El policía quería hablar en mi despacho, pero yo le conduje a una sala de conferencias vacía.

—Estoy investigando una colisión en la que murieron dos empleados suyos, Trevor Allard y Brett Gleason.

Asentí con la cabeza.

—Una terrible tragedia. Ambos eran amigos míos. Estoy dispuesto a ayudarle en lo que pueda.

El policía sonrió. Tenía la piel muy oscura, y la dentadura de un blanco increíble. De cerca parecía tener cuarenta y tantos años. Era difícil de precisar. Su cabeza era una bola de billar, tan reluciente que parecía como si la hubieran lustrado con cera. Hablaba pausadamente, como si no fuera el tipo más inteligente del mundo, pero advertí que sus ojos no perdían detalle.

—¿Conocía bien a esos hombres, el señor Allard y el señor Gleason?

—Bastante bien. Trabajaban para mí. No diré que fueran íntimos amigos míos, pero los veía todos los días.

—¿Se llevaba bien con ellos?

—Desde luego.

—¿No existía inquina alguna entre ustedes?

—¿Inquina? —Me pregunté con quién había hablado el policía, qué sabía sobre las circunstancias que me habían llevado a detestar a esos dos hombres. ¿Había enviado yo algún correo electrónico hostil a Trevor o a Gleason? No suelo hacer esas cosas; si tenía algo que decirles a cualquiera de ellos, lo hacía cara a cara, por fortuna—. No sé adónde quiere ir a parar con esas preguntas, oficial Kenyon. Creí que Trevor y Brett habían muerto en un accidente de carretera.

—Y así fue. Queremos averiguar lo ocurrido.

—¿Insinúa que no fue un accidente?

El oficial Kenyon me miró durante unos segundos.

—¿Usted qué cree?

Le devolví la mirada, pero achiqué los ojos como si no acabara de entenderle.

Yo sabía que lo que dijera a continuación lo cambiaría todo. Si respondía que no tenía ninguna sospecha sobre el accidente, en el supuesto de que

Kenyon hubiese averiguado que yo había hecho aquella maldita llamada «anónima», sabría que yo estaba mintiendo.

Pero ¿cómo podía probar alguien que había sido yo quien había utilizado el teléfono público junto a la cafetería, en lugar de otra persona de la compañía?

Por supuesto que quería que la policía investigara el accidente, pero acusar yo abiertamente a Kurt... Sería imposible volver a introducir esa pasta dentífrica en el tubo. Kurt lo averiguaría.

—He reflexionado sobre ello —respondí—, sobre cómo pudo haber ocurrido. ¿Manipuló alguien el coche de Trevor?

—Ése no es mi negociado. Corresponde a Reconstrucción de Accidentes, la unidad ARC, Análisis y Reconstrucción de Colisiones. Son expertos en la parte mecánica. Yo me ocupo de la investigación de fondo. Los ayudo.

—Si está usted aquí, significa que debieron de encontrar algo —dije.

—Trabajamos por separado —contestó Kenyon, una respuesta que me pareció bastante evasiva—. Ellos examinan las huellas de la frenada y esas cosas, y yo examino a las personas.

—De modo que hablará con los amigos y conocidos de Trevor y Brett.

—Y con los compañeros de trabajo; lo que me lleva de nuevo a mi pregunta, que usted no ha respondido. ¿Existía alguna tensión, algún resentimiento, entre usted y ellos?

Negué con la cabeza.

—No que yo recuerde.

El policía esbozó una breve sonrisa.

—¿Sí o no?

—No —contesté.

Kenyon asintió con la cabeza durante medio minuto, expeliendo el aire sonoramente a través de la nariz.

—Señor Steadman, no tengo motivos para llevarle la contraria. Sólo trato de hacer que las piezas encajen, ¿comprende? Pero lo que usted dice no acaba de encajar con esto.

Kenyon sacó del bolsillo un papel blanco doblado. Lo desdobló y lo depositó ante mí sobre la mesa de conferencias. El papel parecía haber sido doblado y redoblado docenas de veces. Era la fotocopia de un correo electrónico.

Enviado por mí a Trevor, y fechado hacía aproximadamente una semana.

No estoy dispuesto a tolerar que me faltes al respeto, ni tu afán de socavar mi autoridad. Tengo varias formas de deshacerme de ti que

no pasan por Recursos Humanos.

—Eso no lo he escrito yo —dije—. No es mi estilo.

—¿Ah, no?

—No se me ocurriría proferir ese tipo de amenazas. Es absurdo. Y desde luego jamás lo escribiría en un correo electrónico.

—¿Se refiere a que no querría que hubiera constancia de ello?

Cerré los ojos exasperado.

—Yo no lo escribí. Mire, yo...

—Señor Steadman, ¿se ha montado alguna vez en el coche del señor Allard?

Negué con la cabeza.

—¿Disponía él de una plaza en el aparcamiento de la compañía?

—No de una plaza fija.

—¿Jamás tocó usted su coche? Me refiero a haber apoyado en algún momento las manos en él.

—¿Apoyar las manos en él? Teóricamente, es posible; pero no recuerdo haber tocado su coche. Es un Porsche, y Trevor lo cuida mucho. Mejor dicho, lo cuidaba mucho.

—¿Qué me dice de la casa del señor Allard? ¿Había estado usted allí?

—No, nunca. No me invitó nunca a su casa. No manteníamos una relación de amistad.

—Sin embargo, ha dicho que le conocía «bastante bien».

—Sí. Pero también dije que no éramos amigos íntimos.

—¿Sabe usted dónde vive?

—Sé que vive, que vivía, en Wellesley. Pero nunca he estado en su casa.

—Ya. ¿Entró usted alguna vez en el garaje contiguo a su casa?

—No. Ya le he dicho que nunca he estado en su casa.

Kenyon asintió con la cabeza. Parecía estar pensando.

—Me pregunto cómo es que hallaron sus huellas digitales en el garaje del señor Allard.

—¿Mis huellas digitales? Es imposible.

—En todo caso, la de su índice derecho. No hay la menor duda al respecto.

—Venga, hombre, ni siquiera tienen mis huellas para cotejarlas con otras.

Kenyon me miró perplejo.

—¿No dio usted la huella de su dedo índice al departamento de Seguridad Corporativa, para que la leyera el lector biométrico?

—Ah, sí. Lo olvidé. Por supuesto que lo hice, como todos. La huella del

índice o el pulgar. Pero nunca he estado en la casa ni en el garaje de Trevor Allard.

Kenyon me observó atentamente. Me fijé en que tenía los ojos grandes y algo enrojecidos.

—El problema de las huellas digitales —dijo con tono quedo— es que no mienten.

—¿No le parece sospechosamente oportuno?

—¿Qué, señor Steadman?

—Que la huella digital que encontraron en el garaje de Trevor corresponda a mi índice derecho, que es la única huella que los de Seguridad Corporativa tienen en su lector biométrico.

—¿Y qué?

—¿Pretende decirme que no existe ningún método para copiar y transferir una huella digital? ¿Cree usted en la casualidad?

—¿La casualidad?

—¿Qué es lo que tienen? La huella de un dedo que casualmente es la huella que doy a Seguridad Corporativa, un correo electrónico que yo no he escrito...

—Todos los correos electrónicos contienen todo tipo de encabezamientos, senderos y directorios, señor Steadman.

—Que pueden ser falsificados —repliqué.

—No tan fácilmente.

—Es muy fácil si uno trabaja en Seguridad Corporativa.

Eso hizo que Kenyon callara unos segundos.

—Verá —dije—, tenemos un empleado que ha hecho esas cosas con anterioridad.

—¿En Seguridad Corporativa?

Tragué saliva y asentí con la cabeza. Me incliné hacia delante, mirándole a los ojos.

—Quiero enseñarle un documento —dije— que le indicará el tipo de persona a la que nos enfrentamos.

Entregué al policía la copia del consejo de guerra. Kenyon lo leyó de cabo a rabo y tomó varias notas en su cuaderno.

Cuando terminó, dijo:

—Caray, ¿y su compañía contrató a ese individuo?

Asentí con la cabeza.

—¿No investigan los antecedentes de los candidatos?

—Yo tuve la culpa —respondí.

—Pero usted no contrató a ese asesino, ¿no es así? Lo contrataron los de Seguridad Corporativa.

—Porque yo le avalé. En aquel momento no le conocía bien.

Kenyon sacudió la cabeza con expresión indignada. No obstante, advertí que me miraba de modo distinto. Había cambiado de parecer. Ahora parecía tomarme en serio.

—¿Qué motivos tiene ese Semko para prepararle a usted una encerrona?

—Es una larga historia. Complicada. Semko y yo éramos amigos. Yo le traje a la compañía. Había servido en el ejército y es muy listo.

Kenyon adoptó una expresión impasible. Me observó atentamente.

—De modo que son amigos —dijo.

—Lo éramos —respondí—. Me hizo algunos favores, unas cosas que no debió hacer.

—¿Como por ejemplo?

—Cosas bajo mano. Pero... Oiga, mire, inspector...

—Oficial Kenyon.

—Oficial Kenyon. Kurt me amenazó. Me dijo que si acudía a la policía, mataría a mi esposa.

Kenyon arqueó las cejas.

—¿Eso le dijo?

—Si averigua que he hablado con usted... Le conozco. Cumplirá su amenaza. Hará que parezca un accidente. Conoce muchas formas de matar a gente para que parezca accidental.

—Sin embargo, está usted hablando conmigo.

—Tengo que fiarme de usted. ¿Puedo hacerlo?

—¿Fiarse en qué sentido?

—Que no diga a nadie de la policía estatal que he hablado con usted.

—No puedo prometérselo.

—¿Qué?

—No soy un cura, señor Steadman. Esto no es un confesionario. Soy policía. Si ha cometido usted un crimen...

—No he cometido ningún crimen.

—Entonces no tiene por qué preocuparse. Tampoco soy un reportero del *Globe*. No me propongo publicar un artículo sensacionalista. No quiero darle unas garantías que no pueda cumplir.

—Semko conoce a gente en la policía estatal, a mucha gente. Tiene contactos que le informan de lo que sucede.

Kenyon sonrió enigmáticamente, asintiendo con la cabeza.

—¿Qué ocurre? —pregunté—. Parece no acabar de creérselo.

—No es eso. No quiero mentirle. Me gustaría decirle que esas cosas no suceden, pero la verdad es que... le creo. Somos un coladero. Algunos militares como su amigo conocen a mucha gente en nuestro cuerpo.

—Genial —respondí con tono sombrío—. Si Semko averigua que he hablado con usted, le hará algo a mi esposa. Trabaja en Seguridad Corporativa, conoce los nombres de todas las personas que entran y salen de aquí. Supongo que usted habrá firmado en el registro del mostrador de recepción. Habrá escrito Policía Estatal de Massachusetts y su nombre, ¿no es así? Que deseaba hablar con Jason Steadman.

—No es así. He venido para hablar con muchas personas.

—De acuerdo.

—Necesito que me dé más detalles referentes a las cosas bajo mano que hizo el tal Semko. ¿Algunas de ellas iban dirigidas contra Allard o Gleason?

Sentí una sensación de alivio.

—Desde luego.

Kenyon volvió una página de su cuaderno. Me hizo unas preguntas. Yo hablé, y él tomó numerosas notas.

—Quizá podamos ayudarnos mutuamente —dijo Kenyon, entregándome su tarjeta. En el dorso escribió otro número de teléfono—. Mi línea directa, y mi móvil. Si llama a mi línea a la oficina del fiscal del distrito, a veces responde Sánchez. Puede confiar en él.

—Si le llamo —respondí, meneando la cabeza—, no quiero dejar mi nombre. ¿Qué le parece si utilizo un nombre falso? Utilizaré el nombre de... —tras reflexionar unos instantes, dije—: Josh Gibson.

Kenyon esbozó una amplia sonrisa mostrando su blanquísima dentadura.

—¿Josh Gibson? ¿El famoso Josh Gibson de las Ligas Negras?

—Uno de los mejores bateadores de todos los tiempos —respondí.

—Lo recordaré —dijo Kenyon.

Capítulo 53

Yo tenía que hacer una presentación durante el almuerzo ante uno de nuestros distribuidores y Rick Festino, para tratar de salvar un contrato que Festino estaba a punto de perder. No estaba concentrado en el tema —estaba demasiado distraído por mi conversación con el oficial Kenyon—, y probablemente hubiera sido preferible que no hubiera ido.

Después de comer, en lugar de volver a la oficina, me dirigí en coche a un Starbucks, a unos kilómetros del edificio de Entronics. Pedí un capuchino doble —me negaba a utilizar el falso lenguaje italiano de Starbucks como «*venti*» y «*grande*»—, me senté en una cómoda butaca en un rincón y conecté mi ordenador portátil. Pagué por un mes de acceso inalámbrico a Internet y al cabo de unos minutos establecí varios correos electrónicos.

Con toda seguridad, Kurt podía enterarse de cualquier cosa que hiciera en línea mientras estuviese en el despacho. Sin embargo, no le resultaría fácil dar con esta cuenta de Internet, y aun en el caso de que lo hiciera, le llevaría un tiempo. Y con lo rápidas que estaban sucediendo las cosas últimamente, me bastaría con un par de días. Kurt había dicho:

No te das cuenta de que eres un simple peón. No tienes ni idea. Pregúntales a los del equipo de integración de la fusión de McKinsey si han venido para salvar la oficina de Framingham o para vender el edificio. Es asombrosa la cantidad de cosas que averiguas indagando un poco.

¿Significaba eso que los del Mega Tower se habían propuesto cerrar mi división? ¿Ya estaba decidido? En tal caso, ¿por qué nos había estado presionando Dick Hardy para que rindiéramos al máximo, para que firmáramos nuevos contratos?

No lo comprendía. ¿Qué lógica tenía? Dentro de unas semanas Entronics firmaría un contrato fabuloso para adquirir la filial estadounidense que fabricaba pantallas de plasma y LCD de Royal Meister. ¿Qué les importaba a los de Tokio lo que hiciera su unidad en Estados Unidos si habían decidido cerrarla?

¿Qué pieza del rompecabezas me faltaba?

Las respuestas probablemente residían en los documentos confidenciales de Entronics sobre planificación de estrategia referentes a la adquisición de la unidad Meister y sus planes para el futuro. La mayoría de esos documentos

seguramente estaban en japonés y a buen recaudo en una intranet corporativa inaccesible y compartimentada.

No obstante, existían otros medios.

Como la consultora McKinsey y el equipo de integración de la fusión que había estado pululando hacía poco por nuestras dependencias.

Yo no conocía a ninguno de ellos, pero sí algunos de sus nombres. Y después de una rápida visita a su página electrónica, encontré el nombre del socio más veterano de la firma en la cuenta de Entronics. Y a continuación encontré el nombre y el correo electrónico de su asistente ejecutiva.

Acto seguido, Dick Hardy envió a ésta un correo electrónico, utilizando su cuenta Hushmail, *rhardy@hushmail.com*.

Una cuenta que yo había establecido. Dick Hardy envió el correo electrónico desde su yate, ¿comprenden? Había trasapelado el último borrador del informe sobre la integración de la fusión y necesitaba que le enviaran una copia de inmediato por correo electrónico. A su dirección particular, por supuesto.

Me bebí el capuchino y pedí otro café, negro, mientras esperaba la respuesta de McKinsey. Entré de nuevo en la página electrónica del Tribunal Militar de Apelaciones y localicé el documento del consejo de guerra de Kurt. Recordé que la División de Investigación Criminal del Ejército había redactado un informe sobre el asesinato de Donadio, durante el cual el investigador había entrevistado a todos los miembros del equipo de Fuerzas Especiales de Kurt.

Todos los miembros del equipo salvo uno habían dicho al investigador del Departamento de Investigación Criminal que creían que Kurt había cometido el asesinato. Anoté los nombres y apellidos de cada uno de los miembros del equipo. El único que había defendido a Kurt se llamaba Jeremiah Willkie.

Recordé la noche que había conocido a Kurt, cuando me había llevado al taller de reparación de automóviles de su amigo. Kurt había preguntado por el dueño del taller, que se llamaba Jeremiah.

Supuse que no habría muchos Jeremiah en las Fuerzas Especiales.

El taller de Willkie había reparado mi Acura. Kurt me había dicho que guardaba sus herramientas y demás allí.

Busqué en Google el taller de reparación de automóviles Willkie y hallé un dato interesante. El taller de reparación de automóviles Willkie constaba como propietario de una compañía de grúas llamada M. E. Walsh Tow. Recordé que era la compañía de grúas para la que trabajaba Kurt. Éste me había dicho que el dueño era amigo suyo.

Empecé a escribir en Google los nombres de los otros miembros del Destacamento Operativo Alpha 561 de las Fuerzas Especiales. Algunos de los nombres, incluso con las iniciales del segundo nombre, aparecieron en distintos lugares del país, lo cual significaba que había que estrechar aún más los márgenes de posibilidades. ¿Era James W. Kelly actualmente un fabricante de programas informáticos en Cambridge, Inglaterra? No lo creía. ¿Un acordeonista y compositor? ¿Un cirujano? ¿Un profesor de oceanografía y meteorología? ¿Un tipo que se pasaba todo el día escribiendo en una ciberbitácora?

No obstante, algunos nombres eran lo suficientemente insólitos para estar yo seguro de haber dado con la persona que buscaba; algunos incluso tenían sus biografías en Internet. Uno era un bombero en una pequeña población en Connecticut. Otro trabajaba para una empresa de seguridad en Cincinnati. Otro daba clases de historia militar en un instituto de la comunidad del estado de Nueva York.

Encontré las direcciones de correos electrónicos de al menos dos. Bebí más tragos de café, tratando de que la cafeína me estimulara las células cerebrales. Deduje que detestaban a Kurt, puesto que ambos habían comparecido como testigos en el consejo de guerra de Kurt y habían declarado contra él. De modo que les escribí a los dos. Utilizando una tercera dirección de correo electrónico y un nombre falso, les dije que Kurt Semko se había mudado a la casa situada junto a la mía y pasaba mucho tiempo con mi hija adolescente, por lo que quería hacer unas discretas indagaciones para averiguar si era cierto que había asesinado a un compañero suyo en Irak.

Uno de ellos, el que trabajaba para la empresa de seguridad, me respondió enseguida. Escribió:

Kurt Semko es una deshonra para las Fuerzas Especiales. Es un hombre peligroso y desequilibrado. Si se tratara de mi hija, no dejaría que tuviera tratos con Semko. No, probablemente me iría a vivir a otro sitio.

Le di las gracias y le pedí que me diera detalles sobre lo que había hecho Kurt.

Esperé, pero no obtuve respuesta.

Luego comprobé la cuenta Hushmail de Dick Hardy. La asistente ejecutiva de McKinsey había respondido, adjuntando el informe del equipo de integración de la fusión, que descargué.

El informe McKinsey era muy farragoso, pero el resumen ejecutivo contenía todo los puntos importantes.

Estaba todo allí.

Ni siquiera habían evaluado la opción de Dallas contra Framingham. No se trataba de decidir qué unidad se iría a pique y cuál sobreviviría.

Era una propuesta estructurada para un cambio comercial que implicaba cerrar la oficina de Framingham y un plan de acción sobre cómo llevarla a cabo.

La competencia entre ambas oficinas sobre la que habían hablado Gordy y Hardy era una estratagema. Ni siquiera constaba en el informe McKinsey.

Nos habían tomado el pelo.

Pero ¿por qué?

¿Por qué utilizar el ardid de la competencia entre ambas oficinas? ¿Por qué hacer restallar el látigo con tanta violencia?

Uno de los apéndices del informe McKinsey era el pliego de condiciones confidencial de la adquisición Entronics-Meister. Todos los pormenores secretos estaban ahí. Puede que la respuesta estuviera en el pliego de condiciones.

Si uno sabía interpretarlo.

Yo no sabía, pero conocía a alguien que podía hacerlo.

Quince minutos más tarde, Festino entró en Starbucks, miró a su alrededor y me localizó en mi cómoda butaca en un discreto rincón.

—Supongo que no me has pedido que viniera para invitarme a un café helado con caramelo —dijo con tono hosco.

—Ve y pide uno —dije—. Págalo tú.

—De acuerdo. Gracias por asistir al almuerzo. Hemos firmado el contrato.

—Me alegro de oírlo —respondí, aunque en esos momentos me tenía sin cuidado.

Festino regresó al cabo de unos minutos con su bebida y se sentó en una butaca junto a mí.

—¡Joder! ¿Te has fijado en el cojín de esta butaca? ¿Imaginas la cantidad de culos asquerosos que se habrán posado en ella? —Tras inspeccionarla con recelo, se sentó a regañadientes—. ¿De qué se trata? Le conté lo de la competencia fraudulenta entre ambas oficinas.

Festino me miró pasmado, con la cara arrebolada.

—Los muy cabrones. ¿Así que todo fue una broma cruel?

—Eso parece.

—¿De modo que dentro de un mes estaré friendo patatas en la cocina de un MacDonald's? Podrían habérmelo dicho en junio, cuando en MacDonald's

contrataban a nuevo personal. Pásame tu ordenador. —Festino contempló la pantalla unos instantes—. ¿Cómo has conseguido eso?

—Creo que lo llaman «ingeniería social».

—¿Por el mismísimo escuadrón de matones?

—¿Te refieres al equipo de integración de la fusión? Más o menos.

—Esto es el pliego de condiciones del acuerdo con Meister. ¡Caray!

—En efecto.

—Se supone que eso debería estar a buen recaudo. Es altamente confidencial. Sabes cómo conseguir lo que quieres.

—A veces.

Festino calló durante unos minutos. Luego empezó a mascullar palabras como «consideración», «tipo de cambio» y «cotización de cierre».

—Es un acuerdo muy complejo —dijo—. Pero la bota asciende a menos del veinte por ciento.

—¿La bota?

—Dinero en efectivo. Y el acuerdo contiene un cuello blando.

—¿Ahora es un cuello?

—Si el precio de las acciones de Entronics baja el día que firmen el acuerdo, tendrán que pagar más a Meister. Si las acciones de Entronics suben, les pagarán menos. Al parecer, mucho menos. Se me ocurre una teoría. Deja que... —Festino se puso a navegar por Internet—. Sí. Aquí lo tenemos. Fíjate en esto. Desde que se anunció el acuerdo con Meister, Hardy ha concedido exactamente tres entrevistas, en japonés.

—¿En japonés?

—Me refiero a unos periódicos japoneses. Una en inglés, al *Japan Times*; otra al *Asahi Shimbun*, y otra al *Nikon Keizai Shinbun*. Todas en tono muy optimista, alardeando de que el negocio de Entronics U. S. en pantallas planas está arrasando.

—¿Y?

—¿Por qué crees que Hardy habló con periodistas japoneses?

—Muy sencillo. Entronics es una compañía japonesa. Supuso que sus jefes leerían las entrevistas y se sentirían impresionados.

—Venga, Jason. Sus jefes conocían los números antes de que los conociera el *Nikon Keizai Shinbun*. Cuando estás llevando a cabo una fusión o una adquisición, la comisión de títulos financieros y bolsas te vigila de cerca para que no hables con la prensa. Pero no pueden impedir que hables con periodistas extranjeros en países extranjeros. ¿Y quién lee los periódicos japoneses, aparte de las personas de habla japonesa?

—No te sigo.

—Las oficinas japonesas de algunos de los mayores fondos de inversión libre americanos, ¿comprendes? Si leen la noticia sobre Entronics, piensan que esa información les da ventaja sobre el resto del mundo y empiezan a comprar. Luego entran en acción los expertos en estrategias de compra y venta de valores. Al cabo de poco tiempo, las acciones de Entronics empiezan a subir como la espuma.

—De modo que Dick Hardy contribuyó a que Entronics se ahorrara un montón de dinero en el acuerdo con Meister.

—Exacto.

—Y nos presiona para que firmemos tantos acuerdos como podamos para salvar nuestros puestos. Pero en realidad estamos contribuyendo a que Entronics haga un negocio muy ventajoso.

—Exacto. Un plan perverso, ¿no?

—Sin embargo, no sabemos si Dick Hardy lo hizo a instancias de los del Mega Tower, o por iniciativa propia.

—¿Qué más da? Sea como fuere, Hardy se llevará la estrella de oro —respondió Festino. Sacó una flamante botellita de líquido antigérmico, la destapó y vertió una generosa cantidad sobre la palma de su mano izquierda —. Y a nosotros que nos den.

—Ya.

—No puedes hacer nada al respecto. Te lo advierto por si planeabas algo. Esto está más allá de tu alcance. —Festino empezó a frotarse las manos con vehemencia—. Fíjate en las manchas en estos reposabrazos. Qué asco. No creo que sean de café.

—Quizá tengas razón. Quizá no pueda hacer nada al respecto.

—En cualquier caso, siempre me han gustado las patatas fritas del MacDonald's. Incluso cuando dejaron de freírlas con sebo. ¿Vas a venir mañana por la noche?

—¿Mañana por la noche?

—Al partido de fútbol, ¿recuerdas? Hace dos semanas que no vienes a jugar. Y desde que soy el entrenador, todo recae sobre mí. Dos de nuestros jugadores la han palmado.

—Festino.

—Lo siento, pero es así.

—Iré —dije.

Capítulo 54

Entré en el aparcamiento de Entronics poco antes de las cinco y media. Un Mustang negro se colocó en el hueco junto al mío con un chirrido de neumáticos, y Kurt saltó del coche.

Me quedé en el coche, esperando a que Kurt siguiera adelante; pero éste abrió la puerta del copiloto y se sentó.

—¿Cómo va la batalla? —preguntó.

—Ha sido un día duro. En casa ocurrió una cosa muy extraña. Encontramos una serpiente de cascabel en el dormitorio.

—¿De veras? —preguntó Kurt—. No sabía que hubiera serpientes de cascabel en Massachusetts. Cada día se aprende algo nuevo. Pero creí que te ibas a California.

—Perdí el vuelo —contesté.

—Mala pata.

—Ya, son cosas que ocurren. Enhorabuena por tu promoción.

Kurt asintió con la cabeza, sonriendo.

—Es agradable ser el rey.

—Estoy impresionado. Dick Hardy debe de tener muy buena opinión de ti.

—Dick Hardy quiere que yo sea feliz. Ha comprendido que soy impagable.

—¿Tienes algo con que chantajearle? —pregunté, sonriendo y asintiendo con la cabeza, como si apreciara lo listo que era. Kurt parecía un mayorista jactándose de lo hábilmente que habían embaucado a los de Best Buy para que pagaran los gastos de transporte.

—Incluso me ha invitado a navegar en su yate. ¿Has estado en su yate?

—A mí también me invitó —respondí—, pero no pude ir.

—Es un Lazzara de veinticinco metros de eslora, según he leído, un capricho de dos millones trescientos mil dólares. Pero teniendo en cuenta el sueldo de Hardy, me chocó que pudiera permitirse el lujo de comprárselo. De modo que investigué un poco. Resulta que Hardy ha estado jugando un poco a la Bolsa. Ha establecido un fondo fiduciario en las islas del Canal a nombre de algo llamado Samurai Trust. *Samurai* es el nombre de su yate. Y el Samurai Trust ha estado comprando y vendiendo opciones a un precio más

bajo que el del mercado sobre las acciones de Entronics en la Bolsa australiana. Cada vez que Entronics emite un comunicado de prensa, cada vez que circula una buena noticia, el Samurai Trust se beneficia. Gana una fortuna. Por supuesto, si las noticias son malas, también gana dinero, vendiendo acciones. Un plan muy hábil: es casi imposible que le pillen. Y todo para comprarse un yate. A estas alturas podría comprarse diez yates.

Por fin lo comprendí todo. Puede que Dick Hardy hubiera tratado de ahorrar a Entronics un montón de dinero en el acuerdo con Royal Meister, pero ése no era su único motivo. De paso, se estaba forrando.

—Es un tipo muy listo —dije.

—Lo suficientemente listo para llevar a cabo sus transacciones bancarias utilizando una cuenta de Hushmail cifrada; pero no lo suficientemente listo para darse cuenta de que cada vez que envía unos correos electrónicos a través del ordenador de la compañía, yo puedo acceder a su disco duro por control remoto.

—Caray. Muy hábil por tu parte.

—Todo el mundo tiene un secreto. Tú también tienes secretos. Y yo los conozco. Y tú y tu Banda de los Hermanos trabajando como bestias para salvar vuestra división, cuando lo único que hacéis es ayudar a Hardy a pagar su yate, o su nueva casa en la sección de Highland Park en Dallas.

—¿Dallas?

—Reflexiona sobre ello, colega. Me pregunto por qué Hardy se muda a Dallas.

—Tienes razón. Me utilizó como un peón.

Kurt se encogió de hombros.

Encorvé la espalda, asumiendo una postura de desánimo, y le miré meneando la cabeza con tristeza.

—Tú sólo tratabas de ayudarme. Y no supe valorarte. Me he comportado como un idiota, mientras Gordy y Hardy me movían de un lado a otro como una pieza de ajedrez. Tú eres mi único aliado.

Kurt se volvió para mirarme. No pude descifrar la expresión de su rostro.

Era curioso recordar el aspecto marginal que ofrecía Kurt cuando le conocí, como un viejo jipi, un paria: la perilla, el pañuelo alrededor de la cabeza, el corte de pelo corto por delante y largo por atrás, las camisetas raídas. Ahora iba bien vestido, como un ejecutivo de éxito, luciendo un traje caro, una corbata y unos elegantes zapatos.

—Hablo en serio —dije—. En realidad me importa un bledo lo que les hicieras a Trevor y a Brett. Confieso que tuve miedo. No quiero mentirte,

llamé a la policía. Lo cual fue una estupidez. —Me expresaba con un tono tan contrito que hasta yo mismo empecé a creerlo—. Podría decirte que lo siento, pero no sería suficiente. Siempre has sido un buen amigo para mí. Pero no supe verlo.

Kurt tenía la vista al frente, mirando a través del parabrisas.

Guardé silencio. Mark Simkins, mi viejo gurú sobre tácticas de ventas, cuyos cedés solía escuchar una y otra vez, siempre hacía hincapié en la pausa estratégica. Lo más importante a la hora de rematar algo, decía, es el silencio.

De modo que no dije nada. Y esperé a que Kurt asimilara lo que le había dicho.

Confié en que la teoría de Kate fuera acertada, que Kurt fuera un adicto a la adulación.

Kurt me miró brevemente y luego fijó de nuevo la vista en el parabrisas.

Apreté los labios y contemplé el volante.

—Hablaste con ese policía, Kenyon —dijo Kurt—. ¿No te advertí que mantuvieras la boca cerrada?

—Sí. Y lo hice. Pero ese poli se presentó en mi despacho. Dijo que quería hablar con todos los que hubieran trabajado con Trevor y con Brett. De modo que procuré salirme del aprieto como pude. Me preguntó sobre ti, y le dije que creía que habías mantenido una buena relación con esos dos, que jugabas a sóftbol con ellos y que te admiraban mucho.

Kurt asintió con la cabeza.

—Eso está bien —respondió.

Mi táctica funcionaba. Gracias a Dios. Sentí una inmensa sensación de alivio.

—Eso está muy bien. Muy hábil. Ahora comprendo por qué se te da tan bien cerrar un acuerdo. —Kurt se volvió hacia mí; su rostro estaba a escasos centímetros del mío—. Porque eres un maldito embustero —gritó con voz ensordecedora. Al gritar, me roció la cara con saliva—. Sé cada condenada palabra que dijiste a ese policía. «Semko conoce muchas formas de matar a gente para que parezca accidental».

¡No! ¿Había hablado Kenyon con alguien de la policía que conocía a Kurt?

—«Tengo que fiarme de usted —prosiguió Kurt—. ¿Puedo hacerlo?». ¡No, imbécil, no puedes fiarte de nadie! ¿Creíste que podías hablar en alguna parte del edificio sin que yo me enterara?

Por supuesto. Con todos los medios de Seguridad Corporativa a su alcance, Kurt había colocado también unos micrófonos ocultos en la sala de

conferencias.

—No volveré a decírtelo. Si vuelves a hablar con alguien a mis espaldas, con alguien de la compañía, de la policía o con quien sea, me enteraré. No puedes hacer nada que yo no pueda averiguar. Nada. Y si te pasas de la raya..., siquiera un milímetro...

—¿Sí? —El corazón me latía aceleradamente y retumbaba en el pecho.

—¿Quieres un consejo de amigo? Crees que tú y tu mujer vivís en un barrio seguro. Pero en ese sector de la ciudad se producen asaltos a las casas continuamente. Hay ladrones que entran a robar, que a veces incluso matan a personas inocentes. Son cosas que ocurren. Tienes una esposa y un niño que va a nacer, Jason. Tienes que andarte con mucha cautela.

Capítulo 55

El apartamento de Graham Runkel seguía apestando a pila de agua, y su Volkswagen escarabajo de 1971 seguía aparcado en su jardín trasero. Graham estaba trabajando en él.

—¿Cómo está el bicho del amor, el Huevito? —pregunté.

—Lo voy a convertir en un bólido. Estoy reconstruyendo el turbocompresor. Espera aquí.

Graham regresó con una bolsa de plástico que contenía unos canutos de marihuana.

—Los restos de la viuda blanca. Un regalo perfecto. Bienvenido.

—No, gracias. Ya te lo dije, he dejado ese rollo.

—Le entregué un paquete envuelto para regalo.

—¿Qué es esto?

—Un regalo porque me siento culpable y soy un cretino.

Graham lo abrió apresuradamente.

—¿La colección completa de *El prisionero* en deuedé? ¡Es increíble, Steadman! —Graham admiró la fotografía de Patrick McGooohan que había en la carátula. Cuando vivíamos en Worcester, Graham solía pasarse por mi casa cuando mis padres estaban trabajando y nos fumábamos unos porros y mirábamos refritos de esa serie clásica inglesa de espías—. ¿A qué viene eso? ¿Acaso es mi cumpleaños? Lo había olvidado.

—No —respondí—. He venido a pedirte ayuda. Me siento como un capullo por presentarme en tu casa después de tantos meses, y creí que con esto haría que no estuvieras tan cabreado conmigo.

—Pues lo has conseguido —contestó Graham—. Pero lo que realmente necesitas es relajarte con la viuda blanca. Estás más tenso que... ¡yo qué sé!

Su cabello castaño le llegaba a los hombros y parecía sucio. Lucía una vieja camiseta roja con los arcos dorados de MacDonald's estampados en el pecho. Decía MARIHUANA Y DROGADO A TOPE.

—Si quisiera manipular el coche de alguien para que se diera un batacazo mientras lo conducía, ¿qué harías?

Graham me miró perplejo.

—¿Un batacazo?

—Para que se estrellara.

—Cortar los cables de los frenos. ¿Es un acertijo?

—Si cortaras los cables de los frenos, ¿no notaría el conductor que los frenos estaban raros en cuanto empezara a conducir el coche?

—¿A qué viene esto, Jason?

Le expliqué brevemente el asunto, le hablé de Kurt y le conté lo que había hecho. Graham me escuchó con sus ojos enrojecidos como platos. Graham era un tipo que creía que los del departamento para la lucha contra la droga colocaban transmisores en todos los ejemplares de la revista *High Times*, por lo que creyó mi historia.

—¿Era un Porsche? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Un Carrera 911, nuevo de trinca. No debía de tener ni un año.

—¿El conductor estaba borracho?

Negué con la cabeza.

—¿Sólo perdió el control? ¿No hubo otro coche implicado en el accidente?

—Correcto.

—Hum. Es cierto, no convendría cortar los cables de los frenos. El conductor lo advertiría enseguida. Tampoco aflojarías las tuercas de las ruedas, porque el coche empezaría a dar bandazos en cuanto arrancara. Pero, oye, Jason, a menos que los policías sean unos memos, eso es lo primero que tendrían que comprobar: si faltan las tuercas de las ruedas, si alguien había rajado los neumáticos, si falta un perno en la rótula de dirección, si han cortado los cables de los frenos; ese tipo de cosas.

—Todo sería bastante obvio —respondí.

—Claro está que si alguien ha manipulado las rótulas... ¡Joder!

—¿Qué?

—El conductor perdería el control del coche.

—¿Manipulado las rótulas en qué sentido? ¿Cortándolas? ¿No sería bastante obvio?

—A menos que no las hubieran cortado. Podrían haberlas lijado, debilitado de algún modo. De modo que cuando el coche...

—¿Debilitado? —pregunté—. ¿Cómo puedes debilitar el metal?

—No lo sé. Supongo que hay muchos medios.

—Debilitar metal —dije en voz alta, aunque en realidad hablaba conmigo mismo. Pensé en la historia que Kurt me había contado en cierta ocasión de

que su equipo había pintado con una sustancia que venía en un tubo ciertas partes de un helicóptero de los talibanes en Afganistán—. Creo que ya lo sé.

—De acuerdo, colega. Genial. ¿Por qué no lo celebramos? —Graham tomó la bolsa de marihuana—. La última vez —dijo.

Llegué a casa sobre las siete y media. Susie y Ethan estaban en la cocina, apurando una bandeja de comida preparada —supongo que habían localizado una tienda de *sushi* que hacía entregas a domicilio—, y Kate estaba en la cama, tecleando en el ciberespacio.

—¿Has salido hoy, Kate?

—¿Que si he salido? —contestó, mirándome perpleja.

—Te sentaría bien tomar un poco el aire.

—¿Tomar el aire? —Al observar que me llevaba el índice a los labios, Kate asintió con la cabeza—. Buena idea.

Kate se levantó de la cama, y la tomé en brazos. Me resultó sorprendentemente fácil, probablemente debido a los ejercicios que Kurt me había obligado a hacer. La transporté abajo, y salimos de la casa. Ethan salió de la cocina y, al verme con Kate en brazos, puso los ojos en blanco.

Llevé a Kate a nuestro pequeño jardín trasero.

—Lo siento, pero he de suponer que Kurt ha instalado unos micrófonos ocultos en nuestro dormitorio.

—¡Imposible! —exclamó Kate, abriendo mucho los ojos.

—No lo sé, pero he de suponerlo. ¿Durante cuánto tiempo ha alquilado Susie la casa en Nantucket?

Kate ladeó la cabeza.

—Hasta fines de septiembre, probablemente. ¿Por qué lo preguntas? ¿Quieres que nos la preste durante un par de días? No estoy en las condiciones ideales para tomarme unas vacaciones.

—No me refiero a unas vacaciones. ¿Crees que estás en condiciones de volar hasta allí?

—Claro que puedo volar, siempre que no me canse. Pero ¿a qué viene esto?

—Quiero que Susie y Ethan regresen a Nantucket y te vayas con ellos lo antes posible: mañana por la mañana, a primera hora.

Kate me miró. Su rostro dejaba traslucir diversas expresiones: confusión, escepticismo, una risueña perplejidad.

Entonces lo comprendió.

—Es por Kurt, ¿verdad? —preguntó.

A la mañana siguiente, Susie, Kate y Ethan se montaron en un taxi para dirigirse al aeropuerto Logan y tomar un vuelo para Nantucket. Yo fui a la oficina y a las nueve me tomé unos minutos libres entre reunión y reunión. Devolví la llamada que me había hecho el director general de los Red Sox, que resultó ser un tipo muy amable —quizás esperaba que fuera como George Steinbrenner con un acento bostoniano—, que me pidió que organizara una demostración de la PictureScreen y le diera un presupuesto. Acordamos vernos al cabo de una semana.

En cuanto colgué, bajé en ascensor al vestíbulo. Salí del edificio Entronics, recorrí unas manzanas en coche, saqué la tarjeta del oficial Kenyon y le llamé con mi móvil.

Respondió una voz ronca con acento español.

—Agente estatal Sánchez.

Al fondo se oían los típicos ruidos de una oficina, teléfonos que sonaban, voces.

—Quiero hablar con el oficial Kenyon —dije.

—¿De parte de quién?

Me detuvo unos segundos.

—Josh Gibson.

Al cabo de un minuto, Kenyon respondió al teléfono.

—Hola, señor Gibson —dijo—. Tomaré esta llamada en mi despacho.

Tras hacerme esperar unos instantes, Kenyon cogió de nuevo el teléfono.

—Su llamada es muy oportuna —dijo—. Iba a llamarle para darle una buena noticia.

—¿Una noticia?

—Los de Reconstrucción de Accidentes no han encontrado nada.

—No han encontrado nada —repetí. Me quedé estupefacto.

—Así es. No hay prueba de que se tratara de un delito. El que no haya prueba de un delito significa que no habrá una investigación. Significa que me asignarán otro caso.

—Pero yo sé que Kurt... Sé que manipuló el coche.

—Si los de la unidad de Análisis y Reconstrucción de Colisiones dicen que no hay nada sospechoso, no hay nada que pueda hacer usted al respecto.

—No examinaron el coche lo suficientemente a fondo.

—Puede que tenga razón. No lo sé. Están muy ocupados. Tienen mucho que hacer.

—La prueba está allí. Sé que Kurt lo hizo. ¿Comprobaron las rótulas?

—No sé qué es lo que comprobaron. Sólo sé que no hallaron nada sospechoso.

—¿Dónde están los restos del coche?

—Supongo que lo habrán convertido en chatarra.

—¿En chatarra?

—En todo caso, ya se lo habrán llevado.

—¿Quiénes?

—Los de la grúa. Ahora es suyo. Normalmente preguntan a la familia del difunto si quieren conservarlo; pero cuando el vehículo queda hecho un montón de hierros retorcidos, la familia suele decir que no, de modo que lo venden como chatarra. ¿Por qué lo pregunta?

—Tiene que conseguir que los de Reconstrucción de Accidentes examinen el coche de nuevo antes de que lo conviertan en chatarra.

—No está en mis manos. Ya no está bajo custodia policial.

—¿En qué cementerio de coches está?

Tras una pausa, Kenyon se echó a reír.

—Olvidelo.

Traté de enfocararlo de otra forma.

—Si registran el apartamento de Kurt Semko, seguro que encuentras unos tubos de una sustancia llamada FML, un agente de Fragilización de Metales Líquidos que utilizan las Fuerzas Especiales Estadounidenses.

—¿FML? Hay un problema. No podemos registrar el apartamento. Si no hay pruebas de un delito, no habrá una investigación, y por tanto no podemos obtener una orden de registro. Así es como funcionan las cosas en el mundo real.

—Esa sustancia está allí. La he visto yo mismo. ¿Qué más pruebas quiere?

—Permita que le explique algo, señor Steadman, porque está claro que no sabe cómo funciona el sistema. Si quiere obtener una orden de registro, tiene que conseguir que la firme un juez. El juez no la firmará a menos que exista una causa probable.

—He visto esa sustancia en el apartamento de Kurt.

Se produjo una pausa.

—No sé lo que habrá visto, pero mi instinto me dice que es usted un tipo sincero. ¿Está dispuesto a ser mi informador?

—De forma confidencial, sí. Pero no quiero que aparezca mi nombre. De ningún modo. Kurt conoce a gente en todas partes. Lo averiguará. Kurt colocó unos micrófonos ocultos en la sala en Entronics donde hablamos usted y yo. Oyó cada palabra que dijimos.

—Joder.

—Ese tipo es peligroso. De modo que comprenderá que no quiera que se sepa que soy su informador.

—Eso es imposible, señor Steadman. El juez utiliza lo que se llama la prueba Aguilar-Spinelli.

—¿Qué es eso?

Kenyon suspiró.

—Básicamente, significa que no puede emitir una orden de registro basada en un testimonio de oídas. Si la solicitud de la orden de registro se basa en una información obtenida a través de un informador, tiene que constar públicamente el nombre del informador o demostrar una larga historia de fiabilidad como informador confidencial, que es evidente que usted no posee. Ahora bien, si está dispuesto a que conste su nombre en la orden de registro...

—Olvédelo. Me niego rotundamente.

—Entonces no hay orden de registro.

—¿No quiere resolver este caso?

—Mire, señor Steadman. Tengo las manos atadas. Por lo que respecta a la policía estatal, el caso ya no existe. Lo siento.

—¿De modo que Kurt se irá de rositas?

—Lo siento, señor Steadman.

Llamé a información telefónica, conseguí el número de J & A Towing, la compañía que se había llevado el coche de Trevor, y los llamé.

—Tengo entendido que tienen usted el Porsche de mi hermano —dije a la mujer que atendió la llamada.

—¿Nombre?

—Trevor Allard.

—Un momento.

Cuando respondió de nuevo, la mujer dijo:

—Ya hemos hablado con la viuda de su hermano. Dijo que no quería los restos del coche y nos ha autorizado a venderlo como chatarra.

—Mierda —respondí—. Era el coche de mi hermano.

—La esposa constaba como el pariente más cercano. Probablemente ya se han llevado el coche. Lamento no poder ayudarlo.

—¿Puede averiguar si ya se lo han llevado? Siento molestarla, pero es que... era el coche de mi hermano. Y si puedo salvar algo... Tiene un valor sentimental para mí. Mi hermano apreciaba mucho ese coche.

—Un momento.

Esperé.

Al cabo de unos instantes, respondió un hombre al teléfono:

—Soy Ed.

—Ed, me llamo...

Sin embargo, el hombre siguió hablando:

—Hemos cumplido todos los trámites legales, señor. Notificamos al pariente más cercano, y la viuda nos ha autorizado a que lo vendamos como chatarra. Kuzma Auto Salvage recogerá esta tarde los restos del coche...

—¿Aún tienen el coche?

—Como le he dicho, lo recogerán esta tarde.

—Escuche, esto es muy importante para mí. ¿Cuánto les pagan los de la compañía de material reutilizable?

—No lo sé. Eso lo acordamos en su momento entre ellos y nosotros.

—Aproximadamente.

—Unos cien o doscientos dólares.

—Le daré trescientos.

—Está empeñado en quedarse con los restos de este coche, ¿no?

—Si puedo salvar algo..., lo que sea..., por mi hermano...

—No creo que trescientos dólares vaya a motivar a nadie, ¿comprende? Tenemos tratos con esa compañía de material reutilizable, les hemos vendido un montón de vehículos a peso.

—¿Esta compañía de grúas es suya, Ed?

—Sí.

—Trescientos dólares para su compañía y otros trescientos para usted personalmente por agilizar los trámites de esta venta.

Ed se rió.

—¿Tan importante es para usted?

—¿Cerramos el trato? ¿O tengo que comprar los restos del coche a Kuzma Auto Salvage por un precio mucho menor?

—Es un Porsche.

—Ya sea un Porsche o un Kia, ahora es un montón de restos de acero y aluminio.

—¿En efectivo?

—Si la grúa lo lleva a mi jardín en Cambridge, le daré seiscientos dólares en efectivo. A menos que el Porsche sea de titanio, habrá hecho usted un negocio redondo.

Ed se rió de nuevo.

—Haré que uno de los chicos se lo lleve mañana.

—Hoy —respondí—. Lo quiero antes de las dos de la tarde, antes de que recupere el juicio.

Capítulo 56

Mi cómoda butaca en un rincón de Starbucks estaba todavía disponible.

Envié un correo electrónico a la dirección personal de correo electrónico de Yoshi Tanaka —figuraba en el dorso de su tarjeta de visita, que yo llevaba en el billetero— de parte de *Kurt_Semko@yahoo.com*.

«Kurt» quería pasar a Yoshi una información inquietante que había descubierto sobre Dick Hardy durante una exploración rutinaria: la cuenta Hushmail de Hardy, el Samurai Trust en las islas del Canal y la compra y venta de opciones de Entronics en la Bolsa australiana. «Kurt» no quería comentar el tema a través de los canales normales de la compañía, puesto que nadie, ni siquiera él, el nuevo director de Seguridad Corporativa, se atrevía a encararse con el poderoso director general de Entronics USA. Pero creía que Yoshi debía estar al corriente. «Kurt» insistía en que no podían hablar de ello por teléfono ni en persona. Dijo a Yoshi que no le escribiera bajo ningún concepto a su dirección de correo electrónico en Entronics.

Confié en que Yoshi supiera leer inglés mejor de lo que lo hablaba.

Si Kurt decía la verdad —y yo no tenía motivo para creer que no hubiera descubierto esa información sobre Dick Hardy, puesto que era un experto en esas cosas—, lo que Hardy hacía no sólo era ilegal sino básicamente reprobable.

Yo estaba seguro de que los mandamases de Entronics en Tokio no tenían la más remota idea de lo que se llevaba Hardy entre manos. Los japoneses eran demasiado cautelosos, demasiado escrupulosos para involucrarse en esos juegos indignos. Los juegos que jugaban estaban a otro nivel. Jamás tolerarían esto. Llegarían hasta el fondo del asunto, se enfrentarían a Hardy y le pondrían de patitas en la calle en un minuto de Tokio.

Los restos del Porsche de Trevor Allard constituían un espectáculo terrorífico. La parte delantera estaba tan destrozada que era casi irreconocible. El capó se había levantado, la puerta del conductor prácticamente se había desprendido de sus goznes y las dos ruedas delanteras estaban reventadas. El chasis era un montón de hierros retorcidos. Al contemplarlo, era obvio que nadie podía haber sobrevivido al accidente.

Graham y yo lo observamos con expresión solemne.

—A mi casero le va a dar un síncope —dijo Graham—. ¿Acaso te dije que podías traerlo aquí?

—Sí. Esta mañana.

—Debía de estar dormido. Creí... No sé lo que creí.

—En cuanto encuentres la parte dañada, haré que la grúa se lo lleve.

—¿Y si no encuentro nada?

Me encogí de hombros.

—Tendrá que quedarse aquí hasta que lo encuentres.

Graham no estaba seguro de si yo estaba bromeando.

—Más vale que me ponga manos a la obra.

Graham sacó su caja de herramientas y empezó a desmontar el coche siniestrado. Al cabo de un rato, dijo:

—Esto no es divertido. No me extraña que no hallaran nada.

Retiró la rueda delantera izquierda y hurgó en las oscuras entrañas del cubo de la rueda.

—Ésta está bien —dijo—. Las juntas articuladas no han sufrido daño alguno.

Luego se acercó a la otra rueda e hizo otro tanto. Al cabo de unos minutos, declaró:

—Ésta también está bien.

—¿Qué podría ser?

—Es difícil de adivinar. Lamento decirlo, pero quizá no seamos justos con la policía. Quizás exploraron el coche a fondo.

Hice unas llamadas telefónicas de trabajo en el jardín trasero de Graham mientras éste continuaba examinando los restos del coche durante una hora y media.

Por fin se levantó. Sus guantes de trabajo estaban manchados de grasa.

—Nada —dijo—. No hay nada. Tengo que ir a Cheepsters.

—Cheepsters era la tienda de discos en la que trabajaba.

—Sigue examinándolo un poco más —le rogué—, otra media hora.

—Pásame mi móvil, y veré si puedo cambiar una hora ahora por una hora de esclavitud más tarde.

Le ayudé a abrir el capó; estaba tan destrozado que el resorte eléctrico de la tapa del motor no habría funcionado aunque Graham hubiera aplicado una batería externa a la caja de fusibles. Pero ahí tampoco encontró nada.

—Esto es desesperante —dijo Graham. Abrió la puerta del copiloto y se introdujo como pudo en el vehículo. Permaneció sentado en el asiento unos

instantes.

—El velocímetro indica ciento cinco kilómetros por hora —comentó—. No circulaban a una velocidad excesiva.

Pisó el freno con el pie.

—Los frenos funcionan correctamente.

Luego giró el volante.

—Vaya, vaya —dijo Graham.

—¿Qué ocurre?

—El volante gira con demasiada facilidad. ¿Están girando las ruedas?

Retrocedí y eché un vistazo.

—No.

—Éste podría ser el problema. Si conduces a ciento cinco kilómetros por hora por la autopista y llegas a un viraje y tratas de girar el volante pero las ruedas no giran, te estrellas contra el guardarraíl.

—¿Cuál es la causa?

—Podrían ser un par de cosas. —Graham se agachó y examinó los cables debajo del salpicadero. Arrancó dos tornillos del airbag de detrás del volante. Luego utilizó un destornillador en la parte posterior del volante y retiró la unidad del airbag del centro del volante, tras lo cual retiró el conector del airbag.

—Los airbags ni siquiera se desplegaron —dijo Graham. Luego, utilizando una llave inglesa, retiró la tuerca y el perno del volante. Tiró del volante, pero éste no se movió. Entonces tomó un martillo de goma de su caja de herramientas, asestó unos martillazos al volante desde detrás y sacó el volante.

Al cabo de un minuto, le oí decir:

—Qué raro.

—¿El qué?

—Mira esto. —Graham sacó una delgada vara de acero de unos treinta centímetros de longitud con una junta cardán en un extremo. El otro extremo estaba roto.

—¿Qué es eso?

—La columna de dirección.

—Es más pequeña de lo que suponía.

—Porque sólo es la mitad de la columna de dirección. Ésta —añadió Graham, sacando una pieza idéntica— es la otra mitad.

—¿Está rota?

—Estos chismes resisten un tremendo par de torsión. Jamás había visto nada igual. El acero no se partió. Parece como si lo hubieran arrancado, como un palito de regaliz.

—Debiste ser policía —dije.

Cuando me dirigía de regreso al trabajo, llamé a Kenyon.

—Agente de policía estatal Sánchez —dijo una voz con acento hispano.

Le dije que quería hablar con Kenyon.

—Puedo darle su buzón de voz, o puede dejarme el mensaje —respondió Sánchez con su pronunciado acento hispano—. A menos que yo pueda ayudarle.

No me fiaba de él, pero porque no le conocía, nunca le había visto. No sabía quién era.

Le pedí que me diera el buzón de voz de Kenyon y que le dijera que llamara a «Josh Gibson» a mi móvil.

Luego llamé al móvil de Kate desde el mío. Me dijo que acababan de llegar a casa de Susie y que habían tenido un buen viaje. En esos momentos estaba descansando.

—Recibimos una llamada en el contestador automático de casa, de parte de la consulta del médico —dijo Kate—. Ya tienen los resultados de la amnio, y todo va perfectamente.

—¿Vamos a tener un niño, o una niña?

—Le dijimos que no queríamos saberlo, ¿recuerdas?

—Es verdad.

—¿Cómo va todo... con Kurt?

Dije a Kate que volvería a llamarla dentro de unos minutos, desde otro teléfono, y le expliqué el motivo.

Yo sabía que el laboratorio de plasma estaba vacío. Oprimí mi huella digital sobre el lector biométrico. Éste emitió un pitido y me dejó entrar.

Supuse que probablemente había sonado una alarma en algún sitio y Kurt sabía dónde me encontraba.

Descolgué el teléfono del espacioso despacho, que había sido el de Phil Rifkin, y llamé a Kate a su móvil.

—Hola —dije—. No quería llamarte desde mi despacho. No estoy seguro de que sea prudente.

—¿A qué te refieres?

—Escucha, cielo. He estado reflexionando. Este asunto sobre Kurt... Una cosa es que pinche mi teléfono, pero lo del coche de Trevor... Es incapaz de hacer algo semejante.

—¿Tú crees? —Kate era una excelente actriz y desempeñaba su papel a la perfección.

—Sí. Estoy seguro.

—¿Por qué?

—Es una locura. No se trata de una conspiración. La policía estatal ha examinado los restos del coche y no ha encontrado nada.

—Creo que le debes una disculpa. Esta noche le verás en el partido de fútbol, ¿no es así? Deberías decirle que lo sientes.

—Ya —respondí con cierta reticencia—. Pero no puedo hacerlo. No dejaré de darme la lata.

Yo no estaba preparado para lo de la disculpa. Supuse que Kate estaba improvisando. Kurt jamás me creería si le dijera a la cara que había llegado a la conclusión de que era inocente. Pero me sorprendería que Kurt no estuviera escuchando esta conversación telefónica. Y sólo creería que yo era sincero si estaba escuchando lo que yo le decía a Kate.

Había que hacer lo que fuera.

El oficial Kenyon había dejado un mensaje en mi móvil. Bajé en el ascensor al vestíbulo, recorrí algunas manzanas en coche y le llamé. Esta vez respondió él mismo.

—He preguntado sobre el FML —dijo Kenyon sin esperar a preguntar el motivo de mi llamada—. Quizás haya algo en eso. Esa sustancia de fragilización de metales líquidos es muy peligrosa. No sé dónde puede adquirirse, quizás en un establecimiento de artículos de soldar.

—O se puede robar en un depósito de provisiones del ejército. Permita que le haga una pregunta. Digamos que yo hubiera conseguido obtener una pieza del coche de Trevor Allard que demostrara que había sido manipulado. ¿Podría utilizarse esa prueba ante un tribunal?

—El coche lo han convertido en chatarra, ya se lo dije.

—Es un decir.

—¿Qué ha hecho?

—Le pregunto si esa prueba será admitida en un tribunal. —Yo había visto numerosos capítulos de la serie televisiva *Ley y orden*—. Ya sabe,

cadena de custodia o como se llame.

—Es complicado. Me informaré y volveré a llamarle. Lo preguntaré en la fiscalía del distrito.

—Llámeme en cuanto pueda —dije.

Kenyon me llamó diez minutos más tarde.

—De acuerdo —dijo—. Uno de los fiscales me ha dicho que, en este estado, la cadena de custodia se refiere al peso de la prueba, no a su admisibilidad.

—Explíquemelo en inglés.

Kenyon se rió.

—Esperaba que usted pudiera explicármelo a mí.

—Lo siento.

—Significa que no es un obstáculo insalvable. Legalmente, no es preciso mostrar cada eslabón de la cadena. Un buen abogado defensor aducirá todo tipo de argumentos, pero el juez tiene que atenerse a la norma. De modo que... ya he respondido a su pregunta. Ahora responda usted a un par de preguntas que le haré yo. ¿Tiene esa pieza o no?

—Sí.

—De acuerdo. Y dice que ha sido manipulada. ¿Cómo lo sabe? No se ofenda, pero es un ejecutivo corporativo, no un metalúrgico.

—No puedo asegurarle en un cien por cien que eso prueba que el coche fue manipulado. Pero puedo decirle que parece un palito de regaliz que ha sido retorcido y arrancado. No es una rotura metálica normal.

—¿De qué pieza se trata?

Dudé unos instantes.

—La columna de dirección.

—Bien, supongamos que tiene usted razón. Por sí sola, esa pieza sólo me indicaría que el coche fue manipulado. Pero tengo un problema gordo.

—¿Cuál?

—Relacionar esa prueba con Kurt Semko. Usted dice que disponía de los medios para hacerlo, me refiero a esa sustancia llamada FML, que tiene o ha tenido acceso a ella.

—La tiene en su apartamento —respondí—. La he visto. Lo único que tienen que hacer es registrar su apartamento.

—Ya hemos hablado sobre el tema —contestó Kenyon—. Ya se lo he dicho, a menos que usted esté dispuesto a que conste su nombre como informador, no tenemos una causa probable para registrar el apartamento de

Semko. Ojalá hubiera otro medio. ¿Semko nunca le dio una llave de su apartamento?

—No, claro que no.

—Supongo que Semko no le invitará a pasarse por su casa.

—Ni en un millón de años.

—Entonces, ¿cómo diablos va usted a demostrar que Semko posee esa sustancia?

—¿Cómo quiere que se lo demuestre?

—Quizás ésa sea la única solución. Del mismo modo que se las arregló para conseguir la columna de dirección.

—Quizás haya otro medio —respondí.

Por supuesto que lo había. Graham Runkel estaba en ello.

—¿A qué se refiere?

—Ya le llamaré —respondí.

Capítulo 57

Kurt me saludó con la mano, desde lejos, sonriendo afablemente. Yo le devolví la sonrisa, no menos afable, y dije:

—Hola.

Kurt estaba ya en el plato del lanzador, haciendo unos ejercicios de calentamiento. Las luces del estadio estaban encendidas. El equipo rival, un grupo variopinto de empleados de la correduría Bear Stearns, estaban inspeccionando nuestros bates. El rumor se había propagado. Era obvio que no sabían que, a excepción de Kurt, los miembros restantes del equipo de Entronics no eran lo suficiente buenos para que un bate manipulado decantara el resultado del partido a nuestro favor. Pero no tardaría en enterarse. Festino estaba hablando con los otros jugadores.

Entonces sonó mi móvil. Sabía quién era, de modo que me alejé unos metros antes de responder al tercer tono.

—Ya estoy aquí —dijo Runkel.

—¿En la casa?

—Ya te lo he dicho.

Graham había entrado en la casa que Kurt tenía alquilada en la población de Holliston. Pude imaginármela, debido a la única vez que había visitado a Kurt en su casa, limpia y ordenada, impecable como un hospital.

—¿No has tenido problemas? —pregunté.

—Las puertas tienen una doble cerradura, pero la puerta del garaje estaba abierta. El punto débil siempre es la puerta de la casa que da al garaje. Era fácil forzar la cerradura.

—¿No ha sonado ninguna alarma?

—¿En una casa alquilada como ésta? No esperaba que la hubiera. Pero puedes estar seguro de que dispondrá de un buen sistema de alarma de humo. De eso se habrá ocupado el casero.

—¿Sabes dónde tienes que buscar?

—Tú me lo dijiste. —La voz de Graham temblaba mientras recorría la casa—. El cuarto de invitados está junto al cuarto de estar, ¿no es así?

—Sí.

—¿Te importa que para disparar la alarma de humo utilice un porro?

Kurt me hizo de nuevo una indicación con la mano, al igual que Festino.

—Venga, Tigger —gritó Festino—. La jornada laboral ha concluido. Vamos a empezar.

Alcé el índice.

Cuando Graham hallara el arsenal de armas y explosivos robados que ocultaba Kurt, abriría la puerta de la habitación donde guardaba el arsenal y la dejaría abierta.

De modo que cuando llegaran los bomberos atraídos por la alarma de humo e irrumpieran en la casa, causando los daños habituales, verían las armas ilegales y llamarían a la policía. En esta época de terrorismo, se encontrarían con un escenario del crimen en toda regla.

Y habríamos atrapado a Kurt. No sería necesaria una orden de registro, todo sería perfectamente legal.

—¿Lo has encontrado? —pregunté.

—No —respondió Runkel.

—¿Cómo que no?

—Aquí no hay nada.

—De acuerdo —dije—, si estás de cara a la chimenea del cuarto de estar, es la puerta de la derecha: una puerta de paneles huecos, la única que hay en esa pared.

—Estoy aquí. Veo la puerta a la que te refieres. Pero aquí no hay nada oculto.

—Está ahí —insistí con creciente desesperación. Kurt echó a andar hacia mí. Bajé la voz—. Lo he visto con mis propios ojos.

—He entrado en la habitación —dijo Runkel—. Hay una cama individual, pero nada sobre ella. La habitación huele un poco a pólvora, como si hubiera habido algo aquí; pero ahora no hay nada.

—Entonces lo ha trasladado a otro sitio. Mira en el sótano. Mira en todas partes. Tiene que estar ahí.

—Venga, Jason —dijo Kurt, deteniéndose a unos tres metros—. Nos tienes a todos esperando.

—No te rindas —dije, y colgué.

«Mierda».

—Eres un tipo muy atareado —comentó Kurt—. ¿Con quién hablabas?

—Es un contrato —respondí—. El tipo lo traspapeló.

—Mala pata. De modo que vas a jugar en primera base. ¿Podrás hacerlo?

—Claro —contesté—. Oye, Kurt, sobre esas acusaciones que te hice, sobre lo del coche y todo lo demás.

Kurt meneó la cabeza.

—Ahora no.

—Sólo quiero disculparme. Me pasé de la raya.

—No te preocupes —respondió Kurt—. Es agua pasada. Venga, nos esperan en el campo.

Kurt me rodeó con el brazo, como un soldado compañero, como solía hacer.

Sin embargo, advertí que algo había cambiado en él. Mostraba un talante duro, inflexible, distante.

No me había creído.

Kurt había trasladado de lugar el arsenal de armas y trofeos de guerra robado de las Fuerzas Especiales.

Tenía sentido. Sabía que yo había hablado con la policía y no quería arriesgarse a que registraran su casa.

Pero ¿adónde lo había trasladado?

La respuesta me vino cuando me hallaba en la primera base, y era tan obvia que me pareció increíble que no se me hubiera ocurrido antes: el taller de reparación de automóviles Willkie, el establecimiento propiedad del amigo de Kurt y colega de las Fuerzas Especiales, Jeremiah Willkie, donde Kurt había llevado mi coche la noche que le había conocido, donde guardaba todas sus herramientas en un almacén en la parte trasera del taller.

Ahí es donde tenía que ir yo.

Traté de concentrarme en el partido. Los corredores de bolsa de Bear Stearns no eran muy buenos. Sin Kurt, nosotros tampoco lo éramos, por supuesto. Kurt eliminó a los dos primeros jugadores, y luego el tercero, que había estudiado los lanzamientos de Kurt, consiguió lanzar una bola que rebotó en el jardín derecho. Letasky trató de atraparla, pero se le escurrió del guante. Kurt salió corriendo del plato del lanzador, la atrapó y me la arrojó.

Regresé a la primera base, con la pelota oculta en mi guante. El corredor, un chico rollizo con gafas, me dirigió una sonrisa de satisfacción. Vio que Kurt no prestaba atención, ni siquiera se había vuelto a colocar sobre la goma. El chico vio su oportunidad para robar un segundo, y trató de aprovecharla.

En cuanto se movió de la base, le seguí.

El chico quedó eliminado.

—¡Eh! —gritó el entrenador de los Bear Stearns irrumpiendo en el campo—. ¡Eso es un *balk*^[2]!

Festino, Letasky y los demás observaban asombrados.

—¡Tigger! —exclamó Festino, riendo a carcajada limpia.
 El árbitro entró también en el campo.
 —Queda eliminado. El viejo truco de la bola oculta.
 —¡Es un *balk*! —insistió el entrenador de los Bear Stearns.
 —No tiene nada que ver con un *balk* —contestó el árbitro—. Ni siquiera sabes qué es un *balk*.
 —Nadie sabe lo que es un *balk* —terció Festino.
 —Es el truco de la bola oculta —declaró el árbitro—, y es perfectamente legal. El lanzador no estaba en el plato. Hala, seguid jugando.
 —Esto es béisbol de barrio —protestó el lanzador de los Bear Stearns. Como si esto fuera un club profesional.
 —¿Dónde aprendiste eso, Steadman? —me preguntó Letasky riéndose.
 —Hace un par de años vi a un jugador de los Marlins hacerlo contra los Expos —respondí.
 Cuando abandonamos el campo, Kurt se me acercó y dijo:
 —Me tenías engañado. No sospeché que fueras capaz de esa jugada.
 Asentí y me encogí de hombros modestamente.
 «Sigue, sigue —pensé—. Me importa un bledo que me subestimes».
 Me disculpé, saqué mi móvil, me alejé unos metros y llamé a Graham. El teléfono sonó seis veces, y luego saltó el buzón de voz.
 «Qué raro», pensé. La cobertura de telefonía móvil en la casa de Kurt y los alrededores era buena.
 ¿Por qué no respondía Graham al teléfono? Yo tenía que saber si había localizado el arsenal de armas.
 Pulsé el botón de marcación automática. Sonaron seis tonos antes de que saltara su buzón de voz.
 ¿Dónde estaba Graham?
 Kurt se acercó a mí y dijo:
 —Venga, Saltamontes. Nos toca a nosotros.
 —Un segundo —respondí. Volví a pulsar el botón de marcación automática.
 No hubo respuesta.
 ¿Dónde diablos se había metido Runkel?
 —Venga ya, Jason —dijo Kurt—. Es nuestro turno. Vamos a demostrarles de lo que somos capaces.

Capítulo 58

En cuanto terminó el partido, que conseguimos ganar por los pelos, llevé a Festino aparte y le pedí que invitara a Kurt a tomar unas copas con el resto de la Banda de los Hermanos, que insistiera para que fuera. No le di ninguna explicación, y Festino no me la pidió.

Luego, mientras me dirigía en coche a Cambridge, llamé a Runkel a su móvil y luego al teléfono de su casa. Pero no respondió, lo cual me alarmó un poco. No era propio de Runkel perder el contacto. Por más que fuera un empedernido fumador de porros, era un tipo básicamente responsable y había entrado en casa de Kurt de forma metódica.

¿Por qué no respondía a su móvil? Me negué a pensar lo peor, que le había ocurrido algo malo. Por otra parte, sabía que Kurt no podía haberle hecho nada, puesto que yo había estado con Kurt todo el rato.

Graham estaba bien. Seguro.

Yo había estado dos veces en el taller de reparación de automóviles Willkie, la noche que había conocido a Kurt y posteriormente para recoger mi coche, de modo que recordaba vagamente la dirección. Pero no tenía ni idea de lo que haría cuando llegara allí. Estaba seguro de que el almacén donde Kurt guardaba sus cosas se hallaba en el edificio posterior, consistente en un almacén donde guardaban piezas de automóviles, botes de pintura y lo que necesitaran. En el edificio delantero, que parecía una vieja gasolinera que había sido remodelada, se encontraba la sala de espera de los clientes, el pequeño despacho y el taller, donde reparaban los vehículos y los pintaban con pistola pulverizadora.

El taller de reparación de automóviles Willkie era un lugar de aspecto desolado y marginal. Estaba rodeado por una elevada valla de tela metálica, pero la puerta delantera estaba abierta. Yo sabía que cerraban tarde, pero no sabía si eso significaba que había alguien las veinticuatro horas del día, hasta medianoche, o qué.

Las letras de plástico rojas del letrero estaban oscuras; la iluminación del borde estaba apagada, para disuadir a quienquiera que pensara detenerse allí.

La mayor parte del edificio delantero de ladrillo rojo estaba también a oscuras, salvo el área de recepción.

Cuando enfilé el aparcamiento, apagué los faros, reduje la marcha y me dirigí hacia la parte derecha del mismo, confiando en que nadie me viera desde el interior del edificio. Unos metros más allá del edificio delantero terminaba la acera asfaltada, dando paso a un camino de tierra.

El edificio trasero era media planta más alto que el delantero. Tenía unos muros de acero ondulado, pintados de un color claro, y parecía una pista de patinaje sobre hielo. No había ninguna luz encendida. La última iluminación provenía de una luna casi llena. Apagué el motor y me detuve junto a un contenedor de basura situado entre los dos edificios.

Esperé en el coche y agucé el oído durante unos minutos. No se oía nada. No había nadie trabajando en el taller. Probablemente el único empleado era el que hacía el turno de noche.

Tomé mi bolsa de gimnasia del asiento delantero, me apeé del coche sigilosamente y cerré la puerta sin hacer ruido.

Luego me detuve unos momentos, aguzando el oído. No oí pisadas, a nadie que se acercara, ningún sonido salvo, aproximadamente cada diez segundos, un coche que pasaba de largo. Si el empleado del turno de noche, que se hallaba en el edificio delantero, me había oído, probablemente había supuesto que era el tráfico de la carretera y no había hecho caso.

Cuando mis ojos se adaptaron a la penumbra, vi un Mercedes clase S aparcado en la parte trasera del edificio, en el asfalto, en un espacio señalado. Relucía como la obsidiana pulida. Probablemente acababan de repararlo. Junto a él había un Pontiac Firebird de los sesenta, con la carrocería pintada de rojo fuego. Nunca he comprendido por qué alguien querría hacerle eso a un bonito coche deportivo.

Eché a andar lentamente hacia el edificio trasero. No había ventanas, sólo unas puertas de chapa de acero, cada una de las cuales ostentaba un letrero: PIEZAS Y MEZCLA DE PINTURA. Vi unos depósitos de combustible, que supuse que estarían vacíos, pues de lo contrario los habrían guardado dentro del edificio. A un lado había un área de carga y descarga, donde ponía RECEPCIÓN. Me acerqué a ella. Había un pilar de hormigón que se alzaba un metro y medio del suelo y una escalera de mano de hierro oxidada. Sobre una plataforma de madera, situada a un lado, había un desordenado montón de cajas de cartón alargadas y vacías.

Graham Runkel, un experto en forzar cerraduras y entrar en casas ajenas hasta que le pillaran, me había dicho que las zonas de carga y descarga

siempre eran unos puntos vulnerables, especialmente durante las horas de oficina, cuando en la mayoría de lugares nadie sabía quién entraba y salía, pero también por la noche. Las zonas de carga y descarga están construidas para que la gente pueda acceder a ellas con facilidad y hacer unas entregas rápidas. La puerta de la zona de carga y descarga era basculante, probablemente de acero. Alrededor de ella había un precinto negro que parecía de goma. Yo dudaba que ese edificio estuviera dotado de unas medidas de seguridad eficaces, puesto que todo lo de valor —los coches— se hallaba en el taller de reparaciones situado en el edificio delantero. No era probable que alguien lo asaltara para robar el panel trasero sin pintar de un coche.

No obstante, la pregunta persistía: ¿Cómo iba a entrar?

Regresé al edificio delantero y traté de abrir una de las puertas de acero, para no sentirme como un idiota cuando averiguara más tarde que estaba abierta. Sin embargo, estaba cerrada. Traté de abrir las otras, pero también estaban cerradas a cal y canto, lo que no constituía una sorpresa.

La puerta basculante estaba cerrada con candado. Trepé por la oxidada escalera de mano hasta el pilar de hormigón y abrí mi bolsa de gimnasia.

Contenía unas herramientas básicas que había comprado en la ferretería antes de venir aquí, entre ellas una linterna MagLite y unas tijeras corta pernos de carburo de tungsteno de treinta centímetros, que Graham me había asegurado que cortaban cualquier candado como si fuera mantequilla. Me agaché para examinar más de cerca el candado, y de pronto me deslumbró una intensa luz.

Alcé la vista.

Una potente linterna me iluminaba desde unos cinco metros. Sentí una sacudida de temor, una descarga de adrenalina.

Estaba perdido.

Me incorporé, tapándome los ojos con la mano. En el fondo de mi mente se activó mi instinto de supervivencia.

—¿Dónde diablos te habías metido? —grité.

—¿Quién eres? —preguntó un hombre con acento de Oriente Medio. La voz me sonaba familiar.

—¿No me habéis oído? —proseguí—. ¿No recibisteis el mensaje?

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hombre con acento de Oriente Medio.

—¡Maldita sea! —repliqué—. ¿Eres Abdul?

—Sí. ¿Tú quién eres?

Bajé por la escalera de mano, con la bolsa de gimnasia al hombro.

—¿No te dijo Kurt que yo iba a venir? ¿No te dijo que Kenny se pasaría esta noche para recoger sus cosas del almacén?

Me devané los sesos rápidamente, tratando de recordar el primer nombre de Willkie. Lo recordé enseguida. ¿Cómo podía olvidar el nombre de «Jeremiah»?

—Joder —dije—. Creí que Kurt y Jeremiah ya lo tenían todo arreglado.

—¿A qué te refieres? —La linterna ya no me deslumbraba. El tipo la depositó en el suelo y se acercó.

—Mierda, deja que utilice tu teléfono. Y el retrete, si no te importa. Esta noche he bebido demasiada cerveza.

—El baño está ahí delante —respondió Abdul—. ¿Ha hablado Kurt con Jeremiah?

—Sí, sí —contesté—. Pero antes indícame dónde está el lavabo, la vejiga me va a estallar.

Abdul me condujo hacia el edificio delantero, sacó un puñado de llaves y abrió la puerta trasera.

—Al final del pasillo, a la derecha.

Después de utilizar el urinario, saqué un bolígrafo y la tarjeta de visita de Kurt de mi billetero. En el dorso de la tarjeta escribí, imitando la letra precisa de Kurt, en mayúsculas: «TALLER DE REPARACIÓN DE AUTOMÓVILES WILLKIE», y las señas. Luego: «Abdul se reunirá contigo en la parte trasera». Y: «Si te ponen alguna pega, llámame. Gracias».

Guardé la tarjeta en el bolsillo, tiré de la cadena y salí.

—Ah —dije—. Gracias. Ahora puedo pensar con claridad. Olvidé que llevo el móvil, no necesito utilizar tu teléfono. Un momento. —Saqué mi móvil, lo encendí de nuevo y llamé al número de mi despacho.

—Ya estoy aquí —dije a mi contestador automático—. ¿Cuándo vas a marcharte? Pero dejaste un mensaje aquí, ¿no es así? Vale, de acuerdo. Más tarde.

Colgué y apagué el móvil.

Saqué la tarjeta de visita de Kurt del bolsillo y se la entregué a Abdul.

—Sois vosotros, ¿no? —pregunté—. Mira lo que pone en el dorso.

Abdul giró la tarjeta y leyó lo que estaba escrito.

—Debiste dirigirte directamente a la oficina —dijo.

Dispuestos frente al muro del almacén había varios armarios, de unos tres metros de ancho y de alto y unos seis de fondo. Algunos estaban abiertos y

vacíos; otros, cerrados con unas viejas cadenas de acero ensartadas a través de unas hembrillas de hierro y luego a través de unos viejos candados de cromo. Abdul sacó de nuevo su puñado de llaves y abrió uno de los candados.

—Si necesitas algo, ven y dímelo —dijo, y me dejó solo.

Abrí la puerta de hierro y vi que estaba todo allí, en unas cajas de cartón apiladas ordenadamente.

Había muchas más cosas de las que había visto ese día en el apartamento de Kurt, más que sus rifles antiguos y sus pistolas de imitación. Había todo un arsenal que había birlado al ejército: unos coloristas rollos de cables con una etiqueta que decía: CABLE DETONADOR PRIMACORD, en alegres colores naranja y amarillo, los colores de los refrescos de los chavales; una caja de ESPOLETAS M60; una caja en la que se leía VÁLVULAS, BLASTING ELECTRIC M6; un montón de bloques de unos veinticinco centímetros de largo por cinco centímetros de ancho y dos centímetros de grueso, envueltos en un papel de plástico de un insulso color verde aceituna, en cada uno de los cuales había unas letras impresas que decían: CARGA DE DEMOLICIÓN M112 (1.25 LBS COMP C 4).

Yo sabía lo que era: el explosivo plástico C-4.

Las herramientas del coche de Kurt estaban también en el armario, en dos cajas de herramientas, pero no les presté atención.

Encontré una bandeja que contenía varios tubos pequeños con unas etiquetas que decían: AGENTE DE FRAGILIZACIÓN DE METALES LÍQUIDOS (FML) - AMALGAMA DE MERCURIO/INDIO.

Cogí uno de los tubos. Era mi prueba.

Luego me detuve y contemplé todo el arsenal y decidí llevarme también otros objetos.

Capítulo 59

Cuando me faltaba poco para llegar a Boston, me detuve en el arcén de la autopista y llamé al oficial Kenyon a su móvil.

—Tengo las pruebas que necesita para arrestar a Semko —dije después de informarle brevemente del asunto—, las suficientes para relacionarlo con los asesinatos de Allard y Gleason.

—Quizá —respondió Kenyon.

—¿Quizá? Fue usted quien me dijo que si conseguía el tubo de FML, la cosa estaba hecha.

—Es cierto. Y quizá sea así. Y quizá no.

—¡Joder! —exclamé—. El policía es usted, no yo. ¿Por qué no envía a unos hombres al taller de reparación de automóviles Willkie ahora mismo? Hay un armario en la parte trasera donde Kurt guarda los suficientes explosivos y municiones para volar el edificio John Hancock.

—Su palabra no basta.

—¿De veras? —le espeté—. Mire, Kenyon, si no hace nada sobre esta información que le he dado, se va a meter en un follón tremendo. Cometerá un error que dará al traste con su carrera. Quizá prefiera que llame al FBI y les diga que la Policía Estatal de Massachusetts no hizo caso cuando les informé sobre unas municiones robadas al ejército. Después del 11 de septiembre, tengo la impresión de que no pondrán tantas trabas a la hora de investigar el tema.

Kenyon hizo una pausa. En la línea se oían unos ruidos parásitos.

—Puedo enviar a unos hombres allí —dijo.

—Una sabia decisión.

—¿Puede demostrarse que ese armario es donde Semko guarda sus cosas?

—Hable con Abdul —respondí—. Presiónele. Pídale su carta verde. Pregúntele sobre su célula de terroristas árabes. Quizá le sorprenda lo cooperativo que se mostrará.

Mi móvil empezó a sonar. Tenía una llamada en espera. Miré de quién era. No era Graham; decía: KURT.

—Volveré a llamarle —dije.

Recuperé la llamada de Kurt y dije:

—¿Sí?

Oí un barullo al fondo, como si Kurt se hallara en un bar: voces y risas.

—Hola, hermano. Acabo de recibir una llamada de Abdul. Conoces a Abdul, ¿no?

Sentí una opresión en la boca del estómago. No respondí.

—Creí que habías empezado a captar el asunto.

—Kurt —dije.

—Y esta noche, durante el partido, ocurrió algo muy curioso. Un tipo entró en mi apartamento.

—¿Ah, sí?

—Un amigo tuyo.

—No que yo sepa.

—Hum. Graham No Sé Cuántos. ¿Runkel? —preguntó Kurt con tono despreocupado, casi jovial—. Tenía tu número de teléfono en la agenda de su móvil. Debe de ser amigo tuyo.

Sentí un escalofrío. Kurt conocía el nombre de Graham, sabía que nos conocíamos. Sabía quién figuraba en la agenda de su móvil.

—El último número al que llamó con su móvil fue el tuyo. ¿Es el tipo con el que hablabas durante el partido?

—No sé de qué me hablas —contesté.

—Un tipo muy entrometido. Cometió el error de echar un vistazo en mi arcón. Tengo ciento diez voltios conectados a la cerradura de ese chisme, como una pequeña medida de seguridad. Se quedó frito.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Me mordí el labio.

—¿Dónde está? —pregunté.

—No debiste hacer eso. Te has pasado de la raya demasiadas veces.

—¿Dónde está, Kurt?

—Descansando cómodamente, Jason, viejo amigo. Atado y encerrado en un voluminoso baúl que tenía en el trastero, hasta que decida qué hacer con él. Bueno, quizá no se sienta tan cómodo. Dentro del baúl hay poco aire. De hecho, probablemente ya se haya agotado. Como sabes, el pánico te hace respirar más trabajosamente.

—¿En tu casa?

—No, en otro sitio. Digamos que en un lugar desconocido.

—Tengo algo que te puede interesar —dije bruscamente.

—¿De veras?

—Una prueba. Una columna de dirección partida de un Porsche Carrera. Kurt se rió.

—¿Ahora quieres jugar a *Hagamos un trato*? ¿Quieres lo que hay dentro de la caja, o lo que está detrás de la cortina?

—Suelta a Graham y te daré esa pieza.

—¿Me darás la columna de dirección, Jason? —preguntó Kurt, riendo de nuevo.

—Un trato justo —respondí—. Mi amigo a cambio de la garantía de que no irás a la cárcel de por vida. Creo que es un buen acuerdo.

Kurt dudó unos instantes, mientras reflexionaba. Yo sabía que su mente giraba como un disco compacto. Era suspicaz por naturaleza, infinitamente más que yo. Todo lo interpretaba como una posible estratagema, un ardid. Y yo tenía que convencerlo de que estaba dispuesto a llegar a un acuerdo con él. Que no era una trampa.

Tenía que convencerlo de que deseaba convencerlo. Era como un juego de espejos.

—Vale —respondió Kurt al cabo de unos momentos—. No hay ningún problema.

—Por supuesto que no hay ningún problema —repliqué—. Yo te entrego la pieza, y tú me entregas a Graham, y luego vas a Hilliard Street y nos matas a mi mujer y a mí.

—¿Por qué iba a hacer eso, Jason, después de que me hayas hecho un regalo tan magnífico?

Si Kurt sabía que Kate se había marchado de nuestra casa, lo habría mencionado. Me pregunté si sabía adónde había ido.

—Verás, Kurt, ya no doy nada por supuesto. Esta pieza que he conseguido, la columna de dirección, es mi poder, mi arma. Como si yo fuera uno de esos guerreros primitivos de la Amazonia y esto fuera mi garrote. Sin mi garrote, me siento impotente. Y es una sensación que no me gusta.

Kurt hizo otra pausa. Estaba totalmente desconcertado. Yo oscilaba continuamente entre la suspicacia y una supuesta credulidad. Kurt no sabía quién era mi verdadero yo.

—¿Insinúas que no crees en mi palabra?

Me eché a reír.

—Antes creía, pero ya no. La columna de dirección constituye una prueba física. Sin ella, la policía no tiene una causa probable para arrestarte. Sin una prueba, no pueden obtener una orden de arresto. Eres libre. Pero ¿y yo?

—Piensa en ello —respondió Kurt—. Sin tu garrote, estás impotente; lo que significa que ya no representas una amenaza.

Sonreí. Eso era justamente lo que quería que dijese, la conclusión a la que quería que llegara. Pero quería que Kurt creyese que había sido idea suya; como Freddy Naseem, como Gordy. Si dejas que el otro se arrogue todo el mérito, se apropia de él.

—Pero yo sé cosas —respondí—, ciertas cosas sobre ti almacenadas en mi mente. ¿Cómo sabes que no acudiré de nuevo a la policía?

—¿Cómo sabes que no iré a Hilliard Street para hacer una visita a tu mujer y al bebé? De modo que tenemos un problema. Se llama destrucción mutua garantizada, la doctrina militar que imperó durante toda la Guerra Fría.

Sonreí de nuevo. Exacto.

—Tienes razón —contesté—. De acuerdo, ¿qué propones?

—Que nos veamos.

—¿Dónde? Tiene que ser un lugar neutral, no público, no en tu casa ni en la mía.

Sabía lo que diría Kurt. Yo había empleado la vieja táctica para rematar un asunto. *The Mark Simkins College of Advanced Closing*. Manipular al cliente para que te formule una petición que sabes que puedes satisfacer.

—En tu trabajo —respondió Kurt—. El edificio Entronics.

Donde se sentía cómodo, donde controlaba la situación.

—Dentro de una hora —dije—. Con Graham.

—Dos. No estás precisamente en situación de negociar. Tú me das el trozo de metal, y yo te diré dónde está Graham. Éste es el trato. Si no te gustan las condiciones, búscate otro vendedor.

—De acuerdo.

—Piénsalo. No te precipites. Dispongo de todo el tiempo del mundo. Pero... tu amigo no. Le quedan tres o cuatro horas de poder respirar. Eso si se calma y respira con normalidad, lo cual es muy difícil cuando estás maniatado y encerrado en una caja en un lugar desconocido, ¿no?

Capítulo 60

Llamé de nuevo a Kenyon.

—Acabo de hacer un trato con Kurt Semko —dije, y se lo expliqué.

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó Kenyon.

—¿Se le ocurre algo mejor?

—Desde luego. Enviaré una unidad a ese taller de reparación de automóviles. Cuando encuentren los explosivos, tendremos suficientes pruebas para arrestar a Semko.

—¿Cuánto rato calcula que transcurrirá mientras la unidad se reúne y recoge el equipo, llega al taller de reparaciones, regresa y obtiene la orden de arresto?

—Unas seis horas, si conseguimos sacar a un juez de la cama.

—No es aceptable —dije—. Mi amigo no sobrevivirá. De modo que voy a verme con Kurt, le guste a usted o no, y quiero que me coloquen un transmisor oculto. Lograré que Kurt hable.

—Vamos por partes —respondió Kenyon—. Primero, el personal de los Servicios Especiales no trabaja por la noche. No hay nadie que pueda colocarle profesionalmente un transmisor oculto hasta mañana.

—¿Me está diciendo que no dispone cuando menos de una grabadora y un micrófono que pueda ocultarse?

—Por supuesto, pero sería algo un tanto improvisado.

—Me conformo con ello.

—Segundo, si cree que va a conseguir que Semko le relate una de esas confesiones como las que se ven en las películas, tipo «Puesto que voy a matarte, te contaré mis planes perversos para reírme en tus narices», dedíquese a ver películas de más calidad.

—Por supuesto que no. Kurt no confesará nada. Pero bastará con la conversación que mantengamos él y yo: un toma y daca, lo suficiente para indicar que él lo hizo. Y si hay alguien capaz de hacerle hablar, soy yo.

Más ruidos parásitos. Luego se produjo un prolongado silencio.

—No sé... Le colocaría en una situación de grave peligro. Sería una imprudencia por mi parte.

—¿Grave peligro? ¿Quiere que le diga quién corre grave peligro? Un amigo mío se está asfixiando lentamente en un baúl no sé dónde. Voy a

encontrarme con Kurt, aunque tenga que utilizar mi birriosa grabadora, una cinta y prenderme un micrófono en el pecho. Estoy decidido.

—No —contestó Kenyon—. Veré lo que puedo hacer.

—Bien.

—Pero ¿está seguro de que conseguirá hacerle hablar?

—Soy un vendedor —respondí—. Es lo mío.

Capítulo 61

Me pasé por Starbucks e hice unas rápidas consultas en Internet poco antes de que cerraran. Aproximadamente media hora más tarde me encontré con Kenyon en un Dunkin' Donuts cercano al edificio Entronics que está abierto toda la noche. Eran más de las once. Había un par de jóvenes borrachos que lucían unas gorras de los Red Sox y unos pantalones cortos por las caderas, mostrando los calzoncillos; una pareja de aspecto tenso que se estaba peleando discretamente en una mesa; un vagabundo que había rodeado su mesa con unas bolsas llenas de trastos. No hay nada como un Dunks a última hora de la noche.

Kenyon llevaba una camiseta azul marina y un pantalón deportivo. Parecía cansado. Los dos pedimos unos cafés dobles, y Kenyon me llevó luego a una furgoneta blanca que parecía nueva. Abrió la puerta trasera, y nos montamos en ella. Kenyon encendió la luz del techo.

—Esto es cuanto puedo hacer con tan poca antelación —dijo, entregándome un cable enrollado.

—Kurt sabe dónde buscar micrófonos y transmisores ocultos —comenté.

—Seguro que sí —contestó Kenyon—. De modo que no se le acerque demasiado.

—Lo procuraré.

—Entonces todo irá bien. —Kenyon observó mi camiseta—. ¿No tiene algo con manga larga?

—Aquí no.

Kenyon se quitó su camiseta.

—Póngasela. Ya me la devolverá mañana.

«Si estoy vivo, se la devolveré encantado», pensé. Asentí con la cabeza.

—Quítese la camiseta.

Obedecí. Kenyon me sujetó el transmisor en la espalda con una cinta adhesiva ancha que enrolló alrededor de mi pecho. Era tan pegajosa que supuse que cuando me la quitara, me arrancaría el vello del pecho.

—¿Cree que Semko advertirá la presencia de su operativo? No olvide que es un profesional.

—Ellos también.

Inspiré una profunda bocanada de aire y la expelí lentamente.

—¿Cree que esto funcionará?

—El transmisor funciona perfectamente. El resto... depende de usted, de que consiga convencer a Semko. Y eso es lo que me da miedo.

—Lo conseguiré —respondí—. ¿Dispone este chisme de un botón de alarma?

—Estaremos monitorizando la transmisión. Si nos necesita, diga algo, una frase que acordemos, y acudiremos de inmediato.

—Una frase... ¿Qué le parece «Esto me da mala espina»?

—Muy bien —respondió Kenyon—. De acuerdo. Ya podemos irnos.

Tardé otros cuarenta y cinco minutos en prepararme para mi entrevista con Kurt. Aparqué detrás de un 7-Eleven que estaba cerrado y salí por el maletero del coche.

El edificio Entronics estaba casi a oscuras, aparte de unas pocas luces en algunas ventanas. Supuse que sería el personal de la limpieza, o bien unos empleados de la oficina que se quedaban trabajando hasta altas horas, como solía hacer Phil Rifkin.

Vi que las luces de mi espacioso despacho situado en la planta veinte estaban encendidas. Yo las había apagado al marcharme. Los empleados de la limpieza venían hacia las nueve o las diez, de modo que no eran ellos. No a la una de la madrugada.

Debía de ser Kurt, esperándome.

Capítulo 62

Era la una menos cuarto de la mañana.

Llegué a mi despacho un cuarto de hora antes de la hora en que habíamos quedado. Al entrar, deposité mi bolsa de gimnasia y mi maletín en la mesa. Las luces estaban encendidas, al igual que mi ordenador.

Deduje que Kurt lo había estado utilizando, pero ¿con qué fin?

Rodeé la mesa para mirar el monitor y oí la voz de Kurt.

—Tienes algo para mí.

Alcé la vista y asentí con la cabeza.

—Acabemos con esto cuanto antes.

Me detuve y le miré a los ojos.

—¿Qué garantía tengo de que Graham estará donde tú me indiques?

—En la vida no hay garantías —respondió Kurt—. Así que tendrás que conformarte con mi palabra.

—En cualquier caso, ¿de qué te sirve esta pieza? No es más que un pedazo de chatarra.

—No me sirve de nada.

—Entonces, ¿por qué estás dispuesto a hacer un trato?

Los titubeos de última hora. Ocurre siempre en mi profesión. ¿Cuántos proyectos eran fruto de un temor en el último minuto antes de firmar el contrato? Por lo general, cuando lo veía venir, lo atajaba ofreciendo al otro un inesperado incentivo, una grata sorpresa. Casi siempre funcionaba. Pero tienes que anticiparte a él.

—¿Por qué? Porque prefiero no tener problemas con la policía. Aunque en caso necesario, podría resolver este tema. Los amigos que tengo en el cuerpo «traspapelarían» alguna prueba contra mí. Pero me gusta hacer las cosas bien.

—¿Quién dice que la policía sabría qué es esto?

Kurt se encogió de hombros.

—Quizá no lo supieran. Tienes razón.

—Quizá ni siquiera supieran que proviene de un Porsche.

—Esas cosas pueden averiguarlas. Basta con que un forense un poco listo encuentre rastros de mercurio o lo que haya ahí. O cómo se rompió... No lo

sé. Y no me importa. Pero ¿por qué voy a arriesgarme cuando tú y yo podemos hacer un trato? A partir de ahí, ambos viviremos felices y contentos.

Asentí con la cabeza.

Lo había conseguido.

Era suficiente. Era todo cuanto iba a conseguir de Kurt, pero bastaba para incriminarle.

—Me estoy arriesgando mucho —dije.

—La vida es un riesgo. Entrégamelo.

Guardé silencio durante largo rato.

«Un buen vendedor —decía Mark Simkins— es capaz de quedarse callado todo el día si es necesario. No es fácil. Quieres decir algo. ¡No lo hagas! Mantén la boca cerrada».

Cuando hubo transcurrido el tiempo suficiente, tomé la bolsa de gimnasia, la abrí y saqué la pieza del coche, que había envuelto en plástico y cerrado con cinta adhesiva.

Se la entregué a Kurt.

—Bien —dijo Kurt. Arrancó la cinta adhesiva y retiró el plástico de la columna de dirección. Arrojó el plástico al suelo y examinó la gruesa y retorcida vara de acero con una junta cardán en un extremo. La sopesó en la mano con expresión de admiración. Pesaba mucho.

—De acuerdo —dije—. ¿Dónde está Graham?

—¿Sabes dónde está la antigua planta de montaje de General Motors?

—¿En Western Avenue, a un par de kilómetros de aquí?

—Sí. Está en ese solar. —Kurt me dio una llave pequeña, que supuse que era del baúl—. Es curioso que tu vida dependa de un pedacito de metal —dijo.

A continuación, se acercó lentamente a uno de los ventanales.

—Como un cartucho de munición. Puede salvarte la vida —dijo, mirando a través de la ventana. Se volvió—. O puede matarte.

Tras estas palabras, asestó con la columna de dirección un golpe tremendo contra el ventanal.

El cristal estalló estrepitosamente al tiempo que un millón de fragmentos de vidrio caía sobre la moqueta.

—Un cristal de pésima calidad —comentó Kurt—. Los contratistas deberían haber instalado al menos unos cristales irrompibles en un edificio tan elegante.

«Esto me da mala espina», dije al micrófono oculto.

Tenía ganas de gritar: «¡Subid inmediatamente!».

—¡Joder! —grité—. Pero ¿qué haces?

Una fría ráfaga de aire penetró en el despacho, junto con unas gotas de lluvia.

—Bien —dijo Kurt—, has estado sometido a un gran estrés debido a tu fulgurante ascenso en la compañía. Has soportado todo tipo de presiones, para tratar de salvar a la división; no sabías que todo era una pantomima, unos juegos de alto nivel. Averiguaste la verdad y no pudiste encajarla.

No me gustaba la forma en que se expresaba, pero sabía qué se proponía.

—Ciento cincuenta personas van a engrosar las filas de los parados por tu culpa, lo que te causa un gran estrés. Para colmo, vas a quedarte sin trabajo y tu mujer está embarazada. De modo que haces lo único que tiene sentido en tu situación de profunda depresión: saltar por la ventana. Una buena forma de morir, ¿no crees?

El viento soplaba a través del despacho, haciendo que los papeles volaran de un lado a otro, derribando las fotografías de mi mesa, del escritorio. Sentí unas gotas gélidas de lluvia en el rostro.

—Eso lo dirás tú —repliqué.

Saqué de la bolsa de gimnasia la Colt de Kurt, una semiautomática de calibre 45 del ejército.

Al verla, Kurt sonrió y siguió hablando como si yo le apuntara con un dedo.

—Has dejado una nota escrita antes de suicidarte —dijo con calma—, en tu ordenador. Hoy en día es algo que ocurre con mucha frecuencia.

Empuñé la pistola con la mano derecha; era pesada, engorrosa. El frío acero de un negro azulado, la áspera empuñadura... El corazón me latía con tal furia que la mano me temblaba.

—La policía está escuchando todo lo que decimos —dije—. Llevo un transmisor, amigo mío. Tu estratagema de un suicidio no colará. Lo siento.

Kurt no me hizo caso.

—¿Empuñas la pistola con una sola mano? —preguntó Kurt sorprendido—. No es fácil.

Alcé la otra mano para empuñarla con las dos. Moví las manos, los dedos, tratando de asir con las dos manos de forma natural.

—Pides perdón a tu mujer y a tu hija que va a nacer. A propósito, eso dicen los resultados de la amnio. Es una niña. Enhorabuena.

Durante unos segundos, Kurt casi logró detenerme. Me quedé estupefacto durante un instante. Pero luego proseguí.

—Como el falso suicidio de Phil Rifkin —dije—. Phil no se ahorcó. Tú le estrangulaste y luego simulaste que se había ahorcado.

Kurt pestañeó. Su sonrisa se disipó un poco.

—Porque te pilló entrando en el laboratorio de plasma para manipular la pantalla de plasma que Trevor iba a presentar en Fidelity. No esperabas verlo ahí un domingo. No sabías que Phil tenía un horario muy raro.

—Dime que no acabas de dilucidarlo en estos momentos —dijo Kurt.

—Creo que hace tiempo que lo sé. Pero no quería reconocerlo.

Sostuve con la mano izquierda mi muñeca derecha. No sabía si era la forma correcta de empuñar la pistola. Quizá no lo fuera. ¿Qué sabía yo? Apunta y dispara. Aprieta el gatillo. Si yerro el tiro por unos centímetros, es un error subsanable; apunta de nuevo y vuelve a apretar el gatillo. Acabaré alcanzándole. Un disparo afortunado, un disparo desafortunado, debería alcanzarle en el pecho, quizás incluso en la cabeza. Las manos me temblaban.

—¿La has cargado, Jason? ¿Sabes cargar una pistola?

Kurt sonrió. Había algo casi paternal en su expresión, entre ufana y divertida, mientras observaba las travesuras de un gracioso niño de corta edad.

—Si cargas mal los cartuchos en el cargador, o insertas el cargador de modo incorrecto, la has jodido, colega. La pistola te estallará en la cara. Te saldrá el tiro por la culata. Te matarás tú mismo en lugar de matarme a mí.

Sabía que Kurt estaba mintiendo. De eso estaba seguro. Pero ¿dónde se había metido Kenyon? ¿Es que no me oía? ¿Cuánto iban a tardar en llegar?

—Una excelente elección de pistola, Jason —observó Kurt avanzando unos pasos hacia mí—. Modelo 1911 A1, serie 70: un arma extraordinaria. Me gusta incluso más que la Glock.

Kurt siguió aproximándose.

—Párate, Kurt.

—Unas magníficas características de seguridad. Mejor que la Beretta M9 que te entrega el ejército, que es una mierda. Un soberbio poder de detención.

Kurt se acercó más. Estaba a unos tres metros de mí, muy cerca. Ahora ya no era un problema.

—¡Ni un paso más o te vuelo la cabeza! —grité.

Apoyé el dedo en el gatillo. Tenía un tacto sorprendentemente insustancial.

—Debiste aceptar mi oferta de darte clases de tiro, Jason. Como te dije, nunca sabes cuándo puedes necesitarlas.

—Hablo en serio —dije—. Si das otro maldito paso, aprieto el gatillo.

¿Dónde diablos se habían metido?

—Por la forma en que empuñas esa arma, la corredera se deslizará hacia atrás y te arrancará el pulgar. Ten cuidado.

Dudé, pero sólo unos instantes.

—No vas a matarme, Jason. Jamás has matado a nadie y no vas a empezar a hacerlo ahora. Un tipo como tú es incapaz de matar a nadie. —Kurt se expresaba de forma pausada pero firme, con un tono casi tranquilizador—. Es una pesadilla con la que no querrás vivir. Un disparo a corta distancia como éste hará que te caiga encima una lluvia de sangre y fragmentos de sesos y de huesos. Te atormentará durante el resto de tu vida.

—Obsérvame —respondí, y apreté el gatillo.

Kurt no se movió. Eso fue lo más curioso. Se quedó inmóvil, con los brazos perpendiculares al cuerpo.

No ocurrió nada.

La pistola no se disparó.

Oprimí de nuevo el gatillo, a fondo, pero no se produjo ningún *clic*.

De pronto, Kurt extendió la mano derecha, agarró la pistola al tiempo que la apartaba a un lado y me la arrebató de las manos.

—Estúpido aficionado —dijo. Giró la pistola y me apuntó con ella—. La habías cargado, pero no habías oprimido el seguro.

Me volví y eché a correr.

Un estallido de velocidad. Corrí tan deprisa como pude, como cuando subía a la carrera las gradas del Harvard Stadium, como cuando corría a la velocidad del viento junto al Charles, pero con cada fibra de mi ser tensada en un intento desesperado de salvar la vida.

Oí a Kurt decir a mi espalda:

—No es fácil para un aficionado utilizar una Colt. Cuando aprietas el gatillo, tienes que ejercer presión contra el lomo de la empuñadura.

Salí de la habitación y eché a correr a través del laberinto de despachos.

—¡Debiste dejarme que te enseñara! —gritó Kurt.

Los ascensores estaban enfrente. Corrí hacia el panel en la pared y pulsé todos los botones, haciendo que se encendieran sus luces de color naranja.

—No tienes donde ocultarte —oí decir a Kurt, cuya voz sonaba cada vez más cerca. ¿Por qué no disparaba contra mí?

Sonó el *ping* de un ascensor al detenerse. Gracias a Dios. La puerta se abrió y me monté en él de un salto, oyendo a Kurt que me pisaba los talones. Pulsé el botón del vestíbulo una y otra vez hasta que la puerta se cerró con exasperante lentitud.

Se produjo una pausa. El ascensor no se movía.

No, por favor.

Luego dio una pequeña sacudida y empezó a descender, con increíble parsimonia. Los botones de las plantas empezaron a encenderse uno tras otro, lentamente. Diecinueve... diecisiete. El monitor de pantalla plana estaba apagado, y las luces de la cabina parecían amortiguadas. Miré los números, ansioso de que se movieran con mayor rapidez.

¿Dónde coño estaba Kenyon?

El ascensor se detuvo con una leve sacudida. El botón naranja del 9 se quedó inmóvil.

Pulsé de nuevo el botón de PB, pero el ascensor no se movió.

De golpe, todas las luces se apagaron. No veía nada. Estaba oscuro como boca de lobo.

Kurt había conseguido detener el ascensor, desconectar la corriente. Alargué la mano en la oscuridad y palpé los botones. Deslicé los dedos sobre ellos, pulsándolos uno tras otro. Nada.

El botón de alarma se hallaba en la parte inferior del panel de control. No podía verlo, pero recordé su ubicación. ¿Era un botón o un interruptor? Palpé el panel, completamente a ciegas, deslizando las manos sobre las dos hileras de botones hasta que toqué el borde inferior del panel de acero. Toqué un conmutador de palanca. Lo así y empujé hacia arriba.

Nada. No sonó ninguna alarma ni nada.

Había otros botones ahí abajo. ¿Sería un botón? Pulsé todos los botones de la última hilera, pero nada. Silencio.

Sentí que me invadía el pánico. Me hallaba a oscuras en la cabina de un ascensor. Palpé las puertas de frío acero laminado, deslizando las palmas de ambas manos sobre el metal hasta que hallé la rendija donde se unían las dos hojas.

Era una rendija minúscula, pero lo suficientemente ancha para introducir las yemas de los dedos por ella. Tenía la frente y la nuca perladas de sudor.

Desesperado, comencé a aporrear la puerta, a asestarle patadas. El acero era frío, duro e insensible.

Saqué mi móvil y lo abrí, haciendo que la pantalla se iluminara. Pulsé el número 911.

El tono levemente chirriante me indicó que no había establecido la llamada.

Dentro del ascensor no había cobertura.

El corazón me latía a mil por hora. El sudor me rodaba por las mejillas, se introducía en mis orejas, por mi cuello. Unas motas de luz danzaban ante mis ojos, pero yo sabía que no era una luz real. Eran unas neuronas que se habían disparado en mi cerebro. Retrocedí, alzando los brazos, y palpé las paredes del ascensor.

Kurt me tenía acorralado.

Levanté las manos y toqué el techo. Tuve que saltar para alcanzarlo. ¿Qué había ahí arriba? ¿Unos tornillos pequeños? ¿Podría aflojarlos? ¿Había también unos paneles en el techo, una trampilla de emergencia?

Toqué la barandilla de acero laminado inoxidable que se extendía a lo largo de tres lados de la cabina, la cual sobresalía unos centímetros de la pared. Aproximadamente dos centímetros.

Salté de nuevo y toqué el techo. Noté algo, un orificio. Recordé que el techo de la cabina tenía unas lucecitas empotradas. No había tornillos. Era un techo liso, plano, de acero laminado, con unas luces halógenas espaciadas a intervalos regulares, que estaban ahora apagadas.

Pero tenía que haber una trampilla de emergencia, ¿no? ¿No lo exigía la normativa?

Y si había una trampilla de emergencia y lograba abrirla, ¿luego qué? ¿Qué iba a hacer? ¿Tregar por el hueco del ascensor como si fuera James Bond?

Sudaba a mares. Tenía que salir de allí. Traté de apoyar el pie en la barandilla, para encaramarme sobre ella; pero estaba demasiado alta.

Estaba atrapado.

De pronto, se encendieron las luces del techo.

Luego se encendió el monitor, adquiriendo un color azul, luego blanco, luego...

Apareció el rostro de Kurt.

Un primer plano de su rostro, ligeramente desenfocado. Una sonrisa amplia. Su rostro llenó la pantalla.

—La palabra del día es «resarcimiento» —dijo Kurt—. Una buena palabra, ¿no te parece?

Contemplé su rostro en el monitor. ¿Cómo diablos había conseguido hacer eso?

—Estás empapado en sudor —dijo—. Hace calor ahí dentro, ¿no?

Alcé la vista y vi en una esquina del techo un objeto circular, negro plateado: el gran ojo negro de la lente de televisión de circuito cerrado.

—Sí, soy yo —dijo Kurt—. Y tú estás calado hasta los huesos. No te molestes en pulsar el botón de emergencia. Lo he desactivado, aparte de que no hay nadie en la sala de control. Envié a Eduardo a casa. Le dije que me quedaría yo para realizar unas pruebas diagnósticas.

—¿Qué vas a hacer, Kurt? ¿Dejarme aquí toda la noche?

—No, se me ha ocurrido entretenerte con unos vídeos en vivo. Observa.

La imagen de su rostro temblequeó, pestañeó, y la pantalla se oscureció. Entonces apareció otra imagen, borrosa e imprecisa; pero me llevó sólo unos segundos reconocer mi dormitorio. La cámara enfocó lentamente la cama. Kate estaba acostada en ella, con la cabeza apoyada en la almohada.

Una extraña luz azul parpadeaba sobre su rostro.

—Tu mujercita —dijo Kurt—, hace un par de noches. Supongo que se quedó dormida mirando la televisión mientras tú estabas fuera. ¿Tal vez *Mujeres desesperadas*? Ella es una esposa desesperada.

El corazón me latía con violencia.

—Tuve sobradas oportunidades de instalar esa cámara. Kate me invitaba continuamente a ir a vuestra casa. Quizá se sentía atraída por mí, un hombre auténtico, no un patético muñeco como tú, un quiero y no puedo. Siempre fuiste el atleta de salón, el guerrero de salón.

Apareció otra escena: Kate y yo en la cama. Kate miraba la televisión; yo leía una revista.

—Un momento —dijo Kurt—, esa imagen es antigua, de antes de que Kate fuera al hospital.

Kate y yo en la cama, haciendo el amor.

La imagen tenía una tonalidad verdosa, de visión nocturna.

—No haré ningún comentario sobre tu técnica sexual, hermano —dijo Kurt—. Digamos que os he visto a los dos en muchas situaciones.

—Entonces supongo que no quieres la otra mitad —respondí.

—¿La otra mitad? —La imagen del rostro de Kate dio paso al de Kurt, en un gigantesco primer plano; su expresión era de curiosidad.

—La columna de dirección del Porsche Carrera mide unos cuarenta y cinco centímetros de longitud —contesté—. Esa pieza que te di debe de medir unos doce centímetros. Calcúlalo tú mismo.

—Ah —dijo Kurt, riendo—. Muy astuto. Quizás hayas aprendido algo.

—Aprendí del maestro —respondí—. Él me enseñó a jugar duro. Si quieres esa otra mitad, deja que regrese a la planta veinte, a mi despacho. La sacaré de donde la tengo escondida y te la daré. Luego me dejas marchar. Iré a buscar a Graham y asunto liquidado.

El gigantesco rostro de Kurt me miró. Pestañeó unas cuantas veces.

—¿Aceptas el trato? —pregunté.

Kurt sonrió. Su rostro desapareció, y vi mi despacho. Había estado sentado ante mi ordenador. Quizás había conectado una cámara al mismo, tal vez la cámara oculta. No lo sabía y no me importaba.

Lo único que me importaba era que parecía que esta táctica podía dar resultado.

El ascensor dio otra sacudida y empezó a moverse.

Me volví de espaldas al ojo montado en el techo. Observé cómo los botones en el panel de control adquirían un color naranja: 12... 13...

Pulsé el botón de marcación rápida de mi móvil. Esta vez tenía cobertura. Sonaron dos, tres tonos.

—Policía, urgencias —dijo una voz masculina, profesional.

—Me encuentro en un ascensor del edificio Entronics en Framingham —dije—. Me llamo Jason Steadman. Mi vida corre peligro. Hay un hombre en la planta veinte que quiere matarme.

—Un momento, por favor.

—¡Envíen a alguien! —grité.

El botón de la planta veinte se iluminó. Sonó un *ping*. La puerta del ascensor se abrió.

Oí otra voz a través del móvil.

—Agente Sánchez.

—¿Sánchez? —pregunté perplejo—. ¿Dónde está Kenyon?

—¿Quién es usted?

Vi una figura en la sombra del vestíbulo de la planta veinte. Debía de ser Kurt.

—Jason Steadman —murmuré—. Estoy... Conozco a Kenyon. Estoy en el edificio Entronics... Tiene que llamar por radio a Kenyon y enviar a alguien aquí enseguida. ¡Apresúrese, por el amor de Dios!

—¿Steadman? —preguntó Sánchez—. ¿Ese pedazo de cabrón?

—Su acento hispano era aún más marcado.

De la sombra salieron dos figuras. Kurt llevaba un móvil pegado a la oreja.

—¿Quieres oír el buzón de voz del oficial Kenyon? —preguntó Kurt con su voz de Sánchez y sonriendo socarronamente.

Había otro hombre, que empuñaba una pistola: Ray Kenyon.

En la otra mano sostenía una pistola. Kenyon me apuntó con ella.

—Vamos —dijo—. Vamos, vamos, vamos. Entrégame la otra mitad.

Le miré estupefacto. Yo había marcado el 911. Nueve, uno, uno. Estaba seguro. No había pulsado el botón de marcación rápida, no había llamado a Kenyon.

—Jerry —dijo Kurt—, dame el arma, yo me ocuparé.

Jerry, Jeremiah: Jeremiah Willkie, su hermano de las Fuerzas Especiales, el que se negó a declarar contra él, el dueño del taller de reparación de automóviles.

¿Quién era «Ray Kenyon»?

Jeremiah Willkie entregó a Kurt el arma. Parecía la Colt que yo había sustraído del armario de Kurt, pero no estaba seguro.

—Los chicos no se lo van a creer —comentó Kurt, apuntando el cañón hacia Jeremiah y disparando—. Porque no se van a enterar.

Willkie cayó al suelo. Su sien izquierda estaba ensangrentada. Tenía los ojos abiertos.

Miré pasmado a Kurt.

—Jeremiah tiene un problema con el alcohol —dijo Kurt—. Se bebe un par de vodkas y empieza a largar por los codos. Pero era un policía muy convincente, ¿no? Siempre quiso ser policía. Su tío era policía.

—Llamé al 911.

—Se llama manipulación de móviles. Cloné tu móvil para escuchar todas tus llamadas y captar las llamadas que recibes; con tu móvil viejo o el nuevo, da lo mismo. Así que zanjemos este asunto.

Kurt me apuntó con la pistola.

—Al parecer, ocultaste la otra parte de la pieza en su despacho. Eres un tío muy astuto. Anda, vamos.

Eché a andar hacia mi despacho seguido por Kurt. Entré en el despacho y me detuve en el centro de la habitación, devanándome los sesos en busca de una solución. El viento aullaba. La moqueta estaba sembrada de papeles y montones de fragmentos de cristal blancuzcos.

—Sé que no está en tu mesa —dijo Kurt—, ni en tu estantería, ni en ninguno de los escondites habituales.

Dirigí la vista hacia mi maletín, pero enseguida desvié los ojos. La pieza seguía allí.

—En el panel del techo —dije.

Kurt me había visto mirar el maletín.

—No lo creo —dijo—. Entrégame esa pieza y podrás marcharte.

—No pienso saltar por la ventana —contesté.

Mis ojos se posaron de nuevo, casi involuntariamente, en el maletín junto a mi escritorio.

—Necesito tu ayuda —dije—. Necesito una escalera o algo parecido para alcanzar el panel del techo.

—¿Una escalera? —preguntó Kurt—. Yo no creo que necesites una escalera. —Se acercó a mi mesa y tomó mi maletín de cuero inglés—. ¿No te he explicado lo de esos pequeños indicios en el rostro de una persona que la delatan? Sabes interpretarlos, pero no sabes ocultarlos.

Traté de arrebatárselo, pero Kurt era mucho más fuerte y me obligó a soltarlo. Sujetó el maletín con ambas manos mientras abría las dos cerraduras. Aproveché esa distracción momentánea para apartarme de él.

—No tienes dónde ocultarte, Jason —dijo Kurt en voz alta pero con tono inexpresivo. Retrocedí lentamente mientras Kurt abría una cerradura de metal y luego la otra. Apoyé la espalda contra la puerta. Estaba a unos cinco metros de distancia.

Oí un pequeño chirrido.

Observé que Kurt se había dado cuenta, una expresión de furia mezclada con otra emoción que jamás había visto en su rostro: temor.

Pero sólo durante una fracción de segundo antes de que el estallido le engullera, le hiciera saltar por el aire, reventándolo, provocando una atroz carnicería como las que se ven en las películas de guerra. La gigantesca explosión me arrojó hacia atrás, y choqué con algo duro. Al caer, sentí que unos objetos duros me golpeaban la cara, quizás unos fragmentos de madera y yeso y otras cosas.

Me incorporé como pude. Los oídos me zumbaban; el rostro me escocía.

Un bloque del explosivo de plástico C-4 de Kurt conectado al aparato de la bomba de confeti que él había colocado aquel día en mi maletín. Yo lo había dejado en mi maletín y había vuelto a utilizar el viejo.

Y él estaba en lo cierto: un poco de C-4 era suficiente. No había posibilidad alguna de que él sobreviviera.

Cuando llegué a los ascensores, me detuve. No quería volver a pasar por aquello.

La escalera. Veinte pisos no son nada. Lo había comprobado. Ahora estaba en plena forma.

Bueno, no exactamente. Me dolía la espalda y tenía un par de costillas magulladas, aunque probablemente no me las había partido. Me dolía todo el cuerpo, pero me sentía estimulado por la descarga de adrenalina.

Abrí la puerta de la escalera y empecé a bajar los veinte pisos, caminando, no a la carrera. Cojeaba e hice una mueca de dolor, pero sabía que lo conseguiría.

No había ningún problema. Era fácil.

Epílogo

Kurt tenía razón.

Era una niña, de cuatro kilos y trescientos cincuenta gramos, una niñita hermosa y saludable. Bueno, no tan niñita; de hecho, era bastante grande. Parecía Jack Nicholson con cuatro pelos negros y un peinado de cortinilla. Yo siempre había confiado en que si teníamos una niña, ésta se pareciera a Kate Hepburn, a su madre. El caso es que se parecía bastante.

La niña —le pusimos Josephine, pero la llamábamos Josie— era tan grande que los médicos tuvieron que practicarle a Kate una cesárea. De modo que el parto fue programado con un par de días de antelación, lo cual, por desgracia, dio tiempo a mi cuñado de volar desde Los Ángeles para reunirse con su esposa, Kate y conmigo y celebrar el feliz acontecimiento.

Yo me sentía tan feliz que apenas me importó que Craig estuviera presente.

En cualquier caso, tenía muchas cosas en que pensar.

Los trámites policiales llevaron varios días. Graham Runkel y yo pasamos mucho tiempo en la comisaría, relatando lo que había ocurrido esa noche. Graham les contó que Kurt le había encerrado en un baúl, donde habría muerto asfixiado de no haberle rescatado yo en el último momento.

La policía me preguntó cómo había aprendido a fabricar una bomba. Les dije que Kurt había hecho buena parte del trabajo, y que el resto lo había aprendido a través de Internet. Es asombrosa la cantidad de cosas que aprendes en Internet.

Una vez muerto Kurt, fue relativamente fácil conseguir que sus compañeros de las Fuerzas Especiales explicaran qué tipo de persona había sido. La imagen que pintaron de él coincidía, y no era agradable. Prácticamente todos los policías e investigadores que me entrevistaron me dijeron que había tenido suerte de que Kurt no me matara.

Sí, había tenido suerte.

Poco después de que Yoshi informara a Tokio sobre los medios que había utilizado Dick Hardy, el director general de Entronics USA, para comprarse el yate y la mansión en Dallas, Hardy fue despedido.

La junta de directores votó unánimemente para ordenar a su consejo general que informara de lo ocurrido a SEC, la comisión de títulos financieros

y bolsas, lo cual puso el aparato en marcha. La SEC informó al FBI, luego a la División de Fraudes a Hacienda, y al poco tiempo Dick Hardy se enfrentó a lo que Gordy solía llamar un «jodido montón» de cargos civiles y penales por fraude fiscal. Dos días antes de que Hacienda se lo requisara, Hardy puso su yate en venta en el *Robb Report*.

Volé a Nueva York para reunirme con nuestro consejero delegado mundial, Hideo Nakamura, y una docena de peces gordos, japoneses y americanos, a fin de que me entrevistaran para ocupar el cargo de Dick Hardy. Me enfrentaba a un grupo de candidatos internos, todos ellos mayores que yo y más experimentados y cualificados. En lugar de quedarme ahí sentado mientras Nakamura-san me sometía a un duro interrogatorio, decidí jugármela haciendo una presentación en formato PowerPoint a mis entrevistadores. Hardy me había dicho que a todos les encantaba el PowerPoint.

Mi presentación tenía por objeto convencerles de la conveniencia de cerrar la sede de Entronics en Santa Clara, vender su valiosa y sobrevalorada propiedad en Silicon Valley y trasladar la sede a la hermosa ciudad de Framingham, Massachusetts, donde Entronics ya disponía de un edificio. Sólo necesitaba unas obras de reparación en la planta veinte, donde una explosión había convertido mi espacioso despacho en una cueva calcinada.

Comencé con una diapositiva que les mostraba que se podían vender los despachos de Royal Meister en Dallas sacando unos succulentos beneficios. Los Dallas Cowboys querían construir un nuevo estadio, y estaban dispuestos a pagar lo que fuera por esos terrenos.

Creo que eso les impresionó.

Me abstuve de decirles que tenía unas razones personales, como, por ejemplo, que Kate no quería marcharse de Cambridge. Por fin había conseguido la casa de sus sueños, ya había amueblado el cuarto de la niña y se negaba en redondo a mudarse. De modo que o yo me trasladaba a Santa Clara sin mi bella esposa y mi hermosa hija, o rechazaba el puesto. Pero no estaba dispuesto a decirles eso. No habría favorecido mi imagen de *killer*.

Tuve la impresión de que la entrevista se desarrolló bien, a juzgar por las expresiones faciales. No comprendí una palabra de lo que dijeron. Yoshi Tanaka permaneció junto a mí todo el rato, durante cada una de las entrevistas, como si fuera mi abogado.

Durante la última entrevista, se produjo lo que parecía una airada discusión. Yoshi habló con Nakamura-san y otro miembro de la junta en rápido japonés mientras yo guardaba en silencio, sonriendo como un imbécil.

Discutieron durante un buen rato hasta que Yoshi dijo algo y todos asintieron con la cabeza.

Por fin, Yoshi se volvió hacia mí y dijo:

—Discúlpame por mi grosería.

Le miré estupefacto. Hablaba con un perfecto acento británico. Parecía Laurence Olivier o quizá Hugh Grant.

—Te consideran un tipo *nonki*, que podría traducirse como «campechano», y un *gokurakutonbo*, que es más difícil de traducir. Quizá podríamos interpretarlo como un tipo «despreocupado». Pero me temo que ninguno de esos términos resulta elogioso en japonés. Les he asegurado que tus empleados te consideran implacable, que se refieren a ti con respeto y temor. Les he explicado lo que me gusta de ti: que tienes instinto asesino.

Posteriormente, mientras Yoshi y yo esperábamos a que el comité de contratación terminara sus deliberaciones, le solté:

—Tu inglés es increíble. No tenía ni idea.

—¿Mi inglés? Querido amigo, eres muy amable. Hice mi tesis doctoral en el Trinity College de Cambridge, sobre las últimas novelas de Henry James. Ése sí que dominaba el idioma.

De pronto, lo comprendí todo. Estaba clarísimo. ¿Cómo si no hubiese conseguido Yoshi que la gente se expresara sin tapujos en su presencia?

—De modo que cuando te conté mi gran idea para la PictureScreen y me miraste como si no entendieras una palabra...

—Te miraba con franca admiración, Jason-san. Entonces comprendí que eras un visionario. Informé inmediatamente a Nakamura-san, y él insistió en que quería reunirse contigo en Santa Clara. Lamentablemente, no pudo ser.

Al final, me dieron el cargo de Dick Hardy, y después de unas semanas al borde de un ataque de nervios, durante las cuales Kate y yo convinimos en no hablar del asunto, aprobaron también mi propuesta de trasladar la sede estadounidense de la compañía a Framingham, y trasladar a los mejores empleados de Royal Meister también a Framingham, es decir, a los que estuvieran dispuestos a abandonar Dallas. Eso significaba que Joan Tureck trabajaría para mí, y ella y su compañera se mostraron encantadas de regresar a Boston.

¿Por dónde iba?

Ah, sí. En el hospital, Craig empezó a tratarme con renovado respeto. No dejaba de hablar del evento deportivo que Entronics había organizado el año

pasado en Pebble Beach, lo bien que lo había pasado cuando Dick Hardy le había invitado a reunirse con las celebridades, lo increíble que había sido jugarse unos hoyos con Tiger Woods y Vijay Singh. Supongo que yo debía de estar un tanto distraído, con nuestra hija recién nacida; pero tardé un rato en comprender que Craig estaba tratando de conseguir una invitación para este año. Ahora que me habían nombrado director general de Entronics, el pobre Craig me estaba haciendo la pelota.

No obstante, me mostré de lo más amable con él.

—Este año queremos reducir el número de invitados —dije—, pero ya veré cómo lo resuelvo. Ponte en contacto con mi secretaria, Franny Barber. Seguro que se nos ocurrirá alguna solución.

Confieso que disfruté con eso.

Todos permanecemos en la habitación de Kate observando cómo la pequeña Josie se aferraba a los pechos de Kate y mamaba como una campeona. Por fin la niña se quedó dormida, y la enfermera entró y la depositó en su cuna.

Besé a Kate y le dije:

—Estoy casado con la mujer más maravillosa, tengo la hija más maravillosa y me siento el hombre más feliz del mundo. —Me sentí casi abrumado por la emoción.

—Pero ¿no decías que cada persona forja su propia suerte? —preguntó Kate, arqueando las cejas.

—Me parece que ya no lo creo —respondí lentamente—. A veces es la suerte la que forja a la persona.

Ethan estaba sentado en un rincón de la habitación leyendo un libro sobre grandes errores militares de la historia. Era su última obsesión. Por lo visto, el comentario de Kurt Semko sobre la batalla de Stalingrado había dado que pensar a Ethan.

—Tío Jason —dijo, alzando la vista del libro—, ¿sabías que la primera guerra mundial comenzó porque un conductor giró por donde no debía?

—Ethan —dijo su madre con tono de advertencia.

—Ethan —dijo Craig—, estamos hablando las personas mayores.

—¿Que giró por donde no debía? —pregunté a Ethan.

—Así es. El chófer del archiduque de Austria-Hungría giró accidentalmente por una calle que no debía, donde había un tipo esperándolos armado con una pistola que disparó contra el archiduque y su esposa, lo que provocó toda una guerra mundial.

—Pues no, no lo sabía —respondí—. Pero hace que me sienta más satisfecho de mi forma de conducir.

Kate y Susie hablaban sobre niñeras. Kate dijo que había encontrado varias candidatas irlandesas con excelentes referencias en la página electrónica del periódico *Irish Echo*. Susie replicó que las únicas niñeras que merecía la pena contratar eran filipinas. Discutieron un rato sobre el tema, y Craig, por supuesto, se incorporó al debate. A mí me tenía sin cuidado que fuesen de una nacionalidad u otra. Recordé la advertencia que me había hecho Festino: que la canción de Barney se me quedaría grabada en la cabeza y me vería obligado a ver *The Wiggles*.

Sin embargo, cuando se pusieron a discutir sobre si era mejor contratar a una niñera que viviera en casa o fuese interina, no pude por menos de intervenir.

—No me apetece tener a una persona extraña viviendo bajo mi techo —dije.

—No será una extraña cuando lleguemos a conocerla —observó Kate.

—Peor aún —repliqué.

—Es preciso que podáis dejar a la niña con la niñera cuando salgáis —apuntó Craig—. Eso era lo maravilloso de Corazón. Podíamos dejar a Ethan con ella en cualquier momento. Apenas le veíamos.

—Fantástico —respondí. Kate y yo nos miramos.

Craig no captó mi sarcasmo.

—Cuando Ethan se ponía a llorar por la noche —dijo Craig—, Corazón entraba apresuradamente y le cambiaba el pañal o le daba el biberón o lo que fuera.

—Yo exprimí mi leche materna y la guardé en el congelador —dijo Susie, asintiendo con la cabeza—. Lo único que tenía que hacer Corazón era calentar los biberones en el microondas. Pero hay que removerlos bien. Sólo existe una marca recomendable de sacaleches.

—Lo sé —respondió Kate—. He visitado todas las páginas electrónicas sobre bebés.

—¿Podríamos dejar el tema de los sacaleches? —pregunté—. Quiero volver sobre el asunto de una niñera que viva en casa o sea interina.

—¿Por qué? —preguntó Kate—. Ya está decidido.

—Y un cuerno. No te molestes en insistir.

Kate observó mi expresión de firmeza.

—Pero si no he hecho más que empezar —dijo con esa sonrisa ladina que sabía que siempre lograba que me derritiera.

—Vaya —dije—. Esto es la guerra.

Agradecimientos

La corporación ficticia Entronics fue construida con fragmentos y retazos de las compañías gigantes que fabrican aparatos electrónicos que visité y sobre las que me documenté, pero ninguna se mostró tan dispuesta a colaborar, tan hospitalaria e interesante, como NEC. Su división de Visual Display constituye uno de los proveedores de pantallas de plasma más importantes del mundo, aparte de una magnífica e innovadora empresa. Ron Gillies, ex vicepresidente primero y director administrativo (actualmente trabaja en Iomega), se mostró muy amable y paciente a la hora de responder a mis disparatadas y absurdas preguntas y al permitir que hablara con numerosos empleados de la compañía, tanto en la sección de ventas como en los departamentos técnicos. Fue un placer conocer a Gillies y a su estupendo y carismático sucesor, Pierre Richer. Deseo asimismo expresar mi agradecimiento a Keith Yankee, gerente de producción, de Plasma Displays; a Patrick Malone, jefe de ventas regional; a Ken Nishimura, director administrativo; a Bill Whiteside, de ventas internas; a Tim Dreyer, director de relaciones públicas; y en especial a Jenna Held. Allí no conocí a ningún Gordy, Dick Hardy, Festino, Trevor ni Rifkin. En otros sitios, sí; pero no en NEC. Y si me he equivocado estrepitosamente en algún dato... Por eso lo llaman ficción, ¿no?

Entre otras excelentes fuentes en el mundo de la alta tecnología que me hicieron comprender la cultura, los riesgos y los retos de esta industria, deseo citar a Bob Scordino, jefe regional de la EMC Corporation; Bill Scanell, vicepresidente primero para la zona América de EMC Corporation; y Larry Roberts, de Plan View. Todos mostraron un excelente sentido del humor y afabilidad y fueron muy generosos con su tiempo.

El profesor Vladimir Bulovic de MIT compartió conmigo algunos detalles de sus extraordinarios hallazgos en materia de tecnología OLED de pantallas planas. Como es natural, me he tomado ciertas libertades con ese tema.

A menudo los mejores tipos perversos requieren las mejores fuentes, y para el personaje de Kurt Semko, tuve la suerte de contar con mi propio

equipo A de las Fuerzas Especiales: el sargento mayor (jubilado) Bill Combs, del William F. Buckley Memorial Chapter of the Special Forces Association, quien me presentó a varias personas; el sargento mayor (jubilado) Rick Parziale, exsargento del equipo ODA 2033; y en particular Kevin *Hognose* O'Brien, sargento de primera clase, que sirvió en el Grupo 20 de las Fuerzas Especiales en Afganistán. Aunque para ellos sea obvio, debo declararlo públicamente: Kurt Semko no representa en modo alguno a los entregados, valerosos e inteligentes oficiales que he conocido. Para las circunstancias del consejo de guerra de Kurt, conté con la impagable ayuda de dos de mis fuentes militares en *High Crimes*: David Sheldon y Charles Gittens. Jim Dallas, de Dallas Security, me dio algunos consejos sobre cómo localizar unos expedientes militares ocultos. El excelente libro de Linda Robinson, *Masters of Chaos*, me procuró una información muy útil sobre las Fuerzas Especiales.

En lo tocante a la seguridad corporativa, estoy en deuda con Roland Cloutier, director de Information Security en EMC; y Gary Palefsky, director de Global Security de EMC. Jon Chorey, de Fidelity, me prestó también una gran ayuda. Jeff Dingle, del Lockmasters Security Institute, me proporcionó numerosos detalles sobre la seguridad de los edificios.

Sobre los tejemanejes financieros de Entronics, recibí unos excelentes consejos del ilustre Eric Klein, de Katten Muchin Rosenman, en Los Ángeles, un experto en fusiones y adquisiciones. De nuevo, mi viejo amigo Giles McNamee, de McNamee Lawrence & Co., en Boston, me ayudó a urdir algunas de las ideas más complejas con su habitual creatividad. Darrell R. Rigby, de Bain & Company, en Boston, me ayudó a comprender a los equipos encargados de gestionar la integración de una fusión. Y mi buen amigo Bill Teuber, director de asuntos financieros de EMC Corporation, me ayudó en diversos aspectos.

Matthew Baldacci, vicepresidente y director de Mercadotecnia de Saint Martin's Press, en rigor debería figurar en dos apartados en estos agradecimientos. No sólo me ha apoyado decididamente como editor mío que es, sino que ha sido también, en este libro, un valioso asesor sobre béisbol y sóftbol. Deseo dar también las gracias a Matt Dillinger, de *The New Yorker*, quien, entre otras cosas, es el director técnico del equipo de sóftbol de la redacción. Y deseo expresar mi especial gratitud a mi amigo Kurt Cerulli, entrenador de sóftbol y forofo de béisbol, por explicarme numerosas estrategias de sóftbol y asegurarse de que las describiera correctamente. Daniel A. Russell, catedrático de la Facultad de Ciencias y Matemáticas de la

Universidad de Kettering, me aconsejó sobre los trucos (y aspectos materiales) en la manipulación de bates. Dan Tolentino, de Easton Sports, me explicó cómo se construyen los bates de resinas compuestas de sóftbol.

Gregory Vigilante, del U. S. Army Armament Research, Development and Engineering Command, me ayudó a comprender el proceso de fragilización de metales líquidos. Toby Gloekler, de Collision Reconstruction Engineers, Inc., me ayudó a concebir, mediante un proceso de retroingeniería forense, un accidente de carretera casi indetectable. Quiero dar también las gracias al investigador de accidentes Robert W. Burns; al oficial Stephen J. Walsh, de la Sección de Análisis y Reconstrucción de Colisiones de la Policía Estatal (la unidad CARS); al agente Mike Banks, de la Policía Estatal de Massachusetts; y al oficial Mike Hill, de la Policía de Framingham, Massachusetts. El inspector retirado Kenneth Kooistra, que antiguamente servía en la Policía de Grand Rapids, me ayudó de nuevo sobre numerosos detalles referentes a homicidios.

Deseo dar las gracias al doctor Alan DeCherney, catedrático de Obstetricia y Ginecología en la David Geffen School of Medicine, UCLA, por informarme sobre diversos aspectos de la gestación y la placenta previa; y a Mary Pat Lowe, enfermera de la sala de urgencias del Massachusetts General Hospital.

Asimismo deseo expresar mi gratitud, como de costumbre, a algunas de mis constantes fuentes y ayudantes, en particular a Harry *Skip* Brandon, de Smith Brandon, en D. C., y a mi indispensable experto en armas, Jack McGeorge, del Public Safety Group, en Woolbridge, Virginia. Kevin Biehl, mi antiguo colaborador encargado de la labor de documentación, volvió a la palestra (por decirlo así), ayudándome a investigar algunos datos de última hora.

Quisiera dar de nuevo las gracias a todo el personal de Saint Martin's Press, mi editorial. Siguen creyendo en mí y esforzándose en vender mis libros, con un entusiasmo casi inédito, que yo siempre valoro. A riesgo de omitir a algunas personas importantes, deseo citar en particular a Sally Richardson, presidente y editora; John Sargent, director general de Holtzbrinck USA; a Matthew Shear, vicepresidente y editor de la división de libros de bolsillo de SMP; el director de Mercadotecnia, Matt Baldacci; Ron Stolzenberg, de Mercadotecnia; el director de publicidad (y aficionado al pan de aceitunas), John Murphy; Gregg Sullivan y Elizabeth Coxe, de Publicidad; Brian Heller, de ventas de ediciones de bolsillos; George Witte; Christina Harcar; Nancy Trypuc; Alison Lazarus; Jeff Capshaw; Andy LeCount; Ken

Holland; Tom Siino; Ron Renzler; Jennifer Enderlin; Bob Williams; Sofrina Hinton; Anne Marie Tallberg; Mike Rohrig (actualmente en Scholastic); y Gregory Gestner; y en Audio Renaissance, Mary Beth Roche, Joe McNeely y Laura Wilson.

Keith Kahla, quien se ocupa de revisar mis manuscritos, merece una gratitud especial. Gracias, amigo, por todo lo que has hecho. Eres el mejor.

Mi agente, Molly Friedrich, de la Aaron Priest Agency, se portó tan maravillosamente como de costumbre, apoyándome, protegiéndome y ejerciendo de lectora crítica. Deseo dar también las gracias a Paul Cirone, de la agencia.

Mi esposa, Michele Souda, fue una valiosa lectora y correctora del manuscrito. Nuestra hija Emma no sólo tuvo que soportar a un padre casi ausente durante los últimos meses en que escribí *Instinto asesino*, sino que su obsesión con el béisbol inspiró una parte clave de este libro.

Y, por último, mi hermano, Henry Finder, director editorial de *The New Yorker*: Fuiste un gran apoyo para mí mientras me lo curraba, como suele decirse (Henry no lo expresaría así). Desde la génesis de la historia hasta el último párrafo, me brindaste una ayuda impagable. Nunca podré agradecértelo como mereces.



JOSEPH FINDER, nacido en 1958, se graduó en Harvard en estudios rusos. Después de escribir varios controvertidos ensayos que revelaban la relación entre Estados Unidos y el espionaje ruso, dio un giro hacia la ficción. Finder, que reside ahora en Boston, sigue colaborando asiduamente con medios como *The New York Times* y *The Washington Post*. Ha publicado más de una decena de libros y novelas.

Notas

[1] POW: prisionero de guerra; MIA: desaparecido en combate. (N. de la T.)
<<

[2] El *balk* es una jugada ilegal, realizada por el lanzador, con un corredor o varios corredores en la base, que les da derecho a avanzar una base. (N. de la T.) <<

ÍNDICE

Acerca de la obra

Prólogo

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

SEGUNDA PARTE

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

TERCERA PARTE

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Epílogo

Agradecimientos